

**P** GRAÑÉN  
**ORRÚA**

GRUPO EDITORIAL







A LA  
*luz* DE LA  
PALMERA

ANECDOTARIO DE UNA NIÑA DISTRAÍDA

ROCÍO BOROBIA



A LA  
*luz* DE LA  
PALMERA

ANECOTARIO DE UNA NIÑA DISTRÁIDA



A LA  
*luz* DE LA  
PALMERA

ANECOTARIO DE UNA NIÑA DISTRAÍDA

ROCÍO BOROBIA



MÉXICO, 2017



---

IMPRESO EN MÉXICO  
*PRINTED IN MEXICO*

---

Colima 35, Tizapán,  
01080, Ciudad de México.

Primera edición, noviembre de 2017

D.R. ©2017. Lito-Grapo S.A. de C.V.  
Colima 35, Col. Progreso, Del. Álvaro Obregón,  
C.P. 01080, Ciudad de México.

Impreso en los talleres de LITO-GRAPO, S.A. de C.V.

Derechos reservados conforme a la ley  
ISBN 978-607-8341-53-5

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de los editores, en términos de lo así previsto por la *Ley Federal del Derecho de Autor* y, en su caso, por los tratados internacionales aplicables.

*Al niño inmortal que vivió en mi padre hasta su final*

*A la niña adulta que hizo de mi madre una mujer sin igual*

*A todos mis hermanos, compañeros de vida  
a quienes estaré entrelazada por siempre*

*A la maravillosa niña distraída que me ha acompañado  
durante todas las infancias de mi vida*



# Índice

Prólogo	9
---------	---

## CAPÍTULOS

La niña de la falda de cuadros	11
Un viaje inesperado	17
Un frío panorama color gris	25
La casa de Güeñes	31
¡Las tareas de la temporada fría!	37
Un desplumado saludo mañanero	43
El río color carmesí	47
¡El aroma de mis libros!	53
La helada caricia de los cielos	57
Las cartas ocultas	63
¡Arribó la Navidad!	69
El sol mecánico de la iglesia sin cúpulas	73
El amargo sabor de la injusticia	77
La luz boreal de la palmera encantada	85
La fragancia color blanco	87
Los teatros de opereta	93
En el número “4”	97
Los jardines del paraíso	103
Las lágrimas de los santos	107
¡Papá era un gnomo!	111
Un caracolicidio ocurrido en casa	115
La furia del cielo	119
Los bosques del Cosmos	125
¡Un baúl de lámina azul!	131
La crema y nata de la sociedad	135
El misterio de los paisajes de la vajilla rota	137
El paraguas negro	141
El paradisíaco regreso a casa	145
Los monstruos de fuego	149
La fascinante sensación de reestrenar	153

El caso del clavo travieso	157
El reparto de los sueños	161
El país dorado de los gigantes sin pies	165
La venganza de la abeja intrusa	169
Bienvenido señor invierno	173
El dormitorio de la luna	179
Primera llamada. Segunda llamada. Tercera llamada	183
Competencias bajo el puente	189
Las palabras voladoras	191
¿Y mi mundo imaginario?	195
Los secretos de los armarios	199
Las luciérnagas de la bóveda celestial	207
Ni las espinas de los rosales lastimaban tanto	211
Del columpio al juego mecánico	215
Las polillas y sus fortalezas ocultas	219
Un avance en la historia de la fotografía	223
Al volver la vista atrás	227
El más exótico de los viajes	231
Y mi libertad logró ser libre y despeinada	235
Un giro inesperado en la montaña rusa de los sueños	241
El diseño perfecto para llegar al infinito	245
El sonambulismo de mi hermana	247
Bodas de Plata en pleno altamar	251
Un indescriptible episodio en cámara lenta	255
La Perla del Caribe	257
Mis más íntimos secretos	261
Sentada junto al aburrimiento	263
Las estrellas también lloran de alegría	267
El oasis de la igualdad	271
Acaricié su lámina negra	275
Un inesperado frenesí nocturno	279
¿Cuál era en realidad mi realidad?	283
Un tren con vías de verdad	289
Epílogo	293
Fuentes consultadas	295

## Prólogo

### MAGIA

*M*agia pura de frescura plena a través de los ojos de una niña extraordinaria que contempla su diario vivir, lo enriquece, ennoblece y comparte. La alquimia de la inocencia se manifiesta con pureza en la expresión de lo que percibe y la transmite bellamente en estas líneas.

Un nuevo interpretar, si se quiere, de la propia vida al leer y comparar nuestra experiencia con la suya, verla de esa nueva manera que esta tierna criatura, sin pretenderlo, nos enseña a recordar los tiempos nuestros, deslizados día a día en otros ambientes, tras las costumbres de otras culturas...

Toque espiritual a los valores eternos que tal vez el modernismo añora por la sencillez y prevalencia indiscutible de la maravilla

cotidiana del vivir, del crecer sensible y protegido en lo posible por los adultos que nos amaron, enseñándonos el divino arte de dar lo mejor de uno mismo por el solo hecho de ser nosotros su descendencia, la continuidad noble de la especie a la que pertenecemos.

Te invito a leer y disfrutar, saborear y aprender de este ameno fragmento de una vida rica y generosa que ahora está en tus manos.

HERENIA ANTILLÒN

## La niña de la falda de cuadros

*M*e encuentro en el aeropuerto de Madrid después de disfrutar unos días del intenso verano de 1995 en el sur de España. Una fuerte tormenta ocasiona la demora de vuelos y me he quedado sentada en la sala de espera para contemplar con calma las expresiones y actitudes de los viajeros. Me provoca una fascinación especial observar los distintos rostros, tamaños de cuerpo, coloración de la piel y textura del cabello de las personas que veo pasar; y pienso que a pesar de las diferencias externas, en esencia todos somos iguales. Me siento minúscula en este inmenso espacio, y desprendida de todo lazo y atadura evoco el momento en el que aún siendo muy niña aprendí a deslizarme con la mente por el interior de una concha de caracol y desde ahí observar todo de una forma diferente a través de su nítida transparencia. Y como por arte de magia, en un abrir y cerrar de ojos comienzo a ver lo que acontece desde mi viejo escondite de la invisibilidad.

Señores con portafolios que una y otra vez consultan las pantallas de los monitores anunciando las llegadas y partidas de los aviones voltean para todas partes y su expresión corporal al colocar la mano en la cabeza

indica gran molestia; tal vez perdieron algún negocio por no llegar a tiempo a una reunión importante. Parece que se les va a acabar la vida, pero ése es sólo un pequeño episodio de la misma.

Muchos jóvenes con enormes mochilas en la espalda, sentados en el piso, conversan feliz y plácidamente en espera del anuncio de su vuelo. Para ellos no existe el tiempo, su juventud les dicta que hay que vivir el momento. Matrimonios que llevan críos en carriolas y una cantidad enorme de bultos se pasean por las salas con la mirada perdida. Otros padres tratan de calmar a sus hijos que lloran de cansancio o aburrimiento. Ignoro si esas familias están saliendo de casa o regresando a ella, pero el agotamiento asoma a sus rostros.

No puede pasar desapercibida la inmensa mancha azul pintada por los pasajeros que visten con comodidad pantalones de mezclilla y zapatos tenis. Años atrás, esa tela era usada en forma exclusiva para los overoles de los obreros, pero hoy en día es la última moda, casi un uniforme a escala mundial. Chicas y chicos con pantalones rotos y el cabello desaliñado caminan sin rumbo fijo y otros pretenden saciar su nerviosismo en una de las salas acondicionadas para fumadores. Muestran un cansancio mortal mientras arrastran su mochila por el piso. Parece que pasaron toda la noche durmiendo en el aeropuerto y no tuvieron tiempo para aliñarse un poco o por lo menos peinarse.

¡Qué diferencia hay entre las personas que viajan hoy y las que lo hacían el día en que volé en avión por primera vez! En aquel entonces, subirse a un ave de acero era un acto relevante y motivo para que los señores vistieran traje y corbata, y las señoras, zapatos de tacón, sombrero y guantes. Las familias enteras acudían a los aeropuertos a despedir a los parientes y cuando éstos regresaban, volvían entusiasmados para darles la bienvenida.

Algunas personas, al igual que yo, esperan la hora en la que el clima nos dé permiso para viajar. Unas sacan un libro y se ponen a leer. Otras compran una revista, un café o algo que les entretenga. Las demoras han causado desorientación en algunos, desesperación en otros y verdadera molestia en quienes tenían conexión de vuelo en algún otro aeropuerto. Todo el

mundo reacciona de diferente forma y educación. Hay quien entiende y hay quien vocifera. Las empleadas encargadas de los mostradores de las líneas aéreas no se dan abasto intentando explicar el motivo de los retrasos, mientras tratan de acomodar a algunos de los pasajeros con más urgencia en un posible vuelo que los lleve a su destino con mayor prontitud.

Yo me dirijo hacia las provincias vascas, terruño de mis ancestros. Voy a tener un reencuentro con mi tan añorado pasado, pues fue allí donde comenzó el camino hacia mi amadísimo presente. No tengo prisa, hoy me he desconectado del mundo y partiré cuando el cielo y sus tormentas se calmen.

Me tendré toda la paciencia, pues soy yo misma la que me espero sentada en la sala del aeropuerto de Bilbao. Aguardaré con serenidad hasta mi llegada. Hace muchos años que dejé a mi niña interna en aquellas tierras y sé que me estoy esperando con enorme ilusión para encontrarme conmigo y volvernos a unir para siempre.

En cuanto avisan la salida de mi vuelo por el altavoz, tomo con entusiasmo mi equipaje de mano y entro a la aeronave. Por fortuna elegí un asiento junto a la ventana para observar el paisaje y captar con mi cámara fotográfica todos los momentos de mi llegada. Apenas han pasado unos minutos después del despegue y parece que el cielo fuera una nube interminable en la que parezco estar flotando. Ya casi para llegar, se vislumbran los verdes valles de la región vasca, los caseríos, sus sembradíos y las ovejas pastando, las cuales, como puntos blancos, adornan las praderas y contrastan con los tejados humedecidos por la lluvia que lucen diferentes tonos de color rojo.

A lo lejos acecha una estruendosa tormenta y las nubes se engalanan de encaje gris oscuro para festejar con júbilo y derroche de agua mi llegada.

Al aterrizar en el aeropuerto de Bilbao me dirijo con ansia hacia la sala de espera, donde tengo la enigmática alegría de encontrar a una niña pequeña de mirada inocente y alegre sonrisa, con falda a cuadros y suéter rojo que me espera con gran ilusión. Al verme, corro hacia mí y me fundo conmigo en un interminable abrazo, prometiéndome con ternura y amor nunca más volver a dejarme. En ese momento siento que

el enorme y helado hueco que he tenido en mi alma por años se colma de una radiante y cálida luz color de rosa. Salgo del aeropuerto bañada en lágrimas de emoción y camino feliz bajo una fiesta de lluvia que cae incesante sobre mi rostro, lava mi llanto y purifica todo mi ser mientras me da la más hermosa bienvenida.

Parece que millones de “rocíos” llenos de luz y frescura iluminan la tarde en la que llego al encuentro con el inicio del sendero de mi apasionante vida. He caminado mucho hasta encontrar un taxi que me lleve al hotel y me sorprende comprobar que el rostro de los recuerdos ha cambiado, al igual que el mío. Ya todo es distinto y lleno de color.

Después de pasar la noche escuchando el canto de la lluvia, me dispongo a abordar el tren para trasladarme a una población pequeña, situada a veinte kilómetros de Bilbao, y siento que mi corazón comienza a palpar mucho más rápido en cuanto reconozco el paisaje y leo la palabra “Güeñes” en la pared de la estación ferroviaria. Al bajar del tren me dirijo hasta la esquina y de inmediato reconozco el tantas veces recordado chalet de Urrutia, que ahora luce sin la barda de piedra que antaño ocultaba sus inmensos prados, flores y pinos. El paisaje parece dormido, tranquilo, hipnotizado; y camino despacio para llenarme de su calma. Casi por inercia doy vuelta hacia a la derecha y recorro extasiada el tramo de la carretera que me lleva a la casa en la que habité dos años durante mi niñez y, al cruzar el puente, no puedo evitar la tentación de bajar al río a buscar la piedra que besé cuando me tuve que despedir de aquel lugar encantado. Su forma irregular y su tamaño resaltan junto a las demás piedras, rodeadas todas de hierbas crecidas y coronadas con flores silvestres. Era una roca muy grande la mañana en la que le dije: “adiós amiga, algún día volveré”. Y ahora la veo empequeñecida, pero igual de fuerte. Quizás yo he crecido, o tal vez ella se halla gastada debido los golpes del tiempo y la fuerza incesante de la caricia salvaje del agua, que con tal de seguir su trajín, arriesga y avanza sin ver a quién daña, mientras que a su paso todo florece, todo crece, todo avanza. Al besarla nuevamente siento de inmediato la brisa del torrente que me recibe con su dulzura y apacibilidad. Aquí están los dos, el río y la piedra; los encontré a mi espera, pues ellos, en su sabiduría milenaria, sabían con seguridad que algún día yo volvería.

Quizá me vieron cambiada pero, en mi esencia, soy la misma niña que robó piedrecillas redondas de su ribera y que ahora vuelve para acariciar sus hierbas, escuchar los cantos del agua causados por sus constantes chasquidos al correr por su cauce y a deleitarse con el baile de luces que escenifica el sol al reflejarse en él, jugando a ser una linterna diurna que lo conduce hasta el lecho marino.

Parece increíble estar aquí nuevamente después de tanta añoranza. Los cantos del enmohecido camino están iguales que como los dejé y subo entre ellos con alegría desbordada. Ya estoy a un paso de llegar a la inolvidable casa que fue mi hogar durante dos años y mientras me acerco percibo una oleada suave de aroma fresco que inunda mi corazón y hace que las lágrimas broten de emoción.

La casa está muy abandonada, parece habitada, pero la cubre la misma pintura de aquel entonces y la reja todavía tiene, incrustada en el hierro, la pintura que le aplicó mi padre hace más de cuarenta años. Donde se ubicaba la casita del conejo, hoy hay basura y mi palmera mágica con su tapete de piedras y flores ya no existe. Quizás se murió de pena ante mi ausencia o al enterarse que su luz se quiso ir conmigo. Tampoco está la banca que hizo mi padre bajo el peral, hoy seco, en la cual mi madre me enseñó a tejer, ni el columpio que pendía de una de sus ramas, con el que al mecernos, volábamos por arriba de las gallinas. Ya no hay acceso a la vía secreta del río que me ofrecía flores para llevárselas a mi madre, ni a la fuente que me regalaba agua y llenaba mi cántaro de frescura, y se han extinguido las plantas de petunias en las orillas de la carretera. Miro la casa tan triste como el día en que llegamos a ella y me invade la angustia de verla tan enferma.

La puerta exterior de hierro forjado está entreabierta y sin pensarlo entro y me recargo en ella para ver sin obstáculos el lugar que durante tantos años ha aparecido en mis sueños. “La casa de Güeñes”. Y mientras que me pregunto cuál puede ser la magia de ese inmueble gris y triste, observo que está abierta la ventana de la inmensa galería que sobresale de sus abandonadas paredes, en donde muchos años atrás me pasé horas y días tratando de entender aquel insospechado presente y envuelta en ensoñaciones de un incierto futuro mientras veía la nieve caer sin cesar.

Era un espectáculo único e imponente en el que millones de copos blancos, helados y de un fresquísimo aroma azul turquesa pálido se deslizaban desde el cielo suave y silenciosamente, para poco a poco cubrir y emblanquecer los pinos, prados y tejados de aquel inolvidable paisaje, a fin de ofrecerme la más absoluta paz.

Me es imposible evitar cerrar los ojos y asomarme con el pensamiento por la ventana para visualizar los momentos en los que algún día conversé con las estrellas, cuando de forma inesperada siento que los destellos de mi mente comienzan a formar círculos hasta convertirse en un túnel profundo, un sendero blanco, iluminado y suave que me lleva en segundos a mis maravillosos e inocentes seis años de edad —a mi mágica y fascinante niñez—, al inicio de un todo, a mi despertar de conciencia, a la contestación del porqué fui una niña tan adulta y ahora soy una adulta feliz e irremediablemente niña.

## Un viaje inesperado

Después de correr embelesada por aquel sendero, una radiante luz me llevó a la parte delantera de un inmenso avión *Constellation* de cuatro motores, donde me vi sentada junto a una ventana. A través del vidrio advertí que mis hermanos mayores, Ñita, Santi e Iñaki, nos despedían con lágrimas, sentados en el cofre del automóvil de mi padre desde las pistas del que —en aquel momento— fuera el pequeño aeropuerto de la Ciudad de México, donde quienes acompañaban a los viajantes entraban casi hasta el avión para despedirlos.

Mi confusión había empezado cuando un extrañísimo, brillante y largo coche negro llamado limusina, con asientos muy elegantes colocados en forma de sala, pasó por nosotros a las cinco de la mañana para llevarnos al aeropuerto. Las únicas palabras que recuerdo de ese fatídico momento son que mamá, con cara de asombro preguntó a mi padre por la procedencia del auto y él le contestó que lo había enviado “el licenciado”. A nosotras nadie nos había dicho nada de lo que acontecía y sólo se escuchaba un sepulcral silencio al abordar el vehículo. ¿Adónde íbamos? ¿Qué pasaba? ¿Por qué no nos habíamos despedido ni siquiera de nuestras

nanas? ¿Era yo tan pequeña que no me había dado cuenta de nada? Conmigo estaban mis padres y tres de mis hermanas: Marisa, casi cuatro años mayor que yo, y las gemelas Lucina y Belinda, a las que yo les llevaba dos años y medio de edad y que viajarían en compartimentos especiales para menores, provistos de camitas-cuna adosadas a la celosía divisoria entre el área de pasajeros y la cabina de mando del capitán del avión.

Aquello no parecía una travesía de vacaciones. El rostro de mis padres detonaba tristeza en el momento en el que nos despedíamos de mis hermanas a través de las ventillas y, llena de curiosidad, le pregunté a Marisa en voz baja si ella sabía algo de lo que sucedía. Me contestó que a ella le parecía que estábamos huyendo, pero que nosotras debíamos guardar silencio porque aquello era asunto de los mayores. ¿Que estaría pasando? ¿En verdad estaríamos huyendo...?

Un sinfín de indicaciones comenzaron a escucharse a través de las bocinas, al tiempo que una señorita vestida con uniforme azul marino y gorro a juego, a la que llamaban “azafata”, situada al centro del pasillo las traducía en señales logradas mediante movimientos rápidos con sus brazos y manos. Unos avisos eran muy preocupantes, como el complicadísimo procedimiento para colocarse el chaleco salvavidas. ¿Cómo no se les había ocurrido inventar algo más sencillo? ¡A nadie le iba a dar tiempo de ponerse eso en un momento de pánico! Otra preocupación era la clase de comida que nos darían, pues también decían que “había bolsas frente a los asientos para ser usadas en caso de vómito”. También debíamos colocarnos unos cinturones que estaban cosidos a los asientos y explicaron que eran para casos de turbulencia. El cinturón no estaba nada fácil de abrochar, pero una de las azafatas me ayudó con mucha amabilidad. ¿Qué querría decir la palabra “turbulencia”?

Las voces de los efusivos compañeros de viaje parecieron perderse en cuanto se escuchó el ruido de los motores y los dos enormes reguiletes metálicos colocados en cada una de las alas comenzaron a girar de una forma tan veloz que parecían ventiladores y el avión comenzó a avanzar hacia adelante aumentando la velocidad segundo a segundo. De pronto sentí que ya no pisábamos tierra, la nave había despegado y volábamos hacia un destino desconocido.

Inmersa en el asombro, pude observar que de manera paulatina se empequeñecía todo, y luego quedaba perdido en una nebulosa de incomparable blancura. Allí quedaban sumergidos mis amadísimos hermanos, mi casa con su gran patio, abrazado por barandales llenos de macetas con plantas floridas y en el que jugábamos a la roña, al avión, a la matatena, a las escondidas y a los espantos, cuando mi madre se disfrazaba de fantasma y nos perseguía por los más escondidos rincones de la casa; todos sabíamos que era ella, pero igual nos asustaba y gritábamos “ya no, ya no”, para después de una pausa, volver a gritar “asústanos otra vez, mamá”. Se quedaban dos inquietos columpios que había colocado mi padre entre los barandales del patio, como era su costumbre, en los que Marisa jugaba a ser trapecista mientras yo me columpiaba tan alto, que tocaba las nubes con la punta de los pies. Con las prisas se nos había olvidado descolgar la sábana colocada en el marco de una puerta divisoria entre dos habitaciones que fungía como telón donde, iluminado por una lámpara, Iñaki formaba con las manos figuras de diversos animales en movimiento y las proyectaba hacia los divertidos espectadores que ávidos de su arte nos situábamos al otro lado de la pantalla para aplaudir sus destrezas. El mismo telón servía también para abrir el escenario de las luchas libres que protagonizaban mis hermanos y amigos, a las cuales, para dar lustre al entretenimiento, también acudían vecinos y familiares.

Pero aquella casa poseía algo muy especial: un comedor muy grande cuya iluminación provenía de una colosal ventana engalanada con un enorme cesto de frutas formado con vitrales de colores, en el que al mediodía, y cansado de su trayectoria diurna, se recargaba el sol provocando que su luz cálida iluminara la estancia y la llenara con sus reflejos, mientras los miembros de la familia nos reuníamos todos los días alrededor de la mesa con mis padres sentados a las cabeceras. Era ésa la misma mesa en la que Ñita había colocado su bastidor para bordar durante meses enteros su ajuar de bodas, pues la paz del lugar y la luz entrante eran magníficas para tal tarea.

Begoña, a quien cariñosamente llamábamos Ñita era “La Hermana Mayor”, y había que decirlo con mayúsculas, porque con respeto y amor mayúsculo

ocupaba su espacio dentro del núcleo familiar. Con mucho parecido a la familia de mi padre, tez blanca, ojos café muy oscuro, cabello castaño claro y mediana estatura, era una joven responsable y buena en todas las facetas de su vida, con un alma noble de gran inocencia. Se había casado y tenía una nenita, lo que me había vuelto tía a temprana edad. Por fortuna, antes de partir yo ya había terminado de bordar el babero que mi madre me había dirigido para su recién nacida nieta. Eso sí que era causa de orgullo; ninguna de las mamás de mis compañeras del colegio les había enseñado a sus hijas a realizar labores que adornaran la femineidad a pesar de ser pequeñas.

Se quedaba también la próspera tienda de ultramarinos de mis padres, donde ellos trabajaban sin tregua, con la ayuda de mis hermanos durante los fines de semana y vacaciones. Ñita era la encargada de cobrar y controlar la venta diaria con una colosal caja registradora antigua cubierta con metal grabado que tenía muchas teclas y una palanca que al bajarla, cerraba la cuenta y automáticamente abría un cajón con divisiones para guardar o sacar billetes de diversas denominaciones y monedas. También contaba con un espacio para guardar chicles Canel's de un centavo para darlos como cambio a la clientela en los casos de escasez de monedas. Era divertidísimo pasar el día en ese negocio pues podíamos observar desde la surtida de despensas especiales para empresas de importancia; la llegada de clientas muy elegantes en coche último modelo, alhajadas y con chofer a la puerta a comprar toda su provisión, cajas de los mejores vinos y piernas completas de jamón; hasta el borrachito de la calle que iba a comprar su botella de tequila, o el limosnero que llegaba a pedir su diaria e indispensable rebanada de jamón. Eso sin contar con todas las chicas del rumbo que se acercaban a ver a mis hermanos con el pretexto de comprar cualquier cosa. O los chicos que llegaban a pararse a la puerta con la tan simple intención de ver a Ñita desde lejos. Para nosotras, las niñas, ir a la bodega de la tienda era casi como entrar al país de las maravillas, pues podíamos brincar entre los costales de semillas y jugar a la gallina ciega. También construíamos castillos con terrones de azúcar, y competíamos para ver cuál lograba quedar más alto y tardaba más tiempo en derrumbarse. Pero nada se comparaba a la risa que nos causaba el ofrecerles

cuadritos de caldo de pollo concentrado a los niños, diciéndoles que eran chocolates, y verles la cara en cuanto le daban la primera mordida. Y ni se diga de la diversión que en forma ocasional todos los infantes de la zona gozábamos con la promoción de una marca lechera que consistía en colocar dentro de la tienda una vaca de plástico tamaño natural que rumiaba mediante un mecanismo eléctrico y se comía todas las hierbas verdes que le dábamos. En ese lugar también me enamoré por primera vez del representante de una marca de productos enlatados, que me llevaba como setecientos veinticinco años de edad, pero eso no le quitó ser mi primer amor. Y en ese lugar, mi madre me enseñó la honradez, pues un día se dio cuenta de que yo había tomado unas barras de chocolate y me las había metido entre el resorte del calzoncito y la camiseta. Ella, al notarlo, me subió de inmediato al mostrador y para mi enorme sorpresa sacó las golosinas y dijo en voz alta a los clientes presentes: “Esta niña se ha robado unos chocolates de la tienda y en castigo se quedará sin poder venir a jugar durante un mes”. Pensé que la cara me iba a estallar de rubor. Ese día supe lo que significaba la palabra vergüenza.

En el cajón del tocador permanecían escondidas todas las cartas de amor que me había dado Santi para que se las guardara. Él era el consentido de mamá por ser el que más se parecía a su familia. Con ojos verdes, estatura media, tez apiñonada y un grado mayor de zalamería. Era en verdad encantador, un estudiante de administración comercial, cariñoso y fiestero al que las chicas buscaban sin control. Sentí que le había fallado a mi hermano al olvidar las misivas ahí. Y al mismo tiempo me dio pánico pensar que alguien las encontrara y pensara que fuesen mías, pero tenía fe en que él las buscaría.

Habíamos dejado también a mi nana Bertha y su mesa de planchar. Ella era una joven de tez morena, dulce, callada, paciente y siempre sabia; encargada de las tareas de lavado y planchado de toda la ropa de la familia. Se pasaba horas en una mesa vieja de más o menos un metro y medio de largo por un metro de ancho que ella forraba con una manta cubierta con tela de algodón para que la ropa le quedara bien planchada. Mientras ella cumplía con su trabajo, yo usaba una esquina de la mesa para hacer mi tarea. El vapor, la humedad y el ir y venir del fierro caliente nos mecían

en un vaivén que me llevaba a la más profunda concentración de mi labor, mientras que la joven, sin duda alguna, recordaba algún pasaje de su vida, por allá en la Hacienda de Santana del Conde, cuando comenzó a trabajar con mis padres desde niña. Pero eso no le quita que fuera un personaje muy curioso a pesar de su seriedad. Le gustaba hacer travesuras que a los niños nos encantaban. Un día se encontró un nido de ratones color de rosa recién nacidos en el sótano y tuvo la paciencia de amarrar una pata de cada uno al barandal de las macetas, para que tomaran el sol y se pusieran morenos, según explicó. Excuso comentar el estado en que se puso mi madre cuando vio la hilera de roedores tomando el sol en la entrada al comedor.

Dentro de mi mochila habían quedado olvidados los cuadernos de iluminar que me había regalado Iñaki junto con mis crayolas, aquel juego de pinturas con las que yo podía colorear lo que quisiera y llenar de vida todo lo que estuviera a mi alcance. Y por si fuera poco, había dejado también la libretilla para ganar Indulgencias Plenarias, en la que a diario le pegaba sellos con imágenes religiosas que compraba en el colegio para ayudar a las misiones. Yo no entendía mucho el significado de las palabras “Indulgencias Plenarias”, pero era algo así como ganarse el cielo. ¡De modo que hasta esa oportunidad había perdido ya!

Mientras desde la ventana del avión contaba sin cesar las nubes que me separaban de todo lo que yo sin querer dejaba, me asaltaron cientos de preguntas. ¿Quién tocaría en nuestro piano de aquel día en adelante? ¿Quién se reuniría alrededor de la mesa del comedor como lo hacía toda mi familia cuando estaba unida? ¿Quién pintaría con mis crayolas en mis cuadernos? Lo que fuera que estuviera ocurriendo, tendría que ser muy grave. Yo no alcanzaba a entender que mi madre me hubiera subido a aquel artefacto volador sin darme la oportunidad de llevar conmigo mi más preciado tesoro. ¿Qué haría yo desde ese día en adelante sin jugar con los colores? Sobrevolábamos miles de nubes de algodón que en un principio me había dispuesto a contar, pero desistí a causa de mis preocupaciones.

El avión aterrizó en las islas Bermudas y Azores para cargar gasolina. En esta última hacía un calor infernal, parecía que los cristales del

comedor del restaurante del aeropuerto se iban a derretir como cascada de agua con la inmensa luz proyectada por el sol, la cual podía quemar lo que tocara sin tener la menor idea de lo que con sus divinos rayos podía devastar.

El trayecto fue muy largo. Hubo un momento en el que nuestro único entretenimiento era ver la infinidad del cielo. La tripulación fue tan amable que nos dejó brincar a la cuerda en pleno pasillo del avión, lo que nos entretuvo durante mucho tiempo. Después, Marisa vio a una señora con los senos muy picudos que iba en el asiento de atrás, a la que le apodamos “la pinchapetes”, y nos entretuvimos observándola a través de los orificios que formaban la unión de los asientos. Esa señora ya había llamado nuestra atención desde que estábamos en el aeropuerto, pues en la oficina de migración la pasaron por una máquina que detectaba los metales y hacía un estruendo imposible de pasar inadvertido. La pobre mujer llevaba muchas pulseras de oro de donde pendían monedas llamadas Centenarios, y por más que escondía sus riquezas, la máquina indiscreta acusaba lo que ella portaba en metal precioso. A nosotras nos sorprendió mucho lo que pasaba, pero mi padre nos explicó que numerosas personas que habían hecho su fortuna en América regresaban a sus lugares de origen con diferente posición social y que en muchas ocasiones llevaban monedas de oro para obsequiarlas a algún familiar necesitado, o simplemente por presunción. Mucho me temí que la elegante dama no había logrado su sueño, cualquiera que fuere, pues después de tan indigno episodio, sus brazos ya no portaban las llamativas pulseras.

Qué difícil debía de ser la vida de los mayores. “La pinchapetes” llegaría a España despulserada, y mi madre, por alguna circunstancia desconocida para nosotras, devastada.



## Un frío panorama color gris

*L*legamos a Madrid a finales de otoño y nos alojamos en una casa de huéspedes que le habían recomendado a mi padre en el aeropuerto. Los dueños nos recibieron bien. La mayoría de las personas hospedadas eran mayores, con vestimentas oscuras y un poco despeinadas, pero todas sonrientes. A nosotros nos asignaron una habitación grande en un segundo piso con ventanas al exterior cubiertas con unas cortinas amarillentas que en su momento debieron haber sido muy bonitas y sedosas, las que a su vez cubrían unas persianas horizontales hechas de madera que lucían bastante empolvadas y cubrían en forma total la entrada de luz a la habitación. Sus dos camas matrimoniales, como todo lo demás, olían a rancio, húmedo y viejo. Alguien había fumado mucho en aquel lugar y el aroma a cigarro se había impregnado en las paredes forradas de seda, que en algún tiempo habían sido nuevas. Era indudable que las duelas de madera del piso tenían años de no haber sido enceradas y que limpiaban el recinto con lienzos sucios y mal lavados. Se sentía al polvo paseando por cada rincón y en lugar de lámpara en el centro del cuarto

había un foco lleno de excremento de moscas que no iluminaba por muy encendido que estuviera. ¡Aquella habitación era siniestra!

Mi madre, que no había parado de llorar, cayó rendida en cama. No sé cómo pudo dormir en aquel lugar, cuando ella era la limpieza y organización personificadas. Quizás por el cansancio del viaje, pero supongo, más que nada, porque estaba invadida de tristeza al ver a su familia dividida de un día para otro. Si para mí era difícil y no podía entender la separación de mis hermanos, puedo imaginarme el drama que representaba esa situación para ella.

Al día siguiente nos despertamos temprano y desayunamos una especie de atole al que le llamaban sopas de pan. Era leche hervida con café, azúcar y pedazos de pan duro ablandados durante la cocción. Las sopas aquellas me supieron a gloria, pero mientras las tomaba observé que a través de las cortinas de las ventanas se asomaba una ciudad sin color. Creí que todo era causado por el polvo acumulado en los vidrios y, sin decir nada, me acerqué al triste ventanal, recorrí los viejos lienzos y, con total desesperación vi en blanco y negro todo lo que estaba a mí alrededor.

Papá tenía ilusión de que tomáramos un paseo esa mañana, pero mamá prefirió ocultar su llanto quedándose en la pensión con mis hermanas pequeñas, por lo que él nos llevó a Marisa y a mí a conocer un moderno tren que corría por debajo de las calles y que se llamaba Metro. También visitamos el Parque del Retiro, en donde por ser finales de otoño, los árboles lucían grises y desnudos, sin ramas ni hojas. ¡Qué ironía de la vida! Imaginé que nosotros también vivíamos un otoño familiar en el que nuestro tronco había perdido ramas y hojas. Y así como el Parque del Retiro, que —según papá— en otras épocas del año estaba florido y con exuberante verdor, nuestro árbol renacería en cuanto recuperara sus ramas. Estaba segura, con todo el silencio de mi alma, que sólo hasta entonces regresarían los colores a mi vista.

En la calle había muchas mujeres con las caras encarnadas y vestidas de negro que vendían castañas asadas. Las asaban en una especie de hornilla con carbón y las vendían en cucuruchos hechos de papel periódico. La gente se arremolinaba para comprarlas, decían que eran típicas del invierno. Me parecía muy extraño ver que a la gente le salía por la boca un

extraño humo blanco al hablar. Después supe que eso se llamaba vaho y que se veía blanco porque el interior del cuerpo estaba más caliente que el ambiente de la intemperie. Mi padre nos compró unos de esos conos y le llevamos otro a mi madre. Al llegar a la casa de huéspedes nos sorprendió un aroma delicioso que flotaba por todo el recinto. Habían dorado galletas *marías* en unas láminas colocadas en el fogón y les habían untado mantequilla y mermelada. Encontramos a mamá muy tranquila, conversando con la dueña del lugar y a mis hermanas comiendo aquella deliciosa golosina, de la que nosotros también gozamos mientras nos preparábamos para dormir en la misma habitación amarillenta y hedionda.

Al día siguiente viajamos en tren hacia un lugar llamado Sodupe, una pequeña población de las provincias vascas, donde vivía la tía Antonia —una hermana de mi madre diez años mayor que ella— con Matilde, una de sus hijas, quienes nos dieron hospedaje durante unos días mientras mi padre encontraba vivienda y trabajo. Otra vez llegamos exhaustos porque aún sufríamos el efecto del cambio de horario, pero en esa ocasión, a una casa hermosa y reluciente. En breve llegó el tío Juan José a visitarnos. Fue hermoso ver a los tres hermanos abrazarse después de veintidós años.

Decían que el cambio de horarios nos tenía muy desorientados, pues aunque no fuera hora de dormir, estábamos muy cansados. Y mientras mi familia dormía durante aquella mañana, que para mí era como una noche soleada, me fui a la cocina a conversar con la tía para indagar lo que sucedía. Observé su semblante adusto mientras platicaba con ella tratando de agradarle, incluso le canté alguna canción de las que me sabía, pero no conseguí nada. Aunque el olor del puchero era delicioso, el ambiente se podía cortar con el cuchillo menos filoso de aquella cocina. Ahí había mucho silencio; era claro que algo grave ocurría.

Sucedía que no cabíamos en aquella casa y de nuevo debíamos dividirnos. Además, aquella familia había perdido mucho durante la guerra y no estaba preparada para recibir visitas imprevistas. Marisa y yo permanecemos con la tía durante pocos días, y mis padres y las gemelas, en casa de una amiga de la prima Matilde que con mucho cariño y por poco tiempo les ofreció su estancia. Por cierto que esa prima era dueña de un salón de belleza donde Lucina se inspiró a tal grado que le cortó el fleco

a Belinda casi al ras del cuero cabelludo, por lo que le tuvieron que hacer uno postizo de cabello tieso. Era lo único que nos faltaba, la pobre de Belinda parecía como un muñeco de ventrílocuo y no nos era posible verla sin contener la risa. Esa inocente criatura de copete trasquilado era lo único que nos hacía gracia en medio de toda nuestra desorientación.

En aquel recóndito exilio me dediqué a observar a través de la ventana todo lo que sucedía alrededor procurando no ser vista. Las señoras iban a diario a la compra con bolsas hechas de pedazos de cuero de diversos colores, cosidas y unidas hasta formar verdaderas obras de arte en las que llevaban los víveres a casa de una forma digna y elegante. La gente se abrigaba con ropa de tonos oscuros y las mujeres cubrían sus piernas con medias de lana. Las casas estaban sin pintar o con la pintura de sus fachadas deteriorada en extremo. Llovía a torrentes y las calles y prados eran lodazales. Los lugareños salían a la calle con unos cubrezapatos hechos de madera llamados almadreñas, parecidos a los suecos. Sus tres tacones sobresalientes impedían que la gente resbalase en el barro, pero en verdad eran muy incómodos. A muchas de esas personas mayores les faltaban varios dientes, casi todas las abuelas se peinaban con el pelo recogido hacia atrás y muchas de ellas se hacían cargo de los nietos. Vi un día desde mi refugio la manera en que una abuela le proporcionó a su nieto una tremenda paliza y lo encerró castigado en un espantoso cuarto oscuro al que le llamaban nicho, tan sólo por haber cometido una infantil travesura. Pobres abuelas, debían lidiar con los nietos mientras las hijas trabajaban en talleres como costureras, peluqueras, oficinistas, labrando el campo o en un sinfín de ocupaciones más para ayudar a ganar el pan y llevarlo a casa. Eran mujeres fuertes, limpias, sanas y llenas de vida que iban por la calle siempre con una sonrisa y conversaban con vecinas de cualquier cotidianidad. Yo, por mis características, estaba del lado de la niñez, de modo que me quedaba muy claro que debía volverme invisible mientras residieramos en aquel lugar y nuestra situación se resolvía.

El invierno estaba presente, por lo que de inmediato la prima Carmenu, también hija de la tía Antonia, un ser libre que había trazado su vida basada en inteligencia, esfuerzo y trabajo, nos llevó a una fábrica donde nos mandó hacer ropa de lana y nos compró unas botas de hule

para que nos protegieran los pies durante el crudo clima que se avecinaba. A mí me daba muchísima ilusión tener ropa nueva y usar botas por primera vez. Mi mayor sueño era hacer muñecos blancos en cuanto cayera la nieve.

Al ir rumbo a la fábrica de ropa, le pregunté a Carmenchu el motivo por el cual la gente se vestía con ropa oscura. Incluso los edificios se veían muy manchados, el río no era transparente y el agua que llevaba olía a óxido. Me contestó que estaban viviendo una “posguerra”, que España había sufrido una guerra que había separado a las familias. Esa contestación paralizó los latidos de mi corazón. ¿Qué quería decir la palabra guerra? ¡Nuestra familia también estaba dividida! Yo sólo me había robado unos chocolates de la tienda y un trenecito de Iñaki y había hecho trampa con unas estampas coleccionables en el colegio. ¿Sería eso la guerra? ¿Sería que nosotros también sufríamos una posguerra por culpa mía? ¿Era ese el motivo de nuestra huida? Eso sí representaba un conflicto muy grande. Ni con todas las crayolas del mundo podría teñir de colores alegres todo el panorama oscuro que había provocado.

A los pocos días llegó mi padre con la gran noticia de que había encontrado casa y trabajo en una población cercana y que la vivienda era tan grande que cabríamos todos, también tendríamos gallinas que pondrían los huevos que él vendería a un afamado comercio de Bilbao y que hasta gozaríamos de una huerta para la siembra de hortalizas y árboles frutales. Incluso enfrente, al cruzar la carretera, había un manzanar que nos pertenecería.

La tía Antonia vivía con su hija debido a que el techo de su casa se había desplomado durante la despiadada guerra civil, mientras su esposo, el tío Juanito, estaba preso por haberle llevado de comer a personas conocidas que estaban escondidas en las montañas. Sin tiempo para pensar, ella abandonó su hogar y almacenó sus muebles en una bodega de la estación ferroviaria de la localidad. La oportunidad era, sin duda, excelente para la venta de esos bienes a bajo costo, pues los clientes habían aparecido justo a tiempo y por sorpresa mientras su marido, ya libre y acompañado de unos erizos, cuidaba su caserío destechado que aún no había podido ser reparado.



## La casa de Güeñes

Muy pronto llegamos a lo que sería nuestra casa durante un buen tiempo. Era una casona solariega con un marcado carácter del norte de España con cierta influencia de la arquitectura rural del sur de Francia. Tal vez había sido edificada a principios del siglo xx con una fachada simple, ventanas de balcón sobre porche de madera y ventanitas en la buhardilla, mientras los laterales eran diferentes el uno del otro.

Su lado izquierdo ostentaba un salidizo a tres niveles con una enorme galería ochavada que coronaba una terraza cubierta con tejado. Piso intermedio cuyas ventanas conservaban sus inglesinas y cortinas deslizables metálicas para menguar el frío. El basamento del salidizo contaba con una logia de arcos de piedra de medio punto. En el jardín había árboles frutales y, para coronar la riqueza visual del lugar, justo a la entrada se erguía una verde y frondosa palmera canaria.

En contraposición, el lado derecho era muy sencillo y sin ornamento alguno. Sólo contaba con una escalera exterior. De seguro su diseño había sido concebido como vivienda unifamiliar pero con espacios y dependencias para alojar a personas que colaboraran en las

tareas inherentes a la propiedad, como el cuidado de la huerta, del ganado y de las aves de corral.

Estaba tan bien trazada, que las personas que labraban el campo podían subir por la escalera adosada hasta la cocina o a las habitaciones sin manchar el interior de la casa con residuos de barro en los zapatos.

Se podría decir que aquella mansión había sido construida para cubrir nuestras necesidades y era por ello que, al llegar, nuestro padre nos había dicho que ése era nuestro nuevo hogar.

En su interior, pisos y lambrines eran de madera, al igual que la magnífica escalera cuyos barandales, todos tallados en ese mismo material, iban desde el primero hasta el quinto piso, en forma espiral. El tercer nivel era el que comunicaba con la carretera a través de un puente con macetas a todo lo largo hasta llegar al porche. En la recepción había una consola para tocar discos, una oficina vacía, baño, comedor, cocina y un enorme salón con galerías.

Era una casa espléndida y, sin embargo, estaba abandonada, triste y lúgubre. Su olor a humedad y olvido se mostraban por doquier, y mientras mi padre nos regalaba serenidad y confianza, la angustia invadía el rostro de mi madre con inmensa desconfianza.

Dormiríamos dos en cada lecho y por sorpresa, en cuanto nos metimos entre las heladas sábanas que los cubrían, se empezaron a romper sus patas. Eso ocasionó tal alboroto que muertas de risa nos pusimos a brincar sobre aquellos vejestorios hasta dejar los rines de resortes y colchones sobre el suelo. Ante la indignación de mamá, que era en exceso perfeccionista, mi padre fue a la planta baja a buscar ladrillos de construcción y le puso patas nuevas a las camas en menos de lo que cantó un gallo. Y brincamos sin parar hasta caer rendidas sobre las camas con zancos.

Con esa algarabía se dio inicio a una estancia mágica llena de sorpresas, luz, dolor, alegría y angustia, con color y sin color, esplendor y oscuridad. Una especie de orden y caos que marcó nuestras vidas para siempre.

Nuestra primera noche fue triste, maloliente y mojada. Hasta las estrellas lloraron en silencio. Todo el campo amaneció cubierto de lágrimas

celestiales en las que se reflejaba la luna. Pronto, tras las montañas, se fue asomando el sol, que con su cálido resplandor sublimó el llanto astral y llenó de alegría el entorno. Eso sucedió durante varias noches, y al amanecer me embelesaba encontrar la luz de la luna reflejada en las lágrimas de las estrellas.

Mis padres se encargaron de arreglar la vieja casona en pocos días. Nunca me pude explicar cómo fueron capaces de hacer esa maravilla al mismo tiempo que el cielo se lamentaba. Mi madre nos colocó unas lijas en los zapatos a Marisa y a mí para que puliéramos la madera desgastada de los pisos de oficina, comedor, habitaciones y salón de las galerías, mientras bailábamos. Luego mi padre les untó cera y les sacó brillo mediante la divertida tarea de sentarnos en mantas y pasearnos a toda velocidad a cada una de sus hijas por todos los rincones del recinto al igual que si fuéramos tazas voladoras de los juegos de las ferias.

Todos los pisos quedaron relucientes después del inigualable festín ocasionado por nuestras risas y unas cuantas mantas, sobre todo el del majestuoso salón de las galerías que algún día habría estado vestido con muebles estilo inglés o francés, el cual se rindió a nuestros pies para que en él jugáramos a todo lo imaginable, incluso obras de teatro organizadas por Marisa, pues ya desde entonces corría por sus venas la sangre de actriz.

Los azulejos y el piso de la cocina volvieron a lucir blancos y resplandecientes. Al igual que la estufa, que tuvo que ser lavada con agua caliente y sosa cáustica. Ese día tuvimos prohibido acercarnos a esa área, pues decían que los vapores que emanaba la sosa eran muy dañinos. Al día siguiente vimos que toda el área mostraba un rostro brillante, libre de toda la grasa que se le había incrustado a causa de los muchos años de abandono y falta de cuidado.

La estufa era de hierro fundido para carbón y leña, había sido fabricada en Bilbao a principios del siglo xx y tenía a un lado un recipiente para almacenar agua que iba a todo lo ancho y profundo del mueble. Aquella agua permanecía caliente todo el día debido al calor del carbón encendido y era útil para la hora de cocinar o para cualquier ocasión que lo ameritara; que

podía ser desde la preparación de un aromatizante té hasta un necesario y relajante baño de pies.

Parecía que todo estaba habitable cuando la buhardilla asaltó la mente de mi madre, quien nos convocó a subir a inspeccionar la zona junto con ella. La puerta rechinó al abrirse, y nos llevamos tremenda impresión al entrar y encontrar un cofre viejo celosamente custodiado por un gato pardo que en cuanto nos vio, encorvó el cuerpo, levantó la cola y saltó al quicio de la ventana. Los ojos de mi madre aparecían tan aterrados como los del felino, cuya existencia hasta ese momento desconocíamos.

Para colmo de males, dentro del siniestro cofre que posteriormente sería convertido en leña para el fogón, encontramos muchísimos listones morados con nombres de personas escritos en dorado que algún día habían adornado coronas florales fúnebres. Esa misma noche, mis padres honraron a los dueños de los nombres de los listones con una fogata a la luz de la luna.

Tras semejante hallazgo, las cuatro hermanas habíamos pensado que aquel desván vacío sería ideal para jugar a los espantos con mis padres disfrazados de fantasmas mientras el gato maullaba y nosotras corríamos de rincón en rincón. Estábamos convencidas de que iba a ser divertidísimo, pero nos explicaron que era imposible tener tal inquilino en un espacio que, debido a su alta localización y ventilación, se usaría para almacenar frutos, quesos, mermeladas, conservas, jamones y embutidos. De modo que con cubeta y jabón en mano, dejamos albeando aquella buhardilla, lista para recibir y custodiar las delicias que en breve saldrían de la renovada cocina. Aunque nosotras, desde ese día, por razones obvias, le llamaríamos el nicho de los fantasmas.

Para empezar a darle uso apropiado a tan espeluznante sitio, era necesario deshacerse del gato, por lo que se lo regalaron a un vecino, pero al día siguiente el felino apareció muy contento y maullando a media cocina. Lo dieron muchas veces, pero él siempre regresaba. Para solucionar el problema, mi padre se lo llevó en tren a un pueblo lejano y lo soltó en el campo. Tres días después el mamífero ya había regresado a pata por la carretera y mi madre emitió tal grito de horror al verlo, que al pobre

y fiel minino le dio una profunda e incontrolable diarrea. Mi padre, poseedor de mucho don con los animales, le hizo un bebedizo que lo curó. Resultaba claro que mamá y el micifuz eran incompatibles y no podían vivir bajo el mismo techo. Por fortuna, unos días después pasó por ahí el hijo de un gitano que con su hablar medio disparatado pedía unas sardinas para sus gatos. Desde ese momento supimos que ése sería el dueño ideal para nuestro fiel hallazgo, por lo que gustosos le dimos un paquete de sardinas frescas y un gato. El niño se fue satisfecho y nosotras quedamos igual al pensar que por fin aquel desdichado felino se convertiría de manera oficial en un peregrino y que la caravana lo llevaría sobre ruedas a conocer un pueblo tras otro de una forma sin igual.



## ¡Las tareas de la temporada fría!

La temporada fría había arribado con toda su fuerza, y decían que era momento de adquirir un cerdo bien cebado para tener buen guiso durante algún tiempo, por lo que lo compraron en una feria. De inmediato apareció el tío Juanito (el de los erizos), que sabía de todo y parecía estar siempre listo para ayudar en cualquier faena.

También llegó una antigua amiga de mi madre, de apariencia gruesa y semblante enrojecido que ayudó a sostener al cerdo en contubernio con el tío. Aterrorizada, vi que mi madre introducía un cuchillo en un lugar específico del pescuezo de aquel pobre cochino que no paraba de chillar. De pronto saltó un chisguete de sangre que acumularon en una cazuela mientras el tío decía que se iban a poder hacer muy buenas morcillas con ella. Todos los vecinos se asomaban por arriba de la barda desde la carretera hacia el prado de la casa y observaban la escena con enorme admiración. Mis hermanas y yo estábamos impactadas y con un nudo en la garganta, mientras nos preguntábamos cómo era posible que mi madre fuera capaz de cometer semejante acción. No lograba entender que la mujer que portaba el cuchillo ensangrentado fuera la misma que con inmensa ternura

me había enseñado a bordar meses atrás y me consolaba cuando se daba cuenta de que yo estaba perdida en la inmensidad de la nada.

A mí me preocupó muchísimo la aparición súbita de aquella amiga de juventud en nuestras vidas; me sentía perturbada, nunca había visto a mi madre usar tanta fuerza y por lo que parecía, los vecinos tampoco habían visto a una mujer con tal valía.

Parecía que eso se acostumbraba en aquella región y mamá se mostraba feliz de haberlo logrado. Al día siguiente, regresó la amiga extraña y sería acompañada por otra amiga que según decían, era una gran cocinera; iba vestida de negro y su físico era también colorado y rollizo, pero mucho más sonriente. Habían ido a casa para ayudar en el laborioso arte de preparar chorizos, morcillas y jamones. Ella sí que debía tener mucha práctica, pues pelaba y trituraba los ajos con un solo golpe de su mano contra la tabla de madera.

¡Menuda tarea nos tocó a las niñas! Nada más ni nada menos que darle la vuelta a los intestinos, lavarlos en forma perfecta y ponerlos a desinfectar en un enorme balde lleno de vinagre. Ellas hicieron la parte más sencilla mientras recordaban fascinadas sus añoradas infancias: sólo trituraban la carne en un aparato especial que tenía orificios por donde salía el producto molido en forma de fideos. Luego agregaron ajos, pimentón y muchos condimentos más. Después rellenaron los intestinos y los amarraron cada diez o quince centímetros con una cuerda de algodón, hasta formar grandes tiras de chorizos que parecían collares de gigantes.

No participamos en la elaboración de las morcillas, pues decían que no había caso que nosotras estuviéramos en contacto con sangre siendo tan pequeñas. Sin embargo, nuestra habilidad fue requerida para perforar las tripas rellenas con cuatro o cinco alfileres insertados en corchos. Decían que esos hoyos se hacían para ayudar a que saliera el gas durante la curación del embutido.

Las niñas fuimos invisibles mientras las señoras regresaron a su lejana infancia. Contaron que habían tenido que abandonar el colegio sin terminar sus

estudios para ayudar a sus padres, pues les había tocado ser las más pequeñas de sus familias. Entre otras cosas, mi madre comentó que siendo una niña, mi abuelo, don Juan de Irazábal, cestero de profesión, que había sido concejal del pueblo y un hombre de mucho respeto, en vísperas de partir, le había dicho: “Chiquita, consígueme un cigarro con algún amigo que pase por la carretera, para fumármelo a escondidas de tu madre, antes de que venga el sacerdote a darme el bien morir”.

Aquellas mujeres tan fuertes habían tenido una infancia muy dura pastoreando ovejas en lo alto de las verdes montañas, a donde también llevaban a pastar sus vacas. Desde muy niñas habían aprendido a ordeñar y también a elaborar quesos que vendían en las aldeas cercanas. Incluso, decían que cuando las reses estaban en brama, las llevaban a cruzar con el semental, lo cual, en aquel momento, era difícilísimo de explicar a las pequeñas presentes, que no teníamos idea de quién era el señor semental que le ponía las cruces a las vacas. Agregaban que las vacas eran el símbolo de la paciencia y que su leche infundía paz al ser humano.

La tarde avanzaba y la conversación no terminaba. Las niñas seguíamos en silencio mientras escuchábamos aquellos relatos que habían permanecido ocultos por mucho tiempo. De pronto recordaron a todo lo que se habían expuesto mientras estaban solitas en la montaña, cada una en su corta edad por diferentes pastos para cubrir semejante responsabilidad con tan sólo un perro que las acompañara. Con risa diáfana competían las tres por el número de víboras que habían matado y por el número de hombres que al querer ultrajarlas, habían ahuyentado a gritos y palos, cuando sólo el viento las escuchaba.

En la conversación mencionaron una palabra que no se encontraba en mi vocabulario y pregunté por su significado. En ese momento las tres niñas fueron de nuevo adultas y al darse cuenta de que Marisa y yo estábamos presentes hicieron un silencioso compás de espera. Una de ellas respondió. “Ultrajar es ofender, es lastimar, es romper el secreto más íntimo de una persona, es acabar con el tesoro máspreciado”. Y para distraer nuestras dudas, se levantó de la silla diciendo: “No hay mal que por bien no venga, esta cintura que aún poseo después de tantos hijos es

gracias a toda la hierba que segué con la guadaña”. ¡No entendimos nada, porque por mucha explicación que nos dieran, ignorábamos cuál era el tan apreciado tesoro que poseían ellas en la montaña!

Fue enriquecedor escucharlas cuando recordaban los momentos en los que las ponían a trasquilar a las ovejas y rellenar con su lana los colchones que con tela de algodón ellas mismas confeccionaban. Los cuales, por supuesto, coserían a mano y luego los cargarían a hombro para venderlos a los vecinos de las comunidades cercanas, que descansarían sobre ellos después de grandes jornadas de trabajo en los campos. Colchones que serían descosidos cada año para lavar su preciado relleno en el riachuelo y ponerlo a secar al sol, para después volverlos a armar y coser a mano. ¡Lo contaban tan felices! Debió haber sido muy divertido jugar en el arroyo y al mismo tiempo golpear la lana con varas de árbol de membrillo hasta sacarle la suciedad. Decían que esas varas eran las ideales para ese fin debido a su flexibilidad y que precisamente con ellas las habían azotado en el colegio cuando se portaban mal. El agua volaba en forma de gotas gigantes al ser golpeada y, juguetona, las bañaba y provocaba en ellas profundas carcajadas en la felicidad de su infancia. Y golpeaban la lana y la volvían a golpear hasta sacarle la suciedad acumulada por personas que habían descansado en ella sin tregua, sin horario, sin higiene y sin sanidad.

Las tres señoras conversaron hasta perderse en el cajón de los recuerdos mientras yo las veía cada vez más grandes y admirables.

Desde los chorizos hasta las patas del cerdo tuvieron un procedimiento especial y de mucha importancia hasta ser suspendidas en los ganchos del nicho de los fantasmas. Presumían que eran embutidos y jamones preparados con los más esmerados conocimientos culinarios y que con el tiempo se “curarían” a fin de transformarse en viandas que toda la familia podría consumir en la vida diaria. Yo pensaba que aquello no tenía cura. ¡Allí yacía un muerto! No quería ni pensar que por las noches se nos apareciera un fantasma con orejas y cola enroscada.

¡Con qué nombre tan adecuado habíamos bautizado aquel lugar! ¡El nicho de los fantasmas!

Un silencio interrumpió las risas cuando la cocinera le preguntó a mi madre el motivo por el cual había partido, a lo que ella contestó que porque en aquel entonces en esas regiones reinaba el hambre, y que un buen hombre le había propuesto una mejor vida muy lejos, que ella aceptó por consejo de mi abuela Dominga, a quien dejó en manos de sus hermanos y a la que nunca volvió a ver, ya que la guerra aparecería en breve extendiendo las distancias e imposibilitando las comunicaciones. Sus lágrimas volvieron a brotar. Nunca se imaginó que no volvería a abrazar a su madre. Ella había dejado todo lo que su vida representaba por casarse con un desconocido que en el futuro sería mi padre, quien dedicaría su vida entera para adorarla, pues ella se convirtió en su mujer, su madre, su todo, su diosa..., su amante.

Qué orgullo tan inmenso sentí al saber quién era en realidad mi madre, pues aquella mujer que llevaba a su familia como la más ilustre de las señoras y que había respaldado a mi padre hasta en la peor de las batallas, había sido huérfana desde muy niña y, sin oportunidad de estudiar, conquistó al mundo como guerrera, se enfrentó a la sociedad como una dama y educó a sus hijos como maestra.

Por eso mi madre era como era, por eso era tan completa, tan absoluta, tan respetada, tan constante, tan sabia, tan majestuosa, tan alegre, tan dominante. Nunca la dejaron ser niña, pues en su tiempo sólo se permitía ser grande. Y debido a eso por instantes era dura, pero a la vez amable, y por eso por instantes era fuerte y en otros, tan débil como la pluma de un ave, y por eso su amor abarcaba al mundo entero en tan sólo un instante.



## Un desplumado saludo mañanero

*M*ientras el área que habitaríamos quedaba impecable gracias a todo el esfuerzo familiar, mi padre decidió acondicionar el piso más bajo de la casa para instalar su gallinero con ponederos y palos a fin de que las aves durmieran en ese lugar de la casa que tenía acceso al campo. Y una vez habiendo tenido el nido, compró un buen número de gallinas blancas que llegaron felices a cacarear a su nuevo hogar y llenarnos de alegría.

Desde que comenzó a funcionar la cocina, mi madre me dijo que como la abuela le había llevado el café a la cama a la bisabuela todos los días, y que ella se lo había llevado a la abuela, me había elegido a mí para que yo siguiera la tradición y la despertara a diario con un delicioso café servido en la cama, por lo que me enseñó a encender el carbón de la estufa y a preparar la aromática bebida. Eso consistía en vaciar agua caliente de la que estaba almacenada en el pequeño tanque de la estufa a un cacharro y ponerla a hervir. Cuando estuviera en ebullición, agregar una cucharada y media de café molido y un trozo de carbón al rojo vivo. A continuación, apagar la llama y tapar el cacharro por unos segundos.

Después pasarlo por un colador realizado con tela gruesa cosida en forma cónica, como si fuera un sombrero de polichinela invertido y unido todo a un aro de metal con mango.

Era receta heredada de la bisabuela el echar el trocito de carbón encendido al agua hirviendo después de haber agregado el café, lo que provocaba que los granos de éste se fueran al fondo del cacharro y la deliciosa bebida resultara más fácil de colar.

También me enseñó a vestir la bandeja en la que llevaría el café. Ésta debía acompañarse siempre con una servilleta o paño que cubriera su superficie a fin de evitar que resbalara el plato con la taza y el pan que irían encima. Me dio una servilleta bordada a mano para que yo la usara a diario al servir el café. Decía que hasta la más humilde bandeja debía ser presentada con dignidad y decoro.

Yo me sentía orgullosa de haber sido elegida para continuar con tan hermosa costumbre. Llevarle el café a mi madre a la cama se convirtió en una convivencia amorosa e indispensable para las hermanas antes de comenzar el día, pues nos sentábamos todas a su alrededor, mientras nos ofrecía pedazos de pan remojados en su estimulante antojo matutino.

Ese rito continuó a lo largo de su vida. Belinda dice que mi madre fue tan inteligente que siempre tuvo quién le llevara el café a la cama hasta la hora de su muerte, y todas las hermanas que vivimos esa etapa, aún hoy, iniciamos el día bebiendo una taza de café sentadas en la cama.

A partir de ese momento toda la familia comenzaba sus actividades y mis padres no pararían de trabajar en las labores del hogar, huerta y granja hasta las seis de la tarde, hora en que el sol se escondía tras las montañas y las gallinas se recogían a dormir. Siempre me pregunté cómo podía ser posible que aquella inmensa casa estuviera siempre reluciente de limpia y ordenada, la ropa lavada y planchada y la comida servida. Mis padres, a pesar de las terribles dificultades por las que pasaban, en todo momento nos ofrecían una apariencia decorosa y digna enmarcada por una vida llena de amor.

Mi padre me dio también la responsabilidad de bajar a diario al gallinero a recoger los huevos que las gallinas habían puesto. Cuántas tareas tenía que realizar al mismo tiempo, pensaba yo, pero pronto me organicé. Primero bajaría a la cocina, pondría a hervir el agua para el café y mientras esto ocurría, bajaría al gallinero por los huevos; una vez de vuelta en la cocina haría el resto de la faena.

Papá me dio instrucciones para entrar al gallinero con sigilo porque aquel era un santuario de aves buenas que me regalarían sus huevos, por lo que mi presencia tendría que mostrar profundo respeto y gratitud. También me adiestró para buscar el huevo bajo las gallinas echadas en sus ponederos de paja. Sin lugar a dudas, él ya les había avisado que yo las visitaría por las mañanas, pues desde el primer día, en cuanto percibieron mi presencia, ejecutaron una hermosa coreografía en la que volaron por doquier un sin fin de plumas blancas dándome el más cordial saludo mañanero.

Siempre consideré que trabajaban en equipo, pues mientras unas corrían cacareando mi llegada, otras bebían agua de los bebederos o quizás se lavaban la cara o se acicalaban alguna pluma, porque yo nunca vi sucias sus alas. Unas más tenían como misión vigilar celosas con pasos lentos los ponederos, y cuidaban a las que con inmensa tranquilidad protegían el fruto de su vientre bajo sus alas.

La inconfundible sensación de introducir mi mano entre la paja y las suaves plumas de la gallina para tomar el huevo tibio que me regalaba produjo, desde el primer día, la magia de que yo apreciara que su cresta era roja. ¿Sería que el rojo significaba alegría? Que fascinación ver todo en diferentes tonos de gris, desde el negro hasta el blanco y entre ellos distinguir las crestas rojas, que coronaban las cabezas de aquellas aves de plumaje inmaculado que bailaban al ritmo de la música producida por su mismo cacareo.

Después de aquella desplumada ceremonia, continuaba el difícil pero tradicional rito del café. El acto de subir con aquel delicioso aroma por las espléndidas escaleras de madera de caoba en forma de caracol que me llevaban hasta la alcoba de mis padres, donde ellos me esperaban en unión familiar, representaba la bendición del día.



## El río color carmesí

*P*ronto debíamos estar inscritas en un colegio mixto de la localidad, que se encontraba en el centro del pueblo y era de gran prestigio por su excelente docencia y estricta disciplina. Jóvenes y niños de diversas poblaciones vecinas acudían a él hasta en tren. Una tarde todos los miembros de la familia nos dirigimos hacia la afamada escuela caminando un buen rato por la carretera flanqueada por cientos de árboles plátano, con aroma a verde seco. La corteza de sus troncos se desprendía en rodajas de diferentes tonos de grises y sus ramas retorcidas carecían de hojas y lucían tristes.

Llegamos hasta una bifurcación donde estaba la estación del tren por donde habíamos llegado y doblamos hacia la derecha para tomar otra avenida o carretera que nos llevó hasta el colegio y la plaza principal coronada por una iglesia sin cúpulas, en cuyo atrio había una hermosa fuente. No se veía gente en las calles, aunque muchos salían por la ventana para vernos pasar, pues llamábamos la atención por ser nuevos en la zona. Faltaba poco para que nos empezaran a llamar “los americanos”.

En el trayecto sentí que aquel sitio tenía un encanto especial. Por un momento creí que el río pasaba dos veces por el pueblo, pero fuimos nosotros los que cruzamos por dos pintorescos puentes para llegar al centro.

Ya para ese momento, mi fenómeno visual había desarrollado la interesante habilidad de relacionar aromas, emociones y dolencias con colores, como si mis ojos tuvieran por dentro una cámara fotográfica que retratara en blanco y negro, mientras mis emociones coloreaban los sentimientos. Algo que día con día resultaba más inquietante y divertido a la vez. Sentía los problemas color morado, las alegrías en tonalidades desde el rosa hasta el rojo y la tristeza pasaba del verde seco al gris oscuro.

Al salir de casa y pasar por el puente observé que el río Kadagua corría de color carmesí, cubierto de nubes blancas de espuma que flotaban por encima y a todo lo largo de su trayecto, pero su olor era a óxido. Y por si fuera poco, lo que mi olfato recibía no era el fresco aroma que suele percibirse cuando el agua cristalina corre cantarina en su trayecto hacia el mar; ni siquiera podía observar si llevaba peces. Desconocía si aquella visión era alarmante o fascinante, porque mi confusión entre olores, percepciones y colores no me permitía distinguir el verdadero tono del afluente en medio del paisaje grisáceo. Me preguntaba si el rojo de aquella enorme corriente de agua que atravesaba el atractivo lugar significaría alegría, como en el caso de las crestas de las gallinas. De lo que sí estaba segura era que el olor ácido que despedía el río no concordaba con un canto a la felicidad.

El colegio tenía dos accesos. Uno con escaleras llenas de flores para el ingreso a personajes distinguidos, como cuando el párroco iba a oficiar misa en la capilla o cuando se ofrecía algún banquete para las altas personalidades de la curia en ocasiones de mucha importancia. El otro era para uso diario y el que permitía la entrada del alumnado.

Contaba con salones para los diferentes niveles de enseñanza, capilla, casa para las monjas, una pequeña cuadra donde había algunas vacas de ordeña para el consumo de los miembros del plantel y, sobre todo, un enorme jardín lleno de árboles por cuya orilla y a todo lo largo pasaba el cantarín arroyo color carmesí con sus nubes blancas.

Las monjas llevaban hábitos negros con pechera cuadrada y cubrían su cabeza con togas blancas de enormes y almidonadas alas. Con el planchado daban tal forma a sus togas, que al verlas por detrás, parecían palomas blancas que volaban buscando el horizonte, y de perfil, simplemente eran aves volando en libertad hacia el infinito. Aquel atuendo mostraba una elegancia suprema e infundía un profundo respeto.

Mis padres compraron uniformes, útiles, libros y cuadernos mientras que a nosotras nos llevaron a conocer una escultura de la virgen María realizada en mármol que se encontraba en el centro del jardín. Figura a la que en un futuro no lejano le trazaríamos caminos de pétalos de flores durante las ofrendas del mes de mayo, cuando estuviera la primavera en todo su esplendor.

Al salir pasamos por la taberna, donde comimos unos enormes bocadillos elaborados con pan y una rebanada de jamón. Era muy curioso que les llamaran “bocadillos” siendo tan grandes. ¡Uno de ellos hubiera sido suficiente para toda la familia! Aquel lugar olía a mucha madera impregnada de vino. El tabernero nos atendió muy bien tratando de indagar quienes éramos y qué hacíamos ahí, pero en cuanto comenzó la conversación y se dio cuenta de que mi madre era oriunda del Barrio de Zubiete en el Valle de Gordejuela, a unos cuantos kilómetros de allí, y que éramos gente de total paz, nos dio la más cordial bienvenida frente a todos los que estaban presentes en aquel momento. De inmediato se extendió la noticia, como solía extenderse a diario, y fuimos conocidos por todo el barrio.

En esa taberna se hallaba la centralilla telefónica del pueblo. El teléfono constaba de un aparato de madera colgado en la pared con un gancho que sostenía una bocina mágica. Era de asombrarse que con sólo descolgarla se escuchara una amable voz femenina desde otra central que a su vez solicitaba el número telefónico del lugar a donde el interesado quería llamar; ya fuera de otro estado, de la capital, o de otro país, aunque éste estuviese muy lejos. Y de la misma manera ocurría cuando llamaban telefónicamente a alguien desde la capital, de otra ciudad o de algún pueblo donde también hubiera una centralilla telefónica. De modo que si algún vecino recibía una llamada, se le decía al interesado que volviera

a comunicarse en media hora, tiempo en el que un enviado del tabernero llevaría el aviso hasta el rincón más apartado del pueblo. El recibir una llamada telefónica en aquellos entonces se debía casi siempre a algún asunto urgente, de extrema delicadeza o muy festivo. Y como la noticia se escuchaba en la taberna, en pocos minutos se convertía en un relato anecdótico que se extendería a toda velocidad dando lugar a nuevas conversaciones y chismorreos por todo el vecindario.

Visitamos también la iglesia de Santa María de Güeñes, de culto católico, que por alguna extraña razón carecía de cúpulas y de enormes campanarios, como las iglesias que yo había visto con anterioridad. Quizás no les había alcanzado el dinero para construirlas o ya se le habían caído con el paso de los años. De cualquier manera, el portal esculpido magistral y detalladamente en piedra y enmarcado por losas pétreas sólidas y lisas daba un resultado contrastante. Su interior me pareció oscuro y con pocas bancas. Había muchos reclinatorios con placas metálicas grabadas con el nombre de sus dueños y que, por lógica, sólo podían ser usadas por ellos. El altar era todo de madera tallada, pero casi no se apreciaba la exquisitez del trabajo debido a la oscuridad. El cura dijo que esa iglesia era una joya patrimonio histórico de Vizcaya. Me quedé muy impresionada, pero para ser sincera, a mí me pareció que para ser la casa de Dios, la tenían bastante abandonada.

Ninguna imagen escultórica parecía estar contenta en aquel recinto. Pobre Dios, debía de darle mucha tristeza ver tan desamparada su casa, la cual habían construido con tanto esmero, con las más fuertes puertas y con la piedra suficiente para que Él viviera allí bien protegido y acompañado por hermosísimas imágenes talladas en madera. Me pregunté cuál habría sido el motivo por el que los artistas les hicieron caras tristes y llorosas, que pedían auxilio y salvación, en lugar de tallarlas alegres dando gracias a la vida y a la fuerza del amor. Ni siquiera la virgen María aparecía contenta sabiéndose madre de un profeta. A mí me resultaba difícil aceptar que para ser santo y lograr llegar a los altares hubiera que derramar tanto llanto.

Al salir de la iglesia vino a mi memoria cuando mi nana Bertha me llevaba los domingos a la misa de las seis de la mañana a la Parroquia del Espíritu Santo en la colonia Santa María la Ribera y el gozo que era para mí ver los rayos del sol cruzar a través de sus coloridos vitrales a la hora del amanecer, y al salir por su enorme puerta comprarle algún cacharrito de barro a doña Chole para jugar a la comidita con mis hermanas. Después, todavía respirando el aire fresco de la mañana, pasábamos por la panadería y llegábamos a casa a desayunar un huevo frito bañado con salsa de tomate y chile hecha en molcajete y acompañado con pan dulce, antes de que nadie de la familia se hubiera despertado y estuviera consciente de mi enorme agasajo.

Cruzamos el pueblo de nuevo para regresar a casa y volví a ver caras tristes y fachadas sordas de casas o edificios que parecían abandonados. Pasamos por el puente del río granate y seguimos nuestra marcha hasta llegar a la esquina que colindaba la calle de Encarterri con la carretera, donde nos dirigiríamos hacia la izquierda. La curva estaba formada por una barda de piedra de donde emanaba un perfume deliciosamente verde. Decían que esa muralla custodiaba un palacio al que llamaban el Chalet de Urrutia, construido por unos indios que habían hecho mucho dinero en América, y se presumía que sus jardines albergaban flores, árboles y pinos de los rincones más lejanos y exóticos del mundo.



¡El aroma de mis libros!

*A*l llegar a casa, nuestros padres nos dijeron que los uniformes eran muy elegantes, dignos de tan distinguido colegio, y los sacaron de una bolsa para ver si eran de nuestras tallas o había que hacerles alguna compostura; eran negros, con un pequeño cuello blanco, y las capas eran de una lana gruesa muy fina, que servirían para cubrir el frío de los duros inviernos; eran del estilo de las capas de enfermeras, con tirantes confeccionados de la misma lana, que se cruzaban al frente y se abotonaban a la altura de la cintura por detrás del cuerpo, de modo que quedara la capa suelta por encima del uniforme. Sin duda alguna, unas capas calientes y muy elegantes... *pero negras*. Por un momento pensé que lo que veía era a causa del problema que se estaba presentando en mi vista y de lo que no había dicho nada por no alarmar a nadie, pero percibí el olor a negro tan sólo al acercarme a mi capa e, incluso, al cerrar los ojos y tratar de introducirme mentalmente en el tejido de aquella lana tan oscura y gruesa, sentí que estaba conformada de muchas fibras muy delgadas y apelmazadas, como las de las cobijas.

También nos entregaron nuestros libros y cuadernos. Me llamó la atención que los libros tuvieran las hojas recortadas en sus orillas de una forma imperfecta y que no eran de color blanco y lisas, sino de papel rústico y áspero. Olían a madera con algún pegamento, quizás resina. Sin embargo, era un aroma que invitaba a la lectura y al aprendizaje. Entre los útiles de estudio encontré unas pizarras negras pequeñas, enmarcadas en madera, y unas barritas cilíndricas de pizarra blanca llamadas pizarrines para escribir sobre ellas. Eran muy parecidas al pizarrón grande del salón de clases, pintado de negro sobre la pared, en el que se podía borrar lo escrito con una bayeta y volver a escribir sobre él cuantas veces quisiéramos. ¡Ese invento sí que era fantástico!, pues podríamos hacer las cuentas en la pizarra y luego pasarlas en limpio al cuaderno.

El olor de los libros me tenía fascinada y estaba perdida entre sus páginas cuando Belinda preguntó si habíamos visto el color del río. Esa inocente interrogante de mi hermana pequeña, que desde esa edad ya era sensible y observadora, resolvió todas mis dudas con respecto de las tonalidades del Kadagua, pues mi padre de inmediato explicó que por ese torrente corrían distintos colores ya que había una papelería enorme en una población vecina, llamada Aranguren, donde teñían el papel a diario y echaban los residuos a la corriente. Y resultó ser, para mi desilusión, que la espuma blanca parecida a las nubes era causada por la reacción de compuestos químicos. Sin embargo, esa noticia me llenó de alegría al saber que el color del agua que yo veía correr bajo el puente era real y no una invención mía.

De manera indirecta, los colores de mis crayolas habían regresado corriendo hacia mí de una forma líquida y con un canto muy alegre. Ya nadie me iba a quitar la ilusión de que todo aquello era un aviso de que Iñaki se acordaba de mí y que las espumas blancas que flotaban en el río representaban a las nubes que me separaban de mis hermanos, las cuales se acabarían en cuanto yo llegara a ellos y los volviera a abrazar.

Iñaki era mi hermano amadísimo. De estatura media con tez muy blanca, cabello oscuro, cejas pobladas y una mirada que podía llegar en segundos hasta el punto más cálido de mi corazón. Estudiante de arquitectura. Un

joven de buenos sentimientos, artista, callado, observador, humano y tranquilo. Creo que sus silencios lo podían llevar al infinito, y aunque nadie los entendiera, los escuchaba Dios. Él era quien más me entendía; me traía cuadernos de dibujos y me enseñaba a colorear sin salirme de la raya o a trazar líneas con sus reglas y su compás. También me enseñaba a modelar con plastilina. Había padecido mucho debido a la afección de un oído a causa del sarampión, lo que le había provocado cierta falta de escucha que lo mantenía un poco alejado del bullicio de los demás. Quizás por ello se sumergía en sí mismo y eso lo hizo ser fascinante, diferente. Todo su interior era bondad y toda su calidez era color.

Pocos días después, nos regalaron un muestrario de la renombrada papelería de la población vecina para que viéramos la calidad de papel que ahí se fabricaba. Era un cuaderno muy grande y grueso con una variedad incontable de texturas, aromas y diseños. Esa joya sería de muchísima utilidad para nuestras posteriores tareas de creatividad en el colegio e incluso para forrar libros, cuadernos y muchas cosas más.



## La helada caricia de los cielos

*Y* llegó la noche en la que nuestros padres nos despertaron a las dos de la madrugada para llevarnos al balcón con la ilusión de que contempláramos por primera vez el asombroso espectáculo de ver nevar. Al caminar descalza por la habitación percibí con claridad un perfume azul turquesa claro, que se confirmó al abrir los postigos de las ventanas y ver millones de copos blancos que caían con gran cadencia, formando un telón suave y sedoso que cambió el escenario de la vida, y en cuestión de minutos el entorno se vio cubierto por una inmensa capa silenciosa, blanca y de aroma azul muy tenue que borraba el paisaje anterior, triste, gris y sin follaje. Vislumbramos, desde los cristales emblanquecidos por nuestro vaho, algunas luces que asomaban de una que otra ventana del pueblo, difuminadas por el movimiento, que al caer, hacía el regalo blanco que ofrecía el cielo. Tal vez eran vecinos que, al igual que nosotros, se estaban deleitando con aquel majestuoso espectáculo que nos mostraba la elocuencia del silencio.

Al día siguiente, después de visitar a las gallinas y sentirlas a todas calientes, cacareando y tan tranquilas que ni siquiera notaron cuando tomé

los huevos debajo de sus alas, salí al huerto y tuve mi primer contacto con la nieve. Percibí a solas la divina sensación de introducirme entre la espesura de una inmaculada espuma helada. Al tomarla con mis manos contemplé millones de pedacitos de hielo unidos en uno solo y pensé que había descubierto el mundo blanco. Extasiada por presenciar aquel momento, me la llevé hacia el rostro y disfruté la indescriptible sensación de sentirme acariciada por la más fría creación de los cielos.

Marisa quiso salir conmigo a inspeccionar la fascinante zona que nos rodeaba y que yo, inocentemente, creía haber conquistado ya. Salimos muy abrigadas y, de pronto, ella comenzó con inmenso júbilo a subir por la colina frente a la casa. La distancia de sus pasos era mucho más grande que la de los míos. Yo le suplicaba que se detuviera a fin de llegar a ella, y mi hermana, en su fascinación por llegar a la cima, me respondía que caminara hasta que la alcanzara. Para no hacer el cuento largo, me quedé frustrada a media carretera y mis pies estaban congelados y sin movimiento cuando mis padres advirtieron mi llanto. De inmediato me llevaron a casa, me colocaron cerca de la estufa, me dieron una friega de alcohol y me pusieron paños de agua caliente en las piernas para que entrara en calor.

Años después, al recordar ese pasaje de mi vida, entendí que nadie detendría su camino para que yo hiciera el mío.

El principio de un invierno despiadado estaba apenas tocando a la puerta. Jamás hubiera imaginado que los paisajes maravillosos de las estampas navideñas fueran tan difíciles de vivir. El pueblo se quedaba incomunicado hasta que pasaba por la carretera el camión de un almacén vasco de mucha importancia que abastecía de víveres a los comercios y, en ocasiones, hasta era el portador del correo. A su paso abría la vía de las carreteras y por supuesto la comunicación entre los pueblos. Por cierto que en ese comercio se vendían los huevos de nuestra pequeña granja, por lo que a diario aquel impresionante vehículo abría brecha hasta la puerta de los americanos para llevarse el producto de nuestras encrestadas aves. Los trenes la *Robla* y el *Talgo* eran indispensables para dar servicio de carga y

transportar a casi todos los habitantes de la zona hacia sus lugares de trabajo en los poblados aledaños. Sin ellos se hubieran paralizado casi todas las comunicaciones durante el tiempo de las grandes nevadas.

La nieve caía sin cesar y se acumulaba hasta en los cables de la electricidad, muy pronto convertidos en listones blancos que se desplomaban por el peso, lo que provocaba su rompimiento y evitaba la llegada de energía a los hogares, dejándolos en total tiniebla. Las ropas lavadas y tendidas al aire libre amanecían congeladas y tiesas como si fueran trozos de bacalao seco y salado. Un día quisimos enderezar una endurecida camisa de mi padre y se partió en tiras como si fuera de papel, lo que ocasionó que irrumpiéramos todos en carcajadas. Aunque no dejaba de ser preocupante que él se había quedado con una camisa menos.

El frío que recibían las camas durante el día se volvía insoportable en las noches y, para menguarlo, mis padres envolvían ladrillos de construcción con periódicos, los calentaban en el horno de la estufa, que afortunadamente funcionaba con carbón y leña secos guardados con anticipación, y los colocaban entre las sábanas para que se expandiera el calor entre ellas. También ponían botellas llenas con agua caliente, pero esto era menos común, porque esos recipientes se podrían reventar y provocar quemaduras. En ocasiones, cuando había corriente eléctrica, pasábamos la plancha entre la ropa de cama y de un solo brinco nos metíamos en ella. También teníamos una plancha de hierro que se calentaba en la estufa, pero era muy peligroso subir la escalera con aquel fierro caliente. Era deliciosa la sensación de deslizarse entre los lienzos calientes, pero el cambio climático ocasionaba sabañones y yo no me podía perder esa experiencia, así que tuve que soportar una terrible y exasperante comezón en los talones hasta que pasó el invierno, malestar que debió haber sido muy común, porque incluso había un anuncio en la radio que recomendaba un remedio llamado “Agua de Mayo” para quitar la dolencia, pero a mí no se me quitaba ni con “Agua de Junio”.

Fui yo la única de la casa en tener ese malestar. Quizás porque andaba entre el calor y el frío todo el tiempo y quizás, también, porque mi sensibilidad estaba al tope. Vivía el día en toda su plenitud y absorbía desde el

más candente rayo de sol con sus llamas de fuego hasta el más cristalino pedazo de hielo con todas sus aristas y destellos.

Sin embargo, la nieve fría e inclemente que derribaba los cables de energía eléctrica y dejaba a oscuras muchas casas a la redonda nos trajo vivencias llenas de alegría. Al iluminar la cocina, escaleras y habitaciones con velas de cera, vimos que nuestras sombras se reflejaban con formas gigantescas, raras, alargadas y deformes en las paredes altas, y que lucían más aterradoras a medida que cambiábamos de postura, lo que nos inspiró a jugar a la casa de las sombras largas antes de ir a dormir. La sombra más impactante era la de mi madre, porque cubría su cuerpo con las capas negras de nuestros uniformes y movía sin cesar una guadaña de segar la hierba con la hoja hacia abajo. En medio de aquel tenebroso ambiente iluminado por velas, sólo podíamos vislumbrar un espectro, una sombra desafiante muy larga que bajaba o subía las escaleras portando la siniestra herramienta de trabajo. Mi padre era el primero en fingir susto y nos llevaba corriendo a escondernos tras los muebles, puertas o dentro de los roperos. Las gemelas no sabían de lo que se trataba el juego, pero corrían detrás de nosotros llenas de pánico y con sus caritas repletas de asombro. Las pobres se escondían entre nuestras ropas como si fueran los personajes del cuento de Hansel y Gretel.

Hasta aquel entonces comprendí la importancia de contar con reservas en casa, pues gracias a ello pudimos alimentarnos durante muchos días, ya que no era posible salir al pueblo a comprar víveres. Los huevos de mis amadas y alegres gallinas que aguantaban muy bien el frío gracias a su plumaje, alguna desdichada polla que mi madre tomara sin mi permiso para hacer uno de sus guisos, la leche de la vaca de la vecina, los quesos que con ella habíamos elaborado y las conservas de legumbres preparadas al alto vacío con anterioridad, que permanecían en frascos cerrados junto al pobre cerdo muerto que teníamos guardado en el “nicho de los fantasmas”, fueron nuestro alimento durante el despiadado invierno.

Algún fenómeno ocasionó que por un tiempo se convirtiera en hielo la nieve bofa que cubría la poca hierba que quedaba viva junto con las entristecidas y secas ramas de los árboles. Parecían seres de cristal con alma, y una inquietud tremenda me invitaba a penetrar en ella para sentir

lo que sentían y llorar lo que lloraban mientras todos los espectadores aplaudían y admiraban el espectáculo que les ofrecían. Me tardé mucho en lograr traspasar el cristal helado y llegar hasta el tallo o la rama congelados. Para mi enorme sorpresa los encontré vivos y tibios. Sólo estaban vestidos de invierno y se reflejaban en sus propios espejos los unos a los otros, sabiendo que muy pronto enverdecerían de nuevo.

La muerte acechaba a las aves que, por falta de alimento y sin fuerzas para volar, se quedaban congeladas paradas en las ramas de los árboles o en los cables de la electricidad hasta caer al vacío. Día tras día veíamos el triste espectáculo desde el interior a través de las ventanas. Nosotros no podíamos salir a buscarlas y si ellas no acudían a nosotros sería imposible salvarlas. De pronto mi padre decidió construir algunas casas para pájaros. Realmente eran trampas hechas con ramas secas y pedazos de alambrado para gallinero que tenían la puerta delantera sostenida por una cuerda larga amarrada en la parte superior de la jaula. Construimos varias, luego les pusimos comida adentro y las colocamos en lugares estratégicos cerca de las ventanas y balcones de la casa. Nos pasábamos largos ratos deteniendo la cuerda que sostenía la puerta, confiados en que algún pájaro hambriento y con frío entrara por comida en medio de aquella crudeza invernal. Y en cuanto el ave ingresaba, cerrábamos la puerta y desde ese momento quedaba a nuestra custodia en su nueva habitación temporal, con buena ventilación, calor y alimento hasta la llegada de la primavera.

Estuvimos entretenidas, pues debíamos tener las jaulas limpias para nuestros huéspedes y buscarles lombrices en la huerta cubierta de nieve. Esa sí que resultaba una tarea difícil, pero pronto descubrimos que hallaríamos ese alimento cerca de las raíces, por lo que a diario hacíamos a un lado la helada cobija blanca, cavábamos la tierra con un pequeño azadón cerca de alguna planta y, en cuestión de segundos, encontrábamos los manjares que completarían el menú diario de nuestros visitantes, además de migajas de pan remojadas en leche. Las gemelas colaboraron en la tarea con gran entusiasmo. Sostenían unas pequeñas ramas de árbol sobre las cuales colocábamos las lombrices y luego con sus manitas ansiosas y temblorosas las introducían con mucho cuidado entre las rejas de las jaulas. En cuanto las aves devoraban la comida, todos aplaudíamos por el

triunfo de ese día. A ninguna nos gustaba esa tarea, pero todo el asco se olvidaba al escuchar a las aves trinar llenas de felicidad. Pronto tuvimos más de veinte jaulas repartidas por toda la casa. A falta de radio, la sinfonía interpretada por los trinos de nuestros nuevos amigos llenaba el hogar de alegría durante todo el día. Fiesta que duraría hasta que con todo nuestro dolor les abriéramos las puertas y gozaran otra vez del calor.

## Las cartas ocultas

Incontables fueron las noches en que escuchamos los sollozos de mi madre. Mis padres trataban de hacernos felices, pero algo estaba pasando y nosotras correspondíamos lo mejor que podíamos. Era un juego en el que todo mundo callaba sabiendo que aquel silencio encubría un asunto muy serio.

Pronto lo sabríamos, pues el cartero llegaría hasta nuestra puerta empujado por las implacables ventiscas. Entregaría un envío proveniente de México. Era un paquete muy grande hecho con periódicos enrollados en forma cilíndrica y amarrado con cuerdas. Cuando mi padre lo vio, dijo de inmediato: “Es de Ñita, yo le enseñé a hacer los paquetes en esa forma”, y en efecto, la remitente era mi hermana. Por fin teníamos comunicación. Mis padres lo desarrollaron con mucho cuidado. Ellos eran expertos en hacer paquetes que parecían estar compuestos por papales de periódico y revistas exclusivamente, pero que en realidad guardaban otras cosas en su interior. Eso lo habían aprendido durante la guerra, cuando estando ellos en México mandaban las más insospechadas prendas a los

familiares que pasaban penurias en España, como medias, hilos, pañuelos, calcetines u otras cosas.

Ocultas entre las hojas de papel, encontramos dos cartas, una de Ñita y otra de Santi, fotografías, ropa interior para las cuatas, un cuaderno de iluminar, unas medias de nylon para mi mamá y varias historietas del Ratón Miguelito, el Pato Donald y de la pequeña Lulú. El periódico cómplice era de la editorial Novedades. Nada más ni nada menos que el diario que publicaba la tan entretenida columna “Rutas de Emoción”, de la periodista Rosario Sansores, primera cronista de las fiestas del Palacio Nacional y de los aconteceres de la alta sociedad mexicana, tema que le encantaba a mi papá.

Las niñas tomamos los cuentos y nos dispusimos a disfrutarlos mientras mis padres se quedaron en su habitación para leer las cartas. Muy pronto las cuatro hermanas escuchamos tras la puerta los llantos fuertes de mi madre y decidimos ir a indagar lo que acontecía. Al entrar en aquella inmensa habitación lúgubre y vacía en la que sólo estaba una cama, los burós y un pequeño tocador, vimos a mamá con una especie de ataque de nervios que la hacía revolcarse en la cama, patear y golpear la cabecera de madera con sus puños, en medio de una violenta escena en la que papá trataba de calmarla y le daba a oler alcohol. Mudas, todas reventamos en llanto y consternación mientras un nudo de gritos llenos de angustia llenó nuestras gargantas. Sin saber cómo actuar, nos acercamos a la cama tratando de calmar la situación con besos y caricias hasta que, rendida por el cansancio emocional, mi madre se quedó dormida.

Ya habíamos presenciado con anterioridad una sobrecogedora escena parecida el día que fuimos al caserío donde mamá había crecido y vivido hasta su matrimonio y de donde había salido para América. Al llegar vimos la casa con su clásica fachada vasca, blanca con piedras grandes que reforzaban las esquinas y el portal, con su tejado rojo y balcones y ventanas adornados con macetas llenas de geranios floridos. Entramos por una enorme y rústica puerta de madera y de inmediato vimos al fondo la cuadra donde vivían las vacas. Tuvimos un recibimiento hermoso, pues la paz, el peculiar aroma que despedía aquel sitio en el que la oscuridad,

la frescura de la pastura, el forraje, la paja en la que dormían, la leche de la ordeña, el estiércol y el calor que ellas producían en su inmensa calma, provocaba un vapor cálido que abrazaba. Las niñas tomamos a toda prisa las escaleras hacia la zona habitacional en el segundo piso, cubierto con tablones de madera muy encerados y brillantados. Las ventanas estaban cubiertas por visillos de tela deshilada a mano y en las paredes lucían muchas fotografías con recuerdos de una enorme familia. La cocina era inmensa. En su centro vivía una enorme chimenea de la que pendía el caldero donde se cocinaba el puchero diario a fuego lento al calor de la leña encendida.

Por fin conocíamos el famoso fogón del que nos había hablado nuestra madre con tanta nostalgia, pues contaba que la abuela se sentaba en las tardes frente a los leños ardiendo para entrar en calor y que ella, teniendo ya tres o cuatro años de edad, acercaba un banco para recargarse en su regazo y ser amamantada. Relataba también que todos sus hermanos tocaban algún instrumento y cantaban reunidos en familia alrededor del fuego todos los días después de cenar.

Todo parecía estar bien hasta que mamá llegó a la puerta de la cocina y se desplomó desmayada al entrar y ver que todo estaba en su lugar, menos su madre, a quien nunca volvió a ver después de su partida. Todos los que estábamos presentes nos vimos abatidos por el pánico y de inmediato alguien le dio a oler alcohol para hacerla volver en sí, pero el susto que nos llevamos las niñas fue mayúsculo.

Después de esta segunda experiencia, le preguntamos a papá si había algún problema de salud con mamá. Él nos explicó con la calma que lo caracterizaba que la carta de Santi, que después me enteré que la había escrito con su misma sangre, decía que mis hermanos habían dejado sus estudios para trabajar. Que todos los bienes de la casa y de la tienda se habían rematado, y que el pago de la deuda ya estaba realizado, pero de cualquier modo era necesario que el licenciado avisara cuándo podíamos regresar sin problema alguno.

En la otra carta avisaban que enviarían un baúl con enseres y utensilios que nos servirían durante nuestra estancia y que como yo ya estaba

en edad, también mandarían tela para confeccionar mi vestido de Primera Comuni3n.

De cualquier manera, nuestra aflicci3n continuaba porque no sabíamos qu3 era lo que estaba pasando con mamá, y papá trat3 de explicarnos la raz3n por la cual habíamos dejado nuestro pa3s y el motivo por el que ella estaba tan afectada. Por lo que entendí, le habían confiado el trabajo de contabilidad de la tienda a un pariente muy querido y 3ste había cometido un gran fraude para despu3s huir con el dinero. ¡Un pillo de tantos a los que mi padre les tuvo confianza creyendo que todo mundo practicaba los mismos valores que 3l, así como su acrisolada honestidad!

El enorme problema había sido que todos los bienes estaban a nombre de mi madre, y era a ella a quien buscaba la justicia, pues le debíamos mucho dinero a un se3or al que le decían “el fisco” y que vivía en “una hacienda”. Era por eso que nos habíamos visto obligados a salir del pa3s para protegerla y ella siempre estaba tan angustiada y llorosa. Pero, por fortuna, ya se había podido realizar el pago de la deuda gracias a los bienes que se habían podido rematar.

Ya sólo había un peque3o asunto pendiente: al parecer, dos tías viudas que confiando en papá habían invertido sus ahorros en el negocio y eran las únicas por liquidar, pero 3l no creía que reaccionaran en forma negativa, pues en cuanto se pudiera, se les liquidaría el adeudo despu3s de explicarles lo acontecido.

Yo ignoraba lo que querían decir las palabras “realizaciones, remates y bienes”, pero me daba cuenta de que la familia estaba separada, mis hermanos se habían quedado sin estudios y ni siquiera teníamos dinero para regresar. Con lo único con lo que contábamos era con unos muebles rotos, un tocadiscos sin discos y la posible venta de los huevos de las gallinas y las jaleas que en un futuro prepararíamos con los frutos del manzanar. Era necesario ahorrar para comprar los boletos de regreso cuando fuera oportuno. Mi responsabilidad en aquella madurez temprana me dictaba que yo también debía colaborar, pero no sabía cómo, y eso me llenaba de angustia.

Despu3s de las desequilibrantes noticias me pareció increíble que pensarán en mandar la tela para mi vestido de Primera Comuni3n en

el baúl. Sólo mi hermana mayor, que era más buena que el pan, podría pensar en mi atuendo blanco en medio de la oscura tempestad. No poseíamos nada. Todo lo trabajado por mis padres y hermanos se había esfumado. Nuestras vidas estaban en blanco: yo sentía que se habían borrado mis primeros seis años de vida y me preguntaba si sería capaz de recordar mis vivencias pasadas o si me ponía a escribir las que estaban presentes.

Esa noche, en medio del silencio reinante, bajé al salón de las galerías para tener una conversación con el universo desde la ventana. El cielo estaba furioso, su nieve no caía rítmicamente en forma de plumas blancas como en otras noches, sino que daba la impresión de que lo desplumaban sin clemencia y la nieve caía inquieta y encrespada, sin ritmo ni rumbo. Así era como estaba mi alma: con un pasado destruido y un futuro desconocido. ¿Qué sería de nosotros? ¿Cómo se resolvería lo que nos estaba pasando? La contestación era la calma silenciosa que en forma de blancura caía sin cesar, inexpresiva y sin solucionar, como diciendo en silencio que todo pasaría. Que algún día todo se volvería a calmar. Y así siguió nevando, y otra vez volvió a nevar y los campos mudos seguían sin contestar.



## ¡Arribó la Navidad!

Las hojas del calendario decembrino volaron con el viento, quizás por la prisa de verse engalanado al llegar a las páginas que anuncian las fiestas navideñas. El día veinticuatro de diciembre, el tío Juanito llegó a media mañana; traía una garrafa de vino que había comprado en la taberna del pueblo y una pierna de cerdo para preparar la cena. También nos trajo de regalo un radio viejo que él tenía en su casa para que escucháramos música y mis padres se enteraran de las noticias. Jamás se imaginó que la casa estaría llena de jaulas de pájaros que trinaban sin cesar. Se puso a cocinar la cena con mi madre mientras daba sorbos de un vaso de vino tinto, que llenaba y rellenaba y volvía a rellenar. Decía que todo sabía mejor con vino. Mi padre llegó con una charola de turrone y pastelillos. El elegante mantel lo confeccionamos con engrudo y recortes de papeles lustrosos y coloridos que nos ofreciera el extenso muestrario de la papelera vecina. Incluso le hicimos una brillante pantalla al foco que colgaba del techo del comedor. Colocamos platos, copas, cubiertos y acompañamientos artísticamente; se podría decir que la mesa estaba vestida de manteles largos. Tal y como nos había enseñado

mi madre. Mujer de muchos encantos y una experta en los asuntos del hogar. Decía que aunque ella había pasado su juventud segando la hierba y cuidando al ganado en la montaña, los abuelos le habían enseñado a ser estricta y educada, honrada y digna, pero que mucho de lo que sabía con respecto de llevar su casa, se lo debía al libro *El arte de gobernar una casa*, de A. Piraces, cuyo ameno, coloquial y sabio contenido era una joya, un derroche de información para cualquier ama de casa de todos los tiempos; libro que por cierto le habían obsequiado el tío Juanito y la tía Antonia con motivo de sus nupcias en 1930.

Aunque mi madre lloró un poco por no tener a su familia completa, al igual que casi todas las mujeres del pueblo, los que estábamos presentes la pasamos felices escuchando las anécdotas del tío y deleitándonos con la profunda filosofía de papá. Realmente ésa fue nuestra primera cena de Nochebuena, pues años atrás, durante esas fechas, mis padres y hermanos tenían que trabajar en la tienda hasta la madrugada y al regresar a casa metían los pies en agua caliente con semillas de mostaza para lograr descansar por unas pocas horas, ya que al día siguiente se festejaría la Navidad y la tienda permanecería abierta para continuar dando servicio a los clientes que irían a surtirse de vinos y viandas propios de las festividades de la época.

Nunca entendí el motivo por el cual les llamaban “fiestas Navideñas”. Casi toda la gente sufría terriblemente en esos días recordando a los seres amados que habían perdido o a familiares que por alguna circunstancia no estaban presentes; sin embargo, todos hacían enormes esfuerzos por sonreír y cumplir con lo establecido por la sociedad.

Quizás precisamente porque nadie lograba ser dichoso era que deseaban siempre felicidad. No faltaban los vecinos que gritaban ¡Feliz Navidad! de un lado al otro de la carretera o dentro de algún establecimiento del pueblo, aunque su alma realmente estuviera diciendo “feliz soledad”.

Para el tío Juanito también fue una noche imprevista, pues aquel mueble de comedor totalmente apolillado y envejecido era el mismo que él había comprado cuando se casó. ¡Cuántas remembranzas habrán llegado a su mente en ese momento! ¿Cuántas ilusiones destrozadas representaban las polillas? Habían pasado muchos años en los que él no

se sentaba a su mesa, pues ésta, al igual que el resto de los muebles que conformaban su comedor, había estado guardada en la bodega de donde salieron para que mis padres los compraran en oferta.

La Nochebuena pasó como ráfaga en medio del frío y la oscuridad reinante en el exterior, y como ya no era hora de que el tío se fuera a su casa, se quedó a dormir en la nuestra. No teníamos ningún lugar apropiado que ofrecerle, ni siquiera un sillón, pero él dijo que dormiría en el piso, cubierto por unas mantas.

El tío Juanito era un hombre de leyenda, mantenía una conversación interminable. Contaba infinidad de anécdotas verídicas y otras fantasiosas, pero todas ellas eran interesantes en verdad. Su presencia en casa siempre era agradable y aparecía con alegría para ayudar en lo que se necesitara. Su sola presencia era de buen augurio y su abrazo siempre era un lazo de amor, aunque sus brazos estuvieran endurecidos por el trabajo y su corazón entumecido por el maltrato de la vida. Era un hombre rudo, de rostro anguloso, nariz aguileña y con la piel curtida por el arduo esfuerzo bajo el sol. Era tan diferente al resto de la humanidad, que por ser bueno había permanecido en la cárcel durante la guerra hasta el momento en el que el grito de paz se extendió con inmensa exultación por todo el destrozado pueblo hispano. Cuando llegó a su casa, la encontró vacía y sin techo, pero jamás la abandonó. Se quedó viviendo en ese lugar completamente inhabitable en compañía de sus erizos y alimentándose con el producto de su huerta, mientras esperaba a que un tío que vivía en Uruguay le ayudara a reconstruir su casa.

Después de pasados los años y mucho perseverar, el famoso tío de Uruguay le construyó una hermosa casa nueva y fue hasta ese entonces que la tía regresó a su hogar.



## El sol mecánico de la iglesia sin cúpulas

*A*l día siguiente fuimos todos a la iglesia sin cúpulas del centro del pueblo para asistir a la misa de Navidad de las doce del día. El templo estaba lleno de gente ataviada con elegantes abrigos de lana y las mujeres llevaban mantillas muy elaboradas bordadas a mano con hilo de seda para cubrir su cabellera. Algunas personas estaban sentadas en las pocas bancas que había y otras permanecían de rodillas en sus reclinatorios particulares. ¡Qué curioso! Muchas de esas elegantísimas personas eran las mismas que vestidas de negro se habían asomado por las ventanas el día que cruzamos el pueblo para inscribirnos en el colegio. Nosotros nos quedamos de pie. Todos nos observaban, éramos la novedad, el tema del momento y, al igual que yo, desconocían el motivo por el que habíamos llegado a vivir ahí. Me atrevería a decir que fuimos la causa de la conversación de ese día y muchos más en aquel enigmático lugar escaso de noticias.

A la hora señalada apareció el cura a oficiar la misa en latín, dándole la espalda a los feligreses, que ponían cara de interesados pero no entendían nada de lo que él hablaba, por lo que se necesitaba de la asistencia

de unos niños vestidos con sotana roja y túnica blanca con puntas de encaje a los que les llamaban monaguillos. Esas inocentes criaturas tenían mucha responsabilidad, pues estaban bien aleccionados para tener a todos los presentes atentos a través de unas campanillas que hacían sonar de diferente forma para que todos los feligreses estuvieran al pendiente, según la importancia del momento, y cada campanilleo avisaba el instante de ponerse de rodillas o de pie.

Por instantes me perdí en una ensoñación en la que me sentía flotar por aquel diáfano y poco iluminado espacio y comencé a observar todas las tallas de madera y trabajos de ebanistería del altar, al igual que los hermosísimos vitrales por los que entraba la luz. De pronto comencé a escuchar unos coros de voces angelicales provenientes de la parte trasera de la iglesia y el inmenso recinto lleno de arte se comenzó a llenar de luz. Extasiada ante lo que sentía, me pareció que el altar se movía a la hora de la elevación. Algo comenzaba a emerger desde su centro hasta que se convirtió en una especie de sol gigantesco cuyos inmensos rayos de oro iluminaban mi visión. Creí que todo lo que veía era fruto de mi fantasía y me tapé los ojos con las manos para eliminar mi confusión pero, al retirarlas, seguí viendo la misma esplendorosa aparición y no pude contener las lágrimas que brotaban de mis ojos con emoción.

En ese preciso momento los vidrios rojos de los vitrales tomaron su color y comprendí que siempre aparecería una luz en medio de la oscuridad, aunque ésta semejara estar amurallada por las más engrosadas y ancianas paredes de piedra.

Dirigí la mirada hacia mis padres, que mostraban la misma cara de asombro que yo, y el tío Juanito me guiñó un ojo como señal de que luego me explicaría el fenómeno que tanto me había cautivado.

Resultó que el altar de la iglesia de Santa María de Güeñes, que parecía tan sencilla en su ornamentación, poseía un tabernáculo-relicario construido hacia el año 1800, el cual contaba en su interior con un mecanismo hecho de piezas articuladas que hacían funcionar en los grandes festejos eucarísticos. Comenzaba a salir desde el centro del Sagrario y

a cierta altura desplegaba rayos en forma de abanico hacia ambos lados hasta formar un gigantesco sol con el Santísimo Sacramento en el centro. Sus rayos dorados iluminaban todo el retablo de madera que conformaba el altar. Agregó que había otro tabernáculo parecido en Santa Clara de Medina. Dos obras de arte que eran como piezas gemelas y parecían ser únicas en el mundo.<sup>1</sup>

Aunque el fenómeno que tan azoradamente había contemplado resultó ser real, a mí nadie me quitaría la ilusión de que había sido una señal de luz en un camino que habría de continuar.

El cinco de enero en la noche ocurrió algo sorprendente. Marisa y yo habíamos decidido no escribirles a los Reyes Magos para pedirles algún regalo, porque no era prudente que supieran nuestro paradero debido a que estábamos huyendo, por lo que tampoco pusimos nuestros zapatos bajo la ventana; pero a medianoche escuchamos que alguien tosía en la habitación de nuestros padres, incluso oímos el crujir de la madera que anunciaba que alguien daba pasos por el pasillo. Temerosas, nos escondimos dentro de las sábanas con miedo de que alguno de los espantos del desván se estuviera haciendo realidad, pero el sueño nos rindió y nos dormimos fundidas en un abrazo.

Al despertar fuimos a contarles a nuestros padres lo que habíamos escuchado durante la noche y nos llevamos la gran sorpresa de ver los zapatos de las cuatro hermanas colocados debajo de la ventana del balcón, acompañados por bolsas de dulces para cada una. Nuestro asombro fue mayúsculo al comprobar que Los Reyes Magos, además de saber nuestro paradero, conocían el de nuestros zapatos. Ese día entendí el motivo por el cual les apelaban “reyes magos” ¡Sólo un mago hubiera podido localizarnos!

<sup>1</sup> Por alguna razón, ese majestuoso tabernáculo fue retirado y desaparecido a raíz del Concilio Vaticano II, lo que representa una pérdida enorme en el ámbito artístico y arquitectónico, ya que debería estar conservado en algún museo. Por lo menos, siempre estará presente en la galería de mi mente y en la de todos los que tuvimos la oportunidad de fascinarnos con su resplandor.



## El amargo sabor de la injusticia

*J*usto al cumplir siete años de edad, la vida me regaló iniciar clases en el precioso colegio de los jardines grandes, por el que pasaba el río, y por fin tendría contacto con los niños de la región. Desde muy temprano hice mis tareas del hogar para estar a tiempo vestida con mi elegante uniforme negro. Mis libros de olor a madera forrados con papeles lustrosos estaban listos para que estudiara en ellos y los llevé orgullosamente bajo el brazo acompañada por Marisa hasta la entrada del colegio, donde me separaron de ella, pues habíamos quedado inscritas en diferentes aulas. ¡Que tragedia la mía, otra vez me separaban de un hermano! ¿Sería eso también un castigo de la posguerra por haber robado las botellas de refrescos vacías, olvidadas en el patio después del recreo en el colegio al que asistía con anterioridad y haber cobrado el importe para comprar dulces a escondidas?

Cuando todo el alumnado estaba ya sentado en su lugar y el canto de una campana daba la hora de empezar, entró al recinto una monja hermosa, alta, de tez apiñonada y enormes ojos morunos. El hábito y

la toga la hacían lucir digna de una obra de arte del más diestro artista de caballete. Se paró frente a nosotras y con voz fuerte y seria nos dijo: “Buenos días, soy sor Socorro y seré su profesora durante este año”. Habló mucho, explicaba algo acerca de las reglas y disciplina del plantel, pero para mí era mucho más importante observarla, por lo que me dediqué a admirar su hermoso porte, a visualizar cómo sería su cabellera e imaginar la dificultosa forma en que ella había de planchar y colocar aquella impresionante e incómoda toga que cubría su cabeza de tal forma que sólo luciera su rostro.

Durante ese primer día de clases, me sentí sola y en un mundo completamente extraño, pues las compañeras me veían y cuchicheaban entre ellas. Había quedado inscrita en un aula donde había estudiantes de diferentes edades y yo era de las más pequeñas, por lo que me tocó ocupar uno de los mesabancos de la primera fila, pero no entendía bien el castellano de aquellas regiones porque hablaban en voz rápida, muy alta y clara, pero sin gesticular ni con los labios, cuando yo iba de un país donde se hablaba casi cantando. Pronto me sentí perdida en aquel enjambre de palabras desconocidas y las tonalidades grises acudieron a mi vista, pero mucho más oscuras. Lo único blanco que veía era el cuello de mi uniforme, mis calcetines, las togas y pecheras almidonadas de las monjas, la nieve que caía sin cesar y los dientes de mis compañeras.

¡Qué bueno que sor Socorro no tuvo que tapar la belleza de sus facciones!, pensaba yo, tratando de distraer el campo gris y violento que me rodeaba, cuando de pronto aquella hermosísima mujer cubierta por lienzos de tela negros y blandos nos ordenó con voz rígida y altiva que pintáramos nuestra bandera, ordenanza que fue para mí un inicio de clases inmejorable, pues me encantaba dibujar. El paquete de útiles contenía diez lápices de colores perfectamente identificables por el olor que despedían; en pocos minutos, la bandera mexicana ondeaba en mi cuaderno y fui orgullosa a entregarla hasta el escritorio de la profesora. Regresé radiante de felicidad a mi pupitre, pues había sido la primera en terminar el primer trabajo de mi primer día de clases.

La frustración apareció de inmediato y dio por terminada mi alegría, pues pocos minutos después escuché una voz terminante que me decía

frente a todas las estudiantes: “¡Niña, estás en España, por lo cual tienes que pintar la bandera del país que te acoge”!, y mostrando la bandera que debía haber pintado agregó: “¡Para que se te grave bien, tendrás que ir a la capilla a rezar el rosario de rodillas y con los brazos abiertos en cruz!”. Y a continuación le ordenó a una compañera mayor llamada Irene que me cuidara y corroborara que yo rezara el rosario correctamente y hasta el final. Fui temblando hasta la capilla con un desconcierto total, pues no tenía idea de cómo rezar el rosario y me preguntaba sin cesar qué tendría que ver mi bandera con aquel castigo injusto. Mi vigilante se dio cuenta de inmediato de la edad que yo tenía, del susto que me invadía y de que yo no sabía rezar todo aquel símbolo lleno de cuentas y mucho menos la letanía; haciéndose mi cómplice, la buena de Irene me tuvo de rodillas y con los brazos abiertos en forma de cruz frente al altar durante una hora..., pero sin rezar.

Varias veces me mandaron a la capilla a rezar el rosario entero con todas las letanías por las más insólitas e inocentes causas; por fortuna, en todo momento bajo la benévola guardia de Irene, que con toda complicidad iba encantada a vigilarme con tal de escaparse durante algún tiempo de las aburridas clases de matemáticas, de las de historia, en las que con frecuencia se trataba el tema de la Santa Inquisición, de la que nunca entendí el motivo de su santidad; o de la vida de la pobre Juana la Loca y sus parientes.

Los peores momentos para mí ocurrían cuando debíamos leer en voz alta; me ponía tan nerviosa que decía una palabra por otra. Tenía lo que en un futuro llamarían dislexia y que en aquel entonces creían resolver mediante un reglazo en la cabeza y obligándome a leer el mismo párrafo veinte veces frente de todas mis compañeras, situación que me provocaba aún más nerviosismo, inseguridad e inestabilidad emocional. Ese tiempo era tan difícil para mí, que en cuanto mencionaban mi nombre para que me pusiera de pie y diera mi clase de lectura, comenzaba a toser sin parar hasta que me pedían que me sentara o me ordenaban que fuera a la enfermería a que me atendieran los accesos de tos.

Yo no comentaba en casa nada acerca de mis constantes rezos en la capilla, ni de mis visitas a la enfermería por la tos o por el nerviosismo

al leer una palabra en lugar de otra, pues mi madre nos había dicho que le podíamos llevar una baja calificación en cualquier materia, menos en comportamiento y disciplina, ya que esas dos cualidades serían las que nos abrirían las puertas durante toda nuestra vida. ¿Cómo podría explicarle que fingía tos a la hora de leer? ¿Cómo le iba a decir que no había sabido pintar la bandera de su tierra natal?

Lo anterior no era nada fácil de lograr, pues ella había sido la menor de una familia muy numerosa, donde el hecho de ser la pequeña y huérfana de padre desde muy niña la había llenado de responsabilidades muy grandes y, por si fuera poco, ella también había procreado varios hijos, por lo que le sobraban artimañas muy especializadas para tenernos a todas bien portadas y dominadas. Por alguna razón, tan desconocida que ni los médicos sabían, le habían salido unas manchas rojizas en el cuello que comenzaban bajo las orejas y terminaban en forma de triángulos irregulares cerca del centro, a la altura de la garganta, con una separación de unos tres centímetros de punta a punta; y sin benevolencia alguna, nos decía que las manchas le habían salido debido a nuestras travesuras, que cada día se extendían más y que ella moriría en cuanto las dos puntas rojizas estuvieran unidas. De modo que mi silencio ante lo que acontecía en el colegio era una forma de alargar la vida de mamá. De cualquier manera, muchas de las niñas también eran castigadas por distintas faltas y había que entender que ésa era la disciplina que se debía seguir para adquirir conocimientos generales, sacar buenas notas y crecer dentro de los más estrictos requisitos dictados por la sociedad.

Era prioridad del plantel que tuviéramos los pupitres encerados y brillantes. Para lograrlo teníamos que lijarlos y untar cera de abeja de la más alta calidad sobre la madera y pulirla con bayetas de fieltro blanco. La tarea parecía muy simple, pues me consideraba una experta en el tema después del milagro que habíamos logrado en los pisos de madera de la casa, pero la encerada de esos muebles representaba un problema diferente.

En nuestro salón había pupitres de antigua adquisición que ya estaban encerados y otros recién comprados a los que había que untarles una primera capa de cera que tapara los poros de la madera. Después de

ello seguían muchas capas de encerado y pulido hasta que la superficie estuviera completamente impermeable, lisa y brillante. Por fortuna, a mí me tocó un pupitre antiguo al que sólo había que darle una ligera pulida, pero me impactó ver el disgusto y discusiones de las compañeras a las que les había tocado uno nuevo, al que tenían que poner en óptimas condiciones. ¡Se notaba a leguas que las mamás de esas niñas no tenían manchas en sus cuellos, porque si mi madre se enterara que cualquiera de nosotras nos atreviéramos a contestarle así a la maestra, las manchas de su cuello se unirían de inmediato y provocarían su muerte irremediablemente!

Una de las disciplinas fascinantes que debíamos seguir fue el uso de tinta y manguillo, por lo que, para simplificar la tarea de escritura y caligrafía, las mesas de trabajo tenían un orificio en la parte superior derecha en el cual se introducían tinteros de porcelana que contenían tinta azul oscuro. Y para ampliar la confusión, también había tinteros nuevos y tinteros viejos. Me desconcertaba también que no hubiera mesas de trabajo para los compañeros zurdos y que los forzaran a escribir con la mano derecha.

Nada habría ocurrido si todos los pupitres hubieran estado encerados y portando tinteros iguales, pero no fue así. No todas las compañeras cumplieron con el requisito de encerar su área de trabajo desde el primer día, y quizás hasta pensaban en no efectuarlo, hasta que una mañana, a la hora del descanso, una compañera quiso cambiar su tintero viejo por uno nuevo y en el movimiento veloz de su travesura, derramó algo del negruzco líquido sobre una de las maderas vírgenes y la mancha delatadora no se hizo esperar. No quiero ni recordar la gigantesca trifulca que se armó entre las alumnas al regresar del recreo y ver los resultados del baile de los tinteros. Por supuesto que nadie se decía responsable y se echaban la culpa las unas a las otras. Sor Socorro estaba furiosa en medio del griterío, y yo no tenía ni idea de lo que había sucedido, pues me había pasado la hora del recreo sentada junto a un árbol frente al río de las nubes flotantes. En ese momento, los inquietos fluidos iban pintados de color azul turquesa y me quedé extasiada ante la apacible forma en que

caía la nieve y la manera en que se posaba sobre el cristal movedizo, para segundos después, convertirse de nuevo en agua.

Ante aquella discusión interminable en la que no aparecía culpable alguna, la religiosa dijo en voz alta y severa: “Si no fue nadie, nadie come. Os quedáis todas en el salón y saldréis del colegio al anochecer”. Eso fue para mí el conflicto emocional más angustiante que había vivido hasta ese día. ¿Cómo le diría yo a mis padres que me habían castigado, si ellos se pasaban la vida educándome en un ambiente lleno de amor? ¿Cómo iba yo a fallarles después de los enormes esfuerzos que hacían para que asistiera a un colegio de aquella categoría? ¿Castigada? ¿Por qué? Lloré sin tregua de frustración y rabia al no tener posibilidad alguna de aclarar nada.

Al ver mi angustia, sor Socorro dijo de forma implacable delante de todas las compañeras que yo lloraba porque era la culpable y sus crueles palabras me enmudecieron y llenaron aún más de indignación. Entre las castigadas había niñas que debían tomar el tren para regresar a sus casas; ellas se veían muy tranquilas porque estaban acostumbradas a ese trato, pero no era mi caso. Yo era inocente y era la primera vez que me sancionaban de una forma tan indigna, injustificada e inhumana.

Marisa salió del colegio al terminar el horario del mediodía y al llegar a casa avisó que yo saldría hasta las siete de la noche debido a un pequeño problema ocasionado por el alumnado de mi salón de clases. Yo estaba segura de que mi padre me estaría esperando a la hora de la salida pero, en medio de aquella confusión y después de un día fatídico, lloroso, hambriento y caótico, al llegar a la puerta vi que nadie esperaba por mí. Después me enteré de que mi padre sí había ido a buscarme a tiempo, pero por error le dijeron que yo había salido más temprano.

El camino a casa era de un kilómetro a pie por la carretera, sin contar con que estaba nevando y el cielo de la noche ofrecía una completa oscuridad. Apenas iluminaban las tenues luces de las pequeñas ventanas de las casas. Tomé la calle de Encanterri acompañada de varias niñas que se quedaron en la estación ferroviaria y después continué yo solita hasta llegar a casa. Sólo me acompañó la luna, que se asomaba entre las retorcidas ramas desnudas de los árboles de plátano cargadas de nieve, así como

los cables de electricidad, que parecían listones blancos vencidos por el peso de las heladas plumas que cargaban. En medio de aquella frustración sin límites, me preocupaba que aquellas niñas tuvieran que viajar en tren hasta sus casas solas y en la noche; estaba distraída en ello cuando me cayó una bola de nieve en una pierna y después otra, y otra, pero al voltear hacia atrás sólo había oscuridad. Pensé que sería algún chico que pretendía hacerme una maldad y de pronto me pareció visualizar a lo lejos al hijo del tabernero que vivía más adelante. Su estampa era inconfundible, pues siempre vestía con pantalones cortos de casimir y calcetines a media pierna aunque estuviera helando, como era la usanza entre los mozos de aquella época. Y aunque sabía que él lo hacía por jugarreta, mi pánico aumentó a medida que caminaba viendo hacia delante y simulando que no me pasaba nada.

Mi cuerpo entero temblaba y sentía que no podía continuar, cuando algo inexplicable sucedió, pues la luna, que iluminaba delicadamente el oscuro entorno, extendió un rayo de luz que me tomó de la mano y me guió con paz y tranquilidad hasta mi hogar.

Por fin llegué a casa, donde mi familia me esperaba bañada en llanto y sufriendo una terrible confusión, pues papá había llegado minutos antes, después de buscarme en forma angustiada por la oscura carretera. Me acogieron todos en sus brazos y me calentaron con paños de agua caliente y cobijas en la cocina.

Mi relación con esa monja no terminó ahí, porque ella era la que dirigía mi muestrario de bordado aunque me habían cambiado de salón de clases. El acercarme a ella para que me enseñara una nueva puntada en mi labor era un total acto de valentía. Pensaba que le habían puesto el nombre acertado, pues yo pedía “Socorro” cada vez que la veía. Más que lejana estaba yo de la realidad, pues sor Socorro me acompañaría a todo lo largo de mi vida.



## La luz boreal de la palmera encantada

*M*e resultó imposible dormir aquella noche, por lo que bajé con sigilo al salón de las galerías a fin de ver desde la ventana si las estrellas también lloraban. Pero todo estaba en silencio, callado y cubierto por la misteriosa luz del manto de la reina Selene.

Extasiada al contemplar el impresionante espectáculo nocturno y después de agradecer a la luna por haberme llevado a casa de la mano y ser mi guía y consuelo en la más oscura de todas mis noches, percibí una especie de luces con aroma color de rosa que salían de las puntas de las hojas de la palmera y la envolvían hasta su tronco en forma espiral. El asombro no cabía en mi mente y por un momento creí que era obra de mi imaginación, pero resultaba muy noche para bajar a investigar; lo que sin duda alguna haría al amanecer del siguiente día.

Salí al jardín cubierto de nieve cuando la luna y las estrellas ya se habían retirado a descansar a sus aposentos después de una larga noche de vigilancia y comenzaban a aparecer en la lejanía las primeras pinceladas de sol sobre las blancas y dormidas montañas. Con inmensa expectación y gran sigilo caminé hacia la palmera para indagar el fenómeno de la luz

mágica que había visto durante la noche desde la ventana; cuando llegué hasta el tronco y volteé hacia arriba para admirar la inmensa estrella que formaban sus palmas, vi que de las puntas de sus hojas salían millones de destellos que giraban como un carrusel y disminuían su diámetro a medida que se aproximaban a mí; muy pronto me vi bañada por un efluvio de distintas tonalidades de rosa que me envolvió en un resplandor suave, cálido y curador.

¡Inexplicablemente, aquella palmera encantada me estaba protegiendo con su baño de luz! Ella sería mi refugio desde ese día y cada vez que llorara mi madre, extrañara a mis hermanos o tuviera la más mínima aflicción, correría a resguardarme bajo sus palmas para sentir el cálido abrazo sin límites que me ofrecía su luminosa y amigable aurora boreal.

Después de aquel encuentro mágico, le subí el café a mi madre, quien con su ávida percepción de inmediato advirtió que yo tenía una mancha en el cuello. La vi vestida sin tomar ni un sorbo de mi mañanero elíxir para ir a buscar al doctor. El médico no podía creer lo que me había ocurrido y muy indignado diagnosticó una afección en el hígado, algo como un derrame de bilis debido al momento difícil por el que había pasado; me recetó unas medicinas y me recomendó descanso. Pero las cosas no quedaron ahí, pues mis padres estaban muy enojados ante los castigos que sufríamos los pequeños, por lo que se presentaron en el colegio con todo su coraje a exhibir una severa protesta. Yo estaba asustadísima de pensar que ya me habían empezado a salir en el cuello las manchas rojizas en forma de mapas como las de mamá y me preguntaba cuántas veces la habrían castigado o cuantos días se habría tenido que quedar sin comer y caminar por la noche entre la nieve para tener aquellas marcas tan grandes.

## La fragancia color blanco

 El invierno partió silencioso y muy mortificado por haber hecho sufrir tanto a todo el condado, pero dejando los campos humectados y libres de insectos. Las ramas secas y quebradizas que durante el frío tenían los árboles comenzaron a llenarse de hojas verdes y capullos, cuya textura era uniforme, tersa, afelpada y llena de esperanza. Muy pronto festejamos la liberación de las aves y para ello colocamos todas las jaulas en el enorme balcón que coronaba la galería. Ése fue un momento sublime e inolvidable en el que toda la familia unida nos despedimos de los huéspedes y sus alegres trinos, para abrirles después las puertas de sus habitaciones invernales. En cuanto los gordos y emplumados presos advirtieron su libertad, levantaron la cabeza, abrieron las alas y salieron volando sobre los campos floridos y entre el verdor de los árboles sin rumbo fijo.

Varios de ellos regresaron a diario durante algún tiempo para darnos un saludo amistoso y comer el pan que les poníamos en la ventana de la cocina.

Esos días llenos de humanidad fueron una de las tantas vivencias llenas de júbilo y algarabía que mi padre nos regaló gracias al niño interno que luchó por conservar hasta el último día de su vida. Si ésas habían sido las cualidades y actitudes que él le mostró a mi madre cuando se conocieron, comprendo que ella se haya casado con él a tan sólo dos meses de haberlo visto por primera vez.

Poco tiempo había pasado cuando una embelesadora fragancia de color blanco que flotaba por la habitación me despertó una mañana. Ese mismo día, mis padres nos vendaron los ojos y nos subieron al centro del manzanar de la colina frente a la casa. La fragancia blanca, que por alguna razón me atraía, me avisaba la renovación de la vida. Al quitarme la venda vi los árboles coronados por nubes formadas de diminutas flores cuyas fragancias variaban desde el blanco hasta el rosado.

El entorno era de una total fantasía. Pareciera que las nubes en flor hubieran echado raíces que se unían a un tronco central, que de una forma inexplicable se anclaba a la tierra con toda su fuerza para evitar elevarse al cielo. La luz del sol se filtraba entre las flores y provocaba que la iridiscencia de las alas de las miles de mariposas que volaban felices en aquella fiesta primaveral cambiara de tonalidades. Parecían minúsculos espejos que se deslizaban entre las hojas en búsqueda de frescura. Por momentos jugaban a las escondidas con sólo juntar sus brillantes alas en forma vertical, para reflejar la gama de tintes del entorno a modo de camuflaje. Aquellas cautivadoras criaturas lograban absorber humedad de las hojas a través de su larga y enroscada lengua sin ser vistas, gracias a su ingenioso escondite. Todo a su alrededor se paralizaba, mientras ellas se refrescaban.

Las abejas volaban de una flor a otra y extraían el néctar para después producir su miel, a la vez que los pájaros trinaban con júbilo la luminosa y cálida llegada de la primavera y las hormigas trazaban grandes veredas por donde cargaban pedazos de hojas enormes hacia su hormiguero y así estar preparadas para las temporadas frías.

El manzanar, que en invierno nos había brindado sus árboles cubiertos de enormes guirnaldas de nieve, cuyos troncos eran engalanados por

alfombras circulares de césped que regalaban verdor al paisaje en agradecimiento a las espesas ramas blancas que los cubrían y protegían del frío, se había convertido en un pedazo de cielo lleno de nubes en flor, abejas fabricantes de dulzura, y pequeños espejos que danzaban al son del canto de los pájaros.

El tío Juanito siempre llegaba a casa con algún alboroto o desequilibrio por compartir. Su presencia significaba fiesta, novedad, desconcierto o innovación. Sus apariciones eran invariablemente de buen augurio, pues nos contaba cuentos, jugaba a las adivinanzas, nos obligaba a pronunciar los apellidos más largos e ilegibles de la historia o, incluso, hacía competencias para ver quién aguantaba comer más picante. Por supuesto que en esto último siempre ganaba mi padre, ya que, como decía mamá, su barriga era como la de los organilleros, que llevaban su caja de música por todos los pueblos y por todas las calles mientras provocaban la alegría y la sonrisa de sus habitantes, que aunque no tuvieran dinero que ofrecerles, bien que tendrían algún guiso para brindarles. Y como su misión era aliviar los males de todos los que sus melodías escucharan, nada de lo que comieran sería dañino ni les provocaría problemas intestinales.

Pero ocurrió algo que superó todos los alborotos y todas las novedades, pues el tío llegó con una impresionante colmena de tres pisos elaborada con madera, para albergar abejas que, él afirmaba, producirían el más dulce de los manjares. Agregó que por su casa no había flores como en la nuestra y esos insectos necesitaban de un néctar de excelente calidad para fabricar su mejor miel entre la cera de sus panales.

Papá les encontró asilo justo frente a sus rosales y protegidas por el muro pétreo en cuyas cavidades las aves hacían sus nidos con pedacitos de ramas que le robaban a los árboles para que la hembra pusiera sus huevecillos y criara sus amorcillos con el sustento del macho, que a diario proveía el alimento con exquisitas lombrices que extraía del campo para luego entregar directamente en cada uno de los picos de su pequeña familia, que lo esperaba ansiosa en la calidez de su hogar. Sin embargo, mi madre se preocupó muchísimo al pensar que nos pudieran atacar; verdaderamente afectada, se dirigió al tío diciéndole que aunque fuera su único y queridísimo cuñado le advertía que si uno de sus bichos voladores

se atrevía a lastimar a una de sus hijas, conocería muy bien el carácter de su cuñada Isabel, a pesar de que sus abejas produjeran la mejor miel.

Esa noche, después de que el tío partió feliz al haber conseguido su cometido y sentado mi padre a la mesa de la cocina rodeado de todas las mujeres que lo acompañábamos en aquella inmensa casa donde hasta el aire se podía perder, nos explicó la bendición de albergar a las abejas y lo importante que sería nuestra presencia al colaborar con ellas, pues eran los seres más importantes de la creación, ya que sin su polinización se acabaría todo tipo de vida en el planeta. Nos explicó que ellas eran ejemplo de organización y que todas trabajaban de diferentes maneras en su comunidad. Todas tenían un rango, había desde las que extraían el néctar de las flores y se llevaban el polen de las mismas pegado en sus patitas para soltarlo en otras áreas, hasta las productoras de cera y que incluso su veneno, al que tanto le temían y del que tanto hablaban los adultos, era medicinal. Hizo hincapié en la perfección del diseño de sus panales, que competían con la construcción mejor lograda por el más afamado arquitecto, e insistió en que su disciplina las hacía ejemplo mundial de la más perfecta sociedad. Luego nos pidió permiso para dejarlas vivir entre nuestros prados, pues nuestros árboles estaban en plena floración y ellas se encargarían de polinizar las áreas cercanas, así como muchas zonas más, gracias al polen que ellas llevarían por doquier.

Fue fascinante escucharlo; nos dedicó tanto tiempo con su voz solemne y llena de agradecimiento, que dejó bien marcado el respeto que deberíamos ofrecer a ese pequeño insecto, el cual sólo era chico de tamaño, pero su presencia era inmensamente potente y necesaria para que todo lo seco enverdeciera, floreciera y diera fruto, para así lograr la continuación de la vida. Ya para finalizar, nos advirtió que ellas jamás atacarían a quien las amara y respetara. Que su inigualable zumbido era un cordial saludo y que en cuanto sintiéramos cercana la presencia de alguna de ellas, de inmediato les enviáramos con la mente un mensaje que dijera: “Yo te amo y jamás te haré daño”. Palabras de paz, que las abejas percibirían a través de la energía y de inmediato entenderían.

Todas las que estábamos presentes enmudecimos, y las abejas se quedaron en su lugar, acogidas en nuestra casa como un símbolo al dulce fruto de la disciplina y amor por el trabajo.

Realmente era un deleite verlas volar con inquietud y posarse por instantes de una flor en otra. Parecía que todo a su alrededor se paralizaba cuando dejaban de zumbar, detenían su aleteo y sólo se concentraban en el elixir que a besos absorbían del corazón de la más bella flor, la cual al sentirse amada y acariciada en su centro, soltaba el polen de sus pistilos, y como recuerdo de aquel idílico encuentro los unía a las patas de su amante como recuerdo de un momento de amor que fecundaría más adelante. La abeja conquistadora muy pronto emprendería su vuelo para posarse en el centro de la más hermosa rosa y parada sobre sus pistilos otra flor visualizar, y repetir la historia y volverla a besar, para producir miel del amor que aliviaría muchos males y con su polen, el más triste paisaje falto de flores y frutos poder fecundar.



## Los teatros de opereta

 El canto de los grillos era inigualable. Se decía que las noches estarían vivas y llenas de bienestar mientras hubiera un grillo cantando bajo la luz de la luna, por lo que muchos chiquillos los buscaban por horas entre las hierbas, y después de cazarlos, los metían en unas jaulitas a las que llamaban grilleros y los vendían a la gente de la ciudad, que pocas veces tenía contacto con los cantares de la hierba y las maravillas que ofrecía el campo.

Nosotros éramos muy afortunados porque teníamos muchos en la huerta. Una noche nos encontramos uno muy negro que tenía la parte superior marrón y una inicial “P” mayúscula perfectamente escrita en negro sobre su caparazón. La inicial parecía haber sido trazada por un escribano antiguo y hasta creímos que era otra travesura de papá, pero él nos explicó que éstos eran los grillos ‘príncipe’, y nos dejó como tarea buscar alguno que tuviera la letra “R”. Pronto encontré uno que caminaba deprisa cubierto por una lujosa coraza adornada con la mencionada consonante magníficamente escrita. Sorprendida por mi hallazgo y extasiada ante el increíble arte sin límites de la naturaleza, corrí hasta la

cocina con el grillo protegido entre mis manos. Mi júbilo y admiración eran enormes. ¡Nunca hubiera imaginado que existiera un grillo que llevara la inicial de mi nombre! Entonces mi padre tomó al elegante insecto en su mano y comentó que ése era un grillo “rey”. Nos explicó que los grillos “príncipe” eran más famosos porque su cántico era más agudo y se escuchaba a mayor distancia. Entonces nos dijo con mirada traviesa que nos había hecho buscarlo para que recordáramos siempre que “no era rey aquel que cantara más alto”.

Como se consideraba que los grillos eran de buena suerte y hacían que las noches fueran más dulces y serenas, nuestros padres, que habían crecido en el campo y se sabían muchas diabluras, nos enseñaron a lograr que esos simpáticos amigos cantaran más fuerte y durante más tiempo. Para ello había que encontrarlos entre las plantas y colocarlos en unos “teatros de opereta” fabricados con frascos de vidrio, a los cuales les introduciríamos trozos de pan mojados en vino tinto y cubriríamos con las tapas metálicas previamente perforadas con clavos y martillo para proporcionarles ventilación.

Una tableta de chocolate era el premio para el que encontrara más grillos y los metiera en sus nuevas casitas de cristal. Y toda la familia corría por la huerta que el atardecer regalaba para colocar los frascos en lugares estratégicos, mientras el sol sigiloso nos observaba curioso al ocultarse en las montañas para evitar ser cómplice de nuestras patrañas. En cuanto llegaba la noche se escuchaba el resultado de aquella tremenda travesura bajo la sonrisa discreta de la luna, cubierta por alguna nube que pasaba por ahí. Sus inigualables coros se escuchaban a un kilómetro a la redonda y nuestra diversión jamás nos permitió tener conciencia de lo mal que se sentirían los pobres cantantes al día siguiente. Poco a poco se volvió popular nuestro juego e incluso hacíamos concursos con los chicos del vecindario para ver quién confeccionaba el más elegante y elaborado teatro. Los nuestros fueron famosos porque sabíamos coser muy bien y les hacíamos teloncitos que pegábamos con engrudo por la parte inferior de la tapa, de donde pendían con elegancia hacia el interior del frasco. Considerábamos que nuestros amigos cantores se sentían orgullosos de interpretar sus coros en verdaderos escenarios.

Me pregunté siempre si mi padre llevaría a un niño dentro que le aconsejaba todo lo que nos gustaba a los pequeños, o si él era un niño que había crecido sin ponerse corazón de adulto.



## En el número “4”

 El culto a la Cuaresma se convirtió de pronto en un tema constante en el colegio porque se trataba de los cuarenta días y cuarenta noches que Jesús había meditado en el Huerto de los Olivos antes de su crucifixión. Sacrificio que habría hecho para la salvación de todos, y ese culto lo teníamos que respetar y respaldar para ayudar a salvar las almas pecadoras. Con los años, las monjas habían adquirido experiencia para que cada cual cumpliera con el sacrificio de salvación en forma distinta y según nos tocara por designio divino, por lo que cortaban papeles y en el centro de cada uno de ellos escribían los diferentes nombres de las expiaciones indicadas por el párroco. Después los doblaban y los metían en una cesta, para a continuación darnos a escoger el sacrificio en suerte a cada uno de los discípulos. Muchos de ellos estaban felices porque aquella sería una ofrenda que ayudaría también a nuestra redención.

Al desdoblar el papelito elegido, leí que en el centro decía:

4. - Una piedra en el zapato

Qué orgullo sentí en aquel momento al saber que con tan sólo ponerme un pedrusco en el zapato durante cuarenta días ayudaría a la salvación de las almas en pena, y que mientras más grande fuera, más pecados absolvería.

Ese día regresé a casa por el camino secreto lleno de flores a los pies del río. A lo lejos vi a mi madre que me esperaba en la puerta y advertí su preocupación por mi tardanza. Primero me riñó por regresar a casa por la vereda prohibida y después me preguntó por el motivo de mi cojera. Me quitó el zapato y al ver la piedra pensó que había sido tal mi éxtasis al conversar con el arroyo, que no me había dado cuenta de que llevaba una dura y lastimante intrusa bajo el pie. Pero la saqué de su error de inmediato al explicarle que las piedras en los zapatos salvaban almas del purgatorio.

Los ojos se le ponían más grandes y más claros a medida que observaba mi felicidad ante tal encomienda, hasta que, sin escucharme más, sacó del fondo del zapato mi sacrificio salvador de almas y lo arrojó tan lejos como pudo. En ese momento sentí como si una nube inmensamente negra me acechara pues sabía que no tendría en mi vocabulario las palabras para explicarle al cura el motivo de la ruptura de mi promesa de Cuaresma. ¿Qué castigo me aplicarían por aquello? ¿Podría mentirles a las monjas? o ¿le desobedecería a mi madre? Mi problema era fuerte en verdad, y pasé la noche llena de arrepentimiento pensando en la cantidad de almas que se condenarían a causa de mi incumplimiento.

Al día siguiente pedí permiso para hablar con el párroco durante la hora del recreo y en cuanto le confesé mi terrible falta, me contestó en forma ruda e inquisidora:

¡Cómo que rompiste tu promesa de salvación! ¿Tienes una idea del daño que les has hecho a las almas penitentes que dependían de tu sacrificio para ser absueltas? ¿Sabes lo que has hecho con tu insolencia y desobediencia? Ve de inmediato con la hermana que repartió los papeles de la rifa y le dices de mi parte que te asigne la penitencia número 25.

Después de ese negro momento en el que mi cuerpo entero tembló de miedo, acudí a la hermana en cuestión para llevarle el recado del párroco.

La encontré bordando tranquilamente en los jardines del colegio, arrullada por el murmullo del río, donde todo era serenidad y recogimiento, pero en cuanto le di el mensaje reaccionó como si no pensara, como si estuviera hipnotizada, y en ese mismo momento soltó su bastidor y se levantó de la banca en donde estaba sentada; fue a cortar unas ortigas, y a su regreso me levantó la falda del uniforme y las restregó con toda su fuerza sobre mis piernas de arriba abajo sin misericordia alguna. El veneno de los punzantes filamentos de las hojas de la planta hizo efecto inmediato en mi piel y una especie de escozor que quemaba se extendió en segundos por toda el área agredida. La mirada de la hermana seguía hipnotizada, y mientras mi desprotegido ser se lamentaba en un grito ahogado sin saber lo que pasaba, ella se quedó frente a mí sin pronunciar una sola palabra.

Regresé a casa con las piernas tan hinchadas y enrojecidas que se me dificultaba caminar. El ardor y la excoriación eran insoportables, sin contar con que el dolor y la indignación de mi alma eran muy difíciles de ocultar. Estaba segura de que con ese sacrificio yo ya había salvado a todas las almas del purgatorio y que nunca jamás en la vida iba a tener que volver a rezar un solo rosario o entrar a la iglesia de rodillas para que algún desconocido mereciera la gloria eterna. Cuando me vio mi madre en aquellas condiciones y le conté con toda mi inocencia lo que había ocurrido, le dio tal cólera que se quitó el delantal, lo aventó al piso y, tal y como estaba vestida, salió caminando con los brazos en forma de asas de jarrón por la carretera hasta que la perdimos de vista.

El que mamá caminara con los brazos colocados como asas de jarrón casi siempre demostraba que estaba por explotar de rabia y pobre de aquel que se le atravesara.

No quise ni imaginar cómo les iba a ir al párroco y a la monja. Pobres, sabrían mucho de guerra y del purgatorio, del mandato de Dios y de la furia divina, pero no tenían ni la más remota idea de lo que significaba enfrentarse con la ira de una madre como la mía.

Unos minutos después llegó Perico el pordiosero a indagar lo sucedido porque había visto a mi madre irrumpir en la sacristía de la iglesia como una fiera.

Perico era un divertido personaje, de aspecto lampiño que vestía de traje a rayas, de solapa cruzada, y muy desaliñado. Sus zapatos eran finos pero sucios y viejos, y cubría su cabeza con un sombrero de ala de paño gris, con el que hacía caravana al saludar. Como era lampiño, se pintaba un bigote falso con Mercurocromo para lucir pelirrojo, y pedía limosna comiéndose parte de las palabras para parecer andaluz. Su presencia en cualquier lugar era señal de peligro, pues él siempre se las ingeniaba para ser el primero en enterarse de todo lo que ocurría en el pueblo y divulgarlo a su manera con toda velocidad.

Sabíamos que lo que teníamos que hacer era darle de comer para que aquel acontecimiento tan delicado entre mi madre y los miembros del clero no se difundiera en el condado. ¡Ya bastante teníamos con ser “los americanos”! Mi padre no estaba en casa para conversar con él de la forma más adecuada, por lo que Marisa y yo, en un total contubernio, nos hicimos responsables de hacerlo pasar a la cocina y le dimos de comer hasta que se hartó. Las cuatro hermanas estuvimos sentadas alrededor de la mesa, y contemplamos con tristeza la forma en que poco a poco se quedó sin garbanzos el puchero familiar de ese día, mientras fingíamos interés en la plática de un hombre cuyo acento dificultaba que nos enteráramos bien de todas las intrigas que por la zona corrían y de las cuales tampoco entenderíamos nada.

Posteriormente llegó mi madre muy tranquila. Su cara de satisfacción no se la quitaba nadie y sus brazos ya no estaban en forma de asas de jarrón. Se veía a leguas que había ganado la batalla. Minutos más tarde arribó mi padre, quien jamás llegaba con las manos vacías: en esa ocasión el paquete contenía una bandeja de pasteles que le había regalado el dueño de una confitería.

Los bollos llegaron en su justo momento y mientras todos los gozábamos con un vaso de leche, papá comentó que había visto a Perico por

la carretera con un andar muy extraño. “De milagro camina”, contestó mamá. “Se ha comido todos los garbanzos de la cazuela y salió de aquí más inflado que un globo de Cantoya a punto de reventar”.

En ese momento, las gemelas, que aún no hablaban bien y que desde aquel entonces denotaban su alto grado de comicidad, se dedicaron a imitar la forma de hablar de Perico, lo que ocasionó una explosión de carcajadas que hicieron que la almidonada toga de la monja, la negra e intimidante sotana del cura y las hirientes y lastimosas ortigas salieran de mi mente y volaran circular y huracanadamente hasta el infinito. Quién iba a decir que un día tan violento e inhumano como aquél terminaría de esa manera gracias al escaso vocabulario de mis hermanas menores y al característico léxico de Perico y sus bigotes anaranjados.

Después de la bomba que debió explotar mi madre en el colegio ante lo acontecido, me cambiaron al aula de la buena de sor Aurora, donde estudiaría con niños y niñas de mi edad. Por supuesto que recibí muchas burlas y críticas de las compañeras anteriores, pero desde ese día mi vida en aquel plantel cambió por completo. Aunque me consideraran extranjera, ingenua e indefensa, ya se habían enterado de quién era mi madre y lo que podría pasar si aquella bella mujer se volvía a enfadar.



## Los jardines del paraíso

 En el mes de mayo se llevaban a cabo las primeras comuniones comunitarias en el pueblo, pero aún no llegaba el baúl procedente de América con la tela para confeccionar mi vestido, y aunque yo contaba con la edad para cumplir el sacramento, había que esperar a las celebraciones del año siguiente por las mismas fechas. Varias niñas lo realizarían ese año, entre ellas Rosita Cuesta, quien era mi mejor amiga, pero el que yo estuviera fuera de esa actividad no me impedía participar en los arreglos y preparativos del festejo. Todos los comulgantes irían acompañados por niños o niñas vestidos de ángeles que los llevarían de la mano hasta el altar a recibir la sagrada forma. Yo tampoco pude participar como ángel porque nuestra situación económica no podía darse el lujo de hacer tales gastos en un atavío que no serviría para el futuro, por lo que me uní al equipo que adornaría la iglesia con flores. Eso sí que no tendría costo alguno porque la decoración floral sería donada por el guardián y jardinero del Chalet de Urrutia, quien año con año y por las mismas fechas esperaba la llegada de todas las criaturas que irían en busca de las

flores que él cultivaba para festejar el inocente y blanco acontecimiento de los infantes de la zona.

¡Aquella era mi oportunidad! Tenía que descubrir el motivo por el cual yo percibía desde la acera aquel aroma a verde encantado sin poder ver lo que había adentro de la barda construida de piedras y enmohecida por los años.

Pasé días llenos de incertidumbre sólo de pensar en que por fin tendría contestación a tantas dudas con respecto a mi confusión entre el color gris de las piedras de la barda que ocultaba los jardines y el aroma que percibía de su interior. Al llegar las vísperas del magno acontecimiento, los responsables de adornar la iglesia acudimos con gran ilusión al bellissimo palacio y nos acomodamos en fila frente a los portones de hierro oxidados hasta que comenzaron a abrirse y sus bisagras rechinaron ruidosas el permiso de nuestra entrada.

Un perfume de mil colores invadió mis sentidos al entrar y quedé embelesada al comprobar que toda la floresta tenía las tonalidades aromáticas que había percibido cada vez que pasaba por la carretera. Gigantescos pinos, de distintas formas, tamaños y nacionalidades, custodiaban los enormes jardines y se perdían en el cautivador paisaje de los pinares en las montañas. Todos los caminos estaban cercados por alcatraces, a los que allí les llamaban calas. Parecían cirios blancos con la flama encendida que emergía desde su interior y aunque no tuvieran ningún aroma, su sencillez y elegancia eran dignos de ser elegidos para colocarse a lo largo del pasillo central del templo.

Los hermosos rosales de aquel vergel eran un tributo a la fragancia. Sus rosas de pétalos suaves y aterciopelados hicieron que me sintiera en el paraíso terrenal del que tanto hablaban en las clases de catecismo. Definitivamente, aquellas rosas engalanarían el altar.

Me mortificaba que cortaran de sus tallos aquellos frutos divinos de la naturaleza y al mismo tiempo mi corazón estaba regocijado al haber encontrado aquel santuario que me abría las puertas de una manera tan magnífica a los cinco sentidos de la vida. Y como el olfato le ayudó a la vista, en un instante disfruté de los aromas en su más absoluta esencia

gracias al inigualable y variadísimo color de la naturaleza, acaricié los aterciopelados frutos de la flora, escuché el revolotear de las mariposas y el zumbido de las abejas que se deleitaban con los néctares servidos por las flores que con los pétalos abiertos miraban al sol, acompañadas por los trinos de los pájaros que con sus familias anidaban en las ramas de los pinos, y probé el sabor amargo de las lágrimas de savia que escurrían por algunas ramas después de que unos extraños, con fines de halagar a los reyes del cielo, las habían despojado de una de sus criaturas en plena floración.

Qué regocijo sentí por haber aceptado aquella tarea. No importaba que las rosas mostraran sus espinas punzantes. No importaba que tuviera que cargar las ramas pesadas llenas de flores hasta la iglesia, ni empaparme entera al llenar los floreros con agua para colocarlas. ¡Yo ya sabía cómo era y a lo que olía el paraíso!



## Las lágrimas de los santos

El pueblo entero estuvo presente en la relevante celebración anual en la que cumplirían con el sacramento todos los niños de los alrededores. Mis hermanas y yo asistimos con vestidos nuevos, pues a donde quiera que fuéramos, aparecería una costurera a la que mi madre, con su buen gusto y adiestrada aguja, convertiría en modista de alta costura, por lo que sin importar la clase de la tela, nuestra presencia estaría a la altura.

Qué magnífico lucía el interior del templo durante el solemne acto y qué hermosos todos los comulgantes, acomodados a lo largo del pasillo, a donde los ángeles terrestres irían a buscarlos en el momento indicado para tomarlos de la mano y acompañarlos hasta el altar, donde permanecerían como custodios mientras sus protegidos recibían el pan sagrado. Posteriormente los inmaculados niños regresarían hasta sus sitios con las manos juntas, los ojos cerrados y el rostro en seria y formal devoción.

Mientras yo contemplaba atónita la solemnidad del momento, los rayos de luz que se filtraban a través de los vitrales atrajeron mi atención al verlos bajar hasta las flores e iluminar sus terciopelos. Había otras luces

blancas que ante la penumbra reinante se difuminaban poco a poco hasta mudarse en finísimas pinceladas de luz que trazaban los perfiles de los pequeños niños cubiertos de blancura que estaban ante el altar.

Un coral de excelsas voces nuevas y llenas de juventud invocaban la paz de las alturas y bañaban con ella a todos los presentes cuando me pareció ver que las partículas de polvo, cansadas de estar acumuladas en las uniones de las piedras, resquicios de reclinatorios e incluso en las magníficas tallas de madera que engalanaban el altar, comenzaron a bailar por el espacio de aquel inmenso recinto abandonado y, con la iluminación sigilosa procedente de los vitrales, se convirtieron en un cosmos de luces celestiales que llenaba de esperanza a todos los ahí presentes.

Todo era solemnidad y contemplación; me sentía inmersa en un espacio de luces y cantos cuando se abrió el tabernáculo del altar, que tanto me había sorprendido en la misa de Navidad, para asomar su resplandeciente sol de rayos dorados, cuyo centro custodiaba una forma sagrada a la que le nombraban cáliz. Lo que observaban mis ojos era increíble. Fui inmensamente feliz por haber participado en la notoria transformación del sagrado espacio que en días anteriores olía a tristeza, parafina y llanto, y que de pronto se veía envuelto por una fragancia verde, viva y refrescante, donde las hojas, las flores, los coros, el polvo y el ambiente inmaculado se fundieron en un inexplicable encanto.

La escena parecía extraída de un cuento, pero mi corazón me dictaba que había algo que no concordaba con la armonía del momento y al volver a revisar el entorno con detenimiento, descubrí que los rostros de todas las esculturas y tallas de vírgenes y santos tenían rictus de dolor. ¿Por qué no estaban felices si vivían en la casa de Dios? ¿Qué era lo que imploraban con lágrimas en las mejillas?

Al salir, una luz incandescente cerró mis ojos y contestó todas mis preguntas. La luminosidad que estaba afuera de la iglesia “era la Luz de Dios”. Él no estaba adentro, y desde el exterior se asomaba a través de los vitrales para ver qué era lo que acontecía ese día dentro de la casa construida en su honor. Aquella morada era tan oscura que por ello le habían

puesto un sol dorado que se abriera en el altar para que el Creador no extrañara al verdadero, al suyo, al libre, al sol que ha bailado por el universo por todos los tiempos, dueño de la luz, del calor y de todo tipo de vida: el de su creación.

Seguramente el Señor, al asomarse por los vitrales, también observó todas las caras serias, solemnes y llorosas dentro de su casa y se preguntó el motivo por el cual esas mismas personas sonreían cuando estaban en la calle, en las montañas, en los afluentes, en los campos y hasta dentro de las moradas en que habitaban. ¿Qué tendría la casa que le habían construido a Dios que hasta las esculturas lloraban? ¿Era por la figura de Cristo Crucificado? ¿Y por qué no reían al recordar sus enseñanzas? ¿Cuál era la razón por la que no ponían un Cristo lleno de paz que bendijera al mundo? Las viviendas que le construían eran para alabarlo y las llenaban de oros, esculturas y lujos, pero Él no vivía ahí, su morada era muchísimo más grande, tan grande que abarcaba hasta el infinito; Él sólo se asomaba con inmensa curiosidad por las ventanas o vitrales de todas las iglesias y catedrales del mundo para observar lo que ocurría dentro de ellas al honrarlo.

Todas mis observaciones y preguntas interiores no eran fáciles de contestar porque yo sentía a Dios en la luz de la caricia cálida del sol de la mañana; en la coreografía matinal de las gallinas; en las plantas que florecían; en los besos de mis padres; en el caparazón sabio, infinito y perfecto de los caracoles; en la frescura de los jardines del paraíso; en el becerrito de la vecina, que en cuanto nació buscó la teta de su madre para alimentarse; y hasta en el llanto de las estrellas en las que se reflejaba la luna, estaba Dios. De modo que sin preguntarle a nadie y sin comentar mis dudas, decidí honrarlo a mi manera bajo la luz de mi palmera, que ya para entonces era una amiga en la que encontraba a diario la infinita manifestación de la creación y la vida.



## ¡Papá era un gnomo!

Después de la vivencia inolvidable en los jardines del paraíso, tenía yo bien claro en mi mente el diseño del santuario que elaboraría a los pies de la palmera y le pedí a mi padre que me ayudara. Ese mismo día fue a visitar al jardinero del preciosísimo chalet, le comenté mi experiencia en sus jardines y lo que yo pretendía hacer. Llegó a casa con una carreta cargada de podas de rosales, de vid y muchas matas de pensamientos, violetas y varios retoños más. Al día siguiente, muy temprano, bajamos a las orillas del río a recolectar piedras pequeñas redondeadas de tanto correr por el agua y llenamos un costal de ellas. Primero hicimos el diseño del tapete en una hoja de papel y luego lo trazamos como de cuatro metros de diámetro alrededor de la palmera. La punta de la hoz fue muy útil para abrir los surcos donde incrustaríamos los cantos de piedra que dividirían los espacios para las diversas plantas. Cuando estuvo diseñado el tapete que adornaría mi jardín, colocamos las plantas de violetas en las áreas correspondientes. Él decía que las violetas representaban la hermosa cualidad de la humildad y que una bella mujer debía ser humilde como ellas, que de una forma cándida y dulce

escondían su belleza bajo las hojas de su planta para que se les buscara con verdadero interés.

Cuando puso en mis manos los racimos de las plantas de pensamientos, me mostró detalladamente uno de ellos y me hizo ver que tenía tres pétalos con un diseño lleno de olores fuertes y variados y otros dos con aroma íntegro y suave. Me explicó que los matices de sus tres pétalos principales simbolizaban los sentimientos más profundos, como las alegrías, las penas, los sufrimientos, los sueños y los éxitos; y que los otros dos pétalos representaban la simplicidad y la humildad, cualidades indispensables para la felicidad; que la flor en sí era un gran ejemplo para el bienestar y equilibrio mental del ser humano.

También trazamos una herradura en la entrada de la casa, como símbolo de buena suerte, donde fueron colocadas las podas de rosales; y las de vid se plantarían alrededor de la casa para que treparan por los alambres colocados estratégicamente entre los arcos de piedra que daban al prado y las paredes.

A mí me encantaba pasar horas enteras bajo el abrazo cálido de mi palmera, que me regalaba cada día más amor agradecida por el tapete de múltiples aromas que florecía bajo su luz.

En esos mismos días nos dieron a elegir el árbol del cual colgarían el tan prometido columpio, ya que era costumbre familiar contar por lo menos con uno en casa. Por decisión unánime, escogimos el peral del prado de la casa y junto al área acondicionada para las gallinas, porque era el que cumplía con los requisitos para realizar dicha diversión. Sólo que en este caso, tendría dos atractivos más, ya que mi padre fabricaría una banca de madera bajo su sombra y sería el único columpio del pueblo, lo que atraería la amistad de muchos vecinitos. Qué maravillosa sensación la que me ofrecía aquel columpio con el que se podía flotar por encima del césped hasta donde paseaban las gallinas y provocar en ellas una algarabía tal, que las invitaba a volar. Siempre estuve convencida de que una que otra me reconocía y sabía que era yo la misma que todas las mañanas entraba a su aposento y les robaba algunos huevos mientras ellas me saludaban con su ballet de plumas blancas y coronas alborotadas festejando la dicha de vivir.

Las tardes de verano con el paisaje verde, los rosales en flor, la huerta que producía en todo su esplendor el tapete de mi palmera, bordado con flores de mil aromas, y la exquisita fragancia de los rosales de mi padre que envolvía todo el entorno convirtieron el día a día en una fiesta para el alma. Espacio en el que la banca representaba un lugar de solaz esparcimiento para mis padres mientras jugábamos y, en muchas ocasiones, un aula de manualidades en la que mi madre nos daba clase de ganchillo a varias niñas de la zona, e incluso nos enseñaba a bordar nuestras propias mantillas con una tela de tul unida a un papel con el diseño previamente trazado. Delicados dibujos que con aguja e hilo de seda blanco rellenaríamos con hilvanés sobre la exquisita tela hasta verla convertida en el lujoso atuendo que cubriría nuestra cabeza para acudir al templo. La puntada era igual a la que realizábamos para zurcir los agujeros de los calcetines, pero nos gustaba mucho más bordar las mantillas, ya que ese trabajo por lo menos lo podíamos mostrar y sentir cierto orgullo muy dentro. Sin duda alguna, esa admirable mujer nos enseñó la importancia de la disciplina y la paciencia a través de un ejercicio en el que nos pasábamos horas para lograr bordar la flor que adornaría nuestra estampa dominical.



## Un caracolicidio ocurrido en casa

**E**n tiempos de humedad había legiones de caracoles. En muchas ocasiones se veían las familias completas deslizándose felices por las piedras o por las hojas de las plantas del huerto. Un día decidí ponerles iniciales como las de los grillos, claro que en ese caso usaría el abecedario completo.

Yo ya contaba con una pluma nueva llamada “estilográfica”, invento de la última tecnología dedicada a la escritura en los años cincuenta. ¡Todo un acontecimiento! Me la habían dado como premio en el colegio por aprender rápido la tabla de multiplicar. Aquel novedoso artefacto estaba formado por un lapicero de madera cuyo hueco interior albergaba un tubo metálico lleno de tinta espesa y terminaba con una punta, también metálica, por donde fluía la misma. Alrededor del tubo había un resorte del mismo material en forma espiral, y al oprimir un botón en la parte externa alta del lapicero, se conseguía que la punta saliera y facilitara la escritura.

De cualquier manera, de nada sirvió para mí el invento de ese momento, pues la disciplina era escribir con manguillo y hasta los caracoles

llevarían su inicial diseñada en forma artística y escrita nada menos que con manguillo y tinta china. Era divertidísimo volver a encontrar a mis amigos en diversos lugares, como las piedras de la barda que daba a la carretera, los árboles, las hojas de parra o las lechugas. Algunos desaparecían, quizás porque entraban en el terreno de las gallinas, convirtiéndose en el festín de alguna de ellas; otros podrían haber sido presos de algún pájaro que cumplía con la responsabilidad de llevar el alimento a su nido. De cualquier manera había muchos y se encontraban en cualquier lugar.

Un día nuestros padres nos pusieron a recolectar caracoles en una canasta. Los purgarían con salvado para posteriormente ser cocinados con el exquisito arte culinario de mi madre, que dicho sea de más, era excelente. Dijeron que habían quedado exquisitos. Por supuesto que no estuve presente a la hora de cocinar aquel manjar. ¿A quién se le podía ocurrir semejante caracolicidio? Los que llevaban su inicial en el caparazón habían estado a salvo, pues bien me ocupé con mucho acierto de que no cayeran en aquella siniestra canasta que los llevaría hacia la muerte. Todos estuvieron resguardados bajo la luz de mi palmera y comiendo de las deliciosas y húmedas hierbas de mi jardín.

Eran seres llenos de sabiduría que se deslizaban despacio y con una sensualidad extraordinaria mientras movían sus cuerpos en forma cadenciosa y rítmica. Sus pequeños ojos colocados al final de sus tentáculos iban dispuestos a alertar sobre todo lo que acontecía, y en cuanto advertían peligro, de inmediato se metían y enviaban la orden para que su cuerpo también se retrajera a fin de esconderse dentro de su casita móvil. Desde ahí veían pasar el peligro a través de la visibilidad que ofrecía la transparencia de la concha, y con toda precaución volvían a salir para continuar su calmado y libre camino en absoluta paz.

Me pasaba horas bajo la palmera esperando que dos caracoles se encontraran y se dieran un abrazo; se acariciaban mutuamente de forma tal, que su cariño era una total enseñanza de demostración de amor. Los recién nacidos, por pequeños que fueran, ya tenían la responsabilidad de llevar a cuestas su diminuta y delicada coraza. Unos se arrastraban con cadencia detrás de los mayores, mientras otros descansaban con tranquilidad sobre los caparazones de sus padres.

Insólitamente, esos seres humildes y terrestres ocuparon un lugar muy relevante desde mi niñez, a tal grado, que sus formas y ejemplos de vida permanecerían vigentes a lo largo de la mía de una manera recurrente y notoria, tanto en el ámbito del arte como en el místico.

Los caracoles fueron tan allegados amigos, que me enseñaron a visualizar todo de una forma distinta y velada a través de su frágil, translúcido y fuerte caparazón. Para resolver mis problemas aprendí a introducirme mentalmente en su interior perfecto, lleno de escalones que iban en círculo hasta el más profundo rincón de la sapiencia, como si llegara hasta el infinito a solicitar consejo de los sabios, para después de ver aquella preocupación convertida a su mínima expresión, salir de la profundidad paulatinamente, mientras daba vueltas y vueltas hacia la luz hasta sentir con su fortaleza la brisa serena de la realidad.

Me humillo ante la humildad de un caracol, pequeño amigo que lo sabe todo, lo entiende todo y se pasea despacio entre las hierbas, o las piedras, llevando a cuestas la manifestación del infinito a través de la perfección de su diseño.



## La furia del cielo

n uno de esos días de lluvia intensa fuimos en autobús a la ciudad de Vitoria a visitar al tío Nicolás, primo de mi madre. Su piso era muy elegante, con canceles de madera tallada y vidrios biselados en sus enormes ventanales. El salón principal estaba decorado con mobiliario estilo clásico de exquisito gusto y me llamó la atención una enorme bandeja de antojables chocolates que nos esperaban en la mesa central del recibidor.

Después del cálido recibimiento y conversaciones sobre recuerdos y añoranzas de sus pasadas juventudes, pasamos al comedor, donde fuimos espléndidamente atendidos por servidumbre ataviada con uniformes oscuros y delantales blancos con puntas de encajes. Ni qué decir del banquete que nos dieron, servido en bandejas de plata y vajilla de porcelana. Ya para finalizar, cuando a los mayores les servían café y a las niñas nos ofrecían chocolates, el tío tuvo la brillante idea de proponerles a mis padres la posible compra de alguna de nosotras, y que yo era precisamente quien tenía la edad apropiada para ser adoptada. No contento con lo dicho, se atrevió a alabar mi carácter alegre y afirmar

que esa adquisición ayudaría en mucho a solucionar los problemas económicos de nuestra familia.

Lo que yo había escuchado no era una broma, era un atropello tal, que logró la paralización de todos los presentes por un momento. ¡Hasta el aire dejó de volar!

Por el rostro de mis padres me di cuenta de que con una sola mirada y gran camaradería se habían negado rotundamente a tan semejante negociación. Desde aquel momento no volví a comer ni uno de los chocolates que la atractiva bandeja nos ofrecía, y cada vez que escucho el nombre Nicolás, me llega el aroma color marrón que reinaba en aquella lujosa habitación.

Unos meses antes, la tía Julia, hermana de mi padre, había ido desde Asturias a intentar comprar a Marisa bajo las promesas de que sería educada en los mejores colegios, tocaría el piano y se rozaría con la más alta sociedad de la zona. Presumía de contar con un chalet tan grande que incluso tenía una capilla en la cual el párroco de la localidad oficiaba misas exclusivas para ella y su esposo cada ocho días.

Días más tarde nos enteramos que el acaudalado varón tenía cuarenta años más que ella y que la había conquistado con paseos lujosos en carrozas de caballos ofreciéndole vivir en la opulencia; que se rozaría con amistades de la alta alcurnia, rodeada de servidumbre y ataviada con elegantes joyas. Mas ¡qué lejos estaban todas aquellas promesas de la realidad! El tan nombrado chalet y su capilla, en lugar de ser un regalo para ella, fueron una jaula, pues desde el día del casorio no la volvió a dejar salir ni a misa, y de todos los obsequios prometidos, sólo recibió una perla cada año en su aniversario de bodas. Pobre tía, no tuvo hijos y el marido envejeció de inmediato. Cuando él murió, ella estaba tan desfalcada por la vida que compró una casa de asistencia para ancianos donde vivió y reinó, cuidada y protegida por religiosas que administraron el local hasta su muerte. ¡Qué lamentable para la tía Julia! Marisa fue algo más de lo que la vida le negó, pero su propuesta era imposible de ser concedida.

Marisa mi hermana era una jovencita llena de virtudes, se podría decir que las tenía casi todas. Era calmada, amiga, prudente y con una vena artística tan completa que podía pintar, cantar, bailar, declamar, bordar o ser actriz de drama y comedia. Su lugar en la familia era justo el de en medio, sin duda alguna el equilibrio; pero de un día para otro y dadas las circunstancias, a la pobre le tocó jugar el papel de hermana mayor con toda la responsabilidad que ello representaba.

Me preguntaba cuál podría ser el atractivo nuestro que llamaba la atención de nuestros tíos ricos. ¿Sería que se notaba en nuestro rostro el amor que a diario nuestros padres nos daban, revuelto con aceite de hígado de bacalao? La respuesta vino a mi mente cuando me di cuenta de que entre esos parientes y nosotros había una gran diferencia. Ellos representaban la riqueza pobre y nosotros la pobreza rica. Sus casas estarían llenas de muebles pero faltas de cariño, y la nuestra estaba vacía aunque rebosante de amor.

Como el cielo es transparente y se cuela por todas partes, de seguro escuchó que aquel hombre con olor a chocolate me quería comprar y se llenó de indignación, pues durante nuestro regreso, lloró sin poder contenerse. La protesta de las nubes era indescriptible y cuando un viajero nos vio asustadas observando aquel escenario de truenos, rayos y centellas a través de las ventanillas del autobús, nos dijo que los angelitos estaban jugando a la pelota. ¡Qué angelitos ni qué nada! El firmamento estaba haciendo tal berrinche, que sus patadas le sacaron moretones a las nubes con olores, aromas y tufos que variaban desde el lila hasta el morado intenso. ¡Su enorme enojo se podía fundamentar muy bien! Aquello era lo último que me faltaba. ¡Ya sin mi permiso, me habían separado de mis hermanos, de mis amigos, de mis colores y de todo lo que yo conocía como felicidad! ¡Y justo cuando había yo comenzado a crear un mundo nuevo y lleno de fantasía en medio de la adversidad, apareció un extraño de gran barriga que me quería comprar porque él tenía soledad! Ese llanto impetuoso de la urbe celeste que tanto me quería sí que debió haber sido con lágrimas saladas como las que a mí me salieron el día que se casó Ñita.

En medio de aquel incontrolable coraje celestial, mi madre sintió la imperiosa necesidad de hacer pipí mientras el autobús se deslizaba de regreso por la carretera a toda velocidad, pero era imposible parar en plena vía. No había restaurantes ni gasolineras ni algún lugar adecuado para resolver semejante necesidad, de modo que sin tener una mejor opción, la naturaleza ganó y mamá se orinó. Después de tan penosa e indignante fechoría y ante nuestra atónita mirada, con la inteligencia y velocidad mental que la caracterizaban, se puso de pie, le dio vuelta a su falda de atrás hacia adelante y sentó a Belinda en sus piernas. Al llegar a la estación, bajó del autobús, erguida y sonriente con su hija en brazos. Más de diez viajeros, al ver la mancha delantera de su falda, debieron haber pensado que aquella y hermosísima criatura de cabello negro y ojos oscuros se había meado en su regazo.

La llegada a casa fue de fiesta y carcajadas. Pobre de Belinda, jamás imaginó que su grandísima inocencia solucionaría un asunto tan vergonzoso. Ella sí que había resuelto un indignante pasaje de nuestra historia.

Poco nos duró el festejo, pues al ir a buscar al conejo para darle de comer, nos dimos cuenta de que ya no estaba en su casita debajo de la escalera de la entrada a la casa. La única explicación posible era que nuestra mascota había sido el succulento almuerzo de algún gitano durante nuestra ausencia.

Eran tiempos en los que difícilmente pasaba un coche por ahí. Se veían con frecuencia algunas yuntas de bueyes, burros de carga arreados por sus dueños y hasta chicos en bicicleta, o algún indiano ostentoso que esporádicamente se paseaba por ahí con su coche “haiga” de importación para presumir de sus riquezas a los habitantes de la región. De modo que la llegada de los gitanos con sus caravanas de carros jalados por caballos flacos, cansados y huesudos era muy notoria. Con frecuencia tocaban a la puerta a fin de pedir arroz, aceite, alubias, pan o algo de despensa para cocinar. Un día, una gitana muy agradecida le solicitó a mamá un poco de leche para el niño que llevaba en brazos. En cuanto recibió la taza, se bebió la leche y limpiándose los labios con la mano dijo: “Mira guapa, tienes que comprender que estoy amamantando; y yo tengo que beber la leche primero para dársela al niño después”.

De ellos se podía esperar cualquier cosa. Un día, cerca de casa, al transitar por el puente del río percibimos un tufo muy extraño, que al paso de los días se tornó insoportable para todo el que pasara por la zona; incluso, llegaba hasta la casa. Aquel fenómeno era ya tema de conversación en el vecindario, pues nadie podía transitar por las cercanías sin cubrirse la nariz, hasta que alguien fue a investigar lo que acontecía. Al parecer, un cerdo había decidido cruzar el río varios días antes justo cuando la corriente estaba muy baja, quedándose atorado entre dos piedras sin poder escapar. El trágico incidente había provocado su muerte y por consiguiente despedía aquella fetidez dado su estado de descomposición. Mientras los conocedores en la materia decidían cómo resolver aquel problema, los gitanos llegaron, acamparon con sus caravanas a la orilla del afluente; y entre varios hombres sacaron al pobre gorrino, hicieron una gran fogata, lo asaron y se lo cenaron bajo la luz de la luna.

El vecindario entero se quedó estupefacto ante el acontecimiento, que fue tema de conversación por varios meses entre todos los habitantes del pueblo. Desde ese momento se pusieron más listos en cuidar a sus animales, porque si bien estaba claro que aquellos personajes aparecían de pronto y eran capaces de comer carne en aquel terrible estado de putrefacción, con mucha más ligereza harían desaparecer a los animales vivos de los campos y granjas.

Decía mi padre que un gitano con hambre corría más rápido que una liebre salvaje. Nuestro pobre conejo se había topado sin duda con un gitano con hambre.

Existen varias versiones para definir a los coches “haiga” que comenzaron a circular por las carreteras españolas en los años cincuenta, pero la más popular es la que retrata al emigrante que regresaba a su tierra conduciendo un enorme automóvil importado después de haber hecho fortuna en América. Se dice que por cuestiones de pronunciación, alguno de ellos llegó a una distribuidora automotriz diciendo “quiero comprar el automóvil más grande que haiga” en lugar de decir “halla” y desde ese momento la palabra “haiga”, fue usada para referirse a un automóvil grande y lujoso. Esa palabra llegó a ser tan popular, que fue aceptada por el diccionario de la Real Academia Española.



## Los bosques del Cosmos

 Cada vez me sorprendía más la escenografía del valle encantado que nos rodeaba y nos ofrecía vivencias increíbles día con día, y en los amaneceres me deleitaba con la fresca fragancia del verdor en todo su esplendor. Un día escuché las voces de nuestros padres que nos invitaban a subir al manzanar con la orden de mirar hacia el césped en todo momento. Intuíamos que nos tenían preparada otra sorpresa y seguimos las instrucciones al pie de la letra. Supe por los aromas que percibía que los árboles nos regalaban frutos rojos, amarillos, verdes o cafés, pues además de los manzanos, había perales, cerezos, un árbol de nísperos y un castaño.

Y a propósito del castaño, se decía por el pueblo que el nuestro producía castañas pilongas y que no debíamos comer ninguna, porque los niños que las comieran se quedarían pequeños. Y, por lógica, y como era de esperarse ante mi siempre inquietante experimentación con todo lo que acontecía a mi alrededor, ¡me quedé pequeña!

Mis asombrados ojos expresaron un sinfín de emociones a través de las lágrimas que brotaron al observar que todas las nubes de flores celestes que en primavera enraizaran a un tronco que se anclaba con fuerza a la tierra, finalmente se habían convertido en frutos con la llegada del verano. Parecía que la naturaleza me mostraba un cosmos con cientos de pequeñas galaxias cuyos planetas pendían desde las alturas y estaban a mi alcance.

¿Sería eso realmente un huerto? Me pregunté si el universo estaría compuesto por millones de bosques gigantescos e invisibles, cuyos árboles enraizaran en el infinito y de los que penderían planetas, estrellas, lunas y soles. ¿Estaría en ese momento contemplando uno de esos bosques del universo?

Visualicé los árboles fuera del suelo, desnudos de sus hojas, y me llevé una inmensa sorpresa al descubrir que sus raíces eran de la misma forma y tamaño que sus ramas. Sólo el tronco las unía y la corteza terrestre era el límite entre el alimento celestial y el terrenal. Era por ello que las hojas de los árboles se oxigenaban del universo celestial y que por sus venas recibían la savia absorbida del universo subterráneo a través de las raíces, troncos y ramas. Comprendí entonces que todo ser que se enraizaba en la tierra y crecía viendo al cielo pertenecía a los dos cosmos.

El más joven de los manzanos del huerto me invitó a comer uno de sus frutos rojos a los pies de su tronco y en él encontré un microcosmos tan prodigioso como el macrocosmos astral. De pronto me sentí velada por una fragancia rosa que bailaba entre los árboles y dejé de escuchar el bullicio de mis padres y hermanas, a los que veía como si estuvieran en la lejanía. Mi vista sólo enfocaba al fruto y se admiraba al verlo, protegido por una piel llena de puntitos, como si fuera un cielo lleno de estrellas que guardara celoso la riqueza de su interior. La manzana que tenía en mis manos era un pequeño firmamento en el que las estrellas se habían retratado para inmortalizarse una vez más. Papá se acercó para enseñarme a partirla con las manos y justo en ese momento vi que en el centro de su interior había otra línea en círculo que marcaba la zona donde estaban las semillas perfectamente acomodadas en forma de estrella y acunadas por unas muy delicadas

cáscaras que las protegían. Lo que estaba viendo era la matriz del fruto y pensé que también las peras, los nísperos, los duraznos, las cerezas y hasta las legumbres la tenían en diferentes formas, grosores, tamaños y durezas.

En ese preciso momento vinieron a mi mente los ojos de mi madre, en cuyo interior lucían unos círculos claros iluminados por una estrella central que coronaba un pequeño punto negro por donde yo me asomaba y veía la eternidad. Desconocía lo que me estaba ocurriendo, no sabía si era ensoñación, confusión o revelación, pero de lo que sí estaba convencida era de que en aquel corto tiempo bajo el manzano había tenido mi primer contacto con el no principio y el no-fin; con la evolución sin límites, con la grandeza de lo minúsculo y la pequeñez de la inmensidad.

No podía creer lo pequeña que era mi persona ante el inconmensurable espacio y, aun así, me di cuenta de que yo no sólo era parte de él, sino de que mi ser era otro fantástico universo compuesto con millones de células vivas, ríos, luz y movimiento como el de los caracoles, como el de los grillos, como el de los pájaros, como el de las abejas y sus celdas de cera, como el de los huevos de las gallinas, que tenían vida dentro de los cascarones.

Desconocía la forma en que había comenzado a crecer el becerrito de la vaca de Belchu, la vecina, dentro del vientre de la vaca, pero de todas formas salió cubierto por una membrana blanquecina, muy parecida a la que protege a los pollos y pájaros dentro del cascarón. Me preguntaba cuánta fuerza había necesitado el tierno tallo verde que había germinado del duro hueso de durazno que había sembrado el primo Liborio en la maceta de la entrada de la casa hasta convertirse en árbol. Pensé que en definitiva todo había comenzado a partir de un huevo o una semilla donde se acunaba la vida en sus cálidos y confortables lechos internos, y que ahí permanecerían hasta que necesitaran del oxígeno del cosmos y decidieran salir con toda la fuerza del amor para continuar con su eterno ciclo. Todo era infinito, hasta los pequeñísimos huevos de las hormigas.

Qué entusiasmo saberme parte de un movimiento tan ilimitadamente importante y pertenecer a la inmensidad de un todo donde mi

minúscula presencia era necesaria para la infinita naturaleza, donde todo era parte de uno y uno era parte de todo.

¿Quién habría inventado aquella maravilla? Un genio, sin duda alguna:

El Dios de la Creación.

Los brazos de mi palmera formaban una estrella gigantesca que también habría anclado sus raíces en tierra para evitar elevarse al cielo y ser la más grande de todas; quizás era por ello que su luz boreal se sentía tan cerca, tan cálida, tan magistral. Todo su alrededor crecía de forma sin igual y su luminosidad era un inexplicable contacto con el cosmos en mi niña soledad.

El día de la cosecha se apareció Libo con unas ramas a las que, con un cuchillo, les había abierto la punta en dos para darles forma de tirapiedras; con su carácter bueno y condescendiente, nos enseñó a desprender los frutos de los árboles sin lastimarlos. Era muy fácil. Sólo había que introducir la parte abierta de la rama entre la fruta y el tallo, y darle un pequeño giro para verla soltarse y caer al prado por donde rodaba cuesta abajo.

Y era justamente allí, en el nacimiento de la colina, donde posteriormente seleccionábamos los frutos según su clase y los colocábamos en sacos de tela de algodón. Unos bultos se enviarían para la venta en los mercados de los pueblos cercanos y otros se usarían para preparar jaleas en casa y venderlas. Por cierto que muchos se vendieron en el establecimiento de Bilbao que compraba los huevos que producía nuestra granja. Los demás se distribuyeron entre comercios del centro del pueblo y tabernas aledañas.

Algo muy simpático ocurrió cuando el dueño de una taberna vecina compró manzanas para hacer sidra y envió a su hijo (el que me aventó las bolas de nieve aquella fatídica noche) con su burro para que éste acarrearra los bultos de manzanas hasta la taberna. Resultó que el burro, ya con los bultos encima, se echó en mitad de la carretera y no hubo ser humano que lo hiciera levantarse. Para mi feliz venganza, el dueño del inteligente y cómplice asno tuvo que cargar los bultos a lomo y llevarlos él mismo camino arriba hasta la taberna de su padre. Mientras tanto, mi nuevo

amigo burro durmió, durmió y durmió en medio de aquella desértica vía por la que no pasaba ni un burro.

Lo mejor de la estación ocurrió definitivamente después de la vendimia, pues tras meternos en los bultos de frutas ya vacíos, nos dejábamos rodar cuesta abajo, como cualquiera de los frutos con los que los habíamos rellenado. Éramos pequeños mundos llenos alegría que festejábamos el producto del trabajo.

Estábamos en pleno festejo, cuando nos pareció que alguien hablaba en voz alta. Era un hombre que llegaba en moto preguntando por mi padre. Llevaba un oficio de la aduana del Puerto de Bilbao que avisaba que en sus bodegas estaba una caja de metal proveniente de México. Fue tan grande la alegría, que llegó la noche y aún seguíamos rodando cuesta abajo por la colina de los árboles mágicos a la que curiosamente le llamaban manzanar. Ese nombre en realidad era un pretexto de Dios para mostrar su inmensidad, ya que en ese pequeño espacio se disfrutaban muchas formas de vida a través de la majestuosidad de la naturaleza.

Sufrí un profundo arrepentimiento cuando vi a los árboles despojados de sus frutos. No me perdonaba el haberles robado a sus hijos después de tanto tiempo de cuidados y vivencias. Como cuando les pintamos los troncos de blanco para que no se subieran los insectos y quedamos todas embarradas de pintura mientras nos perseguíamos una a la otra con brocha en mano, así como cuando llenas de júbilo, al igual que las mariposas, jugamos a los escondites entre sus ramas cuando estaban en plena floración.

Era tal mi angustia, que Libo, al darse cuenta, nos explicó que esos frutos nos los regalaba la naturaleza en agradecimiento a nuestro amor hacia sus árboles. Y ansiosos por brindarles todo nuestro agradecimiento, buscamos la forma de divertirlos, consolarlos y acompañarlos; hicimos de ellos pequeñas casas donde jugábamos con otros chicos del pueblo. Con mucho esfuerzo convertimos unos árboles en viviendas, porque no era fácil treparse a ellos llevando mantas o cacharros de cocina; y dada nuestra estirpe abarrotera, otros más fueron tiendas de abarrotes y les colgábamos bolsas de arroz, azúcar, alubias, harina o chocolates. Había incluso un árbol exclusivo para taller de autos, con todas las

herramientas que los amigos aportaron para acondicionarlos, aunque no hubiera ningún auto en la zona. Y con inmensa confianza y asombro, todo lo que empleábamos para vestirlos se podía quedar entre sus ramas durante varios días aguardando nuestro regreso para continuar con el juego, pues la honestidad del vecindario dictaba respeto a los menores; ni los gitanos se atrevían a tocar nuestros valores.

## ¡Un baúl de lámina azul!

**S**racias a Perico y sus bigotes pintados con Mercurocromo fuimos la noticia del pueblo el día en que llegó el baúl, ya que el pintoresco vagabundo se había encargado de difundir la noticia de que un enorme camión proveniente del puerto de Bilbao había dejado esa mañana un extraño envío en el hogar de los americanos.

Lo anterior provocó que hasta Julita la sardinera, que siempre iba deprisa vendiendo su pescado fresco por el pueblo, pareciera pasar ese día mucho más seguido y despacio frente a la casa, y ni se diga de los reparadores de pan, que tenían la costumbre de anunciar su presencia tocando el claxon desde el interior del vehículo para que uno de nosotros saliera a toda velocidad a comprar la hogaza del día: esa mañana casi entraron hasta la cocina para entregarla.

Marisa y yo nos moríamos de la risa cuando varias mujeres invadidas por la curiosidad nos esperaron fuera del colegio para acompañarnos con supuesta discreción hasta la puerta de nuestro hogar e indagar el contenido de la misteriosa caja; y justo en el porche nos encontramos con el ya afamado baúl de lámina azul, abierto y totalmente vacío. Seguramente

nuestros padres ya habían sacado todo su intrigante contenido y lo habían exhibido así para que saciara sus instintos todo aquel que tuviera sangre de investigador, por lo que las mujeres se regresaron cuchicheando entre ellas, pero nosotras no podíamos ocultar ni calmar el alboroto que traíamos en el cuerpo por ver lo que nuestros hermanos habían enviado. Y después de divertirnos al verlas partir cargando su frustración, entramos a casa y cerramos la puerta a piedra y lodo.

El encanto duró muy poco porque de inmediato vimos a mi madre que caminaba con los brazos en forma de asas de jarrón. Mi padre nos guiñó un ojo y nos hizo señal de calma con las manos, de modo que guardamos una pausa en la música del acontecer y esperamos a que ella comenzara a cantar su enojo. ¡Y lo cantó! En el tan codiciado baúl habían enviado la vajilla de porcelana “Santa Clara”, de fabricación española, con diseño Old England, obsequio de una parienta de mi padre que decían que había tenido muchos lunares en las mejillas..., que había llegado convertida en astillas. “¡Si su tía Ruperta viera en lo que se convirtió la vajilla que nos regaló, se iría corriendo al río con una piedra amarrada a la cintura gritando que se ahogaría y después la encontrarían sacudiendo a los santos de la iglesia!”, exclamaba mi madre mientras sus brazos continuaban en la misma posición. Nunca supimos el motivo por el que ocurrió tal desastre, si por el mal embalaje o por la furia del mar. Sólo lograron salvarse dos o tres piezas. De cualquier manera, ella se preguntaba el motivo por el cual sus hijos habrían tenido la ocurrencia de enviar aquel lujo innecesario en un momento de tanta necesidad.

A mí me preocupaba Juan, mi muñeco de celuloide, al que habían enviado completamente desnudo. Que poca caridad habían tenido con él, por lo menos lo hubieran envuelto con uno de los muchos periódicos con los que habían rellenado huecos adentro del baúl. Un hermoso platón de vidrio rojo arribó partido en tres, pero observé que uno de los pedazos tenía forma de media luna y lo rescaté para formar con ella la cabecera de una pequeña cama antes de que fuera a vivir a la basura. Ya sólo faltaba elaborar un colchoncito con alguna tela para que el pobre Juan tuviera un elegante lecho con cabecera de vidrio importado.

Dentro del contenido también llegaron discos de acetato de 78 revoluciones por minuto con grabaciones de canciones de Pedro Infante, Jorge Negrete, Pedro Vargas, Emilio Tuero, el Trío Los Panchos y varios discos más de los más famosos cantantes mexicanos de la época; unas latas de los allá desconocidos chiles en conserva “El llorón”, un suéter para mi madre, otro para mi padre, unas sábanas, algunos de los juguetes que habíamos dejado en casa; mis crayolas y cuadernos para iluminar, algunas otras cosas para mis hermanas y la tela para confeccionar mi vestido de Primera Comunión.

Esto último fue un disgusto sin igual para mi madre, a quien le explotó el carácter; tomaba la tela extendiéndola con los brazos abiertos de lado a lado mientras alegaba que aquello era un simple nylon, casi transparente, inigualable para confeccionar cortinas pero no un vestido de gala. Agregaba que para eso existían los piqués, las tiras bordadas y los tergales. “Menudo ridículo vamos a hacer, hija”, me decía manoteando con inmenso enojo.

En mi mundo mágico no existían las telas ni los vestidos de seda ni las elegancias. Esos problemas pertenecían al mundo de los mayores. Yo, al igual que muchos infantes del pueblo, cumpliría con el precepto porque así tenía que ser, pero estaba segura de que al igual que mis compañeros, yo tenía muchas cosas en mi mente mucho más bellas e importantes que un vestido o una fiesta a causa de un sacramento del que teníamos mucho que aprender.

También mandaron muchas historietas y rompecabezas para nosotras y, por si fuera poco, innumerables periódicos donde aparecía la columna con las crónicas de eventos del Palacio Nacional que tanto le gustaba leer a mi padre, quien al verlos los tomó en custodia mientras mi madre le decía: “Ahí tienes tus ‘Rutas de Emoción’ Santiago, para que te enteres de los acontecimientos de la crema y nata de la Ciudad de México y estés contento”. En ese momento se escuchó un silencio impenetrable que mi padre rompió con su eterna sonrisa y dijo: “Ita, pero a ti te mandaron tu licuadora”. No lo hubiera dicho. Ella tomó el artefacto molidor y se

lo llevó a la cocina mientras murmuraba: “Tú ponte a leer el periódico, no te preocupes, yo me voy a trabajar. Tus hijos no tienen idea de lo que estamos pasando. ¡Una licuadora..., sólo a ellos se les ocurre...! ¡Nos han mandado una licuadora!”.

De cualquier manera, los periódicos serían de mucho beneficio, pues después de ser leídos de cabo a rabo tendrían diferentes usos, ya fuera para limpiar cristales, tapetes en la entrada para absorber la humedad, forrar los ladrillos que calentaban las camas o para ir a dar junto al WC, cortados en cuadros y colgados de un gancho. Era tal la austeridad en la que vivíamos muchos de los habitantes de la región, que resultaba un verdadero lujo usar papel higiénico de importación.

## La crema y nata de la sociedad

*P*ronto supimos que “la licuadora” era un aparato desconocido en aquella comarca, y del gran uso que se le daría! Las parras de casa estaban vencidas por el peso de cientos de racimos de uvas pequeñas, redondas, oscuras y muy dulces, que fueron cayendo uno a uno a la cesta que los llevaría a la cocina para ser lavados. El recipiente de vidrio de la licuadora, que para nuestra fortuna había llegado ileso después del violento viaje, fue el encargado de moler todas las uvas hasta convertirlas en deliciosos jugos concentrados. Y todas las mañanas, antes de salir para el colegio, tomábamos un vaso de jugo de aquellos frutos, que al parecer tenían muchas propiedades para la salud. Muy en breve nuestro jugo se convirtió en la novedad del momento y las vecinas iban a casa a comprarlo por litro.

Sin embargo hubo unas palabras que no entendí acerca de los diarios que habíamos recibido del otro continente. ¿Qué querría decir eso de “la crema y nata de la sociedad?” No vacilé en preguntarle a mi padre, quien de inmediato me llevó a la cocina y me sentó en un banco, me sirvió un vaso con leche de la que se había hervido esa mañana y me dijo:

Mira, hijita, la leche nos enseña de una manera muy sencilla la forma en la que debemos elegir nuestra vida en sociedad. La leche, al igual que la vida, no está colada, somos nosotros los que debemos hacerlo. La leche recién ordeñada siempre tiene algo de basura e impurezas, y para purificarla es necesario hervirla, lo que provoca que la crema y la nata suban hasta el borde del recipiente y las impurezas caigan hasta el fondo.

Si observas este vaso lleno de leche como un entorno de vida social, verás que en la parte central del mismo es donde se aprecia el líquido mucho más saludable, nítido y transparente. Los dos polos te ofrecerán muchos encantos pero también muchos problemas a lo largo de tu vida. Si te distraes por ver la basura, que en este caso significa la vida fácil o la flaqueza de tus condiciones emocionales, perderás la belleza de tu camino en la vida. Y si te distraes por intervenir entre la crema y la nata, que serían la opulencia y competencia entre el que más se siente ser y el que más quiere tener, dedicarás tu vida a competir, perderás tus principios, olvidarás a tus amigos y en lugar de vivir tranquila y en libertad, sufrirás pensando en la vana importancia de la superioridad, lo que te llevará por el sendero de los más tristes sentimientos de inferioridad.

Para que logres permanecer a lo largo de tu vida siendo tú y conservar tu esencia, te recomiendo que procures mantenerte siempre en el centro y nunca dejes de respetar a los que te rodean; recuerda que todos pertenecen al mismo vaso.

Esas sencillas palabras de mi padre han permanecido vigentes a todo lo largo de mi vida como un ejemplo mayúsculo e importante cuyo referente fue algo tan humilde y cotidiano como un simple vaso de leche.

## El misterio de los paisajes de la vajilla rota

*M*e atraían también los platos y tazas que se habían roto. Era injusto que aquellas piezas tan bellas se hubieran perdido. Decía mi madre que eran de una porcelana muy fina. Yo no advertía diferencia alguna entre la destrozada vajilla y los platos y tazas que teníamos en la cocina, pero la vi con claridad al acercar unos con otros. Las piezas que se habían topado con la tempestuosa furia marina eran de un material blanco, muy fino, casi transparente; parecía como si las hubieran bañado en vidrio y estaban decoradas con paisajes de la antigua Inglaterra, realizados con finísimos rasgos en tinta negra. Parecían hechos con plumilla. ¿Quién podría haber realizado un trabajo tan delicado? ¡Eran diminutas obras de arte!

Quise sorprender a mi madre e intenté dibujar algo parecido con mi plumilla y tinta china sobre alguno de los platos de cerámica que se usaban a diario en la cocina, pero no lo logré. La noble tinta negra que tanto me gustaba y que me servía hasta para ponerle iniciales a los caracoles odiaba los platos y al ser colocada sobre su superficie se convertía en un líquido negro, rebelde y desobediente, que además de no secarse, se

escurría o se separaba en forma de puntitos. Entonces vino a mi mente algo fantástico que revolucionaría la decoración de los platos de todos los hogares sin necesidad de tener gastos excesivos en la compra de artículos de lujo como nuestra desafortunada vajilla, la cual seguramente había vivido custodiada en almacenes para ser usada exclusivamente en momentos de gran postín y que había tenido tan triste final después de haber cruzado el océano dos veces.

Intuía que el engrudo que preparábamos en casa para llevar al colegio y un papel de china casi transparente serían la solución, de modo que, sin pensarlo, vacié agua en un cacharro, le agregué una cucharada de harina y lo puse a fuego lento hasta que se convirtió en una mezcla espesa, pegajosa y sin grumos. Unté un poco de ella sobre uno de los platos, la desvanecí con el dedo hasta que quedó uniforme y le coloqué encima un pedazo del papel recortado en forma circular. Luego lo aplané muy bien con el puño de mi mano hasta que quedara perfectamente unido a la superficie y lo dejé secar.

Llegó el momento en el que al intentar copiar uno de los temas de la vajilla, el manguillo y la tinta china bailaron sobre el papel como acostumbraban y logré pintar uno de los paisajes que me encantaba, lógicamente, sin intentar igualar la exquisitez del original. Qué sensación tan sublime sentí al lograr mi experimento. Sin duda, resultaría una sorpresa para mi madre. Pero al querer limpiar la orilla del plato, una imprudente gota de agua corrió como río desbordado sobre el trabajo realizado y el paisaje quedó arruinado.

La desilusión fue tal, que me invitó a tratarlo una vez más, pero entonces cubriría el papel pintado con un barniz a prueba de agua que teníamos para retocar alguna madera lastimada. Algo me decía que el experimento lo debía realizar con el ilustre cenicero de cerámica abandonado sobre una mesita del recibidor. Mi ilusión de volver a comenzar no me soltaba y repetí los pasos, todos ellos uno a uno, tal y como la obstinación me dictaba.

Parecería que el paisaje inglés formado por la casa, los árboles y la fuente hubieran estado enclaustrados en forma líquida dentro del oscuro tintero y

deseosos de ver que la plumilla entrara por el orificio superior del mismo para salvarlos de su encierro, pues percibí la velocidad con la que su punta metálica se cargaba de tinta en cuanto la introduje en la botella.

El papel esperaba lleno de ilusión la llegada del manguillo encantado, que al deslizarse por su rostro dejaría fluir trazo a trazo y poco a poco el paisaje liberado que lo transmutaría en estampa.

Definitivamente, el segundo intento había superado al anterior de manera sorprendente y en cuanto la tinta estuvo seca, barnicé toda la superficie y la dejé secar hasta el día siguiente. Mi orgullo no podía ser mayor. El resultado parecía ser un éxito total. Tanto mis padres como hermanas y vecinos alabaron mi trabajo y el cenicero regresó reluciente como pieza de ornato a la mesita del recibidor.

Pero llegó un día en el que un hombre de gran barriga, nariz rubicunda y con un espantoso puro entre los dientes, fue a casa a comprar unas manzanas. Compró varias cajas, pues decía que eran magníficas para hacer sidra casera y, entusiasmado por su compra, apagó su maloliente cigarro sobre mi obra de arte. La cerámica permaneció intacta, pero el papel, el barniz y el paisaje pintado a mano quedaron incinerados para toda la eternidad.

Mis experimentos habían fracasado y el secreto del por qué la tinta negra permanecía en la superficie de la porcelana aunque se lavara, se convirtió desde ese momento en un enigma para mí; un gran reto que algún día resolvería.



## El paraguas negro

*M*uy pronto supe el motivo por el que le pusieron el nombre de “jalea” a los dulces confeccionados con las frutas, pues su elaboración resultaba un verdadero “jaleo” y nos escondíamos para que no nos encontraran a la hora de prepararlas. Pero no había escapatoria, ya que nuestros escondites eran bien reconocidos, por lo que pronto nos veíamos cumpliendo con la tarea de pelar dichas frutas y cortarlas en pedazos, para después colocar las semillas centrales en un cedazo de tela muy delgada, la cual amarrábamos con un lazo y todo junto lo poníamos a cocer con agua y azúcar en una cazuela de cobre a fuego bajo. Parecía ser que en las semillas estaba el componente que les permitía cuajar. Algo así como una grenetina natural. Pero a lo que más le huíamos era a revolver la compota con una cuchara de madera, ya que la cazuela de cobre parecía el cráter de un volcán que salpicaba gotas ardientes y ocasionaba quemaduras en la piel. Ahí sí que extrañaba yo a las amigas de mi madre, que nos ayudaban bastante mientras conversaban de asuntos muy interesantes. Cuando por fin estaba todo cocido, pasábamos la pulpa a otro recipiente a través de los orificios de un colador. Y por último, lo

colocábamos en unas cajas hechas de papel cubierto de cera, también realizadas en casa. Los dulces se cuajaban al enfriarse, se sellaban con otro papel encerado y se guardaban en el nicho de los fantasmas hasta el día en que salieran para su venta.

Una tarde en la que se avecinaba tormenta, Marisa y yo fuimos a entregar jaleas a unos comercios cercanos. Nos protegían las capas negras de lana gruesa del uniforme del colegio y un paraguas negro, tan negro como el que poseían todas las familias del pueblo. Las mujeres no salían sin él y los hombres lo llevaban colgando en la espalda como parte de su atuendo personal, como era tradición de la zona. Regresábamos gozosas por la carretera al ver que nuestro trabajo había sido aceptado, festejando nuestra venta del año, cuando una fuerte ventisca nos atacó y abrimos el paraguas al pensar que la lluvia nos azotaría, pero un devastador viento volteó sus varillas al revés, dejándonos indefensas y desprotegidas ante la fuerza de la naturaleza. Nuestra divina infancia nos hizo estallar de risa al ver que nuestro protector de lluvia se había convertido en un desastre mientras permanecíamos completamente solas a medio camino y vislumbrando en forma vaga las luces que asomaban por las ventanas de algunas casas en la lejanía.

El viento corría con toda su furia entre los árboles y anunciaba su paso con un silbido agudo y aterrador. Los nidos oscilaban ante su fuerza y las hojas de los árboles, libres ya en su vejez, por fin soltadas de la rama que las había atado, flotaban por el aire y hacían círculos, vueltas y piruetas de júbilo a tiempo que seguían con entusiasmo al viento liberador que les prometía una nueva vida en el más allá. Parecía que las hojas sueltas daban y se abrazaban unas con otras en las alturas, mientras se elevaban por el aire en un baile sin fin que las llevaría a la eternidad. Muchas cayeron a lo lejos, en prados, caminos y montañas, cambiando el paisaje al cubrirlo con una flamante alfombra de hojas con olor marrón. La mayoría encontró la vida eterna al convertirse en el alimento, resguardo y cobijo de los pequeños animales del fantástico mundo del suelo, donde todo comienza y todo termina.

Ante nuestra atónita mirada, el viento insolente e indiscreto desnudó los árboles sin permiso y sin que pudiéramos hacer algo para evitarlo. Permanecemos impávidas y sostenidas con fuerza del mango de un paraguas inservible que uniría nuestras manos y nuestras fuerzas por siempre, mientras observábamos la intempestiva llegada del señor otoño.

El entorno se vestía más de gris que nunca, casi borrado por el viento que nos envolvía, y me preguntaba si mi palmera también se había dejado engañar por el vendaval, pero al llegar a casa la vi entera y frondosa. Me recibía erguida, majestuosa. ¡A ella, hasta el más vertiginoso viento la respetaba!



## El paradisíaco regreso a casa

*P*ara regresar del colegio a casa, debíamos tomar la avenida principal y cruzar por el singular pueblo con pequeños almacenes, ver niños jugando en las aceras, mujeres asomadas por la ventana esperando a sus hijos, o los pintorescos vecinos sentados a la puerta de sus casas viendo la vida pasar cuando ellos ya habían pasado por la vida.

Esa senda nos ofrecía los dos puentes desde donde podíamos contemplar el alegre río en su diario trayecto hacia el inmenso mar, paraíso acuático en el que sus distintos tintes se mezclarían y se convertirían en uno solo: el del mar. Pero estaba llena de guardias civiles ataviados con botas, un sombrero negro extrañísimo al que le llamaban tricornio y un inquietante uniforme verde militar ceñido con un cinturón negro muy ancho, sin contar con los rifles que portaban. Nos habían aterrorizado desde nuestra llegada al pueblo. Vigilaban todas las calles y carreteras para mantener el orden y su presencia infundía desde respeto hasta miedo. Siempre se mostraban serios, hasta parecía que no veían nada, pero lo tenían todo controlado, a tal grado que no permitían que un grupo de más de dos personas conversara en las aceras. También tenían

controlados los restaurantes, bares y ni se diga las playas, pues decían que la desnudez invitaba al pecado y los pobres veraneantes se tapaban hasta las narices por miedo a que ellos pasaran. Parecían seres sin vida con mirada fija, fría y sin sentimientos, parecían soldados de plomo que marchaban siempre al mismo paso y con el mismo ceño en su rostro.

Pero aquellos guardias no eran juguetes, sino hombres temibles e imponentes a quienes niños y adultos les teníamos mucho miedo. Yo me escondía detrás de un árbol, una piedra o una casa cada vez que veía que uno de ellos iba a pasar cerca de mí. Y él pasaba sin voltear a verme, a sabiendas de que yo estaba aterrada y trataba de ocultar mi presencia.

Fue por lo anterior que Marisa y yo, desde los primeros días de clase, encontramos un sendero secreto que rodeaba al río y terminaba justo frente a la casa, donde se veía coronado por una antiquísima fuente de agua fresca y cristalina proveniente de la montaña. Las dos hermanas regresábamos del colegio pasando por aquel lugar lleno de paz, y al llegar a la fuente bebíamos un poco de agua fresca. Siempre nos encontrábamos con vecinos que llegaban a ese punto de encuentro oculto sin la presencia de los guardias civiles, con el pretexto de llenar su botijo de barro con el agua mineral que bajaba desde lo alto y que a golpe de piedras lograba ser pura y cristalina. Sus conversaciones iban desde temas políticos, que estaban prohibidos, hasta vivencias familiares. La mayoría eran mujeres que se quejaban por el alto precio de las alubias o lloraban por los hijos o hijas que se irían a la “mili”, servicio muy difícil de esquivar. También se daban clases mutuas de puntadas de ganchillo para la carpeta de la mesa del comedor, que una vez terminada sumergirían en agua con azúcar para que sus lucidores holanes permanecieran duros, secados al aire según la forma que ellas les dieran. Por supuesto que las dolencias y remedios case-ros tenían un lugar separado dentro de los ejes de conversación, igual que recetas de cocina o el interesantísimo proceso de la cerda que alimentaba a doce cerditos, entre otros muchos asuntos de importancia. Pero todas las conversaciones terminaban en el momento en el que las abuelas intentaban presumir las hazañas de sus nietos. Nosotras lo escuchábamos todo perdido entre el murmullo del agua mientras que desde ahí veíamos aparecer a mi madre en la puerta de la casa con su inigualable estampa tras

haber realizado todas las labores del hogar. Ella no necesitaba ir a la fuente para enterarse de nada, ella lo sabía todo. Su vista alcanzaba todas las lejanías; su cerebro todos los pensamientos, y su alegre corazón tenía una coraza con impenetrable dureza que de todo la protegía.

Durante mucho tiempo nos dio por regresar por la vera del río, pues el paisaje era excepcional y la vivencia, única. Al lado izquierdo del recorrido nacía una inmensa montaña llena de pinos de verde y pacífica fragancia, mientras a la derecha fluía el Kadagua, custodiado por una ladera con incontables flores silvestres, mariposas, abejas, miles de otros insectos y alguna que otra víbora pequeña que andaba perdida y en búsqueda de sus familiares.

Era por lo anterior que yo tenía prohibido transitar sola por la seductora vereda, pero el trayecto era tan mágico que no podía evitarlo, pues era un inmenso deleite escuchar la sinfonía tocada por el canto del agua al correr, el trino de las aves y el misterioso silencio del espeso pinar, lleno de vida cautivante y diminuta.

Mi madre sabía perfectamente que cuando yo llegaba a casa con flores silvestres en la mano era porque había desobedecido a sus ordenanzas, sin embargo las recibía, me abrazaba y me pedía que no lo volviera a hacer, pues aseguraba que el bosque, aunque pleno de encantos, podía resultar muy peligroso. A continuación me regresaba las flores para que las plantara en mi jardín, bajo la luz de mi palmera, donde mágicamente echarían raíces y se transformarían en hermosas plantas.

Yo desobedecí muchas veces. No podía evitar pasear sola por el camino, en plena conversación con aquel plétórico paisaje que acariciaba mis sentidos y deleitaba mi alma. Cuando escucho que alguien habla sobre el camino del cielo, pienso que yo lo recorrí en los momentos más sensibles de mi niñez, cuando iba descubriendo los colores a través de los olores al caminar sobre la hierba, de fragancia verde fresco, oscuro como la noche, cuyas flores eran estrellas diminutas de un firmamento sin límites que se tendían a mis pies para que mi gigantesca inocencia flotara sobre ellas al columpiarse con el viento. Las piedras eran también estrellas gigantes en las que me sentaba para contemplar la vía láctea que se retrataba en el río regalándome la música de la eternidad.



## Los monstruos de fuego

Los paseos en los cuales conversaba con el torrente y el espeso pinar se terminaron a partir de un impresionante incendio provocado por unos mozalbetes que jugaban a fumar. Según decían, todo había empezado por unas hojas secas, y muy pronto el viento extendió las llamas por las ramas de los pinos que, faltas de humedad, se vieron de inmediato abatidas por el fuego.

Las campanas de la iglesia tocaban sin cesar, pedían ayuda y clemencia en un grito de impotencia al ver el pinar incendiado y, ante la tardanza de los bomberos de la capital, todos los hombres de las cercanías acudieron para ayudar a controlar las llamas que se habían extendido en forma inexorable y sin piedad. Los animales que lo habitaban trataban de huir con gran ansiedad y los pájaros abandonaban sus críos y sus nidos en brazos de la desolación. Volaban viendo hacia el frente, jamás volteando hacia atrás.

Ese día, mi padre había ido por víveres a una población vecina, y mi madre, Marisa, las gemelas y yo, aunque presas del pánico, permanecimos en el portal frente a las llamas que llegaban hasta la fuente frente a la casa,

donde brindamos agua y descanso a todo el que por ahí pasara, pues ésa era la única ayuda que podíamos ofrecer ante tal desgracia. Muchos vecinos de la zona hacían lo mismo que nosotras y algunos más se aventuraban hasta el lugar del siniestro para ofrecer lo que pudieran, ya fuera agua, hachas o botas llenas de vino para darle fuerzas o quizás olvido a quienes bebieran de ellas, pues muchos de ellos subirían por los troncos para serrucharlos antes de que la hoguera se extendiera por toda la comunidad. Hubo muchos que regresaron con las camisas quemadas pidiendo ayuda y otros que se daban por vencidos y se sentaban desconsolados al ver que la montaña verde, exuberante y llena de vida, estaba siendo devorada por el insaciable fuego que no perdonaba nada y todo lo alcanzaba.

Desde casa veíamos los pinos en llamas y escuchábamos sus crujidos y lamentos cuando los vecinos, por salvar a todo el pueblo de la lumbre, les quitaban la vida con sierras y hachas. Luego se desplomaban rodando vertiginosa y tropezadamente hasta la orilla del río en búsqueda de alivio para su ardor, donde se encontraban con hombres que los detenían para impedir que invadieran el cauce y tajaran su flujo, lo que hubiera ocasionado una inundación catastrófica en la población.

El inmenso bosque casi moría de dolor y ardor cuando el incendio fue sofocado gracias a la unión de los vecinos del pueblo, que hubieran hecho cualquier sacrificio por salvar el terruño mágico que los había visto crecer y que acudieron al doblar angustioso de las campanas de la iglesia que un día tal vez habrían tañido alegres al verlos nacer.

Todo tipo de vida en la montaña había sido devastado ante mis ojos. La crueldad del fuego no había tenido límites y otra vez experimenté mi pequeñez, insignificancia e inutilidad. De nada había servido que yo fuera amiga de las flores, del río, de los animales y de los pinos, si no había sido capaz de salvarlos o de luchar por ellos. Me había conformado con la tarea más fácil: ofrecer agua a quienes regresaban con quemaduras después de arriesgar su vida. ¡Qué poco había valido mi ayuda ante tal desesperanza!

La vereda florida, que por muchos años había sido compañera fiel del pinar, del Kadagua y de toda su vida silvestre, se convirtió de un momento a otro en un santuario, en el cementerio de todos los pinos que habían dado su vida por salvar el entorno.

¡Qué difícil conciliar el sueño después de ese terrible día! Cerraba los ojos y visualizaba las llamaradas ardientes que formaban seres monstruosos y se perdían en la inmensidad del negro del humo que se llevaba el viento hasta desvanecerlo en el inmenso cielo. Eran iguales a las del infierno del que nos hablaban en las clases de catecismo. Me negaba a creer que Dios hubiera creado el fuego; no podía asimilar que el mismo genio que había creado la vida hubiera sido capaz de crear también su devastación.

Me asomé por la ventana para agradecerle al cielo que las llamas no habían alcanzado nuestro hogar, ubicado a tan sólo unos pasos del pinar. ¡Le quería decir tantas cosas! ¡Le quería preguntar tantas otras! Pero el Dios de la Creación se había recogido en sus habitaciones para no dar explicaciones. La luna vestía esa noche su mantilla negra bordada por las estrellas, y éstas tenían su plata ennegrecida por el humo, que en medio de la confusión había llegado por doquier, perdido y sin rumbo. El cielo estaba cubierto por un inmenso velo negro sin puntas ni fines. La noche no daba la cara, lloraba en silencio y el firmamento entero estaba de luto.

El viento amaneció quieto y mudo. Se paseaba arrepentido y en silencio por todos los rincones y llanuras mientras contemplaba el paisaje desolado, que bien pudiera haberse evitado. Él, que se había mecido entre la frescura de las ramas de los pinos, nunca pudo imaginar que en combinación con su amigo el fuego pudiera ocasionar tal devastación de vida en aquel valle encantado en el que todo crecía, y que sólo su amiga el agua, a la que juguetón *empujaba cuando* llovía, le ayudaría a expiar un poco su error.

Los fantasmas de todos los árboles caídos, junto con los de los insectos y aves que vivían en ellos, vagaban por todas partes buscando un lugar para

yacer.<sup>1</sup> Sus sombras se advertían en paredes, calles, casas y en las caras de todos aquellos que aún no asimilábamos el trágico acaecimiento que habíamos presenciado.

1 Algunos años después volví a visitar aquel pueblo pacífico, casi dormido. Tan quieto, que las manecillas del reloj de la taberna caminaban al revés. Transité sin ser visto por todas sus calles, crucé sus dos puentes y volví a pasear por la vereda florida que flanqueaba el tan añorado río que algún día había jugado a ser mi Vía Láctea pintada de colores y que en ese momento ya corría transparente. Los pinos habían retoñado y eran nuevamente la habitación de miles de aves, insectos y ardillas. El abrazo fresco y verde se sentía por todas partes, pero fue verdaderamente impactante encontrar intacto el cementerio de troncos en el mismo lugar. Nadie se había atrevido a tocarlos. Permanecían allí, tal y como habían caído, y volteaban hacia arriba en silencio, orgullosos de haber renacido gracias a sus raíces fuertes, que se alimentaban del suelo y, sin importar el sufrimiento por el que habían pasado, eran la imagen fiel de la continuidad de la vida. ¡Más que un cementerio dedicado a la muerte, lo que yo contemplaba era una oda a la existencia en el altar de la vida!

## La fascinante sensación de reestrenar

 El intercambio o herencia de prendas de vestir era muy común entre los niños de aquellos días y de los días previos a los anteriores días; nosotros fuimos, por tanto, precursores de lo que hoy llaman reciclaje. Era muy emocionante reestrenar las prendas que tanto nos habían gustado de una amiga, ya fueran sus zapatos, su vestido o su abrigo, y al mismo tiempo dar los nuestros a otras más pequeñas. En nuestro caso, tenía que ser de nuestras amigas o para nuestras amigas, pues aunque yo tuviera una ilusión desmedida por crecer y poder usar los zapatos o la ropa de Marisa, ella era unos años mayor que yo y sus prendas me quedaban grandes aunque a ella le resultaran insuficientes. Mis prendas tampoco podían ser usadas por mis hermanas menores, ya que, como eran gemelas, las vestían igual, además de que también había dos años y medio de diferencia entre ellas y yo.

En aquella época de tanta penuria, la creatividad hacía que todo lo que parecía viejo y arruinado sufriera una metamorfosis y quedara magistralmente renovado, al grado de que su uso jamás sería el mismo para el que había

sido diseñado alguna vez. Verdaderas obras de arte eran logradas gracias a la inspiración provocada por la siempre presente e indispensable escasez.

Muchas mujeres descosían los pantalones de sus esposos y después de darle la vuelta a la tela confeccionaban faldas para ellas. Recuerdo que mamá también le daba la vuelta a los cuellos desgastados de las camisas de mi padre, e incluso, cuando la prenda ya no servía para vestirla, se le podría emplear como servilletas o toallas de cocina, tejiéndoles alrededor una puntilla de hilo y ganchillo, lo que le proporcionaría un buen decoro. Nadie que viera los adornados lienzos de cocina o las carpetas para servir dignamente una bandeja hubiera imaginado que aquellas telas habían nacido para confeccionar la camisa de un hombre que la usaría hasta desgastar sus áreas más vulnerables.

Los calcetines rotos o con “tomates”, como se les decía a los hoyos por donde con frecuencia se salía parte del pie, los zurcíamos con hilo de algodón. Todo el agujero se cubría con hilvanes que se entretrejían unos con otros hasta rellenar y reforzar la parte afectada. Era muy parecido a bordar las mantillas con las que nos cubríamos la cabeza para asistir a misa, sólo que éstas eran obras de arte bordadas con hilo de seda sobre tul y siempre estaban dispuestas a recibir halagos; en cambio los zurcidos de los calcetines eran tareas odiosas que teníamos que realizar para volverlos a usar en lugares tan ocultos como el interior de los zapatos o botas.

Las medias de hilo de algodón que cubrían las piernas de las señoras, y a las que con frecuencia “se les iba el hilo” o “se les hacía una carrera”, eran renovadas con la ayuda de un pequeño instrumento hueco de forma cónica parecido a un diávolo. La labor era un homenaje a la paciencia y a la presunción, porque había que rescatar el hilo perdido y volverlo a tejer con la ayuda de un diminuto ganchillo hasta el lugar de donde se había desprendido. Lo mismo ocurría con las medias de nylon que eran de importación y, por supuesto, un artículo de lujo, que no todas las mujeres tenían la suerte de usar, por lo que “la trágica ida de un hilo”, que luciera como una carretera blanca escurrida por la pierna, era motivo de inquietud manifiesta que habría que enmendar de la forma más invisible ante la sociedad.

No existía en la región la palabra basura, porque todo tenía una segunda o tercera utilidad; si se trataba de desperdicios de comida, que eran pocos, servirían como alimento para los animales, se utilizarían para hacer nutrientes para las tierras de siembra o, en el último de los casos, para avivar las llamas de las estufas o chimeneas de leña o carbón.

Entre los niños nos heredábamos también los libros impresos. Ya fuera de historia, matemáticas, geografía o lectura, entre otros muchos. Sobra decir que era obligación cuidarlos con esmero. Valía la pena sentir la sensación inefable de recibir y leer por primera vez un libro que ya había sido leído por un compañero.

Eran textos con experiencia; parecía que sus letras se desprendían del papel con mucha más facilidad para entrar en la mente del lector a través de la vista y una vez instaladas en su imaginación, tomaban forma hasta convertirse en inmensos y coloridos escenarios según el tema, ya fueran batallas, descubrimientos de laboratorio, romances, poemas, historia o cientos de temas más que cambiaban de tamaño y tonalidades, según la creatividad y sensibilidad del interesado receptor.

Merecen mención especial los cuadernos de matemáticas, gramática o dictado escritos a lápiz, que año tras año borrábamos totalmente con una “goma de migajón” para volver a usarlos al año siguiente. Era un verdadero deleite reutilizar los cuadernos del curso anterior ¡Su aroma era tan diferente! ¡Olían a papel sabio y su textura era mucho más tersa! De un año para otro, lograban ser cuadernos con historia y abolengo, pues sus páginas se habían convertido en veladuras de todos los conocimientos adquiridos, que inexorablemente habían quedado atrapados en la finísima trama de la fibra del papel.

Era fascinante volver a escribir sobre aquella superficie que ya me conocía, pues el papel había absorbido desde mis dudas e inexperiencias hasta la seguridad de las resoluciones, e incluso tenía grabadas todas las horas en las que yo había divagado en la inmensidad de mi mundo etéreo, mientras fingía

que aprendía. Los cuadernos borrados eran hojas de papel cosidas en su centro que custodiaban conocimiento aprendido a través de escritos hechos a toda velocidad durante las horas de clases. Eran archivos mudos y sagrados, pues la mayoría de las veces habían asimilado todo lo que nuestro cerebro no estaba capacitado para retener y revelaban sus aprendizajes a través de la humilde pátina grisácea que dejaba el grafito del lápiz desvanecido sobre sus páginas.

## El caso del clavo travieso

*Y*o siempre encontraba un pretexto para ir a conversar con el zapatero remendón y, justo en uno de esos días en los que reinaba un silencio inmortal, acudí llena de ilusión a su taller para que los zapatos de mi padre quedaran totalmente renovados con un brochazo de tinta y pocos clavos.

El taller de don Ignacio era un magnífico lugar de encuentro para todos los vecinos del pueblo, como también lo eran la taberna y su afamada centralilla telefónica, donde se discutía la vida de todos, junto con Perico el pordiosero y sus relucientes bigotes pintados con Mercurocromo, capaz de meter la nariz en cualquier agujero, a más de Julita la sardinera, que pasaba a diario de puerta en puerta, y de puerta en puerta escribía su historia con todas las confidencias que de sus vidas las clientas le contaran. Se sabían los dimes y diretes, secretos, problemas, alegrías y caminares de todo el vecindario. Parecía increíble que esos personajes casi invisibles, humildes y sencillos tuvieran tanto poder, pues eran los dueños de los secretos y los conocedores de todas las novedades que acontecían en la comunidad. Sin embargo, eran tan

grandes y sabios como el que más. Amigos queridos, maestros invaluableles a los que les debo haber aprendido el maravilloso arte de escuchar y enriquecer mi existencia a través de la excitante y respetable vida de los demás.

Otro encanto del taller de don Ignacio consistía en que también era visitado por todos los chiquillos de la zona, ya que él era un hombre fuera de serie, un personaje de luz, algo así como un mago de verdad, pues tenía un clavo atorado en la garganta que se había tragado años atrás. Lo llevaba a la altura de la manzana de Adán, y lo movía de un lado para otro por fuera del cuello con un martillo que tenía imán y jalaba el clavo hacia el exterior hasta formar una carpa de circo a la que hacía bailar al ritmo que su mano mandaba.

Yo no podía creer lo que veía, y ante mi asombro, don Ignacio me contó que años atrás acostumbraba echarse varios clavos a la boca para irlos sacando con ayuda de la lengua. Después, los tomaba uno a uno con los dedos y los colocaba en el lugar indicado sobre la suela dañada del zapato y asestaba con el martillo hasta verlos sumidos en su lugar. Pero un día se tragó un clavo que, feliz y juguetón, había decidido quedarse a vivir en su garganta, y el pobre hombre no había podido encontrar a un ser humano que lo remediara.

También me dijo que un gnomo del valle de los castaños, uno de esos geniecillos con orejas grandes, que sabían de todo y que conversaban con las plantas y los animales, se había enterado del accidente ocasionado por el travieso clavo y le había llevado un martillo mágico que tenía la cabeza imantada; y desde ese día había podido extraer los clavos de la boca con facilidad, pues la cabeza de un clavo siempre estaría dispuesta a ser atraída por su irresistible imán y en segundos ser colocado de un solo golpe sobre la suela dañada del zapato. Momento en el que el pequeño hierro se convertía en el fiel testigo de lo mucho que una persona podría contar a través de su caminar por los senderos de la vida.

Aquel local era tan enigmático, que hasta un clavo de metal, con forma larga y punzo cortante, había tenido la curiosidad de quedarse a vivir en las entrañas de un ser humano, quien tenía conversación con varios y se sabía los secretos de todos. Para nosotros los niños, era indispensable

pasar a su concurrida estancia, donde siempre hallaríamos un cuento o una historieta increíble, en medio de un pueblo gris por donde parecía que no pasaba nada y sin embargo a cada momento acontecía de todo.

Un viernes por la tarde, mientras yo asimilaba la historia del misterioso gnomo de don Ignacio y su martillo imantado, llegó Belchu la vecina, para invitarnos a subir al valle de los castaños para ayudarles a recolectar las castañas maduras que yacían a sus faldas. Decía que ella no lo podía hacer porque su burro le había mordido un brazo, y aunque yo pensara que aquello era un pretexto para no esforzarse o para distraer a los niños después de la terrible adversidad acontecida en días anteriores, su amoratado brazo lucía como si lo hubiera mordido un burro.

¡Ésa era la oportunidad que yo esperaba! Necesitaba hablar con uno de los seres mágicos que moraban en ese valle y que decían ser de luz para hacerle las preguntas que tanto quemaban mi alma. Sin comentar nada, busqué al gnomo entre los árboles del fantástico valle cubierto de hojas secas, entre las que recolectamos cientos de castañas, pero no vi a ningún ser con luz, ni siquiera a un extraño personaje que portara una linterna entre las sombras de los árboles, así que guardé mis preguntas para otra ocasión. Jugamos sin cesar y, al igual que muchos pequeños, llegamos a casa con cestas llenas de la fruta seca que la buena de Belchu nos regaló. Sin duda alguna, esas castañas serían asadas en casa en tiempos de invierno y estarían mucho más ricas que las que vendían algunas mujeres en las calles frías de la capital.

Un olor ya conocido y no bien apreciado nos recibió en la puerta cuando llegamos felices con nuestra canasta de frutos secos y encontramos a mi madre acompañada del tío Juanito y las amigas de juventud, que habían participado en la matanza del puerco que año con año se llevaba al cabo en el pueblo. Comprendí que nuestra querida vecina nos había llevado a los niños para distraernos. El nicho de los fantasmas sin duda sería ocupado de nuevo por un ser que con toda humildad y sufrimiento había dado su vida para preservar la nuestra.

Esa noche dormiría un muerto en la cocina y al día siguiente lo convertiríamos en el alimento de muchos días. A mí me costaba trabajo aceptarlo, pero lo entendía al recordar el frío que habíamos pasado

durante las nevadas del año anterior. Llegué a comprender que todos los vecinos hacían lo mismo para subsistir mientras el entorno se cubría del abrazo blanco, pacífico, silencioso y amable que caería del cielo con gran cadencia, y que acabaría con la comunicación, alimentación e iluminación de la zona al tiempo que sería el júbilo de todos los pequeños que haríamos monos de nieve con nariz de zanahoria.

## El reparto de los sueños

*A*l despedirse el día, cuando con coquetería recogía de las montañas su vestido de aromas azules verdosos para dar lugar a la frágil iluminación lunar, le pregunté a mamá, con todo el tiento de que fui capaz, por el paradero de mis hermanos. Ella me respondió que estaban atrás del cerro de San Cosme, el cual se podía ver desde el balcón de mi habitación, y que desde ahí ellos pensaban en nosotros con mucho amor. ¡Supe que me mentía; ni ella misma lo sabía o lo estaba callando! Y fue por ello que no quise continuar con el tema, porque yo estaba segura de que nos separaban muchísimas nubes más. ¡Yo lo había observado desde el avión cuando los estábamos dejando!

El silencio nocturno estaba pleno de sonidos, de sentimientos, dudas, miedos y olores. Deambulaban por la casa los ronquidos de mi padre, los sollozos de mi madre y el dormir inquieto de mis hermanas, que hacía rechinar los tambores de metal que sostenían los incómodos colchones de lana hechos bolas por todas partes. Todo eso se mezclaba con el olor a insomnio, a muerte, a sudor, al orín de las bacinicas, a humedad y a las esferas de naftalina que se colocaban en los cajones de la ropa para evitar

las polillas. Vagaban todos unidos como almas en pena por los oscuros pasillos y escaleras, sin encontrar salida por la rendija de alguna ventana que les diera la anhelada libertad.

Las horas de aquella noche fueron tan pesadas que sentía que el reloj me aplastaba contra la cama y sus manecillas me acribillaban. No quería cerrar los ojos para evitar que una pesadilla me atrapara, pues ya bastante pesadilla era lo que en la realidad pasaba.

Me levanté y me dirigí hacia el balcón desde donde se veía el cerro de San Cosme, a sabiendas de que atrás de él sólo habría montañas y me topé con una luna gigantesca, tan rozagante y satisfecha que pareciera que se hubiera merendado al sol. De pronto mi instinto advirtió a mis espaldas la inconfundible presencia de mi padre, quien dulcemente me preguntaba el motivo por el cual estaba yo en aquel balcón a las altas horas de la noche.

Le contesté que esperaba al repartidor de los sueños, para indagar el motivo por el cual soñaba con personajes, leyendas y paisajes que no conocía, e incluso muchas veces me aterrorizaban. Papá me dijo que los fabricantes de sueños no los podían crear personalizados porque siempre tenían muchas ocupaciones. Ellos sólo los fabricaban y los empacaban en burbujas invisibles que viajaban toda la noche en carruseles guiados por hadas ataviadas con ropajes muy sedosos, desde donde caían flotando sin rumbo fijo hasta ser atraídos por millares de mentes sosegadas en las que penetraban con sigilo.

Y bajo la inmensa luz de la reina de la noche que nos miraba con dulzura, aquel hombre niño que tuve la fortuna de tener como padre me dijo que los sueños nocturnos eran quimeras y por bellos o desagradables que fueran, se evaporarían como las nubes en cuanto apareciera el sol. Que los sueños que llegaban a realizarse eran las ilusiones y anhelos instalados en el alma mientras se estuviera despierto y consciente, y que sólo se tenía que luchar sin cesar para lograrlos cristalizar. Después de aquel revelador consejo, decidí dormir tranquila sin pretender soñar, y sólo soñar mientras estuviera despierta, para mis anhelos lograr realizar.

Al amanecer me introduje mentalmente en el escondite de un caracol para volverme invisible y me cobijé bajo la luz de la palmera para evitar ser perturbada mientras soñaba despierta, y así poder visualizar lo que sería posible crear con lo que la vida me regalara. Imaginé que encontraba otro valle de estrellas junto al río, como el que tantas veces había visitado antes del incendio, y me puse a buscarlo hasta que lo encontré. ¡Que sorpresa tan agradable fue saber que lo tenía tan cerca y que ya había estado allí! Se ubicaba bajo el puente, a unos pasos de casa y él, bien que me conocía, era la parte del torrente que me había regalado sus piedrecillas redondas para elaborar la carpeta, que coronada con flores, adornaba los pies de mi palmera.

El lugar era ideal para instalar mi nuevo valle, donde sentada sobre las piedras convertidas en astros conversaría conmigo sin que nadie rompiera la magia de mi silencio y pudiera soñar despierta. Escogí la más grande de las piedras y me senté sobre ella imaginando que era la más luminosa de las estrellas. Desde ahí vi que el río corría lleno de hojas secas pintadas de plata por el reflejo del sol en la humedad de sus rostros y que en el delirio de su libertad se deslizaban con todo alboroto como balsas sin remero, como naves sin timón.

Desde mi escondite vi aparecer al buen primo Libo con su burro Ruperto, al tío Juanito y las ya conocidas amigas maternas. Salí de inmediato y me hice presente para poder ayudar en lo que fuera necesario. Y mientras todas las mujeres trabajábamos en la cocina hasta terminar con la faena del cerdo y colocarlo en la buhardilla convertido en embutidos y piernas de jamón, los hombres recogieron patatas, cebollas, pimientos, nabos, zanahorias y ajos, entre otros productos de la naturaleza, para llevarlos a guardar a una habitación, junto al recibidor, justo donde habían estado guardadas las manzanas que le vendimos al gordo que apagó su puro en mi obra de arte pintada a mano. Al parecer, ese lugar había sido empleado algún día como oficina, tal vez para firmar documentos de trascendencia; en ese momento su importancia no era menor, pues se había convertido en un almacén que preservaría el abasto de toda la familia.

Los ajos, y pimientos merecían trato especial, pues los tallos de los primeros los trenzaríamos hasta formar racimos de cincuenta cabezas, que luego serían colgados en una de las paredes de la cocina; al igual que algunos de los pimientos a los que uníamos de sus tallos con aguja e hilo también para formar manojos. Allí los dejaríamos envejecer unidos, pues mientras más viejos y secos estuvieran, más dulzura y buen sabor añadirían a los guisos.

La cocina lucía realmente engalanada y hogareña con esos adornos que serían testigos fieles de la agradable convivencia familiar que ahí se vivía a diario, hasta que llegara el momento en el que sin permiso alguno, tanto ajos como pimientos fueran desprendidos uno por uno y día tras día, para ir a parar a la sartén donde se convertirán en un placer para el paladar más exigente. Otros más se harían en conserva, al igual que los tomates, mermeladas y quesos, los cuales tendrían la desgracia de ser guardados en el nicho de los fantasmas para en un futuro ser la delicia de muchos.

Y mientras los mayores conversaban después de la ardua jornada, Libo nos enseñaba a jinetear a Ruperto. Cabalgábamos felices cuesta arriba por la desolada carretera mientras observábamos que los campos a nuestros pies, se unían con el cielo a la distancia y nos sentíamos dueñas del espacio y de la Tierra. El sol nos iluminaba vagamente el rostro al despedirse, dejando tan sólo una pincelada de luz en las orillas de las colinas, en las copas de los árboles, o en las pequeñas olas que coronaban el río al correr, y que algún día a su cauce llegarían. Quizás también en el reflejo de los cristales de las ventanas de las casas, en las que de un momento a otro se desvanecería para dar lugar a la salida de las luces que se encenderían en los interiores y, por pequeñas que fueran, al igual que serenos, ayudarían a la luna a velar y cuidar todos sus senderos.

## El país dorado de los gigantes sin pies

Los días por llegar serían aún más cálidos, provocando que los prados se pintaran paulatinamente con destellos de oro y las voces de las guadañas comenzaran a escucharse en los amaneceres, cuando el sol apenas despertaba.

Desde la ventana más alta de la casa, al lado opuesto del nicho de los fantasmas, se podía apreciar la fiesta de la siega, ejecutada por hombres y mujeres ágiles y fuertes que de forma rítmica y cadenciosa disfrutaban el fruto del cosechar. Sus cinturas eran los ejes de los giros de las enormes cuchillas unidas a palos de madera con las que segaban los tallos del trigo de una sola brazada, y éstos caían formando los abanicos con encajes de paja dorada que vestirían de fulgor la región entera durante toda la temporada. Resultaba embelesador contemplar desde las alturas aquella estampa llena de alegría y fuerza en movimiento desde hora temprana; no podía dejar de admirarlo, era el mismísimo sol reflejado en campo.

Fue un viernes por la mañana, casi a punto de salir hacia el colegio, cuando desde el balcón de mi habitación me pareció distinguir montículos brillantes en la ladera de una lejana montaña y vino a mi mente la

leyenda del país dorado de los gigantes sin pies, donde se desaparecían las nubes, y que sólo se podía admirar una vez al año, en caso de que no lloviera. La leyenda decía también que para llegar a él había que cruzar una vía de tren perdida en una pradera.

Papá y mamá, que lo sabían todo y eran expertos en leyendas y acertijos, conocían a la perfección el lugar encantado y prometieron llevarnos al día siguiente muy temprano. Llena de felicidad, al llegar al colegio les comenté la noticia a mis compañeros y para el día siguiente ya éramos varios los chiquillos que formamos la expedición de aquel irrepetible día que quedó grabado con letras de oro en nuestro calendario.

Después de dos horas de camino a pie entre las zarzas, apareció ante nuestra vista y perdido entre la hierba el tan buscado y legendario tramo de la vía de trenes que daban por desaparecido. ¡Vamos por el sendero correcto! Exclamó el hijo del guardavías, que vivía muy cerca de la estación ferroviaria. ¡Ahora la tenemos que cruzar de principio a fin caminando por arriba de los durmientes... y tengan cuidado de no tocar los rieles porque están muy calientes!

Mi distracción era absoluta y fui la última en llegar a la vía, pues estaba embelesada disfrutando del ruidito que hacían mis pies al caminar sobre la inmensa alfombra de fillos de oro. Levanté la mirada en cuanto pisé el primer durmiente y al ver a todos los que caminaban por delante con los brazos abiertos para lograr equilibrio, me pareció que subían por una escalera cansada, tan cansada que se había dejado caer sobre el campo para dejar que sus peldaños durmieran, al igual que sus pasamanos. Y totalmente fascinada al experimentar que subía por una escalera acostada y preocupada por su cansancio, escuché una voz desconocida proveniente de un hombre largo que decía: ¡Apuraos, que pronto será medio día!

¡Finalmente, llegamos! Levanté la mirada y la garganta de mi diminuta persona enmudeció ante la grandiosidad de los “gigantes sin pies del país dorado”.

El hombre largo de la voz extraña portaba un bieldo y a voces nos indicaba que los participantes nos sentáramos muy juntos y de dos en dos a la falda de cada uno de los gigantes; que lo hiciéramos de prisa porque el momento de la magia estaba por llegar. De modo que nuestros torsos

quedaron recostados sobre los gigantes y nuestras piernas sobre el campo. A mí me tocó Rosita como pareja, Marisa se sentó al lado de su amiga Resu, a las cuatas las acomodaron juntas, los demás niños se escogieron entre ellos y mis padres, por supuesto, se sentaron en plena unión. Todos nos colocamos viendo hacia el mismo punto cardinal mientras el hombre del biello tomaba paja y nos cubría con ella, dejando sólo nuestros rostros al descubierto.

Un silencio ensordecedor, acompañado de la más absoluta luz solar, anunció las doce del día; ya todo era paz bajo la paja dorada que nos cubría mientras las nubes comenzaron a cambiar de forma, a empujarse y evaporarse en un solo momento hasta quedar totalmente difuminadas en el azul del firmamento.

Ninguno de los presentes daba la menor señal de vida, ya que todos estábamos expectantes ante lo que ocurría y no nos dábamos permiso ni del menor movimiento que rompiera el éxtasis de aquel momento. Después de pasado un breve tiempo en aquella posición bendita, comenzamos a sentir que la paja que cubría parte de nuestro cuerpo se oscurecía y, ávidos de saber lo que a continuación sucedería, permanecemos en silencio. Muy pronto, para nuestro asombro, nuestras piernas se oscurecieron por completo y se convirtieron en los pies de los gigantes del fantástico país dorado del cuento.

El sol siguió su mágico trayecto, la sombra del hombre largo que portaba el biello se volvió interminable, parecía que quería rascar el horizonte que besaba al cielo, y la de los almiarés, junto con todos nosotros dentro, se extendió hasta que vimos nacer el atardecer tras las montañas y las estrellas comenzaron a destellar en la bóveda celeste, mientras todos los presentes seguíamos expectantes y escuchando el murmullo de las pajas ocasionado por nuestro menor movimiento.

Oculto bajo las pajas y con mi rostro descubierto viendo de frente hacia cielo, después de haber disfrutado aquella vivencia totalmente insospechada que me regalara la niñez de mis padres, el trabajo del campo y el movimiento del sol, descubrí que las escaleras siempre me llevarían a un futuro por conocer, ya fuera que las tuviera que subir, las debiera bajar o incluso, por

encontrarse ellas tiradas y muertas de cansancio, las tuviera que caminar;  
siempre me llevarían a un futuro inesperado, un lugar nuevo por conquistar.

Un júbilo interno nos acompañó esa noche al regresar a nuestros hogares.  
Nuestra vida jamás volvería a ser la misma, pues se había enriquecido una  
vez más al volverse parte de una leyenda. ¡Por un día habíamos sido los  
pies de los gigantes del país dorado de los gigantes sin pies!

## La venganza de la abeja intrusa

*P*arecía que aquel domingo sería un día de feliz calma, pero la mañana se despertó antes de lo imaginado cuando apareció el tío Juanito con toda la confusión que su presencia representaba. Él era como un remolino, una persona llena de energía con ojos enormes que parecían escaparse de dos profundas cavidades y nunca se quedaban quietos; miraban al mismo tiempo a todas partes.

Llegó diciendo que el momento era perfecto para cosechar la miel de las abejas. Libo caminaba a su lado como hipnotizado y cargaba un bulto lleno de paños de algodón, que, según ellos, servirían para resolver cualquier complicación. Parecía que lo habían cantado desde su bajada del tren, pues ya traían seguidores y muy pronto tuvieron espectadores que desde la carretera se asomaban para ver lo que ocurría en nuestro jardín tras la barda de piedra. Por supuesto que allí estaba presente Perico el pordiosero, listo para tener la exclusiva de la noticia del día, y varios vecinos más, que deseaban enterarse de lo que acontecía en aquel pacífico lugar, donde parecía que no sucedía nada y todo podía acontecer. Belchu y su esposo, que era tan calvo como una bola de

billar, se ubicaban al centro, junto a don Cayetano y a don Domingo, el párroco y el cura del pueblo, el primero con sotana nueva y el segundo, con la suya zurcida entera.

El tío era el experto en la materia y el dueño de las abejas, sus ayudantes en esa ocasión eran mi padre y el primo Libo. Él se tapó con los lienzos de pies a cabeza y les dio a los demás las instrucciones para que lo siguieran al pie de la letra. Libo obedeció, pero mi padre no, pues él juraba que su propio veneno era mucho más letal que el de las abejas y que ellas ya sabían que morirían en cuanto lo picaran. Los tres enredaron unos palos con los lienzos de algodón que había llevado el tío y les prendieron fuego para después apagarlo, lo que supuestamente ocasionaría una humareda con la cual los insectos, al sentirse sofocados saldrían des-pavoridos de la colmena. Pero las abejas ni siquiera se asomaron y ante la expectación general, los expertos cosecheros de miel se acercaron con el humo lo más que pudieron. Parecía que todo había fracasado cuando ya estando ellos muy cerca, salió aterrorizado el enjambre y todo se volvió confusión.

Mi madre le gritó a mi padre: “¡Tápate, Santiago, que te van a matar!” Pero él volteó hacia ella, le guiñó un ojo y con un movimiento de cabeza trató de mostrarle que no pasaría nada. Las niñas observábamos el espectáculo desde la ventana, cuando más de veinte abejas volaron directo a la cabeza desnuda del esposo de Belchu, donde hasta patinaban de lo brillante que estaba. Y mientras ella con todas sus fuerzas le gritaba “eres un necio, te dije que te cubrieras,” otra abeja acribillaba su brazo mordido por el burro. Y luego más de treinta se fueron contra Perico, quizás atraídas por su exótico y extravagante bigote. Varios de los mirones desaparecieron sin querer saber más del acontecimiento y nuestros pobres amigos huyeron corriendo por la carretera, acribillados por un enjambre de abejas.

El tío se quitó el paño que le cubría la boca para reírse de ellos y en el preciso instante en el que burlón les decía que “sus niñas” los habían confundido con pedazos de melón, uno de los insectos se le metió hasta el esternón, pasando por la campanilla, donde con gran regocijo clavó su aguijón. En ese momento se interrumpió todo movimiento, toda palabra

y toda advertencia. Todos nos quedamos enmudecidos, impávidos y sin saber qué hacer ante tal circunstancia cuando, para asombro de todos los presentes, y ausentes —porque de alguna manera los ausentes se iban a enterar—, aquel hombre delgado y de rasgos sumamente angulosos abrió una boca enorme y se metió el palo con el lienzo ardiendo para matar a la intrusa que intentaba dejarlo sin voz.

La escena parecía lograda por cineastas mudos. Charles Chaplin hubiera estado encantado de agregarla a una de sus inolvidables películas. Las mujeres advertían a sus esposos que se cuidaran y ellos hacían caso omiso de lo que escuchaban y se acercaban como niños a investigar lo que pasaba. Y mientras Libo trataba de ayudar al tío intentando sacarle la abeja de la garganta quemada, Belchu, con el brazo doblemente dañado, corría por la carretera tras su esposo con la cabeza hinchada. En tanto, mi padre, con toda su calma y sin lienzo que lo protegiera, se acercó a la colmena mientras exclamaba:

“Vamos a ver chiquitas qué es lo que han fabricado con todo lo que mis flores les han regalado”. Y ante nuestra atónita mirada, sacó los panales de miel, los colocó en unos cubos y volvió a acomodar todo por dentro hasta dejar el colmenar listo para que sus habitantes regresaran a su hogar, donde jamás paraban de trabajar y en cuanto hubiera floración, pudieran su miel volver a fabricar.

Y al tiempo que unos corrían, otros gritaban y otros reían sin dar crédito a lo que veían, algunos espectadores aprovecharon el momento para bajar hasta los cubos que contenían los panales de miel partidos en cuadros; se los estaban repartiendo cuando mamá lo advirtió y bajó de inmediato a rescatar la cosecha de la estación.

Aquella tarde fue inolvidable para el “experto en abejas” y sus anginas quemadas; para el ayudante que no aprendió nada; para el mirón que acabó con la calva hinchada; para Belchu, que agitó su brazo en son de regaño y se lo inmovilizaron de inmediato; para el abusivo que se quiso aprovechar y al final no consiguió nada; y para Perico, que ya tenía motivo

para ponerse litros de Mercurocromo en toda la cara e ir de pueblo en pueblo con la mejor reseña de la semana. A mí me quedó claro que si el zapatero se atrevía a presumir de tener un clavo bailarín en la garganta, yo bien podría decir que tenía un tío tragafuegos que quemaba a las abejas en su esternón mientras cantaba.

## Bienvenido señor invierno

l traicionero y hambriento lobo que pronto llegaría disfrazado de oveja sumisa para cubrir el paisaje con su engañosa blancura y acabar con todo tipo de vida en los campos no nos iba a sorprender desprevenidos en esa ocasión, pues estaríamos bien preparados y lo esperaríamos con el triunfo en las manos.

El salón de las galerías sería sin duda alguna el punto de encuentro con los amigos del pueblo durante los tiempos de los grandes fríos y nevadas. Entre todos lo transformaríamos en un teatro donde ensayaríamos nuestras mejores interpretaciones cada sábado hasta que llegara el día de la gran función.

También era tiempo de preparar las jaulas para dar asilo a las aves sin casa, y fue obligación para todo participante asistir al primer ensayo con una jaula en la mano. Nunca nos imaginamos tal respuesta, pues la casa se llenó de jaulas en un instante y las colocamos en los lugares más estratégicos. Desde el primero hasta el quinto piso, todo lo que fuera agujero, ventana, balcón, puerta o galería, estaban repletos de jaulas y todos los dueños debíamos recordar el paradero de las nuestras. Los infantes de

toda de la zona vivíamos con ilusión esperando el momento en el que abriríamos las puertas para recibir a los huéspedes que llegarían huyendo del viento helado, atraídos por el calor y la alimentación que nosotros les brindaríamos. El día del recibimiento de las aves sería el primer sábado de la primera nevada.

Mientras tanto, cada sábado nos dábamos cita en casa para trabajar en el arreglo del salón hasta que luciera como un teatro de verdad, por lo que era indispensable emplear nuestra creatividad. Engalanamos el recinto con guirnaldas hechas de papeles policromos y muchos adornos más. Para su elaboración, recortamos tiras de papel con las que confeccionamos cadenas. Primero creamos un aro con una de las tiras y lo cerramos uniéndolo sus extremos con engrudo. A continuación, metimos otra tira de papel de diferente color en el orificio y lo volvimos a pegar de sus extremos. De esa forma confeccionamos muchos metros de guirnaldas compuestas por cadenas de papel de matizados aromas que fueron colocadas en forma de grandes olas sobre los lambrines de madera que cubrían las paredes de todo el inmenso y elegante salón de las galerías.

Creamos las butacas en forma de medias lunas con recortes de papel grueso que nos regalaban los amigos de la papelera vecina y las colocamos en forma de pétalos de flor con dirección al escenario, donde permanecerían durante toda la temporada. Al contemplar toda la sala decorada, pude apreciar el aroma de cada color y supe que eran los mismos con los que se vestía mi amado río que a diario me acompañaba.

El telón fue lo más difícil de idear, pero Carmelita y Rosita Cuesta resolvieron el problema con una hermosa colcha de textura aterciopelada que llevaron desde su casa. En ningún lugar del mundo hubiéramos podido encontrar un lienzo más apropiado para confeccionar el cortinaje de nuestro teatro: le hicimos un dobladillo como de cuatro centímetros de ancho y le metimos una cuerda que anudamos a unos enormes clavos colocados en los extremos en uno de los accesos a las galerías y, en una de esas maravillosas casualidades que da la vida, ¡la vieja colcha cubrió perfectamente el escenario! Desde ese momento la sombría estancia de las galerías se convirtió en un teatro con telón aterciopelado. Cuando le vio nuestro padre nos dijo que el teatro había quedado tan hermoso y

elegante como el mejor teatro ruso. Nosotros desconocíamos por completo cómo eran los teatros en tan lejano país, pero nos sentimos muy halagadas con su felicitación, ya que él era un gran conocedor en la materia. ¡Para mí, el conocedor de todas las materias!

Y justo el primer sábado de la primera nevada estuvimos todos los niños en guardia con las puertas de nuestras jaulas abiertas y acondicionadas con alimento en los lugares más estratégicos de la inmensa casa. Para nuestro asombro, el mismo día se llenaron todas de aves que llegaron en búsqueda de asilo y comida por una temporada. No lo podíamos creer, eran parvadas las que llegaban. ¡Parecía que supieran que nosotros las tendríamos en cobijo y alimentación durante todos los días de las fuertes nevadas! Cada uno de los chicos regresó a su casa con las jaulas habitadas por tres, cuatro o cinco aves cada una. Nuestros padres nos dijeron que los animales sabían quiénes eran sus amigos y que aunque nosotros no conocíamos sus sonidos, el lenguaje del amor era siempre reconocido.

Con gran sorpresa para todos, al día siguiente por la mañana, a la hora del almuerzo y mientras mamá cocinaba, apareció en la ventana de la cocina un pájaro que había sido nuestro huésped el año anterior. Lo reconocimos de inmediato, era el primero en haber llegado y el primero en salir volando; en el preciso instante en el que mi madre comentó que tal vez él era el que se había encargado de propagar que nuestro hogar era donde le habían brindado calor, el ave saltó a su hombro y brincó hacia la mesa para comer alguna migaja de pan. Desde ese momento vivió libre dentro de casa como jefe de parvada, a veces poniendo el orden y, otras, dirigiendo la orquesta de todos sus amigos que trinaban desde sus jaulas. Eran verdaderas sinfonías las que ellos interpretaban teniendo como coristas a las gallinas, que felices cacareaban para acompañar con sus cantos a sus parientes cercanos.

¡De la noche a la mañana, nuestra casa callada y sombría, volvió a ser una casa cantada!

Unos días después comenzaron los ensayos sabatinos, que continuaron por semanas y en los que todos colaboramos con diferentes actuaciones

artísticas, ya fuera de canto, baile, declamación o actuación. Nosotros mismos éramos los espectadores que, sentados en las butacas y acompañados de galletas, bocadillos o golosinas con los que algunos de los participantes colaboraban, pasábamos las tardes felices, teniendo como única preocupación el lograr recordar el parlamento, canto o monada que teníamos que representar.

Por cierto que nunca supe quién había creado el invierno, ni quién había inventado el día sábado, pero siempre lo agradecí. Ése era el día en el que a pesar del frío cada cual era lo que quería ser y no le importaba ir por la nieve hasta llegar a casa para jugar a lo que no sabía, o crear una alegría innata; a perderle el miedo al ridículo y gozar de una niñez sana. Y mientras todo eso pasaba, se empezó a escuchar el canto silencioso que anunciaba la llegada de diciembre y, con él, la Navidad.

El dolor del frío se deslizaba por las paredes del pueblo, y en silencio se metía por las ventanas y rendijas de las puertas de las casas, que por cerradas que estuvieran, reconocían el anuncio de su llegada. Entraba entre las piedras, en las vidas, en las sábanas, en los huesos, en las paredes cubiertas de guirnaldas, en las iglesias, en las tabernas, en mis zapatos, en mis orejas y hasta en la habitación de mi madre y en sus mejillas saladas.

Las tiendas de la gran ciudad se abarrotaron de dulces y golosinas. Las vitrinas estaban iluminadas de una forma espectacular y lucían mucho todos los juguetes que tenían en exhibición. Había unos hechos de lámina que se movían gracias a un aparato al que se le daba cuerda con una llave parecida a la que se usaba para abrir las latas de sardinas. Trenes eléctricos, aviones que no volaban, jueguitos de café, muñecos y muchas cosas más; espectáculo al que muchos niños teníamos acceso sólo para admirarlo. Y así lo veíamos: como una obra de teatro, fría e inalcanzable, pues los mayores decían que nuestra luz interior era mucho más importante y podía opacar a la de cualquier escaparate.

En las calles había muchas mujeres mayores sentadas en sus portales vendiendo castañas asadas. En su caso, las luces artificiales que adornaban las vitrinas servían para iluminar las penas, sus recuerdos y ausencias; pero ellas no se vencían. Su costal de amor y esperanza se había quedado vacío y en lugar de llenarlo de soledad y hastío, lo colmaban de castañas. Su

figura resultaba inconfundible, sentadas en un banco junto a una hornilla en los lugares estratégicos de las grandes calles, ataviadas con falda negra muy larga, delantal a cuadros, cabeza cubierta por un pañuelo, medias y botas a media pierna, polainas o zapatillas de lana.

En medio del intenso frío, y acaso cubiertas por muy poco ropaje, ofrecían calor con su producto a cuantos paseantes se acercaran para ver las novedades. Con toda su humildad y sus hornillas humeantes, aquellas invisibles mujeres, a fuerza de trabajo, se habían convertido en indispensables personajes del inolvidable paisaje que ofrecía el paseo invernal solamente unos días al año.

En cambio, en el centro de nuestro pueblo, todo era gris y helado. Con frecuencia me encontraba a mujeres sentadas en los portales de sus casas, metidas en la misma funda del dolor en las que las vi el primer día que pasé por ahí. En algún momento quise acercarme para conversar con ellas, pero no me veían, su mirada estaba perdida en la lejanía. Sus cabelleras eran tan blancas como la espuma del mar, cuyas olas quizás se habían llevado lejos al amor de su vida para no volverlo a mirar. Nunca supe en quién pensaban o a quién esperaban. Quizás a un hijo que había partido para triunfar en zonas lejanas, quizás al amor, que había prometido regresar, o quizás al olvido, que había tardado en llegar y que no aparecería mientras el recuerdo ocupara su lugar.

Días antes de la gran fecha hubo festividades con titiriteros y comediantes con zancos en la plaza frente al atrio de la iglesia, donde chicos y grandes nos divertimos muchísimo en medio del frío, y cubiertos de pies a cabeza. El sólo salir de casa en medio de la gran nevada con una linterna en la mano daba una gran ilusión, y mucho más el presenciar los festejos preparados por artistas de la calle que iban de pueblo en pueblo llevando su alegría en tiempos de confusión.

Me parecía que la Navidad era algo así como una felicidad anunciada que tenía que llevarse a cabo justo ese día, cuando tanta gente lloraba por todo lo que de tiempos pasados recordaba y ya no tenía. Me quedaba claro que

la guerra había sido un asunto mucho más grave de lo que yo creía; los corazones habían quedado rotos y eso se sentía por todas partes. Cualquiera que fuera el pobre que la hubiera inventado, seguramente había nacido sin familia. Nosotros la pasamos unidos los que teníamos que estar y ya con eso teníamos. ¿Qué más podríamos festejar? Las fiestas pasaron por aquella zona con un sigilo tal que ni las vimos partir. De la noche a la mañana ya no estaban. ¡Que felicidad me dio al ver que ya nadie lloraba, que nadie se lamentaba y que la fiesta de la vida podía continuar en paz!

## El dormitorio de la luna

*S*abíamos que en aquella zona los tan esperados Reyes Magos, que llegaban sólo una vez al año, se encontraban en total pobreza, por lo que no era de buen gusto escribirles para pedir nuestros deseos, sino que ellos nos regalarían lo que pudieran.

La noche del cinco de enero me acosté con la inmensa felicidad de no necesitar nada. Aquella fue una sensación maravillosa pues lo único que requería era una señal que me dijera que mi familia entera estaría unida algún día en el mismo lugar. Caí en los brazos de la oscuridad con la inigualable paz que da la plenitud infantil, mientras mi dorada inocencia imaginó que mi cama era el centro del universo y yo estaba en la zona más alta, donde podía ver de cerca las estrellas. Me asombró que tuvieran cabeza y extremidades como yo y me sentí identificada con ellas. Saltaban felices la cuerda mientras la luna las reñía por no hacer su tarea.

Sin reflexionar, abrí mis brazos y piernas para que los divertidos luceros me confundieran con uno de ellos y me solté al vacío. Pronto entré en un túnel

maravillosamente iluminado que me llevó de inmediato hasta el jardín celestial, donde jugué con la luna y sus hijas, mientras el padre sol trabajaba para llenar de luz otros confines del planeta. Y entre juegos, saltos y vuelos, caí profundamente dormida en la alcoba de la luna mientras ella me contaba el cuento de una niña soñadora que jugaba con caracoles, grillos y flores y a quien muy seguido iba a visitar.

A media noche desperté con el aroma de una luz cálida que se paseaba por las escaleras; a hurtadillas salí de la habitación y, con gran expectación, vi desde el pasillo que el albor salía del salón de las galerías. Una espuma rosada me deslizó por el barandal en forma de caracol y llegué, sin saber cómo, a la ventana desde donde con mucha frecuencia y sin importar la hora, me comunicaba con el infinito y veía al sol, a las montañas, a las nubes, a las miles de radiantes amapolas rojas entre la hierba crecida de primavera, a las plumas que caían cuando el cielo frío estaba de fiesta y hasta a las lágrimas de las estrellas en tiempos de adversidad.

La sorpresa no pudo ser mayor. La luz de la palmera bailaba con toda su fuerza hacia el tapete de flores y piedras construido meses atrás y que en los últimos días se había cubierto de la misma manta blanca que vestía el paisaje hasta donde la vista llegara. De pronto, las flores comenzaron a emerger desde el fondo de la nieve que las cubría y abrían las hojas de sus pétalos hacia arriba para recibir el calor de la luz que en forma cadenciosa llegaba hasta ellas y las revivía.

Por un momento pensé que lo que yo veía era un sueño provocado por dormir en el centro del mundo, con mi cama colocada en las alturas, donde podía tocar los astros mientras me acariciaba la luna; pero una ráfaga de viento movió los cristales y me demostró que estaba despierta y que en total éxtasis presenciaba el amanecer de la noche más mágica de mi maravillosa existencia.

Y sentada en una silla y recargada en el cristal, invadida de asombro por tanta belleza, caí nuevamente en un sueño profundo del que desperté hasta

que la luz del sol tocó en la ventana por la mañana para avisarme que la luna y las estrellas se habían ido a jugar a otro lado del mundo, donde la noche necesitaba de su luz y magnificencia. Al abrir los ojos, observé que siendo pleno invierno, mi jardín lucía como si estuviera en florida primavera y que la escarcha helada que el día anterior había cubierto las piedras de su alrededor se había convertido en un anillo de cristal donde se reflejaba la sonrisa solar. Era como un halo luminoso que protegía a las plantas y les daba calor.

Corrí al gallinero para comentarles a mis amigas la vivencia nocturna, pero me recibieron dormidas y en medio de un letargo denso, calmado, casi cuajado. Entré en el corral con sigilo para no molestar, tratando de pasar inadvertida, y tomé los huevos que me aguardaban entre sus suaves plumas calientes. Totalmente desconcertada por aquella extraña vivencia, salí en silencio sin que notaran mi presencia. ¡En definitiva, algo muy extraño acontecía ese día en el que no me recibieron con su magnífica coreografía!

Cuando les subí el café a mis padres, me llamó la atención un objeto extraño en el rincón de la habitación y me dirigí hacia él con enorme curiosidad. Era Juan, el muñeco que había llegado desnudo en el arcón desde América, vestido con una camisa roja de tela satinada.

No lo podía creer, los Reyes Magos de aquellas regiones eran tan pobres que habían tenido que cortar una de sus capas para vestir a mi muñeco desnudo, y eran tan magos que lo vistieron de rojo a sabiendas de que ése era el único color que yo distinguía, y que para mí significaba alegría y esperanza. La contestación a mi pregunta había sido revelada de la manera más fantástica. Aquel seis de enero, mientras muchos niños festejaban los obsequios que habían recibido en esa ocasión, yo alababa la magia de la comunicación con el universo, que en forma misteriosa basada en juegos con las estrellas, flores que emergían del hielo y gallinas aletargadas, me había revelado que mi familia jamás sería desintegrada.



## Primera llamada. Segunda llamada. Tercera llamada

Los ensayos de invierno continuaron hasta que las nevadas terminaron y el día del gran estreno llegó cuando la luz del sol comenzaba a iluminar los emblanquecidos prados, que pronto mostrarían su naciente verdor. Todos los interesados llegaron a tiempo para disfrutar el momento en el que se despediría con honores al crudo invierno, al que le teníamos reservado un asiento de primera, pues gracias a él habíamos disfrutado de incontables momentos inolvidables mientras nos acechaba.

Nuestro teatro se llenó a reventar en la noche del estreno. Mamá preparó chocolate en abundancia y las madres de muchos otros niños obsequiaron galletas y panecillos para agregar calidez y decoro a un festejo tan esperado, tan ensayado, tan vivido y tan disfrutado... tan bendecido.

Las palabras. Primera llamada... Segunda llamada... Tercera llamada... se llevaron al cabo como si fuera un teatro de verdad. Aparecimos con gran nerviosismo, uno a uno, para mostrar las aptitudes que tantas veces habíamos logrado ensayar como poemas, canciones y bailables. Por supuesto que

Lucina dijo algo cómico y, sin lugar a dudas, Belinda pronunció una poesía, pues a sus cuatro años de edad bien claras tenían las tendencias histriónicas que las caracterizaban. Rosita y yo cantamos una canción infantil de aquellos tiempos en los que ser niño se tomaba tan en serio y, como era muy conocida, todos los pequeños presentes se nos unieron en coro. Carmelita, que ignoraba que en el futuro tomaría los hábitos, cantó el Ave María.

Hubo muchas interpretaciones, bailes y payasadas. Muy aplaudida fue la de Marisa, cuando apareció vestida de monja con unos calzones blancos que le cubrían su cabellera. La toga era una camisa de mi padre muy almidonada y acomodada totalmente tiesa y estirada a modo de alas de ave a los dos lados de su cabeza. Su capa del colegio se la colocó de falda, mi capa actuó como su capa, y un lienzo de cocina sirvió como pechera. Cantó muy bonito, pues nació irremediamente artista. Al finalizar, las gemelas salieron al escenario diciendo:

“Señor Invierno, esperamos que hayas disfrutado de nuestro espectáculo en tu asiento de primera y te suplicamos te retires porque tu lugar será ocupada por la señora Primavera”.

Y después de esas palabras, salimos todos a escena a recibir una ovación que jamás sería olvidada.

A nuestro invitado de honor se le quedó helada la cara en cuanto vio entrar por la puerta del salón a una bellísima dama, ataviada con un vestido largo y vaporoso, confeccionado con tela de gasa. Su caminar era airoso y su rostro resplandecía de alegría: ¡estaba encinta! Llevaba en sus entrañas la vida que florecería durante la siguiente temporada. Ella se acercó segura y sonriente a saludar al caballero, quien no salía del asombro ante su belleza y de un solo impulso se puso de pie y le cedió su asiento. A continuación se cubrió por completo con su enorme capa de gélido viento y huyó de nuestro mágico salón furioso y violento.

Muy pronto la casa se vio envuelta por un frío inesperado e irrespetuoso que entró por todos los orificios y subió por las escaleras de caracol desde el primero hasta el quinto piso. ¡Su venganza fue atroz!

Acompañados por nuestra nueva invitada contemplamos aterrorizados desde los ventanales de las galerías la forma en la que la furiosa capa invernal se extendía por doquier, convirtiendo en hielo toda la espuma blanca que cubría el paisaje. De un momento a otro, el pueblo se quedó enterrado en un cristal y los cables de electricidad se rompieron con el pasar del viento, dejándonos a todos en plena oscuridad.

El aire se respiraba azul oscuro, casi negro. Lo sentía entrar hasta el fondo de mi alma bañando de hielo mis entrañas, volviéndolas azules, tiesas, tristes y congeladas. La casa crujía, las ventanas lloraban lágrimas heladas que por sus cristales escurrían y se endurecían. Las sábanas de las camas permanecían húmedas día y noche; ya ni los ladrillos ardientes las caldeaban. Mi ser entero se lamentaba, y comencé a sentir lo que sentía la flora, anclada a una tierra gélida sin poder moverse, sin poder hablar, sin poder huir como la fauna, que tenía recursos para cobijarse en algún lugar en la montaña, o lejos, donde la crudeza del frío no matara. Sólo nuestras aves permanecían cálidas, gracias a las plumas que las cubrían, que sin duda alguna, el cielo les regalara.

Los limosneros pasaban por las casas pidiendo lo que se les pudiera dar y les dábamos pan mojado con vino tinto y azúcar. Decían que eso era lo mejor para entrar en calor. Y fue entonces cuando mi alma entendió el semblante angustiado y adusto de la gente que tenía que salir a trabajar en lo que fuera para poder llevar a casa un madero seco para hacer fuego, una botella de vino del que vendían por litro en la taberna del pueblo y un pan de hogaza.

Pasaron algunos días, quizás semanas, en las que la primavera seguía plácidamente sentada en nuestro salón de las galerías luciendo su candor y recibiendo todo tipo de atenciones mientras llegaba el momento de su reinado, cuando el sol saliera sin temor y con todo su esplendor lograra derretir el hielo que nos congelaba. ¡En algún momento pensé que el

centro de nuestro hogar era el único lugar caliente en aquel paraíso de cristal que nos rodeaba!

El gran astro apareció una mañana enviando rayos de aroma dorado que derritieron el hielo en menos de lo que cantó un gallo, provocando que grandes cantidades de agua corrieran sin permiso trocando los caminos en resbaladizos lodazales y los surcos de la tierra en arroyos que como venas de agua salientes desde lo más alto de las montañas corrieran desesperadamente hacia algún afluente que las llevara al río y de ahí, a la inmensidad del mar, donde siempre habían querido estar. Muy pronto pudimos ver que la corriente de agua o había tomado camino, o la tierra la había absorbido como alimento de toda la vida subterránea.

Finalmente se llegó el día de feliz calma en el que la custodiada señora Primavera que manteníamos en el salón se levantó de su asiento y ante nuestra atónita mirada empezó a extender su vestido blanco con aroma color de rosa por todos los pisos de la casa, llenándola de calor, amor y agradecimiento. ¡Su momento de reinado había llegado! Corrimos todos hacia las puertas y ventanas para abrirlas por completo y permitir que su frágil y cálido ropaje saliera y se extendiera por doquier. Fue fascinante contemplar en silencio la maravilla de verlo volar y expandirse repartiendo la simiente de calor y vida del vientre de su dueña por todo el condado.

Al sábado siguiente, cuando el sol iluminaba todo llano y todo prado, y cuando la vida comenzaba a verse en el verdor de cada rama y cada tallo, festejamos la liberación de los pájaros. Ese día todos los niños llegaron con sus jaulas de nuevo a casa y las colocamos en el mismo lugar a donde las aves, ya casi sin poder volar, habían llegado meses atrás para resguardarse del frío.

Y una mañana de inmenso júbilo, una gran cantidad de amigos reunidos en una interminable casa le dimos libertad a más de un ciento de aves al escuchar el tañido de una campana. Salieron felices para volar hasta perderse entre los árboles, los prados y las veredas, para finalmente ser de nuevo una indispensable parte de aquel magistral paisaje, donde su aleteo movería las hojas al vaivén del viento y sus cantos de cuna llenarían

de vida la frescura que crecería día a día en los nidos contruidos con ramas viejas, para formar familias nuevas.

Decían que aquel año había sido el más florido de los años, quizás porque los prados fecundaron a los millones de semillas que la primavera llevaba en su vientre aquella memorable mañana en que la vimos salir volando.



## Competencias bajo el puente

 El río estaba nuevamente flanqueado por hierba verde que invitaba a percibir su canto fresco. Y sentada en la piedra bajo el puente, justo mientras contemplaba que el agua nunca tropezaba contra las piedras, sino que se deslizaba por sus orillas acariciando su canto y besándolas con sus chasquidos hasta llegar a su destino, escuché voces y risas muy alegres que provenían de un lugar muy cercano y mi curiosidad me llevó hasta allá. Eran unos niños, dos de ellos compañeros del colegio, que jugaban a competir a ver quién lograba hacer pipí más lejos; no pude evitar la tentación de acercarme para observarlos mejor y brinqué por las piedras que dormían en el río hasta llegar a ellos. En cuanto me vieron cerca rechazaron mi presencia y me dijeron en forma burlona que me alejara, pero les pedí que me aceptaran en la competencia. Casi murieron de risa al escuchar mi propuesta y uno de ellos, el más guapo y compañero de banca, por cierto, se me acercó y me dijo que yo era niña y que para hacer pis y llegar con el chorro lejos se necesitaba ser niño, por lo que yo nunca lo podría lograr. En verdad molesta ante su discriminación, le dije: “Pues enséñame qué es lo que tú tienes y no tengo yo”, a lo que

con ojos de picardía contestó que me enseñaría como era él si yo le enseñaba cómo era yo, y que si lo hacía, me prometía que el día de la festividad anual del pueblo bailarían conmigo todo el día. Y a escondidas de los demás, que seguían en plena competencia, los dos nos enseñamos cómo éramos cada uno y nos prometimos bailar en la fiesta.

Yo regresé a casa feliz a contarle a mi madre que ya tenía con quien bailar el día de San Ignacio y que ya sabía por qué el chorro del pis de los chicos podía llegar muy lejos. No supe el motivo por el cual su respiración se pasmó al escucharme y a continuación soltó el cuchillo con el que pelaba unas patatas mientras sus ojos se ponían como cuando encontramos al gato en el nicho de los fantasmas. Esa tarde, mis padres y los padres del niño que podía llegar muy lejos con su pis —*cuyo nombre no diré, porque nunca le pedí permiso para romper el secreto*— tuvieron una larga conversación en la que gracias a nuestra edad e inocencia fuimos absueltos. Pero a mí nadie me quitaría la ilusión de que el día de la fiesta del pueblo yo bailarían con el chico más guapo de la región.

## Las palabras voladoras

*Y* mientras la vida transcurría escuchando la sinfonía del pasar del tiempo, la frescura del paisaje volvió a cantar y el viento que volaba con ligereza nos llevó a un mozo de la taberna hasta la casa, quien dijo sofocado que en treinta minutos tendríamos una llamada telefónica proveniente de América. Llenos de nerviosismo le ofrecimos un vaso con agua y todos los miembros de la familia salimos a la carretera y corrimos sin parar hasta llegar al aparato aquel que en forma casi mágica nos comunicaría con el resto de nuestra familia al otro lado del mar.

La taberna estaba llena de hombres que se habían dado cita para tomarse una copita de vino, un café o un chacolí, como lo hacían a diario después de una ardua jornada. Sus voces eran tan estridentes que parecía que tuvieran un altavoz instalado en la garganta, y sus conversaciones se convertían en miles de palabras densas, que adquirían cuerpo y volaban vertiginosamente alrededor de todas las mesas y se tropezaban entre ellas engegucidas por el humo que reinaba en el lugar.

Apenas se podía pasar por aquel ambiente con olor a cansancio, amistad, alegría, alcohol y tabaco, en el que las descalabrantes palabras voladoras

impedían el acceso al interior. Mi inmovilidad me hizo observar a unos hombres de aspecto rudo que confeccionaban sus cigarros con verdadero esmero y dedicación, casi con amor. Era como un rito: colocaban una pequeña cantidad del tabaco que llevaban en una cajita sobre el centro de un pedazo de papel muy delgado, casi transparente y de forma rectangular, que después enrollaban en forma cilíndrica, le untaban saliva con la lengua en un extremo, lo unían, lo giraban sobre la palma de la mano para lograr su redondez; se lo ponían entre los labios, le prendían fuego con un cerillo y se lo fumaban en total éxtasis. Me preguntaba yo en qué pensarían desde el momento en el que abrían la cajita del tabaco hasta que le daban la primera fumada. Por la cara que ponían, llegué a la conclusión de que en nada. Algunos jugaban al mus y otros simplemente bebían y conversaban de política, de sus familias, del ganado, del clima y de qué sé yo qué más. Nadie notó nuestra presencia en la puerta hasta que volvió a sonar el timbre del teléfono que anunciaba la tan ansiada comunicación. ¡Telefonema de América!, dijo el dueño de la taberna. En ese preciso momento se escuchó un silencio abismal que provocó que todas las palabras perdieran el equilibrio de su impetuoso volar y se desplomaran precipitadamente hacia el suelo suscitando un estruendo fenomenal.

Todos nos dirigimos con una ilusión sin freno hacia el teléfono, colocado hasta el fondo del bar. Yo llegué al final por tratar de brincar todas las letras, que minutos atrás habían sido frases completas gritadas de manera tal que pudieron haber sido escuchadas hasta en el más allá y que en ese momento estaban tiradas en el piso, sin que nadie las oyera, sin que nadie las viera, sin que nadie las notara: sólo yo las percibía y me entretuve brincándolas a todas, pero llegué justo en el momento preciso para hablar con mis hermanos ¡Escuché sus voces y sentí su emoción y sus lágrimas! Hablamos todos con ellos mientras los presentes callaban poniendo los ojos en cada uno de nosotros y el oído en cada palabra. Las noticias eran gratuitas, pues el problema de las deudas se había resuelto y podríamos volver en cualquier momento.

Al salir de allí advertí que nuestras palabras de emoción y alegría se habían unido a las que se hallaban tiradas en el suelo y que todas juntas adquirirían de nuevo forma y cuerpo. De inmediato escuchamos en voces

ajenas el modo en que nuestra gran noticia aumentaba de tamaño y salía volando por la puerta para irse con el viento. Todas las calles estaban invadidas de palabras que tocaban en los cristales de las ventanas a fin de que los vecinos curiosos se asomaran a tiempo y vieran pasar por la carretera a una familia feliz en la que el padre iba vestido de faena de campo, la madre con delantal de casa y las niñas en pijama.

Aquella noticia provocó tal revuelo, que al día siguiente las mujeres que a diario iban por agua al manantial, expertas en difundir noticias, ya decían que nos habíamos comprado un barco para irnos a pasear al mar.

Algo muy parecido ocurrió el día que descalabré a mi hermana Belinda, que bien sea dicho, fue la piedra con la que yo jugaba la que la lesionó. Era la tarde de uno de esos domingos que nunca se dan cuenta de que ya amaneció y se quedan dormidos todo el día. Ni el sol se asomó tras las montañas como solía hacerlo para no deslumbrarlo, ni el viento soplabla para no despabilarlo. Mi madre, rendida por el trabajo de toda la semana, dormía una siesta en su recámara; mi padre leía el diario en el porche y Marisa y las gemelas jugaban a hacer perfumes con hojas de hierbas machacadas junto a los rosales de la herradura, muy cerca de la escalera que subía hacia la puerta que daba a la carretera. El único ruido que se escuchaba en aquella tarde totalmente aletargada era el que hacía el golpe de la piedra que yo aventaba hacia uno de los barrotes de la puerta, que a su vez me la regresaba para que se la volviera a aventar. Era casi como jugar ping pong pero sin raqueta y teniendo como contrincante al barrote de una colosal puerta de hierro. Pero en una de esas malas punterías, la piedra dio en el canto del barrote y cambió el camino de su regreso esquivándome a mí y volando hacia el jardín, para caer justo en la cabeza de Belinda. El llanto no se hizo esperar; cuando salió mi padre, me vio asustada y a ella con la frente ensangrentada; se metió un susto tal, que de inmediato me dio una nalgada sin saber que el golpe de la piedra había sido accidental.

Todo ocurrió justo frente a la puerta por donde aquel domingo gris ni el aire se paseaba. Y mientras yo investigaba quién habría tenido más puntería, si la piedra que se había desviado y le había pegado a mi hermana justo en

la cabeza, o mi hermana que se había colocado en el lugar exacto donde caería la piedra... Yo ya había conseguido la fama de apedrear a los niños que pasaban por la casa.

¡Yo sólo sabía que aquella piedra era tan inocente como yo y que había querido jugar conmigo en un momento mudo de la vida en el que un sinfín de inquietudes y sentimientos sin contestación pasaban por mi mente!

## ¿Y mi mundo imaginario?

*P*or fin había logrado que me gustara el colegio y ya teníamos que regresar. Me sentía parte de dos distantes continentes separados por un mar inmenso en el que bailaban millones de olas y un cielo interminable con incontables nubes que jugaba a dibujar caras, animales y paisajes. Mis añorados hermanos esperaban por mí en patrias lejanas y al mismo tiempo mi espíritu ya se había acostumbrado a escuchar la conversación esplendorosa de la naturaleza y al cariño de mucha de gente buena que me había abierto su corazón con toda gentileza.

Estaba totalmente desconcertada al pensar que mi mundo imaginario no iba a caber en ninguna maleta, ni siquiera en el baúl que había mandado Ñita, por lo que tenía que idear la forma de llevarlo a donde yo fuera, y aún sin tener idea de cómo transportar la luz de la palmera, decidí hacerlo sin que nadie se diera cuenta.

¿Y la libertad que yo tenía en aquel pueblo encantado, dónde más la iba a encontrar? ¿Cómo la transportaría? No me podía imaginar lo que mi li-

bertad sufriría al perder su libertad si la metiera en una caja adentro de una maleta. Una opción podría ser una de las jaulas de los grillos porque tenían perforaciones y por ahí se podría oxigenar mientras llegábamos al nuevo hogar, pero después me percaté de que por esos mismos orificios se podría escapar. Pensé, pensé y me cansé de pensar hasta decidir que tendría que guardar la libertad en la memoria y practicarla a diario, al igual que debía hacer con las matemáticas y la aburrida clase de historia.

¡Había tanto qué hacer! ¡Estábamos a finales de marzo y en el mes de mayo se celebraría el tradicional sacramento de la comunión para los niños nacidos bajo el culto católico, entre los cuales me contaba yo! Rosita Cuesta me había regalado los zapatos blancos que ella había usado para tal festejo el año anterior y fui con don Ignacio para que con un brochazo de su pintura blanca lucieran cual más de nuevos. Entre todas las charlas que solíamos tener, le comenté que tenía un diente flojo. Y él, que parecía saberlo todo, me contestó que eso sólo les sucedía a los niños que se estaban haciendo mayores; luego, con su característico acento burlón, agregó que él había sido mayor tantas veces, que ya sólo le quedaban dos dientes. Y casi en secreto me dio la fórmula para resolver mi problema dental, que para los dientes no lo era, porque lo que ellos buscaban era estar en libertad y no vivir siempre sentados en el mismo lugar.

Me tenía que amarrar el diente flojo con el extremo de un hilo y sujetar el otro extremo a la manija de una puerta abierta. Luego, debía aventar la puerta con toda fuerza hasta que se cerrara. Con eso, el diente se desprendería con facilidad, dejando lugar al que saldría enseguida en el mismo lugar.

Fue tal mi alegría al saber que me estaba haciendo mayor, que fui corriendo a casa, y en completo sigilo robé un trozo de hilo del costurero y me encerré en el cuarto de baño. Seguí las instrucciones las al pie de la letra y el diente salió volando con toda su fuerza.

¡Pobre de don Ignacio, cuanto debió de haber sufrido para hacerse mayor tantas veces!

Orgullosa, me presenté ante la familia reunida en la cocina para mostrar la ventana que exhibía mi sonrisa y avisando la anhelada noticia de que yo por fin crecería. Hijita, dijo mi padre con inmenso amor, “no te preocupes por tu estatura; preocúpate por tu bondad. Que si eres buena, tamaño te ha de sobrar”. Pero en eso vino a mi mente que estaba próxima la fecha en que recibiría la oblea redonda hecha de harina y agua que, una vez bendecida, llevaría impregnada la luz eterna. Eso sí que representaba un verdadero contratiempo, pues la maravillosa luz se podría escapar por mi nuevo agujero. ¡Sólo a ese viejo diente se le podía ocurrir ser tan imprudente!

¡Tenía que procurar a toda costa que mi nuevo diente creciera! En las noches cerraba los ojos e imaginaba que lo jalaba como si fuera de goma. Incluso me propuse ensayar a sonreír con la boca cerrada hasta que llegara la fecha indicada; pero por fortuna para ese entonces, la ventana de mi sonrisa ya estaba cerrada.



## Los secretos de los armarios

**E**n un pueblo vecino vivía una modista muy recomendada por sus conocimientos en alta costura y fuimos a buscarla. Fue fascinante ir al lado de mi madre por la carretera vallada toda por plantas de margaritas pequeñas y petunias desde donde se apreciaban unos campos de trigo aun tiernos y otros de amapolas silvestres, cuyas delicadas hojas se mecían con el viento. Semejaban una estampa donde todas las flores se habían dado lugar para alegrar aún más aquel paisaje que parecía extraído del más fantástico de los cuentos. Parecíamos dos chiquillas sin edad y llenas de ilusión unidas por las manos y el corazón. Una frágil brisa nos llevó hasta una calle empedrada con edificios de tres o cuatro pisos de fachadas sombrías y tejados viejos. Sus ventanas exponían tiestos con hermosísimos geranios y malvones que adornaban calles, pasillos y aceras. El interior de las ventanas estaba cubierto por visillos de telas blancas. Uno de esos edificios era sin duda el que buscábamos y muy pronto llegamos hasta su portal.

Subimos por una escalera muy oscura con olor a olvido. La tristeza estaba sentada en cada uno de los escalones. Quizás en muchas ocasiones

había querido huir, sin atreverse a salir. O tal vez estaba en espera de que la alegría entrara y la sacara de ahí.

En uno de los niveles había una puerta abierta donde en penumbras se vislumbraba a una mujer que amamantaba a su criatura mientras barría. Me llamó la atención el olor a rancio de aquel lugar donde el sol se filtraba en forma muy tenue a través de unas cortinas viejas y ajadas que acunaban gran cantidad de hollín. Con un movimiento casi imperceptible me solté de la mano de mi madre, quien con la vista hacia arriba contaba los pisos que aún teníamos que subir para llegar a la dirección indicada.

Me deslicé por la puerta de la vivienda con olor extraño y en medio de un sopor de calor y ambiente encerrado, me acerqué a la señora, cuya tristeza desde lejos se respiraba, y percibí que el bebé tenía huellas negras de mosca en la cara. La escena me impactó de tal manera, que no quería llegar con la costurera. No quería subir ni un escalón más ni mucho menos saber lo que podría suceder en el más allá de aquella interminable escalera, pero desde el barandal del último piso mi madre me miraba y con sus ojos brillantes como luceros me subía, me arrastraba.

Doña Itziar, la modista, nos recibió con el cabello recogido con dos hermosas peinetas de carey. Vestía de negro como muchas, y como tantas otras mujeres más. Su hogar estaba poco iluminado debido a que tenía las ventanas cerradas con doble puerta. Después nos pasó a un salón que olía a la cera de abeja con que pulíamos los pupitres en el colegio, encendió una pequeña lámpara que pendía del techo y nos invitó a tomar asiento mientras ella abría el paquete que contenía la polémica tela.

Escuché un murmullo azul hielo que provenía de la fibra del tejido cuando doña Itziar lo desdobló y lo observó con delicadeza mientras lo movía de un lado para otro y lo colocaba frente a la luz para captar su textura y transparencia. Era el canto de los hilos de la tela que detonaban felicidad después de haber estado abrazados en la oscuridad durante tanto tiempo y que finalmente habían llegado a las manos de una experta que con caricias los modelaría hasta convertirlos en una obra maestra.

Y sentada en una silla muy alta de la que me colgaban los pies, que no podía evitar mover en vaivén, observé las paredes, las carpetas de las mesas hechas a ganchillo, que formaban holanes seguramente endurecidos con agua y azúcar, como los que tejían las señoras que iban a la fuente; y entre otras muchas cosas, la sobrecama que se veía en la habitación al fondo del pasillo, que era de cuadros tejidos con hilo de algodón y ganchillo al igual que la que había tejido mi abuela Dominga y que tantas veces había visto sobre la cama de mis papás. Las paredes estaban adornadas con fotografías de bodas con los novios viendo hacia un infinito a donde juntos soñaban llegar; fotos de familias completas, de soldados muy erguidos contando sus hazañas de guerra y de chiquillos captados en algún juego. Al ver las fotos de los pequeños me pregunté si ellos también habrían jugado alguna vez a las competencias en algún riachuelo, afluyente o incluso en la arena de algún mar, donde el pis haría su huella al llegar y podrían elegir al ganador con facilidad. ¡Era divertidísimo escuchar todo lo que decía aquella silenciosa casa, pues entre sus paredes se esculpían las vidas de muchos seres que parecía que hablaban, que gritaban, que amaban, que vivían y reían por la simple razón de ser recordadas!

Mi fascinante conversación con la foto de los niños se vio interrumpida justo cuando estaban dispuestos a contestar si habían competido en el río o en algún otro lugar. Hubiera sido fascinante escucharlos, y que yo les contara mi secreto, pero en ese momento me pusieron de pie para tomarme medidas.

Doña Itziar escuchaba las instrucciones como si las estuviera visualizando, y las apuntó en una hoja de papel arrugada que sacó de la bolsa de su immaculada bata abotonada al frente. De pronto nos dijo en voz baja el costo de la confección y que nos suplicaba que jamás a nadie se le dijera que ella realizaría el vestido, pues de saberlo su marido, le quitaría el dinero y se lo gastaría de inmediato en lo más innecesario. Desde ese momento, las dos ya amigas damas se pasaban mensajes con la mirada y, en medio de su cómplice comunicación, yo buscaba el más minúsculo rincón de aquella habitación donde se pudiera esconder un vestido blanco y ampón. ¿Cómo y dónde se lo iba a ocultar a su esposo? Esa sí que era una pregunta sin contestación.

El vestido estaría terminado en un mes y no necesitaría prueba, escuché entre los despidos de cortesía mientras yo me iba de avanzada por las escaleras para ver si podía volver a ver a la niña con la cara ensuciada. Al bajar piso por piso escuchaba el rechinar de puertas que se abrían impertinentes a mi paso para indagar el motivo de mi estancia en aquel singular edificio en el que cada departamento tenía un olor especial, una fragancia distinta y una puerta con un ojo indiscreto que por ella se asomara con distinto mirar; hasta que por fin llegué a donde quería llegar.

Ahí estaba la niña rubia y hermosa con su carita sudorosa que tanto me preocupaba, y no pude evitar entrar a preguntarle a su madre el motivo por el cual no le había lavado la cara. La mujer me miró a los ojos con esa clase de mirada que se clava en el alma y me contestó diciendo que cada punto negro que a la niña adornaba representaba a una estrella que la protegía y la iluminaba.

Salí bañada en lágrimas de aquella triste morada; mi madre al notarlo me explicó que el padre de esa nenita estaba preso injustificadamente y que su esposa había prometido no ver la luz hasta que le dieran libertad. Comprendí entonces el motivo de las cortinas negras llenas de hollín por donde la luz entraba tan tenue que ni se escuchaba, y el ambiente denso y gelatinoso por donde el oxígeno escaseaba y las moscas vivían sin ser notadas. ¡Pobre señora! Las estrellas que algún día iluminaron sus noches se habían desprendido de angustia, dejando en su cielo agujeros negros que ella encontraba como luceros en el rostro de su hija, sin perder la esperanza de que algún día la luz entrara de nuevo en casa y todas ellas regresaran a la quietud del infinito para volver a brillar.

Yo quería hacer gárgaras de silencio para que mi voz callara todo lo que mi corazón gritaba. ¿Por qué nadie me había comunicado que las estrellas se desprendían? ¡Yo solamente sabía que lloraban!

Pasado un mes, recorrimos el mismo sendero para acudir a la cita. Al subir las escaleras del edificio, se volvieron a medio abrir algunas puertas con el conocido rechinado que avisaba que estábamos siendo observadas por miradas chismosas e indiscretas. Finalmente llegamos al piso

de las fotografías que hablaban, donde doña Itziar nos recibió con una sonrisa cuya satisfacción la delataba y nos invitó a sentar en un sillón de la sala. De pronto abrió las puertas de un armario viejo y dañado cuyo interior estaba absolutamente oscuro, vacío y olvidado. Se agachó, se metió en él y abrió una puerta oculta en su interior, de donde sacó un objeto blanco lleno de iluminadas transparencias que cantaban en voz alta al salir de la oscuridad.

Al ver nuestro asombro, aquella señora de fragancia blanca y mirada clara que nos había recibido la primera vez con frialdad y desconfianza nos explicó que el misterioso escondite lo habían usado para subsistir durante la guerra, ya fuera para ocultar a sus hijos y resguardarlos de ataques de fuerzas ajenas, guardar alguna que otra moneda para abastecerse de los pocos víveres que había a la venta, almacenar algunos alimentos que ellos mismos preparaban en conserva para resistir hambres en tiempos de miseria o para esconder documentos de importancia.

Cuando me probé el vestido, las tramas de los hilos de su translúcida tela interpretaron una verdadera sinfonía del color del agua clara que detonaba libertad, la cual se hacía mucho más notoria cuando feliz me daba la vuelta frente al espejo y movía la falda al caminar.

¡Que divertido ser yo la que usara aquel vestido con una historia tan interesante y misteriosa! Sentía vivir una aventura donde la protagonista era una sencilla tela de nylon para confeccionar cortinas, que había soñado ser un hermoso vestido que se usara en un momento suntuoso y de gran relevancia, para lo cual había realizado una enorme travesía por el océano dentro de un cofre lleno de cosas, para finalmente encontrarse con el gusto de mi madre y la aguja experta del hada de la costura, quien la había tenido escondida durante algún tiempo en el corazón oculto de un ropero hechizado. Y se llegó el día en el que con tan sólo un giro de la aguja mágica se abrió la puerta secreta del alma del armario y salió volando un bellissimo vestido para colocarse en mi cuerpo. ¡A mí sólo me correspondía interpretar mi papel con gracia y darle su mejor lucimiento para que la romántica tela pudiera realizar su sueño!

Al bajar las escaleras, percibí la liviandad del espacio que las rodeaba y me deslicé con prontitud, pues la tristeza ya no estaba sentada en su lugar; por fin había huido para permitirle a la alegría invadir algún hogar. Al llegar al piso con olor a queso vi que tenía la puerta abierta y las cortinas estaban corridas, por lo que la luz del sol penetraba sin ningún tropiezo; no pude evitar entrar hasta el centro de la cocina, donde una niña preciosa, cuya aterciopelada piel resplandecía con brillos con olor a rosa, era amamantada por una mujer sonriente y de mirada serena. Mi alegría no podía ser más grande. “Las estrellas de mi firmamento, con las que había hablado noche tras noche para que enviaran sus destellos de luz al rostro de aquella criatura, me habían escuchado”. ¡Y por lo que se sentía en el ambiente, su padre ya había regresado!

Al llegar a casa subí como un torbellino para colgar mi vestido en un gancho dentro del armario de mi habitación y, al cerrar la puerta y ver el espejo que tenía enmarcado en su parte exterior, apareció en mi mente el ropero encantado de la modista con la puerta oculta en su interior y me di cuenta de que las personas también teníamos una puerta oculta en algún escondite de nuestras entrañas.

Algunas tendrían una sola puerta ligera y sin cerraduras, que se abriría con discreción y respeto a cualquier conversación. Otras estarían cerradas con llave, quizás hasta con la cerradura oxidada, y por bellos rostros que tuvieran, jamás permitirían que se les abriera ni siquiera un cajón del angustiado ropero de su corazón.

Habría otras cuyas puertas estarían siempre abiertas para dar paso a quien quisiera entrar... y su inocencia podría ocasionar que alguien las quisiera lastimar. Aparecieron entonces ante mí las personas de corazón con doble fondo, las que custodiaban su más valorado tesoro en el centro de un corazón acorazado por puertas y cerradas con candados oxidados, muy difíciles de abrir. De un momento a otro volví en mí tras haber estado absorta entre los secretos de los armarios: sus puertas y significados; quizá me querían mostrar la importancia de lo invisible para entender el alma de la gente.

Una de esas personas de corazón acorazado y lleno de escondites en su interior había estado muy cerca de mí y su silencio me acompañaría por siempre. Y ésa era nada más ni nada menos que sor Socorro, la monja que tanto me había hecho sufrir y que tanto me había obligado a rezar por los castigos más injustificados. Ella guardaba tras sus hábitos su más preciado tesoro, como el amor a la vida, al entorno y a la gente. Pero la guerra la había encerrado violentamente en un convento, donde había perdido amores, amigos y sueños. Su amor y su alegría estaban ocultos en lo más profundo de su alma, donde nadie podría penetrar si no fuera con la ayuda de la más poderosa llave mágica.

Y así les debía haber sucedido a la mayoría de las monjas, que hasta se les había olvidado jugar y ser felices. Todo era rezos y castigar. Un aplauso especial se mereció la hermana más joven de la comunidad, que quizás cansada por el hastío reinante en el lugar soltó a las vacas de la cuadra, las cuales salieron a toda velocidad y persiguieron a todas las demás monjas que se encontraban haciendo sus ejercicios de silencio por los prados del colegio, recogidas en una total paz. Fue un verdadero recreo verlas haciendo piruetas para subirse a los árboles con todo y hábito. A una de ellas se le atoró la toga en una rama y aunque trató de atraparla, el hermoso lienzo blanco y almidonado cayó desde las alturas, provocando la euforia de una de las vacas, que enloquecida la revolcó contra el césped, quedando sus cuernos metidos en uno de los planchadísimos pliegues y, en medio de gritos de susto y carcajadas, el juguetero animal siguió corriendo con la toga puesta hasta llegar a la orilla del río a beber agua, donde se le cayó el trofeo después de su estupenda hazaña. La blanca toga dio varias vueltas en el agua en señal de agradecimiento al cuerno liberador y después siguió su ruta por la corriente para contar su historia de junco en junco y de piedra en piedra, hasta llegar al mar y perderse en su inmensidad.

Fue una tarde inolvidable para todos los presentes, sobre todo para la vaca, que ni cuando dio su mejor leche había sido tan aplaudida, y ni quien diga de la toga, que tras estar siempre amarrada, consiguió su independencia gracias a la travesura de un inocente animal.



## Las luciérnagas de la bóveda celestial

*P*ronto tendría que asistir a las clases de catequesis; para ello fui hasta la iglesia sin cúpulas, con una ilusión sin límites a fin de prepararme para la gran ceremonia, y me senté lo más cerca que pude para escuchar las enseñanzas sin que nada ni nadie me distrajera, pues mi mente comenzaba a fantasear en cuanto me quedaba quieta en algún lugar; ya fuera en los rincones más ocultos de un tejado, en los dibujos que formaban las vetas de las maderas de los pisos, en los retablos de las iglesias, en los altares naturales que construían los insectos con las hierbas o en las bóvedas inmensas formadas por las ramas de los árboles donde las aves ponían sus nidos y trinaban al igual que los coros celestiales.

A las cinco de la tarde vi aparecer al párroco en el púlpito de la iglesia con una sonrisa muy dispuesta, casi casi angelical. Era el mismo sacerdote que había ordenado que me pasaran las ortigas en las piernas por no haber cumplido con el sacrificio de cuaresma del año anterior. Me quedé atónita y asombrada ante su presencia. ¿Era él quien nos enseñaría la Palabra divina de la salvación eterna? Tan sólo de verlo, sentí escalofríos de terror y pasaron por mi mente las excoriaciones, el ardor,

el dolor y la indignación que yo había sufrido a causa de sus ordenanzas. Mi angustia me dictaba salir corriendo, pero no me podía retirar porque sería una falta de respeto, y simplemente esquivé sus palabras.

Me quedé quieta y en silencio sin querer escuchar lo que el cura tanto hablaba y me escondí en mi coraza de caracol imaginaria donde nadie notaría mi presencia y todo lo vería a distancia. En cuestión de minutos comencé a ver que el techo lúgubre y sombrío cambiaba de aspecto y parecía iluminado por miles de luciérnagas que aprovechaban la oscuridad para lucir su brillantez y jugar a ser estrellas en la bóveda celestial. Mi mirada se detuvo una vez más para admirar el retablo del altar mayor con sus imágenes religiosas talladas en madera, a las que tantas veces había visto tristes y pidiendo su salvación a gritos y lágrimas, cuando de pronto vi que milagrosamente conversaban entre ellas y sonreían alegres mientras sus duros ropajes casi bailaban. Por varios días fui a las pláticas y desde mi escondite predilecto me divertí enormemente al ver la fiesta que los santos organizaban todas las tardes en el altar.

Por fin un día cesaron las pláticas de preparación y las puertas del paraíso terrenal en los jardines del Chalet de Urrutia se abrieron para que los niños recolectáramos las flores que al día siguiente estarían adornando la iglesia. Al entrar percibí un sinfín de esencias florales de mil tonalidades y comencé a escuchar los sonidos de los caracoles al arrastrarse por los tallos de las hojas húmedas, brillantes y afelpadas hasta llegar a la más apetitosa y comerse un pedazo de ella; el trotar incansable de las hormigas al cargar pedacitos de hojas para llevarlas a su hormiguero; el aletear de las mariposas que se posaban en una y otra hoja para con su lengua absorber un poco de humedad; y por supuesto, el inconfundible zumbido de las abejas, para las que aquel vergel era un verdadero almacén de materiales para su fábrica de miel.

Me sentía flotar en un calidoscopio de fragancias donde se recibía la caricia de la vida y me negué a tener que pedirles tan sólo una flor o una rama de sus hermosas plantas con la finalidad de adornar una iglesia de piedra por tan sólo un día o cuando mucho una semana para que después

se marchitaran; pudiendo seguir vivas en sus troncos y en sus ramas en un altar que honrara a su Creador, siendo sus pilares los pinos, y su techo el cielo lleno de nubes o estrellas que sin cesar destellaran.

Después me acordé que Dios se asomaría por los vitrales para ver cómo habían adornado el palacio que decían que era su casa y comprendí que Él mismo había creado aquellas flores con las más exóticas fragancias para recibirnos a todos con sus mejores galas.

Como el guardia y jardinero del chalet ya era mi amigo y me conocía muy bien, se dio cuenta que yo sufría al ver que las plantas lloraban con su savia cada vez que una flor se les arrebataba, y dejó que me alejara en silencio hasta perderme en los jardines; embelesada con el sonido de las hojas que cantaban al beber el agua que la tierra les regalaba, me envolví en su frescura y, mientras yo caminaba, simulé que cortaba flores, pero en realidad las acariciaba.

Nadie notó mi ausencia en aquel vergel. Y finalmente, cuando se asomó la noche y con tristeza se enteró de que al día siguiente las gotas de rocío no tendrían flores para humectar, cerraron las puertas del enigmático chalet. Salí de ahí acompañada por todo el grupo de compañeros que habían llenado carretas de flores y las entregamos a la puerta de la iglesia a los chicos que se encargarían de la ornamentación.



## Ni las espinas de los rosales lastimaban tanto

Al día siguiente salimos todos de casa rumbo a la iglesia. En el trayecto, mientras caminaba por la carretera escuché la felicidad del vestido. ¡Las fibras de los hilos de la tela cantaban a toda fiesta en cuanto yo me movía, en cuanto saludaba, en cuanto sonreía! “Se estaba haciendo realidad su sueño de una manera que ellas jamás imaginaran”, y el vestido cada vez se sentía más orgulloso y cantaba en color azul turquesa la canción de su felicidad.

La ceremonia se llevó al cabo con la suntuosidad que se acostumbraba. Todos los participantes estábamos acomodados a lo largo del pasillo y mi lugar se hallaba en el centro de la iglesia, desde donde podía contemplar a las personas que llegaban vestidas de domingo. Algunas buscaban sus reclinatorios particulares y otras se acomodaban donde podían. Los niños ataviados como ángeles se situaban al centro frente al altar y los monaguillos estaban listos con sus campanillas de bronce muy brillantes y preparadas para ser sonadas en los momentos más relevantes de la ceremonia. Todo estaba organizado con gran pompa eucarística, y esperé el momento en el que el ángel que actuaría como mi custodio me acompañara hasta el altar. Comulgué justo en el momento en el que Dios se

asomó a través de los vitrales e iluminó al sol mecánico y majestuoso del interior del recinto, que al instante extendió sus rayos de luz con toda su intensidad representando a la luz divina que daba vida a todo lo que tenía vida: la forma oficial de recibir la luz del Creador, la de la luna, la de las estrellas y la de mi palmera.

Admiré sin pestañear aquel momento tan excelso e irrepetible tratando de grabar la luz del tabernáculo en mi mente y me despedí de él, pues bien sabía que ésa era la última vez que lo iba a contemplar.

Después de aquella vivencia tan esperada en la iglesia con mis padres, hermanas, parientes y amigos del colegio, pensé que ya nada mejor podría acontecer ese día y no me importaba que en casa no tendríamos fiesta. Quizás la amiga de mi madre me hiciera un pastel o Irene, mi cuidadora de rezos, me diera un caramelo y Julita, la sardinera, el tío Juanito, Perico el pordiosero y don Ignacio el zapatero me regalaran algunas monedas. Sin embargo, ese día ocurrió algo que marcaría mi vida para siempre, pues después de felicitaciones y abrazos recibidos entre los asistentes y ya de regreso a casa, vi de lejos a sor Socorro que caminaba hacia mí con las manos colocadas en el pecho, la cara volteada hacia abajo y la toga levantada. Parecía una paloma que se precipitaba hacia mí en picada. Me aterrorizó imaginar el castigo que me impondría por haber divagado en las clases de catequesis y me quedé paralizada tan sólo de pensar en el futuro que me esperaba. Hasta me pareció escuchar todos los rosarios que iba a tener que rezar de rodillas ante el altar de la capilla.

Mis padres frenaron el paso y mi vestido calló su canto en cuanto la tuve enfrente. Me asombró que saludara a la familia de una forma tan amena y diferente. Hasta le dio la mano a mis padres, para después, espontánea y descaradamente, dirigirse a mi madre y decirle que quería comprarle mi vestido para que lo usara su sobrina Pilar. La mirada de la monja no pudo mostrar más asombro cuando mamá le contestó con sonrisa franca y gran aplomo: “El vestido ya está usado hermana, se lo regalo, puede usted pasar por él cualquier día de la semana”. Una tormenta de silencio apagó toda mi ilusión mientras el vestido temblaba de emoción al saber que sería partícipe de otro evento de mucha más festividad; además de que estaba muy orgulloso de que su tipo de género había sido el

acontecimiento del año, porque el nylon, aunque fuera para cortina, aún no se conocía en Europa, donde era costumbre fabricar las más refinadas sedas y brocados.

Yo no podía creer la soltura con que mi madre había regalado mi vestido y menos a la persona que me había hecho tanto daño. ¡Ni las espinas de los rosales lastimaban tanto! ¿Para qué tanta ilusión? ¿Para qué tanta faramalla? ¡Me sentía tan humillada y tan despojada! Me lo acababa de estrenar y ya no era mío, tenía que llegar a casa y quitármelo para que no se estropeara y poder entregarlo limpio y sin mancha para la niña que había cambiado un tintero de lugar ocasionando un estropicio con la tinta y cuyo silencio había provocado que muchas compañeras fuéramos castigadas de la forma más injusta e insolente. Pero ya estaba acostumbrada. Nada era mío. De todo me habían despojado y sin embargo nada podía ambicionar, pues teniendo mi mundo secreto nada me podría faltar.

Una semana después fue sor Socorro a casa. Llegó con una muñeca de porcelana, de esas que fabricaban con las extremidades sueltas y las unían con resortes por dentro para que tuvieran movimiento, ataviada con un vestido blanco idéntico al que le regaló mamá y una baldosa de cerámica negra de unos 25 cm x 25 cm, de las que se usaban en las construcciones para colocar en cocinas, baños y fuentes, decorada con un hermosísimo ramillete de flores pintadas al óleo por ella misma y enmarcada con una moldura de madera dorada.

La monja no parecía la misma mujer de expresión ahogada, tajante e injusta que yo conocía, y su mirada era muy distinta a la que tantas veces me había hecho sentir afligida e inmersa en el terror. Cuando me entregó la baldosa me dijo que esperaba que algún día reconociera los colores con los que estaba pintada y un mar de angustia entró en mi cuerpo. ¿Cómo se había enterado que yo no los reconocía, si ni mi familia lo sabía? Mientras ella y mi madre conversaban, yo me quedé extasiada al contemplar la finura y delicadeza de la pintura. Nunca había visto nada igual, nada tan perfecto. Además de que era una opción más para intentar pintar sobre la superficie vidriada de las tazas y los platos rotos que mi madre aún atesoraba.

Muy pronto entendí que aquel vestido no se iba a poder vender ni tampoco podríamos regresar con él, y que las palabras “se lo regalo”, que le había dicho mi madre a la monja, cuando en verdad no lo merecía, habían sido una muestra de enseñanza que provocaron el inmediato desplome de la llave de la cerradura del corazón de la hermana, ya oxidada por la amargura y el paso del tiempo, permitiendo así la entrada de la fuerza de la luz del amor.

El cielo enmarcaba las montañas como si fuera un mar que llegara hasta ellas cuando partió la religiosa de casa abrazando el paquete que contenía la prenda; al difuminar con mi imaginación su cuerpo entre los prados, quedó sólo su toga, que con forma de un barquito de papel flotaba libre en el mar del cielo acompañada por el canto del histórico vestido que seguía cumpliendo su anhelo.

Mi relación con aquella monja no terminó al verla partir erguida y airosa, con su toga flotando en el mar imaginario de mi mente y con el paquete del valioso regalo en sus brazos, pues había dejado en mis manos una de las simientes que había guardado por años en el compartimiento oculto de su corazón, y que un día florecería como mi vocación, mi oficio, mi profesión, mi pasión. Parecía que todos los castigos y lágrimas derramadas a causa de su frustración en el encierro hubieran sido el abono para que la mágica semilla germinara en mi vida y me ofreciera su más majestuosa floración.

## Del columpio al juego mecánico

La cosecha de ese año fue grandiosa. El universo entero se había confabulado para que sus astros fecundaran en nuestro huerto de una forma inesperada, y otra vez apareció un enorme cosmos de frutas que como galaxias flotaban ante mis ojos. Las cortamos todas con el permiso adecuado y rodamos con ellas de arriba abajo metidas en costales como mundos perdidos sintiendo tan sólo la alegría de rotar por el tiempo, sin futuro, sin pasado, sin necesidad alguna.

El verano intenso nos invitó a trabajar en equipo, junto con las amigas de mi madre y el tío Juanito. Parecíamos del elenco de la película *Tiempos modernos* de Charles Chaplin, pues no nos dábamos abasto para seleccionar, fabricar y empacar los dulces que entregaríamos en almacenes de los pueblos cercanos y de la ciudad.

Y en una tarde cálida de aquel magnífico verano, cuando el sol se despedía y pintaba una fina línea de oro en el horizonte, nuestros padres nos reunieron en la banca a los pies del peral, que presumía de los frutos que nos regalaba ese año y del que pendía el columpio en que tantas veces me había mecido por encima de las aves de corral y que llegaba

tan alto que con mis pies tocaba la blancura celestial. La reunión era para informarnos que ya se habían podido comprar los boletos para nuestro regreso a casa, que lo haríamos en el Correo Vapor *Marqués de Comillas*, navío que tenía un gran historial y había realizado ya muchos viajes al Continente Americano.

Ya no sería necesario asomarnos a la ventana para buscar a nuestros hermanos al otro lado del cerro de San Cosme, como mentía mi madre cada vez que preguntábamos por ellos.

Por cierto que un día la buena de Belchu nos invitó a Marisa y a mí a la romería de San Cosme y San Damián que se celebraba cada año a lo alto del cerro. Subimos todos a pie; Gervasio, el burro, cargó las viandas preparadas para comer en el campo. Mi hermana y yo comprobamos que al otro lado del cerro no había más que montañas, y que lo que nos había dicho mamá había sido sólo para consolarnos. Pero ya teníamos otra opción: “llegaríamos a ellos por mar”. El día fue esplendoroso, pues mucha gente del pueblo se había dado cita en la gran fiesta donde toda la juventud cantaba y bailaba a la usanza de la región. Lo más simpático ocurrió cuando todos estábamos abstraídos a la hora de la comida y unos chicos traviesos enseñaron a Gervasio a tomar vino con bota. ¡Pobre burro, no hubo ser humano que lo hiciera ponerse de patas! Tenía las orejas agachadas, sus ojos se miraban el uno al otro y se lamía el bigote en forma aletargada. Esa maldad hizo mucho más amena la conmemoración, pues no faltaron quienes quisieron bailar alrededor del borrachín. El célebre asno subió siendo un burro de carga y se convirtió en el rey de la fiesta. El festejo terminó y el animal seguía soñando con las burras más guapas que se habían cruzado por su existencia. Él y su dueño se vieron obligados a pasar la noche en el campo y bajar hasta al día siguiente. ¡La fama de Gervasio fue enorme, casi llegó hasta otros continentes!

Sin duda alguna, lo que estábamos por vivir sería una aventura sin igual, pues mi padre ya había navegado muchas veces a bordo de trasatlánticos y siempre tenía aventuras fantásticas para narrar acerca de lo que había vivido durante sus recorridos, mientras su corazón jamás dejaba de esperar a la mujer de sus sueños o a una tierra amable donde poder sembrar. Y entre

viaje y viaje encontró a la mujer de sus sueños y el terreno fértil donde cosecharía sin cesar.

Sus ojos pequeños y risueños regresaban a la niñez cuando nos contaba que en una ocasión, se había subido a la montaña rusa de una feria en el puerto de Nueva York. Decía que era como un paisaje de cerros de diferentes alturas, trazado en el aire con rieles atornillados estratégicamente por todo el trayecto, que por sus pequeños durmientes corría un tren sin techo; y que los paseantes se tenían que amarrar a las butacas con cinturones de alta seguridad a fin de protegerse durante el emocionante trayecto, pues la velocidad del momento los liberaba del frenesí del tiempo.

Nos aseguraba que el veloz juego mecánico era muy parecido a la vida, porque la subida hasta la cumbre era muy lenta, pero las bajadas, curvas y desafíos resultaban inesperados y que lo importante era tener la mente serena, los pies firmes y las manos al timón para llegar a la meta en buena condición. Que si bien era cierto que había que tener objetivos, para realizarlos, al igual que a los sueños, teníamos que poner todo el empeño. Ya la vida se encargaría de llenar nuestro camino con situaciones fortuitas, emociones, tropiezos, caídas y desvelos que jamás hubiéramos imaginado experimentar; pero que serían maestros indispensables que fortalecerían nuestro espíritu y nos prepararían para lograr nuestros anhelos.

Contaba también que la luz eléctrica, el fonógrafo, el teléfono y la cinematografía eran apenas novedades en las grandes urbes del siglo xx y que los actos de magia, ilusionismo y prestidigitación eran famosísimos en cualquier lugar y que precisamente, en la ciudad de Nueva York, durante la misma feria internacional en la que tanto gozó de la montaña rusa, había asistido al espectáculo de un mago muy afamado cuya llegada al teatro se había retrasado una hora, pues la función debía haber empezado a las ocho de la noche y ya rascaban las nueve. Hora en la que los espectadores estaban furiosos y justo cuando pedían se les regresara el dinero del boleto, el mago apareció por el pasillo central diciendo en voz alta “¿De qué se quejan? He llegado a la hora indicada, tal como lo señalaba

el cartel de la entrada. Revisen sus relojes”. Y para sorpresa de todos los presentes, sus relojes marcaban las ocho en punto. ¡El asombro no pudo ser mayor cuando se dieron cuenta de que habían estado hipnotizados desde una hora antes de que la función empezara!

En repetidas ocasiones nos relataba que el misterioso mago lo había hecho subir al escenario en compañía de otros jóvenes y que de un instante a otro los había hipnotizado por completo con el simple chasquido de dos dedos, mientras pronunciaba las palabras “qué calor tengo”. Momento en el que los ilusos jóvenes empezaron a quitarse sus prendas mientras hacían cualquier cantidad de movimientos que denotaban sofoco o calor, y cuando todos estaban con tan sólo el calzoncillo puesto, el mago rompió la hipnosis con otro chasquido de dedos y los pobres incautos se vieron semidesnudos frente a un auditorio que se retorció de la risa mientras aplaudía sin cesar. Bajaron el telón para que los abochornados caballeros se vistieran, y el público los esperó para aventarles sombreros, pañuelos y flores al aire en cuanto los vio salir. Sus ojos se le arrasaban de lágrimas de la risa que le daba cada vez que nos decía que aunque aquél había sido el momento más embarazoso de su vida, nada le podría quitar lo gracioso.

De modo que indudablemente el regreso en barco sería la aventura más grande que yo experimentaría hasta esa fecha y la esperarí con ansia hasta que llegara el día en que mis pies dejaran aquel terruño amado y flotaran sobre el mar por primera vez.

## Las polillas y sus fortalezas ocultas

*A*l extenderse la noticia por el pueblo, empezaron a llegar vecinos para apartar enseres y muebles que nos querían comprar antes de que partiéramos. Y lo nada que teníamos, era lo nada que nos querían comprar.

El tocadiscos, los discos de acetato de música mexicana y la licuadora eran los más solicitados. Se vendió todo, desde las gallinas hasta los muebles del comedor y los de las recámaras, apolillados enteros por tantos años de haber estado guardados sin los cuidados necesarios. Pero qué regocijo haber usado esas camas cuyas patas habían sido sustituidas por ladrillos de construcción; qué reto el jugar a no movernos para que no rechinaran los muelles y poder dormir sobre aquellos colchones incómodos rellenos de lana acumulada en determinadas zonas. ¡Cuántas noches de risa y alegría habíamos disfrutado cuando brincábamos sobre ellas sin cesar! ¡Sin duda alguna, las íbamos a extrañar!

¡Que impactante la tenacidad y persistencia de la polilla esa! Abría una avenida nueva cada vez que se le cerraba una puerta. Lo mismo devastaba un

tronco que un mueble de finísima madera creado con el espléndido gusto de un ebanista de primera. Mientras más fina la madera y más bella la talla, mayor era el festín que ella se daba, y jamás se sintió inferior al dueño del mueble de comedor y las finas camas vestidas de seda, donde se enteraba de los sueños de quienes descansaban en ellas. Podría ser que los sueños del feliz durmiente no se cumplieran, pero ella seguiría comiendo de las delicias aquellas. Y qué agradecida le estaba esa larva al hombre depredador que talaba los bosques —propiedad de la Tierra— sólo para fabricar muebles con sus troncos para que ella viviera en su interior y comiera hasta cansarse sin que nadie la viera.

Los compradores pagaron de inmediato a sabiendas de que sus adquisiciones se les entregarían a través del tío hasta después de nuestra partida, quien a diario fumigaba y tapaba los agujeros de los muebles con menjurjes que él mismo preparaba. La ilusión de todos los mayores era que cuando dejáramos la casa, la veríamos habitada y ése fuera el recuerdo que lleváramos al encuentro de la vida que nos esperaba en algún otro lugar.

Jamás se imaginaron mis padres que yo no me llevaría el recuerdo de la casa con sus habitaciones y su vida interna llena de escalones, que daban desde el dormitorio de las gallinas hasta el nicho de los fantasmas, sino el del entorno entero con su vida, sus noches, sus luces, su vegetación, su río y su fauna. Pero primero tenía que investigar como realizaría semejante hazaña. Mientras tanto, había muchos pendientes que debían ser solucionados, como continuar mis estudios para pasar los exámenes de una serie de temas que se me dificultaban cada vez más, pues mis distracciones eran absolutas. Con frecuencia me iba al más allá en plena clase de historia, en la que hablaban de personajes desconocidos y acontecimientos del pasado, cuando lo que a mí me urgía era investigar la fórmula para guardar en mi memoria todo lo que concerniera a mi propia historia.

Venían a mi mente los libros con olor a madera y el pupitre abrigado con cera de abeja, el alma del tintero que guardaba relatos y figuras en sus aguas inmensamente enigmáticas y negras para dejarlas deslizar

sobre la plumilla con tan sólo tocar el papel. Los caminos de pétalos de flores que trazábamos en los jardines del colegio para despistar al que nos buscara cuando jugábamos a las escondidas. El trino de los pájaros en las jaulas, el canto de los grillos borrachos, los árboles y sus frutos galácticos, el río de colores, los caracoles y sus enseñanzas, el campo de las amapolas, las gallinas y su alegría, las plumas de la nieve que caían en plena paz y las estrellas que lloraban de noche a solas, cuando todo mundo las veía brillar. Don Ignacio y su clavo bailarín, Perico y su bigote anaranjado, Libo y su buen talante; el tío Juanito y sus ocurrencias... Y, la esplendorosa luz de mi palmera: ¿cómo me la iba a llevar? ¿Dónde podría yo guardar una luminosidad que se expandía? ¿Y la palmera? ¡Por grande que estuviera, la tenía que llevar a donde yo fuera! ¡Dios mío, que difícil me estaba siendo hallar la fórmula para llevar conmigo mis querer y experiencias!



## Un avance en la historia de la fotografía

*M*i problema me tenía absorta mientras la vida acontecía y una noche de absoluta desorientación me asomé por la ventana para contarle al universo mi conflicto, pero la noche estaba apagada, ya todas sus luces dormían en su cama; y al cerrar los ojos con desasosiego contemplé el cielo estrellado de la noche anterior que se había plasmado en mi oscuridad interior. ¡Ahí estaba la solución! Tenía que retratar todo con los ojos y enviar las fotos a un compartimiento especial en la memoria para los recuerdos, junto a la libertad, las matemáticas, geografía, historia y gramática. En ella todo cabía y siempre estaría dispuesta a enseñarme cualquier fotografía en el momento que yo se lo solicitara. Claro que la libertad tendría que estar colocada justo a la salida para poder darse sus escapaditas de vez en cuando.

Empecé a ensayar al día siguiente mirando profundamente la imagen deseada y en cuanto la tenía centrada, cerraba los ojos y de inmediato visualizaba la forma en la que la foto se deslizaba hasta el compartimiento de recuerdos dentro de mi memoria. Fueron muchos los días dedicados a la tarea de retratar todas las remembranzas y ponerlas en

custodia. Algo verdaderamente inexplicable sucedió cuando traté de fotografiar la luz de la palmera, pues se apagaba en cuanto yo cerraba los ojos para guardarla en mi archivo cerebral. Lo intenté muchas veces, le solicité su permiso muchas otras más pero no conseguí nada. Ella, en silencio, lucía su esplendorosa aurora boreal con la que vigilaba mi vida e iluminaba mi alma, pero no permitía ser inmortalizada. —A mí me esperaba el pensar que ella prefería ser invisible para poder acompañarme a cualquier lugar.

Y el tiempo pasó y pasó... Todos los días mostraban la languidez de sus medias lunas y la luz de sus soles tibios que emergían de unas montañas para esconderse en otras mientras llegaba el día en el que partiríamos. Y se llegó el momento en el que el bosque, los caminos y los prados se enteraron de que ya no estaríamos y soltando todo su encanto dejaron desnudas sus ramas en señal de despedida. Una nube espesa, ruidosa y de olor seco y marrón, que parecía llegar del más allá, voló por la carretera hasta llegar a casa y la abrazó mil veces al igual que un ciclón para luego seguir su ruta con el tiempo hacia el después. Eran las hojas secas de los árboles que se despedían al saber que no nos volverían a ver.

Muy pronto nos tuvimos que deshacer de nuestras pertenencias ya que debíamos viajar ligeros y, al igual que los árboles en el otoño, nos quedamos casi sólo con el alma puesta. A mí me dio mucha tranquilidad regalarle mi muñeco Juan a la hija de los gitanos, vestido con el pedazo de capa del Rey Mago, con todo y cama de vidrio colorado, pues sabía que él viajaría sin parar junto con el gato. Mi libro de historia se lo regalé a Perico el pordio-sero, para que tuviera muchas historias nuevas que contar a lo largo de su caminar.

También muy pronto, al igual que las hojas sueltas, fuimos todos a despedirnos de casa en casa y en cada abrazo que yo daba, sentía que algo dentro de mí se desprendía, se despedazaba.

El día en partiríamos amaneció gris y en silencio, no se escuchaba ni el murmullo del agua. Era muy temprano cuando me fui a despedir de los pájaros que tenían sus nidos entre las piedras de la barda colindante con la carretera. Por ahí andaban también los caracoles, luciendo sus elegantes iniciales en los caparazones. Se deslizaban despacio y sinuosamente entre las plantas mientras sus familias seguían las huellas húmedas que a su paso dejaban. Lo que más me dolió fue decirle adiós a las gallinas, quienes al entrar al gallinero me hicieron su mejor coreografía. Me despedí de ellas una a una, deseándoles la mejor de las vidas. Al salir del pajar tibio que me había acogido cada mañana durante tantos días, creí morir de celos al preguntarme quién sería la persona a la que ellas le bailarían cada mañana cuando yo ya no estuviera en casa.



## Al volver la vista atrás

Salimos de casa con las mismas maletas con las que habíamos llegado algún día y cuando volví la vista atrás, vi a los pies de la palmera a una niña con falda de cuadros que agitando su brazo me despedía. Al ir rumbo a la estación, vimos desde la carretera que las mismas ventanas que dos años atrás se habían abierto con indiscreción para ver nuestra llegada, de nuevo se abrían completas para darnos la más cálida despedida. La sorpresa fue muy grande cuando llegamos a la estación, pues nos encontramos a muchos amigos, entre ellos, Perico, que se había despintado el bigote para dar lucimiento al momento, las amigas de mi madre, don Ignacio con traje puesto y hasta sor Sorcorro estaba entre todos para decirnos adiós. En el camino disfruté en forma plena de aquellas infinitas montañas que en la lejanía se confundían con el cielo. Lo mismo ocurría con las nubes que cerca del horizonte se convertían en ovejas blancas pastando en un llano de paz, sin límites ni distancias.

Al llegar a Bilbao tomamos el taxi que nos llevaría hasta el puerto de embarque; era tal mi distracción al sentir que una parte de mí se había quedado afuera en espera de que la luz de la palmera se dejara retratar, que no retiré mi mano derecha de la orilla de la puerta. Un grito desesperado

detuvo al chofer del coche cuando él trataba de cerrarla, pero ya era tarde, pues tres de mis uñas ya se habían desprendido y mis dedos comenzaban a sangrar. Ellas también se habían querido quedar, pues ya eran parte de aquel mágico lugar. Enseguida llegó el personal de la enfermería ferroviaria para hacerme curaciones, darme medicamento para el dolor y ponerme vendajes. Todo parecía moverse con mucha lentitud y dentro de una bruma llena de angustia en la que mis padres se miraban el uno al otro asombrados por mi valentía, pero la montaña rusa de mi gran anhelo por fin estaba en marcha y nada más faltaba un mes de viaje para que se cristalizara. Aquel accidente trazado en los rieles invisibles de mi juego mecánico imaginario era sólo una bajada súbita e inesperada que me estaba preparando para las grandes subidas y las vueltas en las que mi garganta se ahogaría de emoción, mientras mi cabello volara en el infinito.

Al llegar al muelle vi la enormidad del navío en que haríamos la larguísima travesía, y en medio de un gran alboroto, confusiones y sentimientos de diferentes índoles en el que todo mundo hablaba en voz alta y corría de un lado para otro, me di cuenta de que las maletas ya no estaban con nosotros. Traté de avisar a mis padres pero mi voz no era escuchada en medio de aquel desconcierto en el que todo el mundo se abrazaba y mi madre se despedía de sus hermanos derramando lágrimas descorazonadas, pues no sabían si se volverían a ver. Quizás no, quizás jamás o tal vez algún día...

Afortunadamente yo me había despedido a tiempo de todos los que quería, y lo demás lo llevaría en mi memoria por el resto de mis días.

Preocupada por las maletas y en medio de mil sollozos, apareció ante mis ojos la interminable escala colocada al costado del barco que me recordó a los rieles de las montañas imaginarias de las que hablaba mi padre. Me cercioré de que la familia estuviera junta y comencé a subir sobre unos peldaños de madera que parecían suspendidos en el aire, y los subí todos aferrada a un pasamanos que me guió hasta la entrada a cubierta, donde me encontré con un señor imponente vestido con un uniforme inmaculadamente blanco que me daba la bienvenida como si yo fuera una celebridad. Todos los pasajeros nos mantuvimos en cubierta; mientras

la escala era elevada y unos fornidos marineros soltaban las amarras de un hierro enorme aferrado al muelle, mis padres entrelazaban sus brazos. ¡Qué fuerza podría tener aquel hierro, que era capaz de detener aquel pesadísimo barco! ¡Y qué fortaleza la de mis padres que con dos brazos se abrazaban entre ellos y con los otros dos nos protegían a nosotras cuatro! Dejaban su tierra natal nuevamente con toda su gente para llegar a la tierra que había visto nacer a sus hijos.

El barco zarpó casi sin que nos diéramos cuenta, mientras que se escuchaba la música de “El emigrante”, proveniente del interior de una sala; todos vimos la forma en que nuestros seres queridos empezaban a empequeñecer y los pañuelos blancos que agitaban en señal de despedida se convertían en gaviotas que volaban tropezadamente tras nosotros. Lloraban con sus graznidos y nos abrazaban con sus alas mientras el barco avanzaba. Muchos de los pasajeros lloraban de emoción al ir en búsqueda de una vida nueva en países lejanos; otros, quizás de pena al saber que no volverían; y algunos más se abrazaban de alegría con la ilusión de estar a punto de alcanzar un sueño gracias a esa travesía. Poco a poco apreciamos desde cubierta que la costa desaparecía como si se sumergiera en la nada y de pronto nos quedamos navegando en un enorme desierto de agua salada.

Se nos acercó un marinero, quien después de mostrarnos las magníficas instalaciones, entre las que se encontraban el comedor y la cubierta que nos correspondían, nos guió creo que tres pisos hacia abajo por unas escaleras que olían a óxido. Luego nos llevó por un pasillo que conducía a una serie de compartimentos divididos por celosías metálicas que llegaban hasta diez centímetros arriba del suelo y estaban soldadas a unos tubos de hierro, perfectamente atornillados al piso y al techo de metal, pintado todo de immaculado color blanco. El marinero sacó una llave del bolso de su pantalón y abrió la puerta de lo que sería nuestra habitación, en cuyo interior estaba nuestro equipaje.

¡La magia había comenzado! ¿Cómo sabían las maletas que nosotros llegaríamos ahí? ¡No era nada fácil de llegar, estábamos en las entrañas del barco!  
¡Esa proeza sólo podía lograrla un mago!



## El más exótico de los viajes

*Y*a atrapada por la magia y arrullada por el silencio y la observación, me introduje en cada rincón de aquella pequeña estancia. Tenía dos literas metálicas individuales con cabeceras, barandales y unas escaleras que conducían a las camas superiores. También tenía un lavamanos y un gabinete con espejo y entrepaños, donde se podrían guardar los enseres de limpieza personal, además de dos ventanas redondas que no se podían abrir, a las que con el tiempo me enteré que les decían “ojo de buey”, pero que en realidad se llamaban portas, por donde entraba la luz a través del agua del mar que nos rodeaba. Y en ese preciso momento en el que miraba yo hacia la ventana, escuché que el marinero explicaba que dependiendo del peso que el barco llevara, habría ocasiones en las que nuestro camarote navegaría bajo el nivel del mar, justo como en ese momento en el que el navío llevaba mucha carga. También nos mostró la ubicación de los baños y regaderas públicos dispuestos para nosotros, que eran idénticos a los instalados para turistas en las playas y balnearios. ¡Yo jamás imaginé que un barco fuera tan apasionante y pudiera albergar tanto!

¡Qué viaje tan exótico el que nosotros estábamos por realizar! Durante el día navegaríamos sobre las olas y de noche por debajo del mar. Era como ir en barco y submarino a la vez. Y por si fuera poco, compartiríamos el dormitorio con nuestros padres, lo que era en verdad emocionante, ya que sus noches siempre habían sido un enigma, un mundo cubierto por un cortinaje impenetrable.

Más tarde fuimos al comedor, donde nos atendieron de forma excelente en una mesa muy larga donde comía mucha gente, sin pensarlo siquiera, mi mente se metió en sus mentes y sentí lo que sentían y escuché lo que no hablaban y comí lo que comían y disfruté cuando reían y supe en pocos instantes que de una manera u otra, todos éramos emigrantes. Y que todos tendríamos la suerte de realizar nuestros sueños en algún lugar o en algún momento y que, a través de aquella larga travesía en la que tendríamos la libertad de ser quienes éramos, a la larga nos hermanaríamos.

Y lo anterior no estaba nada lejos de ocurrir, pues un acto de malabarismo inesperado convirtió las palabras sordas que por la mesa ambulaban, en una estruendosa y unánime carcajada, ya que cuando traté de untar mantequilla en un trozo de pan que sostenía con la mano izquierda, éste saltó por el aire e hizo mil piruetas hasta caer sobre el cuchillo que yo detenía en la mano derecha.

Muy pronto nos hicimos amigos de los pequeños presentes en aquel gran salón, a los que por alguna razón nos llamaban “los de tercera”. Quizás porque éramos los más avanzados, los que teníamos mayor experiencia de vida y podíamos penetrar en cualquier lugar sólo para averiguar y aprender sin ser víctimas de ninguna vanidad. Suceso que fue de lo más divertido, porque investigamos desde el funcionamiento de la cocina y sus miles de patatas, hasta el de la caldera y sus toneladas de carbón. ¡Que labor la de aquellos hombres que trabajaban día y noche de incógnito para dar servicio a diferentes gargantas! Los unos para alimentar a los pasajeros y los otros al fogón encendido que parecía estar siempre hambriento.

La primera noche en nuestro dormitorio comenzó con una discusión, pues mis padres dormirían en una litera y las cuatro hermanas en la otra, además de que todas queríamos dormir en la cama alta del lecho

que nos correspondía; tuvimos que hacer una rifa en la que Marisa y yo fuimos las ganadoras. ¡Yo fui aún más afortunada, pues me tocó acostarme frente a la porta, o sea, frente a la ventana! Mi cabeza quedó en la cabecera y la de mi hermana en la piecera, por lo que sus pies llegaban casi a mi cara y los míos a la de ella, pero ya estábamos acostumbradas.

Acurrucada en la cama con mil preguntas sin contestación y con un terror sin mañana, me sorprendió la luna, que no sólo se reflejaba en el espejo negro del mar de la noche, sino que su pacífica luz penetraba entre sus aguas y de una forma muy tenue llegaba hacia mi ventana y me tomaba la mano. ¡Era la misma luna que una noche había extendido su brazo para guiarme a salvo! Muy pronto caí en sus brazos arrullada por los ruidos de la caldera y motores en las entrañas del vapor, que en pocos minutos se convirtieron en canciones que me mecían al ritmo de las olas.

Ya era casi media mañana cuando logramos pasar a las regaderas después de hacer fila entre muchas personas y fuimos sorprendidas con la novedad de que el agua estaba helada y salada. ¡Era agua de mar! Llegaba directo del océano. ¿Ni siquiera la podían calentar? Para nosotras era algo nuevo, podría decir que hasta exótico o fascinante, pero a mamá no le gustó tanto y desde ese día nos enseñó a asearnos con el agua potable del lavabo que teníamos en la habitación. Al principio fue difícil pero después nos acostumbramos, y acostumbrarse se dice a que todo debía salir bien y sin reclamos. ¡Que experimentados eran los mayores! Pues nunca más tuvimos que hacer fila con ningún extraño para tomar un baño y a diario salíamos albeando del camarote para disfrutar el día en cubierta como niñas de primera y sin permiso para ensuciarnos.

Y mientras mi madre lavaba nuestra ropa muy temprano allá en los lavaderos cerca de los baños, mi padre tendía las camas y Marisa arreglaba a las gemelas, yo me quedé nuevamente sola, e intenté participar de alguna manera en las actividades familiares, por lo que pedí permiso de subir al comedor cada mañana para apartar la mesa antes de que los demás llegaran. Qué felicidad sentí cuando por respuesta recibí un sí, pues hicieron que a mi corta edad me sintiera grande y supe cuánto confiaban en mí.



## Y mi libertad logró ser libre y despeinada

*S*ubí varios días seguidos; aparté la mesa y los esperé rodeada de meseros que se desvivían por mí y me servían un delicioso chocolate caliente al que le agregaban un trocito de mantequilla preparada en la cocina del barco, acompañado con panecillos recién horneados. Mientras, los demás pasajeros conversaban conmigo haciendo tantas preguntas que me hacían sentir la niña más importante del océano. Pero un día, al subir las escaleras para llegar al comedor, vi el inmenso mar que se desplegaba ante mí en la punta del barco y sin pensarlo me dirigí hasta allá.

Creí estar en el centro del infinito cuando llegué a ese lugar desde donde se veía la impresionante forma en la que el barco surcaba el océano y, al dividirlo en dos, creaba crestas de espuma formadas por el agua rota que dibujaba figuras con millones y millones de gotas, las cuales al caer se unirían hasta convertirse en una sola y descomunal gota. Muy a lo lejos, en el horizonte, se vislumbraba algo parecido a un anillo dorado completamente redondo que unía al infinito cielo con la inmensidad del mar. Las olas se

vestían con luces pintadas por los rayos del sol majestuoso, que se ocultaba tras mi espalda y se asomaba por encima de mis hombros para deleitarse a escondidas con el cantar de las olas que en su vaivén llevaban el ritmo de nuestro navegar.

Por un momento consideré que sólo el sol y yo estábamos contemplando aquella belleza, y mientras la brisa salada acariciaba mi rostro y despeinaba mi alma, sentí, en total éxtasis, la forma en que mi memoria soltaba a mi libertad que por días había estado guardada. Vi cómo salía y se desprendía en pequeñísimas partículas para jugar con el viento y dejarse llevar libremente en el aire de aquel inconmensurable espacio, para luego regresar renovada por la magia del día en su maravilloso empezar y ocultarse en mi memoria hasta el momento en el que nuevamente se pudiera escapar.

Esa mañana llegué al comedor completamente despeinada para apartar la mesa cuando mi familia ya había terminado de desayunar y mis padres tenían una cara de preocupación asustante. Yo traté de contarles la maravilla de lo sucedido, pero no sirvió de nada, me riñeron muy fuerte frente a los pasajeros presentes y me dijeron todo lo que estaría prohibido para mí desde ese día en adelante.

Guardé silencio porque jamás nadie entendería que mi libertad estaba viajando junto conmigo escondida en la memoria y que habría ocasiones en que la tendría que dejar en total libertad.

La noticia de mi aventura se extendió de tal manera, que a media mañana, cuando estábamos en cubierta, se presentó un marinero a solicitar mi presencia en el puente de mando. Mis padres me miraron y uno a uno me dijeron que si me sentía mayor para decidir mi vida yo sola, de esa misma manera me tendría que enfrentar a la máxima autoridad del barco.

Me levanté de la silla con total firmeza y me dirigí a lo que sería mi nueva sentencia. Me acompañó el marinero por un pasillo muy largo y después subimos muchas escaleras hasta llegar a una oficina rodeada de ventanales por donde se escuchaba la melodía del silencio

y se contemplaba un horizonte sin principio y sin final; pero yo no estaba ahí para contemplar el horizonte más hermoso y redondo, ni ver el beso eterno del cielo y el mar a través de los cristales de aquella impresionante residencia navegante, sino para recibir la más soberana reprimenda del personaje más blanco y señorial que yo había conocido hasta esas fechas. Llegué hasta él con toda dignidad, sin saber lo que me diría ni mucho menos lo que yo iba a contestar, pero me imaginaba que muy en breve tendría que conocer la capilla del barco y ante ella, de rodillas, volver a rezar.

Y aquel hombre cuya figura infundía tal respeto que ni las olas del mar se podían besar en su presencia, me recibió sonriente y me hizo sentar en una silla muy alta atornillada al piso mientras él se sentaba en otra igual. Cruzó los brazos y me miró fijamente a los ojos mientras inquirió mis años; al contestarle que ocho, me preguntó por el paradero de mis padres mientras yo me había parado en la proa de su barco durante ese amanecer y que si sabía el peligro al que me había expuesto.

Una formalidad especial me invitó a contestar con firmeza que estaba acostumbrada a levantarme muy temprano para saludar a las gallinas y ver al sol asomarse entre las montañas cada mañana. Le conté también que me gustaba ver el océano porque el río del pueblo había sido mi confidente durante mucho tiempo, cuando sus aguas corrían veloces buscando caminos para llegar al mar, y que yo estaba segura de que todos mis secretos estaban muy ocultos en algún rincón de aquella divina inmensidad. Le expliqué que mis padres y hermanas tenían labores diferentes durante la travesía en barco y yo, al estar libre, podía subir al comedor muy temprano para apartarles mesa; sin embargo esa mañana había encontrado la fórmula perfecta para dejar volar mi libertad y no lo había podido evitar. Él se quedó serio y observante mientras con toda la inocencia de que yo era capaz, me atreví a preguntarle: “¿Ya sabe usted que se siente volar cuando uno se para en la...?, ¿Cómo dice que se llama la punta de su barco?”

Un sutil silencio invadió el salón de cristal en el que aquel hombre era el dueño y en un impulso en el que su rostro desbordaba dulzura, se quitó la gorra diciendo que se llamaba “proa, no punta”, y que

precisamente ése era el motivo por el que él había decidido vivir en el mar. Después movió la cabeza sonriendo, como quien pesca una idea al volar y volteó hacia mí diciendo: “¡Ya sé quién es tu madre; es la que lava y plancha su ropa a diario en los lavaderos públicos y luego, ya en cubierta, se pone junto con las niñas a tejer y bordar!”. Asentí viendo hacia el piso y con temor de que lavar la ropa en aquel lugar estuviera prohibido, pero él se irguió en ese momento, me tomó mi barbilla con sus dedos y viéndome fijo a los ojos me dijo que desde el día siguiente mi madre tendría un compartimiento especial para sus afanes de limpieza y que yo podría ir a proa, donde estaría un oficial para cuidarme, a fin de que pudiera saludar al día y dejar que mi libertad volara y abrazara la brisa matinal. Luego, cubriéndose la cabeza con la gorra, exclamó: “por órdenes del capitán...”.

Le di las gracias, me despedí y salí de ahí como en estampida para buscar a mis padres y contarles todo. Al bajar la escalera alcancé a escuchar una voz varonil que decía en voz alta: “Y sí, niña, siento lo mismo que tú cuando me paro en la punta del barco”.

Desde ese día subiría yo a proa casi a diario para conversar con el cielo, recibir el abrazo del infinito, bañarme con la brisa salada, ver partir en dos al océano con nuestro surcar y despedir a las olas que no regresarían jamás. Lo que sucedería sin cesar hasta que llegara el día en que habríamos de desembarcar.

La familia estaba en cubierta junto con otros tantos que esperaban que yo llegara llorando, pero para su sorpresa llegué feliz a decirle a mi madre que tendría un lugar especial para realizar su trabajo de lavandería y que yo podría saludar al día en proa vigilada por un marinero enviado por el capitán. Ella se quedó atónita al enterarse de que el oficial estaba al corriente de su labor en los lavaderos junto a los baños, pero le expliqué que él lo sabía todo porque tenía conversación con Dios a través de su palacio de cristal en el puente de mando.

En el pasar de un día silencioso, en el que todos esperábamos algo, apareció a lo lejos una línea negra que brotaba del mar para mostrarnos

de nuevo las costas y las luces de la ciudad de un puerto donde bajarían varios de los que ya eran nuestros amigos, porque en sus casas los esperaban, o porque empezarían un nuevo hogar. Y así arribamos a diferentes puertos donde despediríamos a algunos pasajeros mientras recibíamos a otros más y nuevas caras aparecerían por escaleras, cubiertas, comedores y galerías, con diferentes acentos, caras, ilusiones, sueños y alegrías. Era fascinante tratar de adivinar lo que la carga y descarga de las bodegas provocaría al bajar los equipajes de alguna gente y subir los de muchos más, pues en eso consistía que la luz de cada día entrara por nuestras ventanas a través del cielo abierto o difuminada entre las aguas del mar.



## Un giro inesperado en la montaña rusa de los sueños

*P*or fin llegamos a Cádiz, que surgió como un haz de luz en medio de las aguas. Era el último puerto de la Península Ibérica en el que arribaríamos y apareció poco a poco con una luminosidad sin igual, lo mismo que el olor que lo acompañaba, olor de tierra, olor de vida, olor de alegría. Y sentados en la cubierta, mientras sufríamos las inclemencias de un clima sofocante que hubiera podido cocinar a cualquier paseante, entre los gritos de pregoneros que anunciaban la venta de mantones de Manila, mantillas, abanicos, muñecas y joyería, escuchamos una voz fuerte, muy clara y llena de energía que desde lejos gritaba: “Santiago, ¿qué haces aquí con tu familia?”.

Era don Juan González, un amigo de la infancia de mi padre, quien, como muchos visitantes, había subido al barco a tomarse una cerveza mexicana. Él era un hombre muy trabajador que llevaba en su alegría la bandera de Andalucía, y cuyo buen carácter y amplia sonrisa lo habían hecho ir siempre adelante. Su voz se escuchó por toda el área, parecía una fiesta encontrarlo en el momento más azaroso de nuestra existencia. Tomó una cerveza en el bar del barco al lado de mi padre, quien jamás

tomaba ni un trago, y después de enterarse de todo por lo que habíamos pasado, le dijo con acento andaluz: “Amigo mío, yo te conozco desde mozuelo, tu sólo has demostrado ser un hombre de buenos principios a todo lo largo de tu vida. Cuenta conmigo, saldrás adelante, que para eso somos amigos”. Le dijo también que contara con que ya tenía trabajo y casa y que lo buscara en México en cuanto llegara. A continuación escribió una serie de datos en una servilleta del bar y se la entregó a papá.

Estuvimos en popa desde antes de que zarpara el barco y se dirigiera a mar abierto para cruzar el océano y nos abrazamos todos al despedirnos de aquel territorio amado que nos había acogido tanto. La estela que dejábamos parecía la cola de un vestido de novia lleno de espumas y encajes al marchar hacia adelante para encontrar una nueva vida sin importar lo que dejara atrás. Posteriormente, unidos todos en el camarote, agradecemos el día que nos había mostrado un nuevo escenario de vida cuyos telones se abrían ante nosotros para revelarnos un sol grande y candente, tan grande como el inmenso mar que nosotros estábamos por surcar y tan cálido como la tierra firme que nos recibiría para volver a empezar. Mi madre lloró mucho y aunque su llanto era de alegría, sus lágrimas eran saladas; escurrían por sus mejillas y yo las probaba mientras la besaba.

Por casualidad esa noche me tocó dormir en la litera de arriba y con claridad vi que la luz de la luna entraba por la ventana y bailaba por las camas, abrazándonos a todos con una fragancia rosada. ¡Mi alma gritaba de gozo, la luz de la palmera iba conmigo escondida en algún lugar y apareció para festejar las buenas nuevas, felicitar mis alegrías y decirme que no me dejaría jamás ni aun cuando estuviera en medio del mar!

Regresó de nuevo a mi mente la montaña rusa de los sueños de mi padre y me di cuenta de cómo en cuestión de instantes el tren de nuestras vidas había girado hacia una montaña que había surgido de pronto en el aire y, que de la forma más inesperada, nos conduciría hacia el camino de un nuevo destino.

Pasaron varios días cuya única vista fueron el cielo y el océano, pero ya todo se veía distinto, hasta parecía que el agua del mar, en algunos momentos furiosa y altiva, se había vuelto mucho más ligera, amigable y cristalina. Quizás un día un navío se vislumbró en la lejanía o pasó algún avión al que saludaría la sirena del barco y la acompañaríamos felices moviendo la mano y volteando hacia arriba creyendo, inocentes, que nos veían en medio de aquella nada dividida en dos en la que navegábamos viendo sólo hacia adelante y sin perder de vista nuestro sueño ni un instante. Hubo muchos tramos en los que el barco iba escoltado por cardúmenes de peces voladores que saltaban de alegría al vernos pasar. Era una fiesta verlos emerger de las profundidades hasta volar por los aires para mostrarnos con sus piruetas que no estábamos solos, para después, cargados de nuestra alegría, sumergirse en las insondables aguas donde estaban sus hogares.

Y hablando de profundidades, comentaré que noche tras noche contemplaba el jardín celestial sentada con la familia en cubierta, y me preguntaba sin respuesta cuán grande habría sido la catástrofe ocasionada en el universo miles de años atrás, como para que las estrellas hubieran formado las aguas del mar tan sólo con su llorar. O si hubieran llorado de alegría al saber que serían ellas las luces que iluminarían las noches, sin dejar de destellar hasta desaparecer justo cuando el sol con su fulgor anunciara el amanecer y, con toda su egolatría, iluminara él sólo durante todo el día.



## El diseño perfecto para llegar al infinito

Mis preguntas me llevaron hasta el capitán, quien de inmediato entendió mis dudas y me contestó que él creía que las estrellas habían llorado de júbilo y alegría millones de años atrás, al saber que gracias a sus lágrimas formarían los inmensos mares donde comenzaría la vida marina, para que mucho tiempo después un hada misteriosa y desconocida repartiera oxígeno por doquier y con ello lograra que la vida se extendiera también por fuera de los océanos. Qué interesante saber que gracias a ese oxígeno, muchos animales marinos se habían vuelto terrestres, como sucedió también con algunos peces, que se habían entregado a la magia de la evolución y habían convertido sus finas escamas en coloridas plumas para poder volar. Me preguntó si yo conocía a los caracoles del campo y totalmente emocionada le contesté que ellos eran mis mejores amigos y grandes maestros de sabiduría y humildad.

Sacó entonces un enorme caracol de una gaveta y colocándolo en mis manos me dijo: “He aquí a uno de sus ancestros, se llama Nautilus. Es una maravilla con inteligencia milenaria que jamás quiso abandonar la inmensa sabiduría del océano”. Lo que tenía ante mis ojos era una belleza tan

indescifrable como la vida misma, y de nuevo me humillé ante su grandeza, ya que oculto entre las inmensas aguas llevaba el diseño perfecto para llegar al infinito o la forma magnífica de salir a la luz a través de celosías perfectamente creadas por el humilde maestro de obras que vivía en su interior. Un molusco que construía su casa paso a paso según su crecimiento y era ejemplo e inspiración para los más expertos arquitectos.

Las conversaciones con el jefe del navío eran cada vez más interesantes, sobre todo cuando me recibía en el puente de mando, que era en verdad una ventana al alma de la infinitud donde podíamos platicar mientras venerábamos el solemnísimos y majestuoso templo del Dios que reinaba en todas partes iluminando los aires.

## El sonambulismo de mi hermana

*N*uestra unión con el alto mando y parte de su personal ayudó muchísimo la noche en que a mi hermana Lucina, que era sonámbula desde pequeña, le tocó en suerte dormir en la litera de arriba. Todos opinamos que la debíamos colocar en el área de la escalera y del barandal para que, si se diera el caso en el que ella quisiera bajar dormida, lo pudiera hacer con la mayor seguridad. Pero no fue así, la niña brincó completamente dormida por encima del barandal del lado opuesto de la litera y cayó entre los tubos metálicos de las camas que estaban atornillados al piso y el costado del barco colindante con el mar. Nunca se quejó de la caída y siguió dormida a pesar de estar atrapada en aquel incómodo lugar, donde no había manera de sacarla. Tuvieron que asistir marineros con equipo especial para destornillar las literas de piso a techo y hasta el médico estuvo presente para sacar a la criatura de aquel nicho entre hierros que supuestamente habían sido asegurados para que no se soltaran jamás.

La mayoría de los pasajeros se enteraron de lo ocurrido y medio mundo quería conocer el lugar donde una niña se había caído entre las

estructuras del barco, mientras ella, tan lúcida y serena, preguntaba el motivo por el que tenía algunas raspaduras en la pierna. ¡Por supuesto que ni amarrada con una cuerda la volvieron a acostar en la parte alta de la litera! El trágico acontecimiento sirvió para que todos los niños nos convirtiéramos en amigos en cuestión de días sin que nos importaran las diferencias sociales que nos dividían.

Jugábamos a las escondidas desde las bodegas de equipaje hasta el salón de cine que ostentaba la primera clase, y varias veces bajamos hasta nuestro camarote para que los demás chicos se asomaran con curiosidad por nuestras portas y vieran el mar desde abajo y la forma en la que el sol se filtraba sin permiso entre sus aguas para iluminar nuestras mañanas. ¡Espectáculo por el que deberíamos haber cobrado aunque fuera un centavo!

También nos íbamos a conversar con los fogoneros, que manchados de negro permanecían en la invisibilidad justo en el corazón de un navío que palpitaba gracias a su trabajar, y quienes nos recibían con la mayor amabilidad. Todos los niños nos sentábamos sobre costales de carbón frente a la grandísima garganta ardiente, dispuestos a quedarnos con la boca abierta y los ojos iluminados por las luces del inmenso fogón al escuchar las innumerables anécdotas que ellos tenían en su interminable conversación; por ejemplo, nos enteramos de que el *Marqués de Comillas* había sido buque-hospital durante la guerra, que equipado con los mejores adelantos quirúrgicos de la época y navegando con el escudo de la Cruz Roja Internacional había salvado la vida de muchos soldados en pleno altamar. Nos narraron mil peripecias para entretenernos en aquel sucio, ruidoso e interesantísimo lugar; nunca supimos si todas habrían sido ciertas, pero nos entretuvieron mucho más que si hubiéramos estado en cubierta sintiendo el tiempo pasar.

Nuestros amigos de “primera” estaban divertidísimos, no podían creer que el vientre del barco fuera tan fascinante, y como respuesta a nuestra amabilidad al enseñarles nuestro reinado, con todos los acordes de sus motores, los olores de sus pasillos, los pasadizos interminables, las regaderas de agua salada, en las que más de dos se quisieron bañar para estar en contacto directo con la frescura del mar y todo lo verdaderamente

interesante del interior de aquel palacio flotante, nos invitaron a conocer los finos ropajes con los que lo cubrían; para allá fuimos todos los de abajo, a fin de conocer la historia de aquella maravilla y la gala que lo revestía.

Nuestras actividades infantiles rompieron todo tipo de protocolos entre “las clases” y llegaron a oídos del alto mando, quien nos puso un guía para que nos llevara por los lugares de mayor interés y todos acudimos con gran entusiasmo. Reconocí de inmediato al marinero, era amigo que a diario me cuidaba en proa, pero fingí no conocerlo, pues de ninguna manera compartiría mi palacio de cristal en el puente de mando, ni me haría responsable del comportamiento de algún niño que se quisiera añadir a la mágica aventura que, con el permiso de mis padres y del capitán, yo vivía cada mañana. Él advirtió mi actitud de inmediato y con un guiño de ojo se hizo mi cómplice, tratándome al igual que los demás.

Se veía a leguas que ese marinero era un joven muy preparado, pues nos informó todo lo relativo a la interesantísima historia del buque. Entre lo que recuerdo, dijo que el navío había sido botado al mar en 1927 y que su madrina había sido la infanta Isabel de Borbón. Que llevaba ese nombre en honor de don Antonio López, primer Marqués de Comillas, y fundador de la Compañía Transatlántica Española a finales del siglo XIX. Nos mostró las salas de música, los pasillos, las cubiertas y el magnífico comedor que, según dijo, estaba decorado al estilo de las casas solariegas del norte de España, con cortinajes de brocados de seda bordados con hilos de oro.

Al ver el comedor del barco, con los lambrines de madera, el mobiliario y las escaleras que comunicaban al recibidor, donde había un cuadro enorme con un personaje muy importante, cuyo nombre no escuché por estar distraída admirando la rica decoración de aquel fastuoso salón, pensé que seguramente así debía haber estado vestido el salón de las galerías de la casa de Güeñes en sus años mozos.

Nuestro guía nos mostró también la sala de cine con cortinajes de terciopelo y butacas como las de los teatros, que fingimos no conocer, cuando ya habíamos entrado varias veces a hurtadillas al enterarnos que proyectarían alguna película de dibujos animados o de El Gordo y el Flaco. ¡Qué divertido fue creer que habíamos pasado inadvertidos mientras disfrutábamos de las películas estando ocultos en la oscuridad, cuando nuestras carcajadas habían sido escuchadas hasta por las ballenas del mar!

## Bodas de Plata en pleno altamar

Después de varios días de travesía, se efectuó la acostumbrada “fiesta del capitán”, a la que fuimos invitados todos los pasajeros sin excepción alguna. Repartieron gorras, antifaces, serpentinas y disfraces. Nuestro comedor estuvo servido con las mejores viandas y la banda de músicos amenizó sin parar aquella noche de gran gala. El final tardó mucho en llegar, porque en medio del jolgorio, el oficial de más alto mando se enteró que justo ese día mis padres festejaban veinticinco años de unión matrimonial. Los acordes de la música tocaron un vals que ellos bailaron al centro, y posteriormente, el mismísimo capitán pidió permiso para bailar con mi madre, con lo que se abrió la pista para todo el que quisiera danzar. La noche fue esplendorosa, una velada sin igual. Decían que el salón de primera estaba de manteles largos, que las damas vestían con trajes de noche y los caballeros de rigurosa etiqueta, que la música era con violines y la cena había estado estupenda. Pobrecito de mi amigo, se había tenido que dividir entre las dos fiestas, pero yo juraba que se había divertido mucho más en la nuestra.

Quién dijera que unos días después, navegando por las islas caribeñas, bailarían el barco a medianoche azotado por la cola de un ciclón, así como lo habían hecho mis padres en medio de aquel hermoso salón. La nave parecía de papel en medio de un mar furioso que nos movía como si fuéramos hojas secas, llevadas por el agua sin dirección alguna, y el viento silbaba sin piedad con fuerza vertiginosa mientras la sirena del vapor no dejaba de avisar peligro con su inconfundible voz ronca; recibía como respuesta las sirenas de otros barcos que navegaban en aguas cercanas y se hermanaban a la tragedia en medio de la terrible tempestad que sin misericordia alguna nos azotaba.

Mi padre estaba en cubierta, o qué sé yo dónde andaba, en algún lugar con los demás hombres que ayudaban a los oficiales a enfrentar las crueldades del clima mientras un altavoz ordenaba que las madres resguardaran a sus hijos en los camarotes. Mamá nos amarró con sábanas a los barrotes de las camas a los que nos aferramos con toda nuestra esperanza. Ella también se amarró, mientras a gritos preguntaba por el paradero de mi padre, y nos pedía que rezáramos, pero en aquel momento de pánico y total desesperanza, era imposible pensar en nada.

Vimos desaparecer nuestros zapatos y demás prendas que habíamos dejado en el piso. Huían por debajo de las celosías que dividían los camarotes tratando de encontrar paz en otros sitios, y después las veíamos regresar velozmente acompañadas de las pertenencias de los pasajeros vecinos. Se veían como cochecitos de choque de feria tratando de encontrar a sus dueños en medio de una gran desorientación. Parecía interminable el tiempo en el que respiramos un ambiente de total de caos y zozobra. Se escuchaba a mucha gente que pedía auxilio en medio de la aflicción y otra que con gritos de desesperación volvía el estómago totalmente mareada. Para colmo de males, ni siquiera veíamos lo que sucedía en el exterior, porque desde las portas del camarote sólo se apreciaba una arremolinada corriente de agua turbia llena de espuma perdida en la fuerza del agua furiosa, que llegaba desde las alturas empujando a millares de esferas de aire hasta las más oscuras profundidades. Luego las veíamos subir vertiginosamente, arrastradas nuevamente por la impetuosa

naturaleza, que insistía en ser la madre de los vientos, de los mares y de todos los lugares.

Después de algún tiempo, el viento y el mar, asustadísimos de ver lo que sus dos fuerzas enfurecidas habían conseguido sin freno y sin causa, se ofrecieron disculpas mutuas, decidiendo quedarse en calma. Ya casi de día, cuando las aguas se aquietaron y el interior del barco dejó de lamentarse, papá regresó, empapado en agua a nuestro regazo. Se impactó al vernos amarradas a los tubos de las camas y nos soltó de inmediato diciéndonos que ya todo había pasado. Lo abrazamos todas casi sin dejarlo hablar y en cuanto lo pudo hacer, entre lágrimas nos explicó que habíamos sobrevivido a la fuerza de un ciclón, que sin control ni respeto alguno había dado de latigazos a todo lo encontrado a su paso. Y después, ya con calma, nos narró todo lo que habían hecho muchos de los pasajeros para ayudar a la tripulación.

No había un sólo rincón del barco en el que no se hablara del tema. Todo mundo se creía conocedor de la verdad y hablaba por doquier sin parar; pero la información verídica la dio el capitán, pues él era quien tenía la noticia real de lo acontecido gracias a la estación radiotelegráfica con la que contaba la nave, y nos reunió a todos en el salón del comedor para informarnos que habíamos sobrevivido a la fuerza de un ciclón llamado *Hilda*, que se paseaba con muchísima fuerza por los mares caribeños con dirección a las costas mexicanas.

Días después fuimos informados de que aquella terrible fiera con hambre de destrucción había azotado el puerto de Tampico en el Golfo de México, con dimensiones altamente devastadoras.

Yo no entendía todo lo que decían, pero lo que sí estaba claro era que la vivencia que habíamos pasado no era sino una jugarreta más de la mencionada montaña rusa de los sueños de la que hablaba mi padre, y que esa noche nos había paseado por un mar furioso, donde los rieles imaginarios, trazados sobre un viento obcecado, se habían destrozado a nuestro paso en medio de la terrible oscuridad, para que después, con suavidad y complacidos por la paz con la que el entorno nos hablaba, saliéramos a un nuevo amanecer de nuestra maravillosa existencia.



## Un indescrptible episodio en cámara lenta

*L*legamos casi de noche al Puerto de la Guaira, en Venezuela y vi con tristeza la partida de muchos pasajeros que hacía casi un mes habían dejado de ser extraños en nuestras vidas, pues a partir de vivencias, aventuras, cuentos y tragedias, nos habíamos convertido en una gran familia. El barco se había quedado casi vacío y mis hermanas y yo seríamos las únicas niñas a bordo por el resto del viaje.

Nos llevaron a visitar una construcción gigantesca que explicaban sería un viaducto que comunicaría el puerto de la Guaira con la ciudad de Caracas. Era en verdad monstruosa. Aseguraban que sería la mayor obra de ingeniería en América, después del Canal de Panamá. Me asombró sobremanera la forma en la que los humanos nos hacíamos pequeños al buscar tanta grandeza. Mi insignificancia no podía ser mayor ante tal inmensidad. Sentía como si yo fuera una hormiga que caminara entre cientos de hormigas más, admirando al gigante de piedra que otras miles construían sin importar su fatiga y con el único anhelo de progresar. ¡Cuánta vegetación con su vida interna se habría exterminado para dar lugar al desarrollo humano!

Estaba yo con mi mente completamente infiltrada en la textura fría y rígida del cemento, cuando de pronto escuché el sonoro e inconfundible grito de mi madre diciendo a diestra y siniestra que no encontraba a una de sus hijas, lo que convirtió el polvoso y árido entorno en un episodio de cámara lenta donde miles de trabajadores y paseantes nos quedamos paralizados. El mundo continuó girando cuando un estadounidense encontró a mi hermana Lucina, felizmente sentada y con sus piernitas colgando hacia el vacío en uno de los orificios del barandal del inmenso puente en construcción. Su corta edad no le permitía tener la menor idea del peligro y reía con gran inocencia, pero mi madre casi estaba inconsciente en un lugar donde a nadie se le hubiera ocurrido llevar un algodón con alcohol que la pudiera calmar.

¡Qué noche tan tremenda y electrizante! Llegué al barco casi sin fuerzas, sentía que los músculos no me respondían. Me dormí cansada por tanta tragedia y no me desperté sino hasta el siguiente día, cuando el barco ya había zarpado y el mar me abrazaba de nuevo a través de su brisa salada que acariciaba mi cara y lavaba hasta el dolor más profundo de mis entrañas.

## La Perla del Caribe

l puerto de La Habana, en Cuba, nos recibió con toda su calidez y alegría. Estaba lleno de palmeras que se mecían con cadencia mientras el sol las peinaba.

Un amabilísimo taxista nos paseó por varias zonas, donde vimos monumentos hermosos y casas coloniales con influencia española pero con estilo propio. Las palaciegas edificaciones alrededor de las plazas tenían portales sostenidos por columnas que regalaban sombra al paseante y lo protegían de las lluvias. Y precisamente bajo portales había numerosas cafeterías donde, a media mañana, los hombres jugaban dominó y platicaban de su diario vivir lleno de alegría mientras tomaban “buchitos”, como les decían allá a los sorbos de café servidos en unas tazas tan pequeñas que parecían dedales.

Fuimos también a una mercería donde vendían la más fina lencería, y perdida entre todos los hilos, estambres, botones, dedales y mil artículos más que contenían los cajones de los mostradores magníficamente tallados en madera de caoba, me quedé embelesada por una exquisita fragancia blanca que se multiplicaba en los espejos que rodeaban las

paredes mientras se paseaba por todo el lugar. La blancura me llevó hasta una vitrina cerrada donde las agujas de tejer bailaban entrelazadas artísticamente con los estambres, realizando suetercitos y zapatitos para bebé, y ni qué decir de los ganchillos, que danzaban con el crochet formando preciosísimas carpetas. Pronto investigué que el delicioso aroma provenía de la flor “mariposa”, considerada como la flor nacional de Cuba, y que su bálsamo atrapaba a la clientela entre sus pétalos, evitando que ésta saliera del mágico lugar sin llevar algún artículo con la esencia impregnada. Mamá salió de la tienda con un bastidor para bordar y qué sé yo cuántos artículos más para Marisa, pues como era la costumbre de aquellos tiempos, ya estaba en edad de preparar su ajuar de bodas aunque aún fuera una niña. ¡Sin duda alguna, ella también había quedado atrapada!

El calor de esa noche se hizo presente con toda su fuerza, tal vez porque era su costumbre dar su más cálida bienvenida a todo el que a esas tierras llegara, y definitivamente lo había logrado, pues todos los pasajeros del barco decidieron estar al aire libre para disfrutar de la poca frescura que se respiraba.

Y qué velada tan divertida e intrigante en extremo fue aquélla, pues estando en cubierta, vimos desde el barandal muchas luces parpadeantes que en el silencio de la oscuridad se acercaban al barco. Nos recordaban a los peces de las profundidades del océano que podían vivir en las oscuridades gracias a que tenían electricidad propia, de los que tanto nos habían hablado los divertidos fogoneros. “Quizás con sus luces habían vislumbrado nuestro barco como un gigantesco pez que flotaba en el agua y llenos de curiosidad habían subido a indagar. Una vez ahí experimentarían el proceso de oxigenación que el exterior les brindara y saldrían volando sin límites para iluminar el espacio”. Aquella escena era maravillosa, las luces se veían cada vez más cerca y ya dábamos por sentado que habían ido a investigar nuestra presencia y que de un momento a otro las veríamos salir del océano volando airoas y ofreciendo su luz en la oscuridad de la noche.

Fue en verdad desilusionante enterarnos de que las luces eran linternas encendidas portadas por personas que iban en lanchas a comprar mercancía de contrabando y puros habanos, cigarros de gran calidad que

sólo se producían en Cuba. También decían que las luces podían provenir de las novias de los marineros, que iban durante la noche a visitarlos aunque sólo los pudieran ver a través de los vidrios de las portas del barco.

Los pasajeros que quedábamos a bordo viviríamos la maravillosa sensación de zarpar al día siguiente. El movimiento del barco cantaría con alegría el himno a la libertad y otra vez nos sentiríamos abrazados por el mar para surcar el trecho de agua que nos separaba de nuestro hogar.

Era muy de madrugada cuando todos los pasajeros salimos a popa vestidos en pijama para despedirnos de aquella maravillosa isla que tanto calor humano nos había proporcionado. Por algo le llamaban “La Perla del Caribe”; era una perla que irradiaba luz a su entorno; pero esa clase de luz no encegecía, sino que iluminaba con todos sus sentidos a sus habitantes y a cuanto paseante o emigrante llegara a su hermosísimo territorio. Desde popa, observamos otra vez la cola del vestido de novia que con su estela formaba el barco al partir, confeccionada por preciosísimos encajes de espuma de agua que encrespada y feliz se despedía con el rostro elevado y la sonrisa dispuesta en busca de una aventura nueva.

Vimos desaparecer la cálida región, con sus hermosas casas y palacios abanicados por las palmeras que jamás dejaban de acariciar al aire, mientras recibíamos el adiós de las gaviotas, que de nuevo como pañuelos blancos nos acompañaron durante algún tiempo y de forma nerviosa se acercaban con sus aleteos sabiendo que nunca más nos volverían a abrazar. Mientras tanto, la luna recogía la transparente y sedosa bata blanca que había lucido sobre las olas nocturnas con toda sensualidad, para que el sol comenzara a colocar sus candentes trazos de vida y fortaleza en el mar.

Nuestra sorpresa fue enorme al regresar esa mañana a nuestro camarote para comenzar el día como se acostumbra, pues pudimos contemplar que el horizonte se asomaba a través de las portas. No sólo habían desembarcado varios pasajeros, sino que también se había quedado mucha carga en aquella isla mágica. Tan bella y mágica, que gracias a ella por fin pudimos contemplar el amanecer cada mañana, y de noche podía yo conversar con las estrellas mientras la luna descansaba en mi almohada.



## Mis más íntimos secretos

Pocos días faltaban para llegar, y como ya no había niños con quienes jugar, después de darle libertad a mi libertad en la punta del barco, ya todo lo demás era igual. Los días se volvieron lánguidos y transparentes como las claras de los huevos, que se nos desvanecían de la vida sin dejar rastro. Apenas una película blanquiza y seca que se quedaba pegada en los barandales de cubierta, pero que no decía nada y se la llevaba el viento hacia cielos desconocidos; por lo que el palacio de cristal se convirtió en mi máximo atractivo y subía con mucha más frecuencia a conversar con el capitán. Hasta que llegó el momento de tal confianza, que le confesé mi más íntimo secreto.

El ya amigo mío no podía creer que yo veía en blanco y negro y que había sacado fotos de todos los recuerdos con los ojos y mucho menos que las llevaba guardadas en un archivo separado de mi memoria. Se me quedaba viendo azorado. ¡Eso sí que fue una revelación para él, pues no sabía que eso se pudiera hacer! Yo me sentía dichosa al haber sorprendido con mi invento a un señor que lo sabía todo. “Cuéntame —me dijo con curiosidad, después de quitarse la gorra y acomodarse el cabello hacia atrás—. ¿Y tomaste alguna foto de tus vivencias en altamar? Enseguida me puse a buscar en mi

archivo mental y le conté con seña y detalle todos los lugares y personas que ya tenía fotografiados, incluso cuando él había bailado con mi madre. Por alguna extraña razón se me quedaba viendo cada vez con más asombro y volteando hacia los cristales me preguntó si ya había fotografiado su palacio de cristal. Le confesé que yo veía a Dios a través de las ventanas del puente de mando, pero que necesitaba su permiso para retratarlo.

“Pues comienza, hija, comienza ahora que está la mañana tan clara, y guarda bien las fotos del Señor, pues no todo el mundo lo puede retratar”.

Se colocó la gorra de nuevo y salió por la puerta diciendo: “Te dejo sola, toma todas las fotos que quieras y guarda bien nuestro secreto, porque nadie puede subir a mi palacio de cristal a tomar fotos, y mucho menos desde la ventana de Dios”.

Pronto me vi sola ante la inenarrable magnificencia del Altar de la Eternidad y pude, por fin, retratar el momento en el que el mar y el cielo se besaban y unían en matrimonio con el anillo dorado formado por el sol. No sabía si yo me estaba asomando a la casa de Dios o Dios se asomaba a la casa de mi alma, y guardé las fotografías en el lugar más sagrado de mi memoria sintiéndome la criatura más afortunada de la historia.

## Sentada junto al aburrimiento

Una de aquellas mañanas en las que el aburrimiento estaba sentado en todos los sillones de cubierta que se habían quedado vacíos después de un mes de viaje, decidí sentarme junto a él y mostrarle mi álbum de secretos para hacerle el momento más ameno y quitarle la cara de hastío. De pronto aparecieron retratos que yo no recordaba haber tomado, ya que eran escenas anteriores a mi descubrimiento fotográfico, pero estaban ahí, casi con movimiento; parecían películas, y en ocasiones a color, como la del Kadagua cuando corría con todos los desechos de los tintes de la fábrica de papel, el incendio del pinar, o el cosmos retratado en una manzana. ¡Qué maravilla tener ese valiosísimo archivo!; ese documento se había convertido en un tesoro invaluable, pensaba yo, cuando de un momento a otro saltó una fotografía, muy vieja, casi arrugada y con olor a tristeza: se trataba de cuando Marisa y yo, recién llegadas a Sodupe fuimos a la peluquería de la prima y nos encontramos a nuestra madre con la cabeza llena de unos extrañísimos conos de metal conectados a unos cables enchufados a una central eléctrica. Decían que le estaban haciendo “la permanen”, pero más bien parecía que le estaban

electrocutando las ideas. Nadie de los pocos presentes tenía la menor idea del motivo por el cual el aburrimiento y yo nos reíamos sin cesar y se nos quedaban viendo con cara de extrañeza.

Mi acompañante aburrido se desapareció al escuchar a lo lejos el sonar de un sinfín de alegres campanillas que tocaban por toda el área, y los pocos pasajeros que había en cubierta gritaban con alegría: “Llaman a boda” ¡tendremos festejo a bordo! Resultó que un par de chicos que se habían conocido durante la travesía se habían enamorado profundamente y deseaban contraer matrimonio en altamar, antes de desembarcar. Todo un acontecimiento que nadie se esperaba y que sería la última fiesta que se celebraría durante el recorrido. Se murmuraba que la chica había comprado su vestido de novia en Cuba y que luciría como una reina ataviada con finísimos encajes blancos. ¡No se podía esperar menos después de haber estado en la tienda con olor a la blanca y perfumada flor “mariposa”!

Eso sí que era una sorpresa capaz de despertar a cualquier día somnoliento, así es que guardé mis fotos para otro momento. Sólo faltaba un día para llegar a nuestro destino y ya teníamos todo empacado en las maletas, pero tuvimos que sacar algún vestido y plancharlo para estar presentables en el acto del momento. Al mediodía apareció la novia con su vestido blanco luciendo una cola de encajes iguales a los que pintaba el barco en el océano. Para sorpresa de todos, el novio era un marinero y para mi enorme emoción, el que había sido mi vigilante cada mañana en la punta del barco.

El capellán estaba de fiesta, pues no siempre le tocaba officiar casorio y la alegría se reflejaba en todos los rostros cuando los novios recibieron la bendición, ya que con ello celebrábamos el inicio de una nueva experiencia a través de aquella hermosa pareja que había decidido comenzar una vida firme sobre las olas del mar cuando estábamos a unas cuantas horas de llegar.

Esperé con ansia que cayera la noche, pues ésa sería mi última oportunidad para platicar con las estrellas reflejadas en el mar como pinceladas de luz que bailaban al vaivén de las olas y, sobretodo, era la última noche en la que la luna dormiría en mi cama. ¿Cómo les podría explicar a todas

ellas que yo ya no estaría, que me iría? ¿Cómo le podría decir a la luna que yo ya no dormiría en el lugar donde ella llegaba a descansar por las noches? Me quedé acurrucada en mi cama sin recibir contestación, iluminada por todos los luceros celestes que me miraban desde la lejanía. Quizás el silencio era la única forma de decirnos adiós.

Muy pronto mi libertad se dio cuenta del momento por el que estábamos pasando y se escapó velozmente y, sin aviso previo, se deslizó por debajo de las celosías que separaban los compartimientos, subió por las escaleras tres pisos arriba y se fue a bailar feliz alrededor del barco. La esperé mucho tiempo en total paz, pues sabía que ella regresaría a mi morada. Después de horas, sentí algo muy fresco que entraba en mi ser. Era ella, que totalmente despeinada, regresaba acariciada por el viento, bañada por el agua y, plena de felicidad, me prometía que jamás abandonaría mi alma.

Por fin se llegó el día que había esperado tanto. Muy temprano salí del camarote ya vestida para bajar del barco y me fui hasta su punta para despedirme. Al llegar abrí los brazos y dejé volar mi más enorme y cálido abrazo de agradecimiento a todo lo que el océano y su misterioso encanto me habían regalado cada mañana durante tanto tiempo.



## Las estrellas también lloran de alegría

 Cuando estábamos desayunando se escuchó la sirena del barco que anunciaba “tierra a la vista” y salimos todos a cubierta para ver cómo emergía en la lejanía el Puerto de Veracruz. Y mientras todos disfrutábamos el momento con ilusión desmedida al acercarnos lentamente a la costa, comencé a distinguir el color verde del mar que se transparentaba en sus olas, al igual que el azul pacífico que cubría el espacio celeste.

Cientos de gaviotas volaron hacia nosotros para abrazarnos con gran efusividad. Sus aleteos desatinados y sus graznidos, convertidos en cánticos, nos avisaban que muchos amores esperaban ansiosos ondeando a lo lejos sus pañuelos blancos. El barco se acercó poco a poco hasta que arribamos al muelle y en el intervalo, mi vista se vio acariciada por la llegada de varias lanchas con niños nativos del puerto de bellísima piel tostada por el sol, que con acento peculiar solicitaban les enviáramos monedas a fin de sumergirse en el agua, alcanzarlas y mostrarnos su destreza. Era un proceder muy audaz de pedir limosna y no faltó quien de inmediato sacara del bolsillo cualquier moneda de la cantidad que fuera, la colocara

entre sus dedos pulgar e índice y, mediante un movimiento instantáneo, lograra que el pequeño metal circular saltara dando giros por el aire. A partir de ese momento, muchos pasajeros festejaron su llegada a puerto y cientos de monedas salieron de los bolsillos bailando jubilosamente a los sones de las marimbas que nos esperaban mientras la luz del sol se retrataba en ambas caras. Parecían mariposas metálicas que volaban por el aire, para ir a caer al agua. Todas eran de distintas denominaciones y nacionalidades que siempre habían estado presas en monederos o carteras y que en ese momento, distraídas por su bienaventurada independencia, eran atrapadas por los niños expertos que se habían clavado al mar tras su vuelo acuático. Aquellas monedas que habían jugado a ser libres caerían otra vez en un monedero para regresar a ser parte importante en la vida de cualquier comerciante o tendero. Pero fuera el que fuera el paradero de la moneda, la fiesta en cubierta se celebraba en grande al ver salir a los chiquillos de las profundidades y mostrar el tesoro encontrado con refrescante agradecimiento.

Aquello era un espectáculo, un teatro al aire libre, cuyos actores eran unos inocentes niños que distraían la impaciencia que sentíamos los pasajeros por llegar a tierra firme para encontrarnos con nuestras familias, nuestros sueños y nuestras alegrías. El telón subía y bajaba entre aplausos interminables, mientras que el barco avanzaba con lentitud hacia el muelle. Y se llegó el momento en el que el cortinaje se abrió por completo para mostrarnos que todo el paisaje que en algún momento se había visualizado lejano estaba ante nuestra vista y se veía mucho más grande y cercano.

Y ahí estaban todos. Y entre todos estaban Ellos. Mis padres aseguraban que los veían, aunque yo sólo percibía una mancha de gente que se movía.

Un gozo ilimitado me invadió cuando me di cuenta de que mis hermanos me veían en el mismo momento en el que yo los encontraba entre la multitud reunida en aquel inmenso embarcadero de color gris muy claro y con olor salado. Sus pañuelos blancos de tela suave y tersa volaban hacia mí en forma de una ola gigantesca y arrebataban de mi vista las imágenes grisáceas para transportarlas vertiginosamente hacia un más allá

donde se desvanecían. Por instantes me quedé pasmada, con un silencio interior lleno de misterio mientras escuchaba los gritos de alegría de todos los pasajeros que hallaban a sus familias después de tan larga travesía.

De repente comencé a percibir una oleada de aromas de mil colores que acompañaba a los pañuelos que regresaban convertidos en enormes pinceladas que poco a poco tomaron forma hasta convertirse en el mundo colorido que reaparecía ante mi vista para que lo abrazara mi alma, tras dos años en los que sólo había estado acompañada por sus fragancias.

¡Qué maravilla lo que me acontecía, el sueño de volver a ver a mi familia unida! ¡Lo que tanto había idealizado en blanco y negro se hacía realidad con toda la magnificencia del color! Sólo el capitán podría entenderme; al ver a mi familia feliz y distraída mirando hacia el muelle, subí deprisa hasta encontrarlo allá arriba, en su palacio de cristal, donde le conté mi descubrimiento con los ojos arrasados en llanto. Y aquel hombre de uniforme blanco y prestancia inigualable se puso nuevamente en cuclillas y levantando mi barbilla me dijo: “¡Hoy en la noche las estrellas te demostrarán que también pueden llorar de alegría!”. Me despedí de él sin querer hacerlo, pues él era el amigo más querido que yo había tenido hasta ese día y sabía que también a él lo perdería. También les dije adiós a los miembros de la tripulación y en especial a los personajes inolvidables de la caldera que me habían compartido todas sus aventuras y sabiduría. Todos ellos volverían a tomar mar, por lo que sería muy difícil volver a encontrarlos. Y seguí tomando fotos de cada momento sin que ellos se dieran cuenta y las guardé fielmente en la carpeta correcta.

Las escalas temblaban a mi bajada, y al pisar la tierra anhelada, vi que desde las alturas nos recibía el imponente y respetable rey de los astros, quien sentado en el trono extendía su capa dorada hasta perderse de vista, mientras lo escoltaban altísimas palmeras que se erguían orgullosas cual guardias reales, coronadas por impresionantes palmas que adornaban sus alturas y se mecían al son de la música propagada por el aire, festejando con efusión el reencuentro de nuestras vidas.

El momento en el que nos unimos fue solemne y esplendoroso, pareciera que cada uno de nosotros hubiera sido el pétalo de una flor arrancada de manera despiadada durante una tempestad, pero que en aquel instante de inmensa calidez nos volviéramos a unir al tallo fuerte para formar de nuevo el capullo, que a pesar del temporal había continuado en vida gracias a la fortaleza de sus raíces.

La confusión, alegrías y llantos provocados por el encuentro entre los pasajeros y sus allegados me llevaron al momento de partida cuando observé que las maletas habían desaparecido, y nuevamente, como por arte de magia, a la hora de la llegada, las vi situadas en el muelle. No percibí el momento en el que las sacaron del camarote ni a nadie que las bajara del navío, pero ya estaban ahí con toda su fidelidad, dispuestas a continuar con nosotros por donde la vida nos llevara.

## El oasis de la igualdad

*P*arecía que habíamos llegado a un lugar encantado, donde la gente usaba ropa muy colorida, iba casi descalza y hablaba de tal manera que parecía que cantaba. Las ramas de los exuberantes árboles se mecían despeinadas y hacían caravanas a nuestro paso por el malecón veracruzano mientras unos músicos con sombreros de paja y vestidos de blanco tocaban “En el Jardín de los Cerezos”, una melodiosa música de color de rosa oscuro y sabor agridulce que nos acompañó a todos hasta llegar a un lugar de mucha fama que se llamaba Gran Café de la Parroquia.

Le habían puesto ese nombre porque estaba frente a la parroquia de la tan hermosa ciudad y se decía que en aquel lugar tan peculiar habían atendido a personajes de muchísima importancia, desde el ambiente político hasta el artístico, pero que todos habían sido recibidos con la misma relevancia. Su piso estaba vestido de azulejos blancos y negros y yo los percibía chicos o grandes según el área en que me encontrara, lo que cautivó mi atención y dediqué varios minutos a caminar de lado a lado para ver la forma en que las baldosas se hacían cada vez más grandes según mi

caminar avanzaba. Iñaki dijo que ese fenómeno visual era causado por la “perspectiva”; yo no sabía lo que significaba aquella extraña palabra, pero era impresionante ver la manera en que los cuadros bicolores de aquel gigantesco piso cuadrulado crecían a medida que yo me acercaba y los que quedaban a mi espalda se empequeñecían, hasta convertirse en rayas.

Los ventiladores giraban sin cesar y ofrecían frescura a todo aquel que ingresara a sus instalaciones, donde se veía manifiesta la mano divina, pues todos sus asistentes convivían en un ambiente de enorme alegría donde el café con leche era servido por unos expertos que sostenían la cafetera y la lechera al mismo tiempo con ambas manos y, con los brazos en alto, dejaban caer los deliciosos líquidos calientes directos al vaso. ¡Como caídos del cielo! Era un espectáculo ver su destreza.

Me pareció curiosísimo que las dos tonalidades de la bebida fueran las mismas que las del piso y se mezclaban al final, detalle que me hizo recordar el inolvidable momento en el que mi padre comparó un vaso de leche con las clases sociales y comprendí que aquel atrayente lugar era justo el centro de un vaso de leche, donde las categorías eran poco importantes, ya que tanto el político como el comerciante, el limpiabotas o el vendedor de lotería se sentaban indistintamente en la mesa en la que hubiera algún lugar disponible y conversaban sobre las noticias del día, o quizás hasta de las desgracias, triunfos, sinsabores o alegrías de su propia existencia. Así, el político se llevaría a su casa la sabiduría del limpiabotas y el comerciante haría lo mismo con la habilidad del vendedor de lotería. Y por eso el establecimiento estaba lleno a diario, ya que todos eran maestros de todos y salían de ahí satisfechos de haber comenzado el día en la universidad de la vida.

El cautivador ambiente con sus olores a café, vainilla y mil especias me transportó con la mente a la trastienda del negocio de mi padre, donde jugábamos a construir castillos con cuadritos de azúcar sobre granos de café recién molidos que colocábamos a modo de terreno firme. Bloques de construcción llenos de dulzura con los que habíamos subido tantas veces a las alturas y a las grandezas sin realizar que sólo eran de azúcar y que se desmoronarían al pasar de los años como si estuvieran contruidos dentro de un vaso de leche.

No pude evitar sumergirme imaginariamente hasta el centro de un recipiente de cristal lleno del cremoso líquido blanco, para desde ahí contemplar aquel increíble oasis de igualdad a través de su lechosa transparencia. Estaba sentada sobre una montaña de azúcar y disfrutando de una total paz, cuando me pareció escuchar una voz que anunciaba la hora de partida hacia la capital, por lo que de inmediato, en un abrir y cerrar de ojos salí del fantástico escondite y volví a estar de pie sobre la baldosa más grande de aquel colosal tablero de ajedrez.



## Acaricié su lámina negra

Nos preparamos para salir, no sin antes dar un recorrido por las zonas de interés y despedirnos del legendario vapor aún anclado en el muelle, que había marcado el pasado y el futuro de todo aquel que en él había cruzado el océano.

Le expresé mi adiós acariciando su cara de lámina negra, donde había tornillos que parecían llorar con lamentos de color marrón y olor oxidado que se escurrían hasta perderse en las profundidades acuáticas, como si se quisieran anclar para siempre en el suelo que las recibía. Dejé mis lágrimas niñas ensambladas a las suyas mediante un abrazo simbólico en el que le agradecí profundamente haber sido el lazo de unión entre mi pasado y mi presente y por haberme enseñado a ser fuerte como él lo había sido durante el temporal, pues en breve enfrentaría un futuro que se vislumbraba difícil de solucionar. Y porque su proa me había enseñado a ir siempre hacia delante, mientras mi libertad recibía la alegría de la fuerza universal.

La familia se dividió a fin de transportarnos por carretera en dos coches, y por una fastuosa coincidencia, me tocó viajar en el vehículo en el que

irían mis padres, lo cual resultó fascinante porque él conocía el puerto a la perfección, ya que siempre había sido aquel, el muelle en el que había desembarcado de cualquiera de sus viajes, desde que era pequeño y llegó con mis abuelos al igual que muchísima gente que emigró para América en búsqueda de una vida nueva, hasta cuando arribó con mi madre de recién casados en un correo-vapor llamado *Alfonso XIII* para vivir su máxima aventura. Desde entonces, los dos solos o acompañados habían ido varias veces al puerto y nos indicaban los lugares de interés como si fueran guías de turistas.

Atrajo mucho mi atención el magistral edificio de la Aduana que decían había sido construido gracias al mandato de un presidente llamado Porfirio Díaz en el año de 1900, casi medio siglo antes de que yo naciera. En su cúpula brillaba un vitral, llegado al país al mismo tiempo que un prodigioso telón de cristal del Palacio de Bellas Artes de la Ciudad de México, y supe que ambas obras de arte habían sido realizadas por un afamado artista estadounidense apellidado Tiffany. Pero lo que más me gustó fue enterarme de que la aduana se había construido a partir de una antigua puerta de reja que bastaba con cruzarla para que toda la mercancía descargada en los muelles tuviera ingreso al país. Me pareció interesantísima la labor de una simple puerta, tan sencilla y tan humilde, creada por herreros que jamás imaginaron que sus celosías se convertirían en un portón gigantesco por donde podría pasar desde una cajetilla de cigarros hasta una mayúscula máquina impresora que se usaría para grabar los diarios con las noticias del día o un telar en el que con sus inagotables urdimbres y lanzaderas se confeccionarían las más refinadas y delicadas telas.

Fue impactante llegar al edificio de Correos y Telégrafos. Un palacio con entradas para cada servicio, separadas por una imponente columnata. Y como no había tiempo para entrar, me consolé con imaginar lo que en su interior ocurriría. Probablemente sus techos eran altos y en sus oficinas reinaba la frescura. Sus trabajadores, sin duda, vestirían camisas blancas de manga larga protegidas por dobles mangas de tela que llegaban hasta el codo y evitaban que la prenda se manchara con la tinta de los sellos o cualquier otro elemento que estuviera a su alcance en el escritorio. Qué

interesante debería ser trabajar en aquel magno recinto de elegantes oficinas y sellar y distribuir información de toda índole para ser distribuidas por todo el país, o enviadas al extranjero. Ya fueran cartas, telegramas o paquetería, que según las noticias que contuvieran, como avisos de llegada, contratos de trabajo, pésames por fallecimiento o declaraciones de amor, harían sentir feliz o desdichado al destinatario.

Entre las declaraciones de amor, existe la simpatiquísima anécdota de cuando Santiago se le declaró a Isabel mediante una romántica misiva que tardó tanto en llegar, que mi padre llegó a ver a su amada antes de que ella recibiera la carta. Me puedo imaginar la cara de sorpresa de la chica al abrirle la puerta a un joven que llevaba toda la intención de casorio cuando ella no tenía ni la menor idea de que él no pensaba regresar a América sin ella. Me hubiera encantado haber estado escondida entre la paja de la cuadra de la casa materna para escuchar las conversaciones que en la piedra junto al portón se llevaron al cabo durante dos meses entre aquella dispar pareja. Decían que mientras el más la amaba, ella más se rehusaba. Pero al final, ganó el amor.

La carretera estaba despejada y los rayos del sol entraban con un talante suave por la ventana iluminando el cabello dorado de mis pequeños sobrinos, quienes iban bien dormidos por el sopor de la tarde, sentados entre mi madre y yo. Era imposible distraerme de alguna forma fácil, como admirar la vegetación que nos acompañaba a lo largo del camino ya que la euforia del encuentro me lo impedía. Relataban paso a paso todo lo que habíamos vivido mientras estábamos en el extranjero y las indescriptibles peripecias surgidas en altamar pero, sobre todo, el fortuito encuentro con don Juan; aparición que parecía haber sido milagrosa en un momento tan inesperado y de la forma en la que menos hubiéramos podido imaginar.

Yo sentía de nuevo que las palabras tomaban forma, como había ocurrido meses atrás en la taberna del pueblo, pero en esta ocasión eran de colores, suaves y larguiruchas que flotaban dentro del pequeño espacio del automóvil, así que me atreví a abrir la ventana para dejarlas escapar.

Fue fascinante verlas salir volando como si fueran serpentinas que se convertían en nada en cuanto caían sobre arbustos, piedras, flores y prados. Esa volatilidad me hacía pensar que eran las vivencias pasadas a las que les decía adiós a través del espejo retrovisor, mientras el parabrisas del coche nos regalaba el camino que nos conducía a un futuro próximo, que a vuelta de rueda se convertía en un fascinante presente.

## Un inesperado frenesí nocturno

*Y*a caída la noche llegamos a la inmensa urbe iluminada en su totalidad con toda majestuosidad a través de anuncios en comercios, faroles y semáforos; sin contar con las marquesinas de los cines, teatros, almacenes y escaparates con sus luces parpadeantes que giraban sin cesar, anunciando títulos de películas, productos a la venta o funciones teatrales por presentar.

La ciudad estaba de fiesta y yo estaba feliz de llegar a ella, pues me envolvía un impactante aroma de júbilo al observar a vendedores de flores, dulces, tamales, lotería, globos, juguetes de cuerda y otras cosas que por el momento no distinguía; pero pronto sentí que un sinfín de fosforescencias daban vueltas a mi alrededor con un bullicio que me aturdí. Era muy parecido al teatro guiñol del pueblo, con muñecos de madera vestidos de mil colores, detenidos mediante cuerdas, con olor a tristeza y sabor a amargura, cansados de caminar sin control, movidos por la inercia de un frenesí nocturno que parecía ficticio e interminable.

Sentí verdadero terror de sólo pensar que mi juego de los sueños me dejara en aquella celebración en la que me sentía perdida sin saber

siquiera cuál otro juego mecánico me pudiera transportar hacia la meta esperada y comenzaron a brotar mis lágrimas sin que las pudiera controlar. Recordé mi escondite de la invisibilidad y desesperadamente me metí en él con la mente. Enseguida llegó la quietud para avisarme que lo que veía era muy nuevo para mí después de dos incoloros años en un lugar lleno de paz, pero que algún día lo iba a disfrutar.

A la postre llegamos al departamento de Ñita, quien a pesar de estar aún festejando su vida de recién casada y tener formada su familia propia, nos acomodó en su casa con toda dignidad a padres y hermanos. Jamás hubiera yo imaginado que algún día dormiría entre las suaves sábanas que ella había bordado con tanto esmero, mientras yo, siendo aún muy pequeñita, la observaba iluminada por la luz del sol que penetraba por los coloridos vitrales de la inmensa ventana del comedor de la casa que en aquel entonces nos acogía.

Aquella noche llovió a mares y recordé las dulces palabras del capitán: “¡Hoy en la noche las estrellas te demostrarán que también pueden llorar de alegría!”. No logré vislumbrar ni el más mínimo destello de ninguna de ellas y tuve que tener mucha paciencia para ver salir el sol porque la luna caminó muy despacio. Quizás porque se había detenido para asomarse por todas las ventanas con la ilusión de saludarme y no estuvo contenta hasta encontrarme esperándola en el rincón de una cama que ya no se mecía como la litera del barco, en la que su luz se posaba junto a mí y nos dormíamos juntas con el arrullo nocturno del canto de las tuberías.

Un olor a ausencia se percibía en la habitación al día siguiente; era mi padre el que ya no estaba. De seguro había ido en busca de su amigo don Juan a la dirección escrita en la servilleta del bar que había guardado como oro en paño.

La mañana de aquel día fue tan callada, que su silencio invadió toda la estancia, se salió bajo la puerta y paralizó al edificio entero; todos estábamos a la expectativa de que papá llegara y nos diera la reseña de lo ocurrido en su entrevista. Las cuatro recién llegadas jugamos en el balcón a las burbujas de aire que nacían temblorosas de un aro previamente

sumergido en agua jabonosa. Se soltaban del aro con facilidad mediante un simple soplo, convirtiéndose en frágiles burbujas que se llevaba el viento hasta que, cansadas de flotar, reventaban en la alegría de haber logrado llegar al más allá.

Y entre burbujas y más burbujas de aire envuelto en jabón, vimos aparecer el atardecer de un día diáfano e incoloro que se despedía cuando mi padre apareció por la puerta con noticias nuevas. Nos comunicó que en breve tiempo comenzaría a laborar como administrador de un rancho de mucho prestigio, lo que le caía como anillo al dedo, ya que él tenía mucha experiencia en los asuntos de ganadería. Agregó que ya contábamos con un techo para cobijarnos, pues casualmente, el mismo don Juan tenía un edificio en construcción en una zona céntrica de la ciudad, en el cual ya había mandado acondicionar un departamento para nosotros de los más de cincuenta que estaban por terminar.

Algo de mucha importancia tuvo que haber ocurrido en la niñez de ese hombre y mi padre como para que él nos pusiera el paraguas en medio de la inmensa tormenta, ya que siendo aún muy niño se ganaba unos centavos haciendo recados en la tienda de abarrotes que tenía mi abuelo en el colonial barrio de San Ángel, al sur de la capital, al cual decían que en aquellos tiempos se hacía un día de camino para llegar en carreta de caballos desde el zócalo de la ciudad.

Esa noche al cenar, las chiquillas teníamos cara de susto y los mayores, de conspiración. Sin duda alguna algo estaba pasando, situación que no me gustaba nada y puse cara de despistada para que no se me notara lo aterradora que estaba. ¡Más qué grande fue mi equivocación, pues lo que en realidad tramaban era una enorme y grata sorpresa para el anochecer! Se trataba de llevarnos a un mirador donde desde las alturas se podía admirar el espectáculo que ofrecía la noche cuando la ciudad dormía.

Llegamos ya muy tarde a disfrutar de la intrigante sorpresa y en medio de la oscuridad, al pisar el pasto, percibí de inmediato el olor a frescura verde y experimenté el crujir de las hierbas crecidas que acariciaban mis piernas al caminar. Fue fascinante también recibir la cálida acogida

que nos daban los ancianos árboles que nos rodeaban, ataviados con hojas que habían conseguido su fuerte y verdosa madurez a través de muchos días de ensueño, lluvias y, por supuesto, escasez.

Un silencio apacible se escuchaba al subir por la colina cuando de pronto el viento curioso e indiscreto se paseó por entre las ramas difundiendo la noticia: ¡Ya llegaron!, decía él, con su invisible silbido que se mecía por doquier, y despertó a las pacíficas hojas ya dormidas de cansancio después de tanto esperar. El viento siguió jugando hasta hacerlas rozar unas con otras causando miles de minúsculos chasquidos que se escuchaban por todo el inmenso lugar. Su voz la conocí de inmediato, era el mismo viento que arrepentido de haber propagado el incendio en el pinar, nos recibía con una voz amiga y mucho más amable que la que había tenido en aquella aterradora tarde.

Al llegar al mirador comprendí el motivo por el cual no había visto ni una luz celestial la noche anterior. Seguramente el universo entero se había reunido para prepararnos su mejor recepción. Parecía que lo que se mostraba ante mis pies fuera un inmenso jardín de espejos en el que se reflejaba una constelación completa, pero en realidad era la bellísima Ciudad de México que esa noche nos recibía vestida con su esplendoroso manto de la luz de la esperanza.

Aquél era un espectáculo esplendoroso, en el que yo no sabía si voltear a ver a las luces del cielo, a las de la ciudad o a todos los miembros de mi familia, cuyos perfiles se iluminaban en medio del impresionante baño de luz que al abrazarse recibían. Mi garganta se hizo nudo y mis lágrimas volvieron a brotar de alegría al escuchar los chasquidos de las hojas convertidos en una ovación general después de haber asistido a la más emotiva obra teatral en el escenario de la vida real.

¿Cuál era en realidad mi realidad?

*D*e regreso a casa cerré los ojos y admiré mil veces el momento recién vivido. Mi cerebro y mi alma estaban en una total confusión, no sabía si lo ocurrido en esos dos años había sido un sueño del que estaba despertando en medio de una gigantesca luz, o si la luminosidad recibida pertenecía a una fantasía de la que pronto despertaría. ¡Me sentía perdida entre un pasado incierto y un presente sin futuro!

Para reestablecer mi identidad, debía comprobarme a mí misma que todo lo vivido, con soles, lunas, llantos, castigos, caracoles, fríos, ladrillos calientes dentro de mi cama, estrellas, gallinas voladoras, cosmos frutales, ríos de tonalidades diversas, amaneceres despeinados en la punta del barco, a más de vivencias interminables de contar, no eran fruto de mi imaginación, sino parte de mi adorable irrealidad, que me había hecho tan dichosa en medio de la oscuridad. De nuevo surgió ante mi vista el archivo de fotografías guardadas en mi memoria, único testigo fiel de la magia de mi existencia.

Y ahí estaba el álbum, con todos los retratos guardados como tesoros, cuyas últimas imágenes, las tomadas al despedirme en el navío, ya eran a colores. Y me deslicé entre las fotos y las acaricié nuevamente y reviví las escenas vividas y las viví nuevamente y supe que me acompañarían en silencio por siempre; mientras mi ser se quedó dormido entre todas ellas hasta la mañana siguiente.

Desperté feliz, sabiéndome habitante de dos mundos distintos y comencé a vivir el que estaba presente con un hermoso paseo mañanero que comenzó en el centro de la ciudad a donde Iñaki nos llevó a conocer el magnífico Palacio de Comunicaciones, que tenía las escaleras decoradas por debajo iluminadas a través de los vidrios de sus extraordinarios ventanales a las que admirábamos según íbamos subiendo hacia el segundo piso, donde había columnas decoradas a mano que imitaban mármoles y salones con bóvedas pintadas al fresco que representaban escenas celestiales.

El Palacio de Correos quedaba muy cerca de ahí. Era una construcción colosal por dentro y por fuera. Me remitió al edificio de Correos que había visto en Madrid, cuando mi padre nos llevó a visitar algunos lugares dos años atrás, en aquella tarde oscura en la que todo era helado en nuestras vidas. Sin embargo, la mayor riqueza de esas oficinas, por elegantes y adornadas que fueran, era el contenido de los mensajes que por sus sellos pasaban, con la ilusión de que llegaran a tiempo a los destinatarios que con ansia las esperaban. Enfrente estaba el Palacio de las Bellas Artes y, allí, ante nuestros ojos estaba el ya mencionado telón realizado por el mismo afamado señor Tiffany. Era una obra de arte espectacular hecha con emplomados y cristales opalescentes de mil tonos que mostraba con orgullo los volcanes Popocatépetl e Iztaccíhuatl. Parecía que estaba realizado con incrustaciones de concha nácar y brillaba según la colocación de las luminarias. Decían los que estaban ahí que el edificio había sido construido totalmente con mármol y que ya se había hundido casi un metro debido a su peso porque el centro de la ciudad estaba edificado sobre una laguna. Y a continuación nos llevó a la Plaza de la Constitución, donde se encontraban el Palacio Nacional, otros edificios de importancia

y la impresionante Catedral Metropolitana, todo ello escalofriantemente construido sobre la ciudad azteca de Tenochtitlan, algún día situada en el centro de la ya mencionada laguna. Me imaginé el inmenso lago fresco rodeado por montañas verdes y una esplendorosa ciudad prehispánica en el centro; debió haber sido un vergel paradisíaco. No quise preguntar, pero me quedé sin entender cuál había sido la causa por la que habían tenido que destruir tanto, habiendo suficiente espacio a los alrededores para edificar sus iglesias y palacios.

En el interior de la catedral había muchas capillas en las que se honraba a diferentes vírgenes y santos; su altar mayor ostentaba una suntuosidad fuera de la realidad. A mí me impresionaron los colosales órganos, contruidos expresamente para tocar música celestial. Lástima que el Señor del Cielo no la pudiera escuchar, pues las ventanas estaban tan cerradas que a Él le sería imposible entrar. Me preguntaba yo el motivo por el que los órganos no los colocaban en el exterior de las iglesias o catedrales, para que su música se difundiera por los aires y todos los habitantes del cielo la pudieran disfrutar.

Quien iba a decir que dos años más tarde estaríamos viviendo en la pacífica ciudad de Irapuato, impregnada de un delicioso olor a fresas. Lugar cálido donde yo tomaría clases de pintura rodeada de compañeros adultos en la cúpula del Templo del Convento de San Francisco de Asís. Y nuevamente se presentarían ante mí las escaleras en forma de caracol, que en ese caso serían oscuras y resbaladizas, pero conducirían hacia la luz de un Dios que se filtraría con toda su magnificencia a través de los cristales para regalarnos su esplendorosa presencia. El trino de los habitantes de los árboles del jardín principal, situado justo al frente sería nuestra compañía durante aquellas tardes solemnes llenas de color y alegría.

Las manecillas del reloj giraron a una velocidad vertiginosa esa mañana, al igual que la gente de la gran metrópoli, pues ya era de tarde cuando llegamos a conocer el edificio que en breve sería nuestro nuevo domicilio. La construcción era enorme, decían que estaba casi en obra negra, y aunque yo no encontré el negro por ningún lado, de inmediato advertí el in-

confundible olor de los ladrillos hechos de barro que enardecidos por el fuego y unidos con el cemento recién fraguado con el sudor de sus trabajadores, se habían convertido en comercios y viviendas para muchos seres humanos. En su planta baja había un inmenso pasaje que daba de calle a calle y funcionaría como zona comercial que daría servicio al vecindario; aunque los espacios estaban aún sin ocupar, me emocionaba pensar que no tendríamos que ir muy lejos para hacernos del abastecimiento diario, pues los comercios estarían a nuestro pasar. Los departamentos se localizaban en los pisos altos y su acceso era a través de escaleras y pasillos iluminados gracias a un enorme cubo de luz ubicado en el centro del gigantesco edificio. Los corredores eran muy amplios e iluminados, donde seguramente muy pronto lucirían macetones con rosales plantados por mis padres. ¡Lo único que faltaría sería el columpio, allí sí que no había lugar para colgarlo!

Y como la Navidad estaba por llegar, Iñaki nos llevó a que conociéramos los escaparates y vitrinas de comercios que él había pintado con motivos navideños. Sin duda alguna era un artista, capaz de plasmar su sensibilidad hasta en un cristal, tan transparente y brillante como lo eran su alma y su pensar. Cada vez estaba yo más segura de que había sido él quien le había puesto los colores al río cuando mi vida estaba teñida de gris entristecido.

Mientras ocurría lo anterior, Santi, cuya gracia innata le abría puertas de forma sin igual, llevó a mis padres a comprar unos muebles a un establecimiento conocido, en el que una chica le daría un magnífico descuento. No supe cuántas más diligencias realizaron, ni el motivo de su tardanza, pero yo los esperé feliz mirando por la ventana, desde donde se veía a la perfección una glorieta de césped verde coronada por una fuente de agua clara, cuyos chorros eran cada vez diferentes, con distintos tamaños y fuerzas, pero al final caían al estanque.

El contemplar aquel líquido frágil y fresco saltar sin cansarse, me llenó de tranquilidad en un momento muy difícil de mi corta vida. Pues en pocos días había podido observar que los hermanos que yo recordaba ya no eran los mismos, hasta sus voces habían cambiado y todos mis amigos estaban guardados en mi archivo fotográfico. Ya nada sería igual, y lo que

veía por delante era otra vez un camino por conquistar, como lo hacían las miles de gotas de agua que al perder unión con sus semejantes cuando caían al estanque, se volvían a agrupar con otras más para luego saltar juntas en chorro hasta caer al lugar que las disolvería y las haría de la misma estirpe a todas; eran como las lágrimas de las estrellas, que algún día, gota a gota, formarían un océano con miles de olas.

Y en el ir y venir del agua, me vi envuelta en el movimiento vertiginoso de la urbe que me acogía y me asaltó la preocupación de haber perdido mi libertad de por vida, pues jamás me volverían a permitir andar sola por las calles como lo había hecho durante dos años en aquel pueblo lejano lleno de tonos grisáceos con aromas de color. Lo único que me quedaba era asomarme a la ventana y darle libertad a mi libertad, dejándola que volara por encima de la inmensa ciudad para que después depositara en mi alma toda la energía captada, ya fuera la del día, con el correr de la gente y su alegría, o la nocturna, cuando las luces competían con las del cosmos para ver cuáles iluminaban más. Pero me vi atacada por el miedo tan sólo de pensar que mi libertad cayera en manos de algún extraño que se cautivara por su belleza y no la volviera a soltar. ¡Eso sí que sería una tragedia sin igual que me sentiría incapaz de solucionar!

Se pasaron las horas y yo seguía buscando la forma de resolver aquel problema que me angustiaba tanto, cuando apareció ante mí la solución: dejaría que mi libertad fuera libre en las madrugadas, en el momento en el que todo el mundo durmiera y el viento se paseara renovado y la llevara de la mano por doquier hasta sorprender al sol, dándose un baño de frescura en alguna fuente para iluminar el día con la cara lavada y reluciente. Mi decisión me invadió de calma y, cobijada por la caricia blanca que entraba por la ventana, caí en un sueño profundo y reparador.

Una atmósfera tensa me despertó en la mañana, tan tensa que hasta sentía que la cara se me estiraba al caminar; parecía que el aire se había quedado parado en vez de volar. Definitivamente, algo no muy bueno acontecía, y al mediodía se reunieron los adultos para conversar algo que las niñas no debíamos escuchar; pero Marisa y yo nos pusimos alertas tras la puerta de la habitación. Decían que la policía buscaba a mis padres por un dinero que aún se le debía a una de las tías viudas que habían

invertido en la tienda, que no teníamos recursos para pagarle y que ella no quería esperar; por lo que tendríamos que salir de la ciudad hasta recaudar el monto de la deuda y después poder vivir tranquilos en algún lugar. Acto seguido, y como era de esperarse, a mi madre le dio un ataque de los que le solían dar, pero por fortuna teníamos alcohol a la mano, y hasta sales de amoniaco para revivirla, por si fuera necesario.

## Un tren con vías de verdad

Después de la fatídica noticia y sus consecuencias, salimos todos al encuentro de lo que nos tenía preparada la vida y pronto llegamos a lo que sería nuestro nuevo hogar.

El edificio entero estaba en tinieblas, aparecía mucho más temible que el nicho de los fantasmas de la casa anterior; pero Lázaro, el velador de la obra, nos acompañó amablemente con un cirio encendido por las escaleras aún no concluidas y nos condujo hasta la puerta del departamento, la cual abrió con una llave que después entregó a mi padre. El interior era oscuro como la boca de un lobo y lo primero que hice al entrar fue arrastrar los pies para cerciorarme de que el suelo no fuera de duelas de madera. Me aterraba pensar que mi madre tuviera que volver a trabajar como lo había hecho antaño al encerar el piso sin parar “para tener la casa decente”. Y tan decente quedaba la casa, que ella caía rendida en la cama de manera tal, que las cuatro hermanas nos acercábamos con sigilo y enorme susto a indagar el ritmo de su respirar. En cuanto comprobábamos que estaba viva, nos sentábamos felices en las cobijas para que mi padre nos resbalara por toda el área a fin de que el piso nunca dejara de

brillar. Pero aquella gloriosa faena convertida en juego ya pertenecía a una lejana época, pues él ya trabajaría muy lejos, por lo que resultaba ineludible que el piso no fuera de madera. Y que tranquilidad sentí cuando al deslizar los zapatos en medio de la penumbra, noté la superficie lisa de los mosaicos mientras mi imaginación se despedía del exquisito aroma suave, amarillento y con sabor a miel de la cera.

A falta de fusibles, don Lázaro colocó en el interruptor unas monedas de cobre de veinte centavos de la circulación monetaria de aquel entonces, con lo que se encendió el foco instalado en la estancia del comedor, y con la vaga iluminación que aquella mágica casita de luz nos regalaba, recorrimos el resto del recinto, cuyas paredes aún emanaban la frescura de la pintura recién aplicada.

Una alegría enorme invadió mi alma al ver las camas y mesitas de noche recién compradas que vestían las tres habitaciones, pues eran de lámina con vetas decoradas imitando madera. Decían que era esmalte de plomo. ¡Eso sí que representaba una novedad! ¡Nunca se iban a apolillar! ¡Ahí sí que íbamos a poder brincar sin cesar!

De pronto sentí que un delicioso aroma a hogar empezó a circular por todo el lugar mezclándose con todos los olores a nuevo que esperaban nuestra llegada. Sin duda, provenía de la estufa y atraída por él, mientras los mayores conversaban con euforia, Marisa lloraba de alegría y las gemelas no tenían ni la menor idea de dónde estaban ni de lo que sucedía, yo observé que había una vela encendida tras la puerta de la cocina y me dirigí hacia allá. De pronto sentí que unos brazos fuertes rodearon mi pequeño cuerpo y supe de inmediato que era el abrazo de Berta, mi siempre fiel nana, presente en cualquier momento. Me era imposible dejar de mirarla, pues ella era un ser amado al que creía haber perdido en el espacio de mi infancia.

En el centro del comedor, y rodeada por nueve sillas de metal plegadizas, estaba la vieja mesa de planchar de Bertha, donde tantas veces me había quedado dormida al vaivén de la plancha mientras hacía la tarea.

Aquella humilde y desgastada mesa que algún día había sido usada para planchar la ropa de muchas personas que habitaban una casa muy grande

y opulenta, con el tiempo se había convertido en la venturosa y señorial mesa de comedor que felizmente nos reunía a padres e hijos en una noche de fiesta.

Esa noche cenamos todos juntos, iluminados por el único foco encendido en medio de la siniestra oscuridad de un edificio en construcción al que le faltaban meses por terminar.

La cena fue servida en los pocos platos que había, y en medio de la inmensa alegría que reinaba entre todos, me di cuenta de que en el interior del foco empezaron a formarse pequeñas luces color de rosa que giraban velozmente y se expandían hacia el exterior sin romper el delgado vidrio que las custodiaba. Muy pronto las sorprendentes irradiaciones dieron giros interminables por todo el salón, al igual que lo había hecho el ciclón en medio del océano, y acercándose a la mesa abrazaron con toda su fuerza a la familia completa.

¡Era la luz de mi palmera! ¡Enseguida la reconocí! ¡Aquella que no se había dejado retratar por no perder su movimiento, y que con toda su magia se había hecho presente en aquel maravilloso momento! ¡Jamás hubiera imaginado que me fuera a seguir hasta allí!

Y entre giro y giro de su mágico abrazar, comencé a sentir que todo el entorno se cimbraba y que todo se mecía. Inconscientemente me aferré al timón con precisión absoluta y con el ilimitado anhelo de que por fin unidos estuviéramos abordando otro fantástico juego mecánico de rieles invisibles que nos llevaría por caminos inesperados con un ignorado y fascinante futuro por realizar.

Días después, el destino nos hizo viajar a todos juntos en un tren real sobre vías de verdad hacia un lugar donde nos esperaba una vida nueva y sin duda alguna tendríamos muchas oportunidades para soñar... junto con Bertha.



## Epílogo

*¡Q*ué cosas tan extrañas tiene la vida! A sor Socorro, que era tan blanca, dura y bella como la porcelana, pero cuya fragilidad cortaba hasta sangrar porque estaba rota de su alma, le debo las gracias por la semilla que celosamente había guardado en su frío y encerrado corazón, la cual fue regada con mi llorar, y a la postre floreció en mi caminar.

La baldosa negra pintada a mano que nos regalara aquella tarde se convirtió en una obsesión tal, que mi madre me compró mis primeras pinturas de óleo y a mis escasos nueve años de edad comencé a pintar sobre azulejos, mismos que mis padres regalaban enmarcados con molduras doradas cuando querían cumplir con algún compromiso; hecho que me proporcionó mucha autoestima y me hizo sentir reconocida desde niña en el centro de una familia en la que todos mis hermanos destacaban por un sinfín de capacidades virtuosas filosóficas y artísticas.

Por varios años pinté baldosas con óleo, pero siempre con la inquietud de que la pintura podría desprenderse del vidriado con facilidad. Y se llegó el momento en el que conocí el fuego que haría que la pintura se

fundiera al vidriado de la porcelana y luciera perenne como los paisajes en la vajilla de mi madre. Apareció ante mí también una cacharra blanca, brillante y fría que me decía: Cúbreme de color y te llenaré de amor y fantasía.

En cuanto tomaba cualquier pieza de porcelana en mis manos, como por arte de magia, su manto vítreo se convertía en un mar transparente donde a diario me sumergía y pronto se convirtió en mi amiga, mi confidente, mi amante, mi compañía... y, cuanto yo le decía, se lo guardaba en sus aguas que con el fuego se cristalizaban, se endurecían.

Justo estaba yo en medio de aquella sinfonía cuando alguien tocó a mi puerta para aprender lo que yo hacía. Pensé para mis adentros que eso era imposible, yo solamente jugaba, y pintaba todos los pasajes del mundo de mi fantasía..., yo enseñar no sabía. Pero, ¿por qué no transmitir aquella maravilla que yo sentía? Decidí hacer la tarea que Dios me tenía y, al comenzar..., para mi sorpresa..., encontré a muchos de los maestros de la universidad de la vida.

Uno por uno aparecieron para enseñarme todo tipo de materias, vivencias, paisajes, colores, religiones, razas y lenguajes. Esos maestros me abrieron las ventanas a sus vidas, a sus dolores, decepciones, sueños, alegrías; a sus experiencias, a su sabiduría. Ellos me enseñaron a enseñar, a volar, a soñar, a realizar; a unir las almas, abrazar las razas y amar la vida.

El amor por ese arte nació en mí desde niña y se convirtió en el oficio que practicaría hasta hoy en día.

Sor Socorro, donde quiera que te encuentres. ¡Bendita seas!

## Fuentes consultadas

*Iglesia de Santa María de Güeñes, Patrimonio Histórico de Vizcaya, España*, Bizkaiko Foru Aldundia, Diputación Foral de Bizkaia.

*El tabernáculo de la Iglesia de Santa María de Güeñes.*

Medina de Pomar *Crónicas de las Merindades*, octubre de 2007.

Chalet de Urrutia- Construido en 1910

Patrimonio Histórico de Vizcaya-España

Hoy en día –Ayuntamiento de Güeñes

Sus jardines son actualmente el Parque de Arenatzarte. Bizkaiko Foru Aldundia, Diputación Foral de Bizkaia



*A la luz de la palmera,  
anecdotario de una niña distraída*  
se terminó de imprimir en la Ciudad de México  
durante el mes de septiembre del año 2017.

La edición impresa sobre papel de fabricación  
ecológica con *bulk* de 80 gramos, estuvo al cuida-  
do de la oficina litotipográfica de la casa editora.



Tras más de cuarenta años dedicados a la búsqueda de técnicas para pintar sobre cuerpos cerámicos y difundirlas a través de talleres, conferencias y exposiciones en el campo nacional e internacional, y siendo autora de los libros *Un arte sin límites* y *The Alchemy Corner*, en los cuales publica técnicas para la decoración en porcelana y "La magia de las culturas", con obras pintadas en su taller en homenaje a las antiguas civilizaciones; Rocío Borobia nos revela su más íntimo secreto al realizar su mejor obra de arte, bañando de color el pasaje más apasionante de su historia: su niñez.

A LA LIZ DE LA PALMERA



9 786078 341535